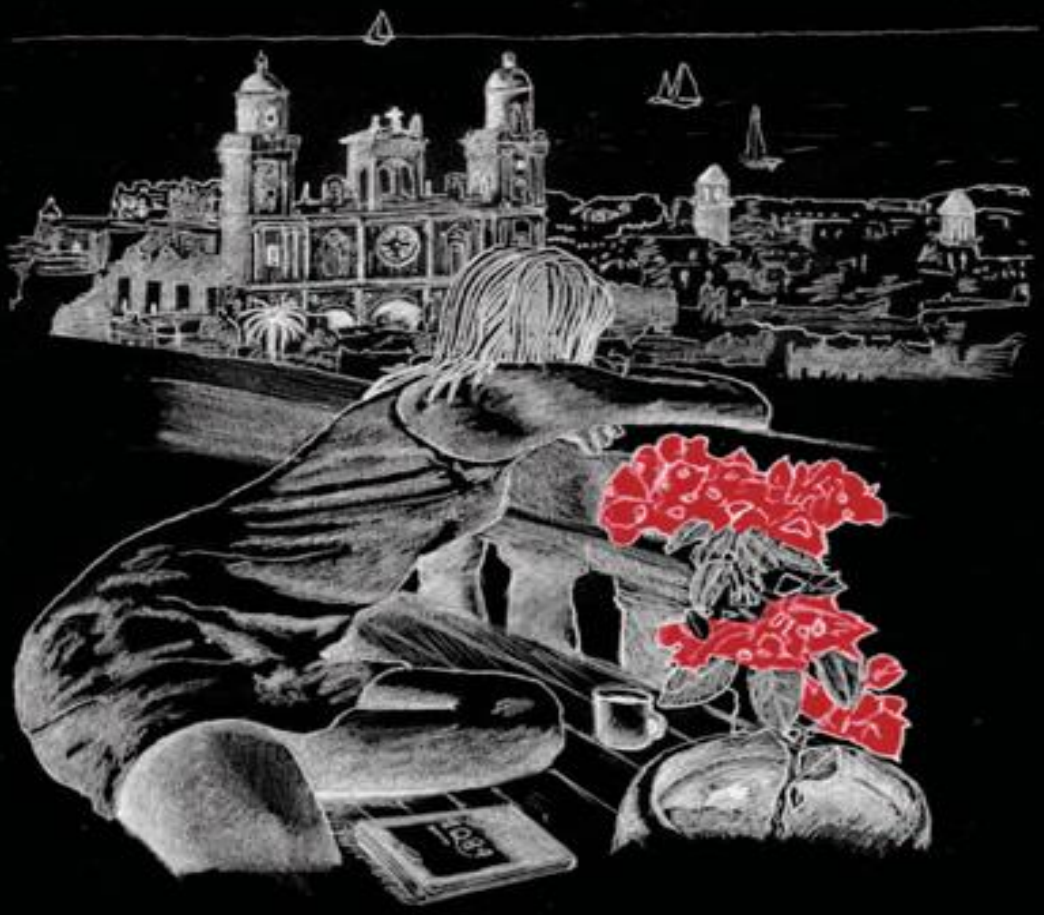
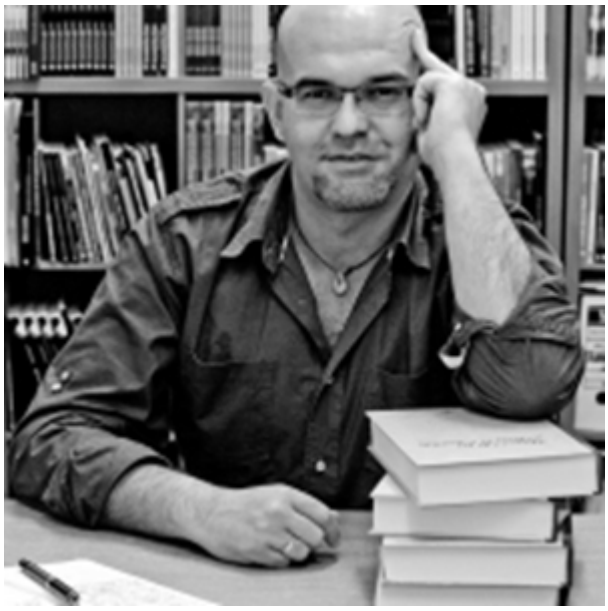
LAS FLORES NO SANGRAN

ALEXIS RAVELO



Del autor de *La estrategia del pequinés*
Premio Dashiell Hammett 2014

ALREVÉS
NOVELA NEGRA



Alexis Ravelo (1971) es un escritor calvo que nació y sobrevive a régimen de cervezas y bocadillos de *chopped* en Las Palmas de Gran Canaria. De procedencia humilde, su primera novela, *Tres funerales para Eladio Monroy*, supuso un inesperado éxito que le ha llevado a escribir otros tres libros con el mismo personaje: *Solo los muertos*, *Los tipos duros no leen poesía* y *Morir despacio*. Ha perpetrado, además, otras dos novelas de semen y sangre: *La noche de piedra* y *Los días de mercurio*. Tres libros de relatos (*Segundas personas*, *Ceremonias de interior* y *Algunos textículos*) y media docena de libros infantiles completan hasta ahora su bibliografía, si exceptuamos volúmenes colectivos y antologías, como *Relato español actual*, de Fondo de Cultura Económica, y *Por favor, sea breve 2*, de Páginas de Espuma.

En el 2013 ganó el XVII Premio de Novela Negra Ciudad de Getafe con *La última tumba*.

Con su anterior novela, *La estrategia del pequinés*, obtuvo el Premio Dashiell Hammett 2014 a la mejor novela negra publicada en español, y otros galardones como el Premio Novelpol (*ex aequo* con *Don de lenguas*, de Rosa Ribas y Sabine Hofmann), el Premio Tormo 2014 y el Premio LeeMisterio 2013 al Mejor Personaje Femenino.

Imparte talleres de escritura en centros educativos, bibliotecas y prisiones, diseña y coordina actividades de animación a la lectura y colabora semanalmente en programas radiofónicos.

Ocupa un lugar relevante en la narrativa española actual y se ha destacado, de su estilo, su eficiencia narrativa y su habilidad para combinar la amenidad y la reflexión en argumentos de claro compromiso ético.

Sigue sospechando que Dios está de vacaciones.

Si alguien decidiera crear una lista de crímenes idiotas, un secuestro exprés en una isla solo figuraría después de un atraco a una comisaría o a un banco de semen, de ahí que constituya sin duda la fechoría más absurda del mundo. Y eso es precisamente lo que deciden llevar a cabo Lola, el Marqués, el Flipao y el Salvaje en un plan infalible que además es muy sencillo de ejecutar, al menos sobre el papel.

Pero Gran Canaria es una isla rodeada de agua por todas partes menos por una, que se llama Isidro Padrón, un hampón disfrazado de empresario que a su vez despacha con un ruso que no tiene nombre, y si lo tiene nadie lo dice, por lo que pueda pasar. Desbaratar el plan de cuatro malhechores de pacotilla entra dentro de lo factible. Para él es cosa fácil, aunque también en teoría.

Lo que todos ignoran es que en apenas veinticuatro horas ninguno de ellos será como es ahora porque habrán abierto la puerta del infierno.

Mézclese este meollo con ron canario, agítese bien y el lector tendrá como resultado un bebedizo torrencial, explosivo y tronchante de efectos balsámicos. Y es que si hay novelas que curan, *Las flores no sangran* es una de ellas. El genio de Alexis Ravelo convierte la novela negra en algo maravillosamente abetunado o negruzco, menos oscuro y más humano, con esperanza de sol y lamparones de sangre, pólvora y mojo, de vida al fin: ese charco que nadie sabe pisar sin salir manchado.

«... un escritor con oficio y con una endiablada facilidad para captar la atención del lector y llevarlo por el lado salvaje de la vida, que diría Lou Reed, aunque a Alexis Ravelo, seguramente, le gustaría más una cita salsera

con la firma del gran Rubén Blades: “Si naciste pa martillo, del cielo te caen los clavos”.»

José Luis Ibáñez Ridao.

«El día del lector», en Julia en la Onda (Onda Cero Radio).

Hay otros escritores que pudiendo explotar lo que ya saben que gusta a los lectores prefieren reinventarse y adentrarse por nuevos caminos a la hora de encarar la narración. Alexis Ravelo se incluye en estos últimos.»

Santiago Gil. *Canarias 7*.

LAS FLORES NO SANGRAN



Primera edición: enero del 2015
Segunda edición: febrero del 2015

Para Josep Forment, siempre con nosotros

© Alexis Ravelo, 2015
© de la presente edición: Editorial Alrevés, 2015

Diseño e ilustración de portada: Mauro Bianco

Editorial Alrevés S.L.
Passeig de Manuel Girona, 52 5è 5a • 08034 Barcelona
info@alreveseditorial.com

Producción del ebook: booqlab.com
ISBN digital: 978-84-15900-92-4
DL B 27200-2014
Código IBIC: FF

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

LAS FLORES NO SANGRAN

ALEXIS RAVELO

ALREVÉS
BARCELONA 2015

A Montse Clavé y Paco Camarasa, jefes de una peligrosísima célula de guerrilleros negrocriminales

A la memoria de Josep Forment, quien hizo de este libro algo mucho mejor de lo que podría haber sido

todo lo que se pudre en ternura dará

JUAN GELMAN

Los hechos, personajes, empresas e instituciones que aparecen en esta novela pertenecen al ámbito de la ficción. Cualquier coincidencia con la realidad será fruto del azar.

Ahora que las cosas se van aclarando, ahora que todos los muertos tienen nombre y él comienza a entender cómo, por qué y, sobre todo, quién mató a quién, Serrano se pregunta algo que nadie le ha pedido que averigüe y que no acabará constando en los expedientes. Es una pregunta personal. No se la hace como policía, sino como ser humano, como hombre de casi cincuenta años que desea entender de dónde sale toda esta violencia, cómo es posible que la gente llegue a hacerse las cosas que se hace. Por eso quiere averiguar cuándo comenzó realmente todo esto, porque no acaba de creerse que toda esta matanza haya empezado, en realidad, con el secuestro. Por cierto, un secuestro exprés en Gran Canaria: el plan criminal más estúpido del mundo. En una lista de crímenes idiotas, solo figuraría después de un atraco a una comisaría o a un banco de semen. Pero, eso aparte, ¿cuándo se había iniciado realmente la cadena de hechos que había finalizado con todas aquellas muertes absurdas? La cosa no pudo comenzar simplemente ahí, cuando aquellos subnormales planearon un secuestro en una isla. Tuvo que empezar antes, tal vez en algún momento del pasado de algunos de los implicados. Quizá cuando Paco el Salvaje y sus cómplices se hacían bisnes en el sur de la Isla. O acaso el día en que el Yunque y el Martillo tomaron la mala costumbre de trapichear con dinero sucio. O incluso mucho antes y muy lejos, mucho más lejos, en México o Argentina, cualquiera de los lugares en los que Silva debió de acostumbrarse a usar armas y llevar a cabo interrogatorios con métodos expeditivos. Vaya usted a saber cuándo. Pero es a ese cuándo a lo que Serrano siente que no podría responder ningún expediente, ninguna instrucción procesal, ninguna sentencia. No obstante, es lo único que le permitirá entender cuál es el verdadero origen de toda

esta violencia, todo este horror. Y él necesita averiguarlo. Necesita comprender para poder volver a casa y dormir y, al despertar, desayunar con sus hijos y su mujer y puede que hasta salir de paseo; tener, en fin, un domingo agradable en un mundo que, si logra entender esto, acaso pueda llegar a tener arreglo.

AL SERVICIO DEL TURISMO

Era Lola quien conducía. Llevaba puesta una gorra publicitaria bajo la cual se recogía el cabello. Tarareaba la canción que les ofrecía, a medio volumen, la radio. En el asiento del acompañante, Diego el Marqués guardaba el silencio burocrático de quien se dirige al trabajo. El coche era un simple Opel Corsa gris, uno de esos autos que no dejan memoria. Llegaron ante el hotel Arenas Beach, un cuatro estrellas con *spa* y *resort*, de lo más lujoso de Maspalomas. Diego le dio un beso largo y caliente a Lola y, antes de salir, le dijo:

—Quédate al loro.

—Pues claro, bobón.

Diego no esperó a verla arrancar y perderse en la rotonda. Vestido con pantalones de pinza, una camisa de color rosa palo y corbata a rayas negras y blancas, atravesó la entrada de automóviles y cruzó los jardines con fuentes y palmeras que el camino rodeaba. Se situó ante la entrada del edificio principal, en el bordillo de la acera, muy firme y con las manos cruzadas atrás, como si esperara a alguien, y se entretuvo silbando la melodía que había estado oyendo en el coche, a la cual no lograba poner título, mientras grupos de huéspedes entraban y salían del hotel, rumbo a la playa, al campo de golf, a sus habitaciones o, simplemente, a dar un paseo por las inmediaciones del Faro. A través de las amplias cristaleras,

comprobó que los recepcionistas se afanaban en acabar con la cola de extranjeros que se les había organizado en el vestíbulo. Alguna guagua debía de haber llegado hacía poco con un regimiento de turistas recién aterrizados en la Isla. Al volverse para mirar hacia el frente, vio cómo se aproximaba un taxi y reconoció en él los colores de los matriculados en Telde. Eso quería decir que el vehículo venía del aeropuerto, así que, rápidamente, le hizo una llamada perdida a Lola, se sacó del bolsillo del pantalón una pequeña chapa de plástico y se la prendió en la camisa. La chapita decía:

Arsenio López Colorado Botones

Guardándose el móvil, se aprestó a abrir la puerta trasera del taxi, que acababa de pararse junto al bordillo. Del vehículo salió una señora rubia, floja y oronda, que le dio las gracias en inglés. El Marqués esperaba a una alemana, pero prefería eso, porque su alemán no era tan bueno.

—*Welcome to Arenas Beach, dame* —dijo con la más seductora de sus sonrisas.

La señora se derritió un poco mientras su marido pagaba y salía por la otra puerta. El taxista había abierto ya el maletero con el mando interno y se disponía a salir, pero el Marqués le dijo:

—No te preocupes, querido. Ya me encargo yo del equipaje.

Con ademanes profesionales, se plantó en dos zancadas junto al portabultos y sacó las dos maletas, la mochila, la funda del ordenador portátil y el juego de palos de golf.

—*Let me take your luggage. Meanwhile, you can register at reception*.

—*Don't worry. It's not necessary* —dijo el hombre.

—*Please, sir, it's my job*.

Diego dijo esto con la cara suplicante de quien no quiere perder un empleo recién conseguido. La señora se puso de su parte.

—*It's his job, darling* —le dijo la vieja a su marido—. *Let's him do it*.

Unos segundos más tarde, la pareja se dirigía al vestíbulo mientras el amable Arsenio se guardaba el billete de cinco euros que había recibido de propina. Inmediatamente, llegó Lola con el Opel. No paró el motor. Diego metió las maletas, el ordenador y los palos de golf en el portabultos y entró. En el instante en que los guiris fueron informados por un recepcionista de que el Arenas Beach no disponía de servicio de botones en el exterior del edificio, ellos ya estaban saliendo de Maspalomas.

FILISTEOS

1

Isidro Padrón Afonso vuelve a leer la entrevista. El titular es una cita escogida para hacer daño: «CANARIAS SE PARECE CADA VEZ MÁS A SICILIA». La entradilla, las cosas como son, proporciona algo de información objetiva: « LOS SINDICATOS DENUNCIAN IRREGULARIDADES EN LA ADJUDICACIÓN DE CONCESIONES». Hasta ahí bien. Eso no le molesta tanto, que denuncien lo que quieran. Lo verdaderamente nocivo es el antetítulo, que menciona a la empresa: «ISLOCASA EN EL PUNTO DE MIRA». El resto del artículo no es más que una entrevista con un representante de un sindicato minoritario, que denuncia lo que él considera «prácticas mafiosas en la adjudicación de subcontratas de servicios por parte de la administración». Se mencionan concursos públicos amañados, concesiones fraccionadas para eludir la obligación de sacarlas a concurso, adjudicaciones a empresas pertenecientes al grupo que no están al corriente en los pagos a la Seguridad Social o defraudan a esta contabilizando el pago de las horas extras como dietas. Firma Juan Miguel Luján. La misma mierda de siempre. La entrevista es larga y nadie la leerá entera. La gente solo retendrá el titular (Canarias se

parece a Sicilia) y, sobre todo, el antetítulo, que avisa de que Islocasa anda en el punto de mira.

La han colgado hace media hora, en *Canarynews*. A Padrón le telefoneó para decírselo Nieves, del departamento de comunicación. Ahora, después de leerla dos veces, se levanta del escritorio sin apagar el ordenador, dando un suspiro de aburrimiento. Se vuelve hacia el amplio ventanal. Desde allí puede contemplar el sinfín de embarcaciones de recreo atracadas en el Muelle Deportivo, cuyos mástiles siempre le recuerdan a *La rendición de Breda*. Más allá está el puerto, con sus grúas y sus grandes cargueros y plataformas petrolíferas atracados o fondeando sesteantes en las inmediaciones. Esta ciudad que se muere poco a poco necesita a tipos como él, emprendedores que den negocio, no sindicalistas jacobinos muertos de hambre y tribuletes harapientos que se creen paladines de la puta justicia social.

No es la primera vez, y no va a ser la última, que se encuentra con algo así. *Canarynews* será un periodicucho digital, pero tiene sus lectores y, en cualquier caso, como suele decirle Nieves, lo que está en la red, está en la red. Basta con que algún medio más importante se haga eco para que se arme la escandalera. Y si se arma la escandalera, si la gente comienza a despacharse a gusto en Internet y se sigue hablando del tema y algún redactor lo saca en la tele, faltará un cuarto de hora para que algún fiscal o juez ambicioso comience a meter el dedajo. Y eso puede joderles la contrata que está a punto de convocarse. Ya todo está casi a punto. En un par de semanas, arreglarán con Sánchez Blay y él les dirá qué oferta tienen que hacer en el concurso de adjudicación. Pero si hay ruido en el canal, Sánchez Blay, ya bastante significado, con toda la oposición y la mitad de su propio partido mordiéndole el culo, preferirá hacerse el sueco. Al fin y al cabo, él no los necesita tanto. Siempre habrá alguien dispuesto a hacer ese negocio

en lugar de ellos. Garcisán, por ejemplo, cuyo dinero tiene exactamente el mismo color que el suyo.

Así que es mejor cortar de raíz, atajar la cosa mientras sea de este tamaño, no andan los tiempos para boberías. Hace un rápido cálculo mental y decide que tendrá que intentar amarrarlo todo durante la mañana o, como tarde, a mediodía, porque a las cinco habrá visita.

Maquinalmente, se alisa la corbata mientras intenta recordar el nombre de la dueña de *Canarynews*. Luego alza la mano hasta el rostro de afeitado perfecto y se rasca el pómulo bronceado y flácido, observando su propio reflejo en el ventanal. Es el reflejo de un cincuentón de mediana estatura. Nada espectacular: un casquete de cabellos canosos sobre un cráneo redondo algo pequeño para el tamaño del torso ancho, recubierto por la capa adiposa que el sedentarismo y la buena mesa le han proporcionado. Pero ese cincuentón rechoncho lleva un traje de trescientos euros, un reloj de mil doscientos y una alianza de vaya usted a saber cuánto; y ese reloj, ese traje y ese anillo han sido comprados gracias a muchos años de esfuerzo y riesgos, así que no va a dejar que un periodista hijo de una tal por cual venga a intentar joderle le vida.

Vidanes. Eso es: Toñi Vidanes. Así se llama la tía de *Canarynews*.

Busca su nombre en el móvil y llama a su teléfono personal.

—*Hombre, Isidro, ¿cómo estás?* —dice Toñi Vidanes después de dejarlo sonar unas cuantas veces.

Padrón Afonso procura aparentar normalidad. Esas cosas se hacen mejor de buenas maneras.

—Bien, mi niña, muy bien. ¿Y tú, cómo lo llevas, reina?

—*Aquí estamos, en la lucha. Con la que está cayendo, seguimos en la brega, que no es poco*.

La muy cabrona tiene muy claro el motivo de la llamada, pero no será ella quien saque el tema. Esperará a que lo haga Isidro, así que él decide comenzar echando las nasas.

—¿Estás apurada?

—*Un poco, la verdad. Supongo que como todo el mundo, pero cada palo aguanta su vela. La mía es que tengo muchos acreedores y pocos pagadores. Aquí, entre nosotros, le debo ya a mi gente dos nóminas*.

—¿Y por qué no lo dices, mujer? No sabía que la cosa estaba tan jodida. Mira, yo te llamaba precisamente para comentarte que queríamos montar una campaña con lo de Islatropic. Queremos fomentar el turismo interior, captar clientes nacionales. Y había pensado que el periódico tuyo sería un buen medio para empezar con la campaña. ¿Cómo lo ves?

—*Hombre, estaría fantástico*.

Ahí está. Por un lado, es cierto que la cadena de hoteles que Isidro tiene por todo el Archipiélago está interesada en ese perfil de cliente. Pero, si no hubiera sido por lo de la entrevista, a Isidro jamás se le habría ocurrido contar con un digitalucho como *Canarynews* para comenzar la campaña.

—Pues perfecto. Dentro de un rato aviso a los de publicidad y marketing para que llamen a tu comercial y lo vayan cerrando. Por supuesto, si necesitas que adelantemos algo, no tienes más que decirme cuánto. Así te das un respirillo, mujer.

—*No sabes cómo te lo agradezco, Isidro*.

—Nada que agradecer, mi niña. Ya sabes cómo va esto: hoy por ti, mañana por mí.

Hay un silencio e Isidro Padrón lo aprovecha para volver a sentarse ante el ordenador y mirar la pantalla que muestra la entrevista de Juan Miguel Luján. Sabe que, al otro lado de la línea, en su oficina, Toñi Vidanes está haciendo exactamente lo mismo. Luego la oye decir:

—*Pues perfecto. Podríamos vernos para comer y tratar los detalles*. *Así te veo el hocico, que hace tiempo que no coincidimos*.

—Cojonudo —dice Padrón—. ¿Te viene bien en La Marinera, sobre las dos?

—*A las dos. Muy bien*.

—Pues venga. Así me da tiempo de leerme a fondo el *Canarynews*, que hoy solo he podido echarle un vistazo por encima —añade con una carcajada de complicidad antes de despedirse.

Comprueba que el teléfono ha quedado bien colgado y masculla en voz alta:

—Hija de la gran puta. Me vas a decir a mí de qué color es la cabra, si tengo los pelos de la cabra en la mano...

No ha acabado de decirlo cuando su móvil comienza a vibrar. Es Marcos Perera, su socio.

—¿Cómo estás, querido?

—*Por aquí me ando* —dice Perera, pronunciando la frase muy rápidamente, para enfatizar el calambur—. *Oye, te llamo porque me llamó ahora El-que-te-dije*. —Así es como se refieren a Sánchez Blay, sobre todo por teléfono—. *¿Viste lo del* Canarynews *ese de los cojones?*

—Sí.

—*Nos la hizo bonita la Vidanes, coño. Nos salió rana. El-que-te-dije está acojonado y habla de echarse para atrás*.

—¿Para atrás? Ni para coger impulso. Tú dile a El-que-te-dije que se esté tranquilo. Yo ya estoy en el tema. De aquí a diez minutos ya no va a haber de qué preocuparse.

—*¿Tan fácil? No lo creo yo...*

—¿Qué te juegas? ¿Una cena en El Zarcillo?

—*Venga, se dijo. Te doy diez minutos; no, media hora*.

—Vale, pero con diez minutos me sobra: hoy voy a comer con Toñi.

Marcos Perera soltó una carcajada satisfecha.

—*Coño, Isidro, eres el demonio*.

—Bueno, te dejo, que hay faena por delante.

—*Oye, una cosa* —lo retiene Perera—. *Esta semana tenemos visita, ¿no?*

—Esta tarde. A las cinco. Para tomar las medidas de las cortinas. Me las traerán en el plazo habitual. ¿Te quieres venir?

—*No, qué carajo, tú sabes que, cuanto más lejos, mejor. Era solo por saber y hacer mis cálculos*.

—Quédate tranquilo, que ya te digo yo los números mañana.

—*Perfecto. Cuídese, cristiano, y vaya por la sombrita*.

Padrón deja el teléfono sobre el tapete con una sonrisa. Perera es uno de esos tipos de manual, que han llegado a lo más alto pero continúan llevando en su interior al pequeño niño maúro de pueblo que fueron, ese niño de raspones en las rodillas y cabeza afeitada en eterna lucha contra los piojos. Padrón lo admira: comenzó vigilando coches en solares vacíos y ha sabido hacerse dueño de media región. Sí, para esas cosas hay que tener suerte. Pero sobre todo hay que tener huevos. Y, de eso, Perera anda sobrado.

Vuelve a levantarse. Va hasta el aparador, introduce una cápsula en la cafetera automática y contempla el café, saliendo casi gota a gota. Después de servírselo regresa al escritorio, sopla un par de veces y lo prueba.

Mira por última vez las declaraciones del sindicalista. Luego refresca la página y comprueba, sin sorpresa, que la entrevista ha desaparecido de *Canarynews*. Para siempre.

2

Una licenciatura. Un máster. Tres idiomas. Alta capacitación en TIC, en Relaciones Internacionales. Becaria en una multinacional. Cuatro años de experiencia administrativa. Todo eso da lo mismo, porque te llamas Diana Padrón Castellano. Sí, *esa* Diana Padrón Castellano, hija de *ese* Padrón, Isidro Padrón Afonso, el gran hombre, el tiburón, el Yunque de Tafira, el que se puso las botas con la importación de carne, el que fundó Islocasa y ahora, junto con su amiguito Marcos Perera, el Martillo de Tejeda, mete cuchara en todo lo que huela a negocio, sobre todo a negocio público. Siendo hija de quien eres, quién va a fijarse en tus cualidades, quién tendrá en cuenta tu capacidad laboral, tu tendencia al esfuerzo o el número de horas seguidas que eres capaz de trabajar, si a quien ven no es a una trabajadora, sino a Diana Padrón Castellano, la hija de Isidro Padrón Afonso, la progenie del amo, la vástaga, la heredera. El mismo David, antes de recoger sus bártulos y marcharse, no se privó de decírtelo. «Esfuérzate lo que quieras —te dijo—, haz lo que te dé la gana, ponte a fregar pisos, a limpiar váteres, a cuidar leprosos, si quieres, pero mientras estés en esta isla, no vas a poder ser más que eso, la hija del mandamás; los empresarios te darán trabajo para estar a bien con tu viejo, las tías se te arrimarán para presumir de amiga o para envidiarte y criticarte o ambas cosas. Y los tíos... En fin, los tíos: el tío que se te acerque lo hará para dar un braguetazo o para presumir de haberse follado a la hija del Yunque».

Así te lo dijo, antes de darte una última oportunidad de irte con él. Pero no lo hiciste. Acaso porque una se acostumbra a todo y más a vivir como una marquesa; acaso porque era tarde para seguirlo hasta el otro lado del mundo cuando ya tres años de convivencia habían arrasado con la pasión; porque enfrentarse a las arenas movedizas allá, tan lejos, en Argentina, junto a alguien que ya no la despierta, intentar resucitar en el culo del mundo algo que ya no puedes ni mantener vivo aquí es como parir un hijo

muerto; acaso porque en realidad, pese a que quieres ser Diana, no quieres dejar de ser la hija de Padrón en un mundo donde serlo te facilita tanto la existencia, aunque eso te avergüence y te pases la vida yendo por ahí de sencilla y de progre y de que yo no tengo dinero, el que lo tiene es mi padre, y tantas fachadas y tantas máscaras y ciento y la madre para al fin no ser más que eso: una pobre niña rica que quiere que la traten como a una más, pero que no comenzó precisamente de auxiliar administrativa en esas oficinas donde cuenta con despacho propio; y que no tuvo que hipotecarse hasta las cejas para pagar este ático en El Terrero, en cuya terraza toma un té Darjeeling, contemplando las azoteas de Vegueta, del Gabinete Literario, los campanarios de la catedral de Santa Ana, al inicio de esta tarde luminosa de mediados de julio.

Tanta tranquilidad en la terraza rodeada de maceteros en los que se alternan los helechos, los geranios, las orejas de gato y las buganvillas. Tanta frescura bajo el toldo donde tienes la mesita, donde pasarás el rato hasta la caída del sol leyendo esa novela de Murakami que tienes a medias. Tanta belleza llenándote los ojos más allá del murete y nadie con quien compartirla. Porque sí, anoche mismo estuviste de cena con las Tres Gracias (Espe, Judith, Magaly) y, en la madrugada, hubo un flirteo con un tipo cuyo número está grabado en tu móvil bajo un nombre que ahora mismo no recuerdas y al que nunca llamarás, y ni falta que hace, porque nunca faltarán amigas con las que salir o tipos con los que meter, si así lo quieres, pero desde que David se fue estás sola, como puede que lo estuvieras incluso antes, cuando estabas con él, cuando él estaba contigo, cuando parecían estar juntos aunque siempre hubiese ahí una pátina de frialdad, un dejo de aislamiento que lo erosionaba todo hasta crear un abismo de silencio, insalvable siempre, salvo en la cama, donde podían ser cada uno

quien realmente era. Sí, pero, al final, ¿quién eras tú? ¿Quién has sido?, ¿quién eres?

Si fueras ahora adentro, si te quitaras el pijama y te miraras al espejo, verías a alguien de ojos azules y cabello castaño, la figura menuda y atlética de un cuerpo de veintisiete años disciplinado y nervioso, con pechos niños de pezones perfectos y una piel suave sin sombra de estrías que otras más jóvenes querrían tener. Una boca que ha besado a muchos hombres, de los cuales solo uno dejó en ella el espectro eterno de un beso, una boca en la que se pudren los besos que ya no le darás.

Sin embargo, la pregunta sigue siendo la misma: ¿quién eres?, ¿qué eres? ¿Eres esa boca, esa cintura adolescente, esos ojos y ese pelo? ¿Eres una licenciatura, un máster, tres idiomas, una vida laboral? ¿Eres la hija de Padrón? ¿Eres la ex de David? ¿La mujer joven que toma té en la terraza de su ático? ¿La privilegiada que conduce un coche modesto y viste con toda la sencillez posible, intentando fingir que es una más en una ciudad donde todos los privilegiados intentan fingir que son uno más? Quizá no eres ninguna de esas cosas, salvo Diana, la que toma té y se pregunta qué hora será ahora en Argentina y se responde que muy temprano, que David, que siempre se levanta tarde, estará allá, lejos, al otro lado del mar, durmiendo, seguramente acompañado. Ha tenido un año entero para buscarse a alguien con quien dormir y, conociéndolo, es seguro que no habrá tardado tanto.

3

Isidro Padrón da un beso en la mejilla a Toñi Vidanes, diciéndole que se cuide mucho, y sube en el asiento posterior del Audi. Deja a la rubia teñida allí, en pie, en la esquina con la calle Luján Pérez, observando cómo el cochazo se aleja hasta perderse entre el tráfico. Si tuviera rabo, pensó

Padrón, lo estaría meneando como una loca. Lógico: después de esa reunión, se ha asegurado la supervivencia de su periodicucho durante dos o tres meses más.

—¿A la oficina, don Isidro? —pregunta Eusebio.

—No. Lléveme a casa, Eusebio. Hay visita.

El chófer asiente. Entiende perfectamente lo que Padrón quiere decir. Hace para sí mismo una rápida mueca en la que contrae los labios y regaña los ojos y, luego, se concentra en dirigirse a la salida a la autopista.

A Padrón le gusta conducir su propio auto, un BMW Z4 Roadster, de color burdeos. Lo ha comprado hace poco y le gusta pasearse con él con la capota plegada en esos días de verano. Pero cuando te reúnes con gente como Toñi Vidanes, no hay que escatimar en gastos, no hay que ahorrarse esfuerzo alguno en demostrar que tienes más pasta que nadie, que ellos no son más que gusanos comparados contigo, porque a veces los gusanos sienten la tentación de convertirse en mariposas y entonces hay que aplastarlos. Por eso siempre es mejor dejarles claro que ellos jamás pasarán de capullos. Así que ha preferido llamar a Eusebio para que lo lleve y vuelva luego a recogerlo tras el almuerzo. Además, esa tarde *hay visita*, esto es, toca que llegue un correo del Ruso y esa es otra de las ocasiones en que le gusta que Eusebio esté presente. En la entrada a la finca hay siempre un segurita de Keys, pero toda precaución es poca. La gente que le manda el Ruso suele ser respetuosa y correcta, pero nunca se sabe cuándo decidirán trabajar por su cuenta e intentar dar un palo. En realidad, no le gusta nada hacer negocios con el Ruso. Sin embargo, Perera tiene razón: es pasta calentita que entra sin esfuerzo alguno y encima se llevan una comisión. El dinero suele dar para ingresar nóminas y otros gastos corrientes, y él y Perera, a lo largo de varios meses, hacen pequeñas transferencias al Ruso por el importe total menos el quince por ciento. El trato es justo: ellos

disponen de metálico y el Ruso lava ese dinero que sabe Dios de dónde viene. Todos ganan.

Fue Perera quien le presentó al Ruso, quien propuso el acuerdo, quien acabó de idear los detalles. Cualquier otro hubiera encargado a un contable de confianza la recepción del dinero y todo el asunto de las transferencias a aquella lista de nombres y empresas que figuraba anotada en una libreta que había en su caja fuerte. Pero ni él ni Perera son gente que delegue en subordinados asuntos que involucran sumas como esas. Ambos comenzaron desde abajo y saben que ese tipo de detalles no hay que dejarlos nunca en manos de terceros. Un tercero es siempre alguien susceptible de codicia, de hacer confidencias a amigos o a amantes, de intentar librarse de una causa judicial contando lo que sabe sobre sus jefes. Por eso, cuantos menos estén en ese secreto, mejor.

Cada tres meses, Padrón *recibe visita*, y eso quiere decir que se presenta allí la gente del Ruso, nunca más de cuatro, jamás menos de dos; la mayoría de los rostros cambia, Padrón casi no es capaz de distinguirlos: siempre facciones severas, como cortadas a cuchillo, cabezas casi rasuradas, camisas de seda lavada o algodón que no logran ocultar del todo los tatuajes que asoman por una manga o un cuello. La cara invariable, la que se repite siempre, es la del hombre de confianza del Ruso, un cuarentón que dice llamarse Iván, viste algo mejor que los otros y habla un castellano aprendido en la Costa del Sol o vaya usted a saber si en el propio Campo de Gibraltar.

Ese es quien lo acompaña al despacho y hace con él las cuentas. Los demás esperan fuera, en el patio, alrededor del coche, junto a Eusebio, que seguramente hace argollas simulando lavar el Audi o, al menos, sacudiéndole las alfombrillas, cualquier cosa que le evite compartir el incómodo silencio que los rapados imponen siempre. Luego, exactamente

dos semanas más tarde, la visita vuelve a repetirse, pero esta vez Iván trae una bolsa de deportes en cuyo interior está el dinero objeto de todas esas transacciones acordadas quince días antes. Dinero en billetes arrugados que manos subalternas han intentado estirar; dinero manchado por se ignora qué sustancias; dinero usado para comprar drogas, sexo, armas o cualquier otra inmundicia y que ahora servirá para pagar algunas nóminas o disponer de metálico para cualquier otro menester, como la mordida que va a llevarse en breve El-que-te-dije; dinero que, además, produce dinero, porque Perera y él no renuncian jamás a su porcentaje.

Pensar en los enviados del Ruso le humedece de sudor la frente y el rostro. Eusebio, retrovisor mediante, se da cuenta antes que él.

—¿Quiere que ponga el aire acondicionado, don Isidro?

Casi no espera respuesta antes de conectarlo. En un minuto, el aire del interior del auto se semicongela.

—¿Me necesitará toda la tarde hoy?

—No. ¿Por qué? ¿Tienes algo que hacer?

—No, nada especial. Quería ir a ver a unos amigos, que acaban de tener un chiquillo. Pero puedo ir cualquier otro día.

—Solo necesito que te esperes a que termine la visita, para que me bajes luego a la oficina. Yo creo que a eso de las cinco o las seis ya puedes retirarte.

—Ah, perfecto. Entonces me dará tiempo. Muchas gracias, don Isidro.

—De nada, hombre. Total, tampoco tienes por qué hacer más horas sin necesidad.

Isidro Padrón se recuesta en el asiento y mira a través del cristal ahumado de la ventanilla con una sonrisita de fruición. Le gusta repartir esas pequeñas dádivas: regalar unas horas o un día libre a alguno de los empleados más cercanos, tratarlos con campechana cordialidad, regalarles

algún bolígrafo, mechero o cualquier otro producto de *merchandising* publicitario de los muchos que le obsequian. Todos esos pequeños gestos que no pierde oportunidad de tener le hacen sentirse a gusto consigo mismo y, además, le proporcionan buena imagen. Gran Canaria es la isla del chisme y el culichicheo. Él es conocido, principalmente, por estar bien situado. Y si hay algo que no se perdona en un lugar como ese es el éxito. No hay bar en la ciudad donde no lo pongan cada día a parir, por un motivo u otro. Sabe que si alguien habla mal de él, si alguien pretende criticarlo por esto o por lo otro delante de alguno de esos empleados con quienes ha sido amable, este saldrá en su defensa, diciendo que es una persona cercana. Campechana. Sencilla.

En cambio, en el asiento del conductor, Eusebio hace cálculos e imagina que podrá estar en casa del Marqués antes de las siete de la tarde y que, con aquello que lleva en el bolsillo, podrá comenzar a joderle bien la vida al cerdo que lleva en el asiento de atrás.

POR ALGO LAS LLAMAN TRAGAPERRAS

1

El furgón entró en Playa del Inglés y recorrió varias calles entre hoteles, *resorts*, edificios de apartamentos y urbanizaciones de bungalós de arquitectura tan anodina como pasada de moda, leprosa en las fachadas, polvorienta en los balcones. Siempre era lo mismo: una localidad costera más, sacrificada al turismo de sol y playa, una de esas cacicadas de cemento, asfalto y metal que políticos descerebrados y empresarios sin escrúpulos habían perpetrado en los años setenta. El sur de Gran Canaria o el de Tenerife, la Costa Brava o la Costa del Sol: daba igual adónde se fuera, porque en el litoral de casi todo el país había pruebas de que cuatro hijos de puta se habían dedicado durante décadas a cagarse en el Paraíso.

Al llegar a las inmediaciones del centro comercial, tomó una de las vías laterales y se detuvo en zona destinada a carga y descarga. Diego el Marqués y Paco el Salvaje salieron de la cabina y se dirigieron a la parte de atrás del furgón. Mientras el Salvaje sacaba la carretilla, Diego consultó sus papeles y le informó:

—El bar se llama Copacabana.

Hasta después de las doce nadie entraría en el Copacabana, pero, como solía repetir el jefe, con el bar cerrado, sí que era seguro que no facturarían nada. El recinto no tenía más de cuarenta metros cuadrados, que solo daban para la barra, una minúscula cocina y dos mesitas adosadas a una pared lateral que alguien había decorado a base de banderitas de todos los países. El Copacabana se moría de asco en la parte alta del *shopping center*, sobreviviendo a duras penas gracias a la clientela nocturna de los locales de ambiente de la planta baja, que tomaba allí las primeras copas, más económicas y con menos probabilidades de ser de garrafón. Durante el día solo algunos guiris despistados o los dueños de las tiendas de *souvenirs* se acercaban a tomar café o cerveza, o a echar unas monedas en las máquinas tipo B que siempre prometían premio pero casi nunca lo daban. «Por algo las llaman tragaperras y no cagaperras», solía decirse Manolo cuando algún jugador se quejaba de no haber conseguido premio.

Él se sentía afortunado de trabajar diez horas diarias allí. Comparado con el trabajo de su primo Chano, que drenaba pozos negros, aquello no estaba tan mal y el sueldo le daba para pagarse el alquiler, mantener a su progenie y a su ex y correrse, de vez en cuando, una juerga. Además, la bebida era gratis. Por eso no se había cortado en cargarse bien el carajillo que estaba probando cuando llegó y le dio los buenos días el operario de Playgrama, un tipo apuesto, de unos treinta, con un mono gris y el anagrama de la empresa.

Más temprano en la mañana, mientras Manolo se preparaba para abrir, había llamado una tal Silvia para avisar de que vendrían. En el Copacabana había dos recreativas: la modelo Chicago y otra pequeña, una Mini Cirsa. Según el dueño, ambas llevaban siglos instaladas allí, desde mucho antes de que Manolo llegara a pedir trabajo con su tez macilenta de candidato a la cirrosis y sus ojillos de hambre. De hecho, cuando Manolo lo llamó para

darle el recado de que vendrían a sustituir las máquinas, el comentario del jefe fue que ya era hora, que los cacharros aquellos eran casi de cuando la peseta.

Detrás del tipo joven apareció otro, un tío grandote y cuarentón, con menos cuello que un muñeco de nieve, sudando a chorros y conduciendo una carretilla con soltura de *skater*.

El primero puso sobre la barra unos documentos, con el membrete de Playgrama.

—La cambiamos enseguida. Me vas a tener que firmar unos papeles.

Manolo tomó nota del tuteo, pero lo asumió con naturalidad, porque el tipo parecía un sujeto simpático, de esos capaces de hacerse amigos de cualquiera en tres minutos. No obstante, se fijó más bien en el otro, que movía las banquetas para llegar con la carretilla hasta la máquina.

—¿Y la nueva? —preguntó.

—En el furgón —contestó el tipo simpático.

—¿Y por qué no la traen primero?

El del papeleo titubeó un instante. El de la carretilla, sin embargo, señaló el exiguo espacio a su alrededor y soltó un resoplido con cara de vinagre.

—Sí, la traigo primero... ¿Y dónde coño la meto?

—Venga, carajo, Palenque... No seas atravesao —dijo el otro.

El tal Palenque continuó con lo suyo, situando la pala de la carretilla bajo la máquina, buscando el enchufe, constatando con los dedos que la parte superior del armazón estaba recubierta por una capa de roña de años vieja y pegajosa, ese tipo de solidificación mugrienta de la desidia.

Manolo registró todos estos movimientos con el rabillo del ojo mientras examinaba los documentos que tenía que firmar. Pero el otro tipo dijo de pronto:

—Ah, se me olvidaba... También necesito que me rellenes estos papeles.

—¿Y esto? —preguntó Manolo, mirando el cuestionario en el que se solicitaban datos personales—. El jefe no está, yo no sé su número de carné, ni...

—No, no son los del propietario, sino los tuyos, como persona responsable en el momento de la entrega.

El camarero asintió, sacó un bolígrafo y comenzó a cumplimentar el estúpido formulario. Para entonces, el grandote ya había salido con la máquina y se había perdido pasillo adelante, hacia la zona de carga y descarga. El simpático se había aplicado a cumplimentar él mismo otro papelote. En algún momento, comentó con fastidio:

—Coño, cuánto papeleo... Esto es lo que más me jode. Como mi compañero es un cacho carne con ojos, siempre me toca a mí. ¿Te lo puedes creer?

Pero Manolo no hizo demasiado caso. Firmó el impreso y se lo puso delante, diciendo:

—Bueno, ya está. Espero que no haya que hacerlo todo dos veces. —El empleado se lo quedó mirando, confuso. Manolo aclaró—: Quiero decir: el papeleo debería servir para las dos máquinas, ¿no?

El de Playgrama miró al extremo de la barra, donde estaba situada la Mini Cirsa, y sonrió.

—No, hombre, qué va... Esto es un papeleo por local, no por máquina... Si tuviera que hacerlo así, con la de locales que me quedan por visitar todavía...

—No te quejes, que por lo menos estás en la calle. No como yo, que me paso la vida aquí metido, carajo...

—Eso sí —dijo el otro, dándole una copia de cada uno de los impresos.

Manolo se limitó a ponerlas bajo la caja registradora. Luego continuó tomando su carajillo, que se había entibiado.

El empleado estaba ya junto a la tragaperras pequeña, desenchufándola.

—Bueno, la voy a ir preparando en lo que viene el compañero —dijo—. Que, por cierto, está tardando... Este jodío... —Consultó su reloj con impaciencia—. Mira, voy para allá, no sea que se haya liado sacando la máquina del camión. Aparcamos en cuesta... —dijo dirigiéndose a la puerta.

Pero, antes de que saliera, Manolo soltó repentinamente la taza y le gritó:

—¡Eh! ¡Chacho! ¡Espérate ahí un momentito! —El interpelado se volvió, con una extraña expresión de sorpresa—. ¿Por qué no aprovechas el viaje y así terminamos todos antes? —preguntó Manolo, señalando la máquina pequeña.

—La carretilla la tiene el compañero...

Manolo hizo un gesto afable y se dirigió a la cocina, diciendo:

—Bah, no hay problema, compadre... Yo te presto la mía.

Paco el Salvaje aseguró la carretilla y echó un último vistazo al botín situado al fondo: con la modelo Chicago, eran cuatro máquinas tragaperras (a una por bar), seguramente llenas hasta las trancas, a juzgar por el peso. Descendió de la caja del vehículo y gastó solo un par de movimientos expertos en plegar la rampa y cerrar las puertas. Con la manga de la camisa se enjugó el sudor de la frente y contempló por unos instantes la fachada del centro comercial y, algo más allá, la playa, tranquila como lo está siempre cualquier playa un martes a media mañana, por muy turística que sea. Unos cuantos bañistas aislados, algunos corredores solitarios enchufados a sus auriculares, varias parejas de jubilados, todos guiris, todos ancianos, paseando por la orilla o por la avenida, donde los camareros comenzaban a instalar las mesas de terraza. Eso era todo, salvo los dos policías locales que

conversaban con la dependienta de una heladería en el otro extremo del paseo. Mientras continuaran allí, pegando la hebra, no habría problema. El furgón estaba en el área de servicio del centro comercial y, en todo caso, él no era más que el empleado de una empresa de recreativos que hacía un transporte, cosa de cargar y descargar, señor agente, cinco o diez minutos todo lo más, mientras viene mi compañero. Raro sería que se pusieran tontos y le pidieran los papeles, sobre todo teniendo cosas más agradables que hacer, como hablar con la heladera, tan jugosita que parecía, al menos en la distancia.

El Marqués llegó al furgón llevando la otra máquina. El Salvaje corrió a abrir otra vez las puertas y a deslizar la rampa, pero no pudo evitar partirse la caja de risa.

—¿Y esto?

—Ya te contaré —dijo el Marqués, agobiado por el esfuerzo—. Y cuando te lo cuente, sí que te vas a descojonar.

2

En la casa roja, Lola estaba probando la carne con papas. Cuando sonó el teléfono, no necesitó mirar la pantalla para saber quién era.

—¿Cómo fue?

Con ruido de tráfico de fondo, el Marqués contestó:

—De puta madre.

—¿Vas a tardar mucho?

—Acabamos de coger la circunvalación.

—Perfecto. Dile al Salvaje que no corra. Hay radares por la Casa del Gallo. A ver si todavía van y les hacen una foto.

—De acuerdo. Nos vemos enseguida.

Lola colgó, apagó el fuego y tapó el caldero. Se felicitó por su decisión de hacer un plato de cuchara. Eran cuatro a comer y aún les quedaba mucha tela que cortar esa mañana.

Lola fue al recibidor y se encontró al Flipao, con su cuerpito flaco y paliducho, viendo un documental en la tele. En cuanto podía, Felo se enchufaba a los canales de documentales. De naturaleza, de historia, de literatura o de política, le importaba tres pepinos la materia: él sintonizaba el canal y se quedaba ahí, ante la caja tonta, absorto, durante horas. Ni se inmutó cuando Lola apareció en el umbral; continuó allí, sentado en el borde del sofá, con las manos juntas en actitud de oración y los codos apoyados en las rodillas.

—Ya vienen.

Él la miró un instante, abriendo mucho sus grandes ojos castaños (los ojos de Felo eran extrañamente hermosos, como si pertenecieran a otra persona), y preguntó:

—¿Cómo fue?

—De puta madre, por lo visto.

Averiguado esto, la atención del pibe volvió a la pantalla, donde una familia de hienas daba cuenta de los despojos de una cebra. Lola no tenía más que decirle y salió al porche. El sol calcinaba el amplio patio delantero, donde estaban su coche y el Opel Corsa del Marqués. Las buganvillas y los maracuyás de los parterres que circundaban la tapia se veían resecos. Esa tarde, cuando hubieran terminado el trabajo, le tocaría regar. Por lo pronto, se conformó con pulverizar algo de agua sobre el helecho de la entrada. Sería un verano duro para las plantas. Pero con lo que sacaran hoy podrían quedarse algo más en casa y prestarles más atención.

Lola acababa de cumplir treinta años y comenzaba a notar cómo la sangre se le amansaba, cómo le apetecía estar allí, en casa, dedicándose a

las plantas. Y al Marqués, al parecer, le ocurría igual. Sin embargo, había que buscarse el sustento.

De ordinario hacían timos cortos, cosas rápidas que no daban mucho beneficio pero podían hacerse muchas veces sin que te pillaran. Cosas como lo de las máquinas implicaban al menos una semana de trabajo, la colaboración del Salvaje y el Flipao y mucho esfuerzo. Además, aquello no era la Península, no podías irte cien kilómetros más allá y volver a hacerlo. En la Isla se corría la voz enseguida y los primos se enteraban y no se dejaban tangar. Y, por supuesto, el Margarito les sacaba una pasta por el furgón. No: palos como aquel solo podían darlos una vez cada dos o tres años.

El asunto no era complicado, pero requería su preparación. Para empezar, Lola y el Flipao hacían la ronda fingiendo ser una pareja. Se iban al Sur, a los centros comerciales (siempre los más cutres), y tomaban cafés en bares y restaurantes que tuvieran recreativas. Anotaban los nombres de los negocios, los modelos de las máquinas e, incluso, sonsacaban a los camareros cuál era el día de la recaudación. Esto no era complicado si te hacías pasar por un ludópata de esos que creen tener un sistema para ganar y que se pasan la vida perdiendo.

Era importante que los bares estuvieran en los centros comerciales, porque así había una excusa para no llevar el furgón hasta la puerta. No obstante, por si las moscas, el furgón, como los monos de trabajo del Marqués y el Salvaje, llevaba rotulado el logo de Playgrama. Los monopolios son buenos: el hecho de que la mayoría de las recreativas de la provincia fuera de esa empresa facilitaba bastante la tarea.

La segunda fase era casi burocrática: Lola se encerraba en el cuarto de trabajo con el ordenador y se dedicaba a reunir información sobre los bares: teléfonos, nombres de dueños y encargados, horarios y demás mierda útil.

Gracias a las redes, no era complicado averiguar estas cosas. Por último, diseñaba e imprimía albaranes y formularios, todos con el logotipo de Playgrama.

Lo demás dependía del día de recaudación en cada zona. Por ejemplo, si los de Playgrama recaudaban los martes, a primera hora del lunes, Lola telefoneaba al bar desde un teléfono seguro y, presentándose como Silvia, de Recreativos Playgrama, preguntaba por el jefe, usando el nombre de pila de este, como si lo conociera, como si hubiera confianza. A primera hora, los dueños nunca están. Por eso, porque el jefe no estaba y porque llamaban de Playgrama y porque aquella piba tan agradable y simpática tuteaba al jefe, el camarero o camarera, o quien carajo hubiese contestado, no tenía problema en hacerse cargo del recado de que a lo largo de la mañana pasarían por el local empleados de la empresa para, sin coste alguno, sustituir la máquina tragaperras por un modelo nuevo, más moderno, con premios mayores y más llamativa, ya se sabe, la tecnología avanza mucho y, en este negocio, esas cosas son fundamentales.

3

De pronto, todo comenzó a moverse en la casa roja: el furgón llegó y aparcó en el patio delantero; Lola y el Flipao salieron de la casa y fueron hacia allá mientras el Marqués y el Salvaje preparaban la rampa para bajar las máquinas.

Hablaron poco mientras las sacaban y las iban llevando, una a una, a la caseta. La tapia era alta y la mayoría de los vecinos no estaba, pero nunca se sabía: unos tipos destripando una máquina tragaperras en el patio de una casa de campo hubieran llamado la atención como un *drag queen* en un bautizo. Así que fueron a la caseta con las tragaperras, y el Marqués y el

Flipao comenzaron a elegir llaves y ganzúas, al tiempo que el Salvaje volvía al patio para desprender de los laterales del furgón las grandes pegatinas con el logo de Playgrama. Las quitó con cuidado, casi con cariño, mostrando una delicadeza contradictoria con sus grandes manazas de luchador.

El Marqués y el Flipao se dieron algo más de brillo con las recreativas, pero también procuraron ser cuidadosos. La primera cerradura, la de la Chicago, cedió fácilmente, y Lola tomó los cajetines y se los llevó a la casa para comenzar a contar el dinero, mientras los otros dos comenzaban con la siguiente.

En total, les llevó casi una hora abrir todas las máquinas, porque una de ellas, la penúltima, modelo La Diligencia, tenía un sistema de apertura algo más complicado. Era importante no despanzurrarlas: parte del trato con el Margarito era entregárselas en buen estado. Se había puesto tonto diciendo que sería difícil colocarlas, pero a nadie se le escapaba que sacaría doscientos o trescientos euros por cada una. Quizá, cambiando los números de serie o vendiéndolas por piezas, se las encasquetara a la misma Playgrama. Si había algo que el Margarito sabía hacer era buscarse la vida.

Algo más tardaron Lola y el Salvaje en contar el dinero. Se hicieron un lío entre monedas y billetes de distinto valor. Hacia el final del recuento, el Marqués y el Flipao, que habían acabado ya y habían vuelto a meter las máquinas en el furgón, permanecieron en el vano de la puerta del estudio, observándolos contar y recontar una y otra vez. Finalmente, Lola hizo la suma en un papel y alzó la vista sin poder contener una sonrisa.

4

La carne con papas le había quedado tan rica que se les iba a caer a todos la velilla (según el Flipao) y tan buena como la de mi santa madre que en gloria esté (el Salvaje *dixit*). Diego no dijo nada en voz alta. Se limitó a probarla, a arquear las cejas y sonreír, a tomar la mano de Lola (a su derecha en la mesa) y dar un suspiro de satisfacción, antes de abalanzarse sobre el plato indefenso.

Por lo demás, comieron en silencio, presurosos. Todavía quedaban algunas cosas por hacer y, aparte de eso, ya habían repartido el dinero. Permanecía sobre la mesa del estudio, dividido en cinco bolsas de plástico. Los porcentajes, por supuesto, no eran los mismos. Lola y el Marqués no solo eran los jefes del equipo (habían tenido la idea, la habían diseñado y la coordinaban), sino que daban el tajo más que nadie y ponían el sitio. El Salvaje también se jugaba el pellejo y, sin su fuerza y su numerito del empleado atravesao, hubiera resultado más difícil hacer ese bisne. El Flipao, en cambio, tenía una intervención más cómoda: ir con Lola a tomarse algo y luego, simplemente, esperar para echar una mano. Con todo, la parte más pequeña era la del Margarito, un fijo por poner su furgón (con placas de matrícula falsas que después volvería a sustituir por las legítimas). Por otro lado, se llevaba por la cara cinco máquinas tragaperras casi intactas.

Fue Diego quien hizo el café y lo sirvió, mientras los demás retiraban los platos, encendían cigarrillos y se servían chupitos de Jägermeister. El Flipao se sentó en la parte de atrás, en las escaleras de la azotea que daban al huerto, y se aplicó a la tarea de hacerse un porro. No tardó mucho: su habilidad para pulir el hachís y liarse el cigarrito era solo comparable a su destreza para meter los dedajos en cualquier bolso y sacarlos atenazando carteras, móviles y gafas de sol sin que nadie se percatara. En cuanto encendió el canuto, los demás salieron y lo rodearon, para ir pasándoselo.

—Me voy a pegar un verano cojonudo gracias a la movida esta —dijo el Salvaje.

—Si te administras, te da para un par de meses —observó Lola.

—¿Y ustedes, qué? —preguntó él, refiriéndose a Lola y al Marqués.

Estos se consultaron con la mirada. Finalmente, fue Lola quien contestó:

—Una semanita sin currar no nos la quita nadie. Pero no hay que dormirse en los laureles, que luego vienen las vacas flacas...

—Además —añadió Diego—, tenemos que ir pensando ya en alguna movida gorda para finales del verano.

—¿Y eso? —preguntó el Flipao.

—Coño, para tener algo que les dé vidilla, a ti y al Salvaje, cuando se pulan la pasta.

5

El Margarito leyó el esemese del Salvaje (VMOS PARALLA.TDO BIEN), se guardó el móvil y dejó a un lado la llave Allen. La estantería de aluminio podía desarmarla en cualquier momento; ahora le urgía más comprobar si en el almacén habría hueco para las tragaperras.

En el solar había una docena de coches, incluidos modelos muy viejos: un Simca 1100, un Volkswagen Escarabajo de 1970, un Renault 4 Latas y hasta un Lada 2105 que un día había estado pintado de color bermellón. Por supuesto, ninguno de ellos era capaz de ponerse en marcha y recorrer un kilómetro, pero precisamente por eso los había adquirido. Cuando no había piezas en los chatarreros grandes, los mecánicos a quienes acudían los frikis que aún tenían esos modelos acababan yendo hasta su negocio para conseguir los repuestos que sus fotingos necesitaban para continuar pasando la ITV. Al fondo del gran rectángulo, bajo un techado de uralita, se

amontonaban frigoríficos, lavadoras, secadoras, lavavajillas, hornos y cualquier otro trasto que se pudiese despiezar. También montones de piezas de cobre, latón, hierro o aluminio, ordenados según tamaños y materiales.

Aparte de eso, el Margarito, en el almacén anexo a la vivienda, acumulaba cualquier cosa comprable o vendible, desde pequeños electrodomésticos a muebles de cocina desmontados.

Ese fue el camino que tomó ahora, seguido por Berger, que meneaba el rabo mientras el Margarito le daba palmadas distraídas en la frente: desde el cobertizo de uralita hasta el almacén, pasando por entre los cadáveres automovilísticos. Entró en el almacén dejando fuera a Berger y escuchó sus dos o tres ladridos indolentes de protesta. Con un rápido vistazo, calculó que dispondría de espacio suficiente moviendo las dos pantallas de plasma, aún embaladas. Tras hacerlo, atravesó el almacén y pasó por la puerta de acceso a la vivienda, que daba a la cocina. Ruth se afanaba en pelar papas, con la tele a todo volumen.

—Baja un poco eso, coño —le dijo al pasar. Constató que ella no le hacía puto caso. Desde el vano de la puerta del pasillo, se detuvo a preguntarle—: ¿Dónde está el pibe?

—Arriba. ¿Dónde va a estar? —refunfuñó Ruth, sin dejar de pelar ni de escuchar a las dos tertulianas que alegaban sobre la inminente separación de una folclórica. El Margarito subió las escaleras murmurando un *benditoseadios*, hasta llegar al rellano y abrir el cuarto de su hijo. Tirado de través en la cama, apoyada la espalda en la pared, el adolescente en calzoncillos se afanaba en tirotear a los terroristas islámicos que tenían huevos de asomarse a la pantalla del ordenador portátil que sostenía en su regazo. Los terroristas eran todos mellizos, todos iguales: tíos con turbante, cara tapada, gafas negras y AK-47.

—¡Fos! Fuerte pestazo, coño... Me cago en la polla santa de Cristo, Yeray. ¿Es que no te asfixias aquí dentro?

El pibe continuó jugando, ajeno a la protesta de su padre, que, en medio de la habitación, contemplaba con desagrado la ventana cerrada, los calcetines, las playeras y los calzoncillos tirados por el suelo. Si había algo que le jodiera al Margarito, era esa actitud. Dio un zarpazo a uno de los pies de su hijo.

—Venga, carajo, levántate.

—¡Coño, pa! —se quejó Yeray—. Ya me mataron por tu culpa...

—¡Eh! ¡A mí no me coñees, que te arranco la cabeza!

El Margarito repitió el zarpazo, algo más enérgicamente. El pibe sabía por experiencia que, si no se ponía en posición de firmes, el tercero sería bastante más duro que los anteriores. Dejó el ordenador a un lado y comenzó a incorporarse.

—Vístete y baja, que me tienes que echar un cabo con unas cosas que van a venir —ordenó el Margarito, saliendo nuevamente de la habitación.

—Chacho, pa, que empecé las vacaciones ayer...

—Por eso mismo: si después de las notas de mierda que me trajiste te crees que te vas a pasar el verano ahí, a la sopa boba, vas arreglado. Mañana mismo te apunto a la academia, para ver si recuperas. Y el resto del tiempo, ayudas en lo que yo te diga. Y punto.

Tras decir esto, bajó las escaleras, obviando los refunfuños del muchacho a sus espaldas.

Cuando cruzaba nuevamente la cocina, Ruth se volvió hacia él.

—Alejandro, en un ratito va a estar la comida.

—Se va a tener que esperar. El Salvaje viene para acá.

—A ver si no tardas mucho, que las papas recalentadas no sirven para nada.

El Margarito se paró un momento y la observó: allí, en pie junto al poyo, con un cuchillo en una mano y media papa en la otra, continuaba teniendo algo de la hermosa mujer que había sido, aunque algo más ajada, más pálida, con los pechos menos firmes y más bolsas bajo los ojos. Sus caderas, no obstante, aún eran rotundas, y su boca conservaba la tersura y las buenas mañas. Puede que esa tarde, cuando aflojara el calor, se diera un revolcón, pero ahora había trabajo, así que continuó avanzando hacia la puerta de acceso al almacén, diciendo:

—Pues si tienes que hacer más, haces más. ¡Y baja la tele, cojones!

Los ladridos de Berger coincidieron con la llegada del furgón. Salió a la entrada y abrió el portón para que el Salvaje pudiera meter el cacharro.

—Amarra al puto perro —dijo el Salvaje.

Agarrando a Berger por el collar, el Margarito bromeó:

—Muy cagao te veo yo para ser tan grande.

—Cagao no, pero guerra avisada no deja muertos: como se me acerque, le doy una patada que te lo reviento —escupió Paco sin hacer ademán de apearse hasta que el perro no estuviera atado.

El Margarito se llevó al perro para encadenarlo en su rincón, diciendo:

—Bueno, bueno, no te me pongas farruco, carajo, que no se te puede dar una broma.

Cuando volvió hasta el furgón, Paco y el Flipao ya habían abierto las puertas traseras.

—¿Qué me traen? ¿Las cuatro?

—Mejor: te traigo cinco. Y la parte tuya —dijo el Salvaje, entregándole una bolsa de plástico en la que tintineaban otras bolsas llenas de monedas.

—Joder, ¿todo en calderilla?

—Casi todo —dijo el Flipao—. Algún billete también hay. Y no te quejes: tú eres autónomo y lo puedes llevar al banco para que te lo cambien

de una sola vez. Nosotros lo tenemos más jodido.

El pibe salió de la casa y el Margarito le dio la bolsa.

—Llévale esto a tu madre y vuelve para acá. Y al loro con escaquear nada, que está contado.

El sol continuó dando fuerte, Berger ladrando, ellos descargando el furgón y metiendo las máquinas en el almacén lo más rápidamente posible, para que nadie pudiera verlos a través de la verja que rodeaba el solar. Finalmente, el Salvaje estacionó el furgón al fondo y se metió en su Mazda, que estaba allí desde por la mañana.

—¿Me llevas para el Puerto? —le preguntó el Flipao, abrazando la mochila en la que llevaba su dinero.

—Para el Puerto, no; voy para mi casa. Pero te dejo en Las Palmas y allí ya te pillas un taxi.

—Chachi —dijo el Flipao, apresurándose a subir al coche antes de que el Salvaje cambiara de opinión.

Desde la verja, el Margarito les dijo adiós con la mano. Mientras cerraba, se acordó de las papas fritas. Papas fritas y filetes. Eso era lo que había para comer. Comida de putas y cabrones, como solía decir su padre. «Lógico —pensó yendo hacia la cocina—, comida de putas y cabrones, que es lo único que hay en esta jodida casa».

6

Diego dejaba caer la tarde sentado en el porche, sopesando la posibilidad de llamar a su ex. Con lo que habían sacado con las máquinas, podría pagarle los tres meses que le debía y el mes corriente. Le apetecía tanto hablar con Nuria como sentarse a culo desnudo sobre un cactus. Pero, si la llamaba, quizá tuviera suerte y ella lo dejara hablar con Aitor. Aunque

no: lo más probable sería que el chiquillo estuviese ya en L'Escala, pasando las vacaciones con los abuelos.

Lola salió al patio, despeinándolo al pasar, y se acercó al rincón donde estaba la llave de la boca de riego. El Marqués la observó tomar la manguera y comenzar a regar. Como casi siempre, llevaba un Meyba y una camiseta de las que solía ponerse en casa, y había recogido en un moño su cabello castaño oscuro. Al Marqués le gustaba verla trajinar con las plantas. Se quedaba ensimismado contemplando su cuerpo menudo y elástico ir de acá para allá, cuidando de que no se le quedara ninguna porción de tierra sin humedecer; cómo de pronto se agachaba para arrancar una mala hierba o examinar el buen estado de una hoja. Desde donde estaba, no podía ver sus ojos zarcos, pero adivinaba las pupilas dilatándose ante alguna nueva floración, orientando la manguera hacia otro lado y acariciando con dos dedos la flor de maracuyá, comprobando que la vulva se había abierto.

Cuando Lola volvió al porche y se sentó a su lado, él encendió dos cigarrillos y le dio uno.

—Este año, con el calor que ha hecho, los maracuyás van a estar muy dulcitos.

Diego miró su rostro, las diminutas pecas del color de la canela que formaban un doble sendero hacia su nariz, y hundió la cabeza en su cuello para olerle la piel. Ella se estremeció un momento, pero continuó diciendo:

—Me tienes que echar una mano para arreglar los parterres de atrás. Creo que los tomates se están bichando.

—Yo te echo una mano a ti donde haga falta —susurró él, dándole un mordisco en la nuca.

7

El viejo Mazda de Paco el Salvaje se incorporó a la circunvalación y tomó el descenso del Guiniguada. Al pasar junto a la depuradora de aguas, el Flipao subió la ventanilla para que el hedor no se introdujera en la cabina y, como si hubiera estado todo aquel rato pensando en cómo hacer la pregunta, dijo:

—Oye, una cosa: ¿es verdad que tú a la Ruth te la follaste?

El Salvaje hizo un mohín de sorpresa.

—Pero ¿tú qué dices, subnormal?

—Hombre, no te mosquees... Di: ¿te la tiraste o no?

—¿A qué viene eso ahora?

—No, hombre, a nada. Pero me llegó el chisme por ahí y me pareció raro.

—¿El chisme? A ver si me vas a buscar un problema con el Margarito por la cara. ¿Quién carajo anda diciendo eso?

—Se dice el pecado, pero no el pecador.

Paco el Salvaje aprovechó que el semáforo del Puente de Piedra se había puesto en rojo para mirarlo a la cara y decirle:

—Lo que no se dice son las veinte hostias que te voy a meter, hijo de puta. ¿Quién anda diciendo eso?

—A mí me lo dijeron en lo de Nolasco. Me lo dijo Pepe el Chepa. Y a él se lo dijo Lolo el Batata. Pero yo no sé, Paco, de verdad... Por eso te preguntaba.

El disco cambió a verde y el Salvaje continuó conduciendo en silencio. Descendieron por la desembocadura del Guiniguada y, al pasar el teatro Pérez Galdós, se internaron en el tráfico de Rafael Cabrera. Solo entonces, el Salvaje dijo:

—No me la tiré. Tuvimos un medio lío, cuando éramos unos chiquillajes, pero no nos llegamos a acostar. Y, además, eso fue antes de que

estuviera con el Margarito. Éramos muy pibes. ¿Está claro?

—Sí, claro, Salvaje.

—Y ahora te voy a decir una cosa: como yo me entere de que largas nada por ahí, te borro la cara a galletas. ¿Entendido?

El Flipao asintió, hizo promesas por su santa madre. Quedaba entendido. Él sería una tumba. Era solo que sentía curiosidad. Eso lo dijo justo en el instante en que Paco paraba para dejarlo en la estación de guaguas de San Telmo, frente a la parada de taxis.

—Cuídate, Felo. Y no te lo gastes todo muy pronto, que vete tú a saber cuándo se repite esto —dijo el Salvaje justo antes de arrancar y tomar el carril de la izquierda para enfilar la calle Bravo Murillo.

8

Felo entró en su cuchitril de la calle Alfredo L. Jones. Era una pieza diminuta, separada por un biombo de la no menos minúscula cocina. El piso tenía solo dos puertas: la de salida, que daba a un siniestro corredor, y la del cuarto de baño, tan estrecho que no se podía estirar brazo sin tocar azulejo.

Se sentó al borde de la cama, abrió la mochila y sacó el dinero. Después de contarlo, hizo tres montones: el primero contenía doscientos euros, para su vieja. El segundo, de cuatrocientos, le daría para tirar algún tiempo. El tercero lo puso en una bolsa de plástico. Después buscó un número en la agenda de su móvil. Al otro lado, se escuchó una voz de hombre que intentaba hacerse oír sobre un estruendo de música tecnocaribeña.

—*¿Qué fue?*

—Nada, Ñato, que a ver si nos podíamos ver.

—*¿Tienes lo mío?*

—¿Dónde estás?

—*En el coche* —dijo el Ñato, como si con eso contestara a la pregunta. Luego repitió—: *¿Tienes lo mío?*

—Todo no. Una parte.

—*¿Cómo una parte, tron?*

—La mitad.

—*¿La mitad? ¿Cómo la mitad?*

—Bueno, más o menos.

—*¿Más o menos? Loco, al final me voy a terminar calentando. Quedamos en que me pasabas lo mío ya, que me debes perras desde hace fleje tiempo...*

—Ya lo sé, Ñato, pero es que...

—*Es que pollas... Voy pa'llá y me lo explicas ahora. Ya estás largando mucho por el móvil. Bájate, que en cinco minutos estoy ahí*.

Felo cogió las llaves y la bolsa de plástico y volvió a bajar a la calle. Caminó en dirección a la esquina de Secretario Artiles y esperó en el vado para discapacitados en el cual solía parar el Ñato cuando venía a reunirse con él. No tardó en ver el Astra negro del Ñato, aquel coche tuneado con cuyas bruscas maniobras asustaba a todas las viejas y cabreaba a la mitad de los taxistas de la ciudad. Frenó justo en el vado, con chirrido de llantas afónicas.

El Flipao entró y ocupó el asiento del acompañante. El Ñato era un rapado hijo de mala madre que el barrio de Jinámar había vomitado como lo habría vomitado el infierno. Llevaba una camisilla de gimnasio que mostraba en todo su esplendor un sinfín de tatuajes. Felo, cuando lo veía, recordaba un consejo del Marqués: «No te tatúes nunca. Es la mejor manera de que te identifiquen».

El Ñato contó el dinero con disimulo, echando ojeadas a su alrededor, al tráfico rodado, a los peatones, a la señora con el *perropatada* que pasaba

por la acera desatendiendo cortésmente a la presencia de los dos individuos en el coche negro con alerones, con la música a toda mecha. Por fin, el Ñato terminó de contar, cerró la bolsa y se la puso debajo de los huevos.

—¿La mitad, compadre? Aquí no hay ni la mitad. Me debes fleje perras, loco.

—Ya lo sé, Ñato. Dame un tiempito más.

—Mira, compadre, las cosas son como son. Ya te di tiempo dos veces y todavía me debes dos Bin Laden.

—Esto es lo que tengo, Ñato. El mes que viene puede que me salga otro bisne, pero ahora mismo...

El Ñato lo sobresaltó dando un puñetazo en el salpicadero.

—Cuarenta gramos. Cuarenta gramos te di, hijoputa... Y tú, en vez de moverlos, los tiras, maricona...

—¿Y yo qué sabía de que la brigadilla iba a venir al barrio? —protestó Felo—. ¿Qué tenía que hacer, dejar que me trincaran con toda la movida encima?

El Ñato volvió a mirar a su alrededor, comprobó rápidamente que ningún transeúnte se fijaba en ellos y, tomando a Felo por la nuca, le estrelló la cara contra el salpicadero. No lo hizo una sola vez. Repitió la operación en dos, tres ocasiones más.

Felo no intentó devolverle la jugada. Sabía que lo mejor era quedarse quieto, anteponiendo las manos como mal pudiese, esperando hasta que cesara el castigo. Luego intentó contener la sangre que manaba de sus orificios nasales. El Ñato se mordió la lengua con rabia, abrió la guantera y sacó de ella un rollo de papel higiénico, que le dio al Flipao.

—Límpiate, coño, que me vas a poner perdío todo esto. —Mientras Felo, en silencio, arrancaba un buen tramo y lo usaba para taponarse la nariz, el Ñato continuó hablando—. ¿Ves lo que me hiciste hacer? Encima

te me enfrentas y te pones contestón, me cago en la puta. Lo que te estaba diciendo: te di cuarenta gramos para que los movieras. A mí me suda la polla si tenías miedo de que te pillaran los monos o si te los metiste por la napia. Me resbala. Lo que quiero es el puto dinero, ¿me oíste, julandrón? Y todavía me debes dos Bin Laden. Mil euracos, Flipao. ¿Me oíste? Mil. ¡Que si me oíste, cojones! —gritó dándole un capón en la coronilla.

Felo asintió.

—Sí, Ñato, te oí —dijo con mansedumbre, haciendo otro ovillo de papel con el que sustituir el anterior.

—Pues a ver cómo te las arreglas —zanjó el Ñato, abriendo la puerta del lado del acompañante.

Felo salió del coche y volvió a cerrar la puerta. Se quedó allí parado, con el papel pegado a la nariz, goteando sangre, mientras el Astra arrancaba y se perdía calle arriba.

9

Había comenzado a anochecer sobre el pasaje de las Chapas, pero ellos, tras las ventanas cerradas, dormitando después del revolcón, no se habían dado cuenta. El Salvaje abrió los ojos y observó a su lado el cuerpo desnudo, la piel morena, casi color café con leche; los pechos de areolas grandes y oscuras, pero hermosos; el vientre y las caderas con algunas estrías y sospechas de flacidez, aunque siempre igualmente deseables.

El Salvaje nunca lo hubiera dicho así, pero amaba aquel cuerpo cansado, de juventud sacrificada en trabajos y dolor, que podría haber dormido a su lado todos aquellos años y, en cambio, lo hacía junto a un elemento que no la trataba ni medio bien. Con la punta de los dedos recorrió arriba y abajo ese cuerpo amado. Lo hizo lentamente, sin prisa,

demorándose en la base del cuello, en el vientre, en el nacimiento del pubis, hirsuto y fragante. Ruth se desperezó, se giró y se lo quedó mirando, antes de dar un suspirito y decirle:

—Como sigas así, me vas a poner otra vez.

—¿Y dónde está el problema, chiquilla?

Ruth sonrió.

—El problema está en que debería vestirme y salir corriendo. Deben de ser las tantas, y ya sabes cómo se pone el inútil cuando no tiene la cena puesta a su hora.

Con un mohín de disgusto, el Salvaje le dio la espalda sentándose al borde de la cama y encendió un cigarrillo del paquete que había en la mesa de noche.

—¡Chacha! Siempre la misma mierda...

Ella no contestó. Se limitó a levantarse, coger su ropa e irse al cuarto de baño. El Salvaje sabía que no tenía derecho a cabrearse. Era él quien había puesto las reglas a ese juego, cuando comenzaron a acostarse un par de años atrás.

Antes, mucho antes, Ruth se le había puesto en bandeja, pero él nunca dio los pasos necesarios. Fue en las fiestas de Arinaga, cuando todos eran más pollos y más felices, aunque no lo supieran en ese entonces (la felicidad es así: nunca se la identifica a tiempo; solo se deja ver cuando ya se ha ido para siempre), en esos tiempos indocumentados en los que él y el Margarito se pasaban el verano de fiesta en fiesta, echando las nasas a todas las pibas que se encontraban. Y, sí, Ruth se le puso en bandeja, pero él tenía la sangre demasiado caliente para comer de un solo plato y ella no era mujer que se dejara compartir: no había más que verla caminar, conversar con ella cinco minutos, para constatar que era una de esas mujeres que te ocupan completamente el corazón, que no dejan espacio para nadie más. Así que el

Margarito, con la sangre igual de caliente que él, pero con mucho menos éxito, supo coger a tiempo el rebote. Y, total, para nada, porque los necios son capaces de aburrirse de cualquier cosa, incluso de mujeres inolvidables a quienes no son dignos ni de mirar.

Por la vida del Salvaje pasaron luego muchas cosas, muchas mujeres, mucho tedio y mucha soledad, hasta que por fin él se decidió a ir a ver al Margarito un día en que sabía a ciencia cierta que el Margarito no estaría y ella le abrió la puerta sabiendo que no era al Margarito a quien buscaba.

Desde entonces, a cuentagotas, a veces sin verse durante semanas, se consolaban en aquella cama por los años y las oportunidades perdidas. Pero solo allí, en la casa del Salvaje, en el pasaje de las Chapas. Nunca se les hubiera ocurrido ir juntos por la calle o ir a cenar a un restaurante o tomar asientos contiguos en una sala de cine. Solo allí, en aquellas tardes de entre semana, tras las ventanas cerradas de la casita terrera, en medio del sudor y el calor de la cama tibia, podían dar rienda suelta al deseo que ambos habían reprimido en silencio durante años.

Alguna vez, ahora que Yeray ya estaba más crecido, Ruth insinuó la posibilidad de dejar al Margarito, de mostrarse a la luz del día. Pero el Salvaje, acostumbrado a la soledad y la independencia, había querido que las cosas continuaran como estaban, aunque se le abrieran las carnes cada vez que la veía en la casa de Telde, cocinando y limpiando para el chatarrero; o cuando el Margarito se refería a ella como «la parienta» o criticaba su supuesta dejadez, su siempre presunta desidia. Una vez, al observar un cardenal en la espalda de Ruth, estuvo a punto de coger el coche y buscar al Margarito para ponerle las pilas. «Si no eres hombre para dar la cara, tampoco lo vas a ser para rompérsela a él», le dijo ella, y entonces tuvo que callarse y tragar y morderse los nudillos, que le supieron a hiel y a impotencia.

Ruth apareció, completamente vestida, en la puerta del dormitorio. La observó largamente: el vestido azul, el rostro latino y redondo, los labios gruesos y las almendras de los ojos cansados, el cabello largo y lacio.

—Me voy.

El Salvaje se levantó y le dio un abrazo.

—Perdona, chiquilla. Yo ya sé que es culpa mía.

—No es culpa de nadie, Paco —dijo ella con el rostro contra su pecho —. No es culpa de nadie, pero esto va a acabar conmigo. Y contigo, si me apuras. Algún día vamos a tener que ver qué hacemos con esto.

—No te entiendo.

Ruth se separó un poco, para mirarlo a los ojos.

—Lo entiendes perfectamente: o damos un paso adelante o damos un paso para atrás. Pero así no vamos a poder seguir mucho tiempo.

Fue lo último que dijo antes de despedirse con un beso y marcharse.

La casa se quedó más silenciosa que nunca. En calzoncillos, el Salvaje fue al salón y se quedó mirando las fotos que poblaban una de las paredes: fotos suyas, con el calzón de luchador, posando sonriente junto a otros compañeros, o en plena brega, haciendo una pardelera o un volquete a luchadores que pocas veces antes que con él habían tocado la arena. Aquella, la del luchador joven e ilusionado, era la versión de sí mismo que tenía que haber ofrecido a Ruth. Pero se dejó ir y ahora ya era tarde para eso. Quedaban los restos y ahora tocaba preguntarse qué era lo que quería hacer con ellos.

10

A las tres y media de la tarde de un miércoles, el barrio de Escaleritas duerme. Algunos han comenzado a sacudirse el sopor y se preparan para

volver al trabajo. Los demás, los que no hacen turno partido, acaban de comer y se disponen a hacer la siesta o continúan abajo, en la parte baja de la ciudad, en el Puerto o en los centros comerciales, ganándose el pan hasta el anochecer. Eso los que tienen trabajo, que son pocos. Los otros, los que hace ya tanto que no trabajan que ni siquiera recuerdan en qué consistía cumplir un horario, sestean en la sobremesa, ven la novela de la tele, los documentales de La 2 o los programas de cotilleos que acaban de empezar.

Por las calles abrasadas por el sol no se mueven más que algunos gandules volviendo de la playa y grupos de chiquillajes que juegan al balón con menos ganas que destreza. Dos changas, armados con un cartón de vino barato y una bolsa de plástico en la que hay galletas, se han hecho fuertes en uno de los bancos que hay ante la iglesia Redonda.

Si Carmita fuera a la cocina y se alongara por el ventanuco, podría ver los primeros árboles del jardín de la iglesia, la planta norte del edificio. Pero ahora no está en la cocina. Está en la estancia que hace de recibidor, comedor y cuarto de estar en la exigua vivienda. Sentada en el sofá, se aplica a la tarea de pelar y cortar en cachitos muy pequeños una manzana, que va dando a comer a Tomasito. En la tele, Alan Ladd desciende en ese instante de su caballo y se dirige al *saloon*.

—Yo creo que esta ya la vimos, Tomás —dice Carmita, refiriéndose a la película.

Tomasito no dice nada. En realidad, más allá de algunos sonidos guturales, no articula palabra desde hace dos años, cuando la apoplejía lo fulminó y lo dejó con la mitad del cuerpo parado y la lengua inservible. Pero hace algo así como un gesto de asentimiento. Sí, veían muchas películas cuando eran novios. Eso, sobre todo, era lo que hacían: ir al cine. Tampoco había para más: «Pan, plátanos y perras pa'l cine», se decía en la

época. Después él hubo de embarcarse para mantener a los tres críos y a su santa, que también echaba una mano cosiendo para la calle.

—Sí, yo creo que sí. La vimos en el Rialto —insiste Carmita—. ¿Te acuerdas del cine Rialto, Tomás?

Justo entonces se escuchan los pasos en el último tramo de escaleras, la llave introduciéndose en la cerradura de la puerta de la calle. Lola entra con un «¿Se puede?», arrastrado en las letras e y completamente innecesario, más una broma que una pregunta.

—Ay, Tomás, mira quién vino —dice Carmita, observando la reacción de su marido. Los ojos del viejo se iluminan al distinguir a Lola, que viene al sofá para dar un beso a cada uno.

—¿Cómo estás, papá? ¿Bien? ¿Sí? —pregunta ella, atenta a sus asentimientos, a su sonrisa manca, dejando que la mano izquierda del hombre le acaricie la mejilla y el pelo.

—Ahí está, mi hija, con las películas del Oeste.

—Como debe ser, a gusto y tranquilito. ¿Verdad, papá?

Lola deja el bolso en el suelo, se sienta en el sillón individual que forma ángulo con el sofá. Permanece un rato así, viendo cómo su madre da a Tomasito los últimos trozos de manzana.

Carmita aprovecha para preguntarle qué tal va todo, si Diego no ha venido con ella, si ha sabido algo de su hermano Carlos. Y ella va respondiendo que todo va bien, que Diego se quedó en casa, porque hoy tocaba regar, que no sabe nada de Carlos desde hace un mes.

—A mí me llamó la semana pasada —dice Carmita—. No le dan vacaciones hasta septiembre. Así que fíjate, mi niña, otro verano que no veo a los chiquillos.

Lola piensa que Lanzarote no queda tan lejos; que bien hubiera podido su hermano mandarle a los nietos para que estuvieran unos días con la

viejita; que, seguramente, su cuñada no ha querido. Pero se calla. No necesita hacerle notar nada de eso a su madre, quien, por su parte, lo sabe exactamente igual que ella.

—¿Y tú, mi hija? ¿Ya comiste? Me quedó un poquito de caldo papas, si quieres, te lo caliento...

—No, mamá, ya comí.

—¿Qué comiste?

—Ah, una carne con papas, que me sobró de ayer. Y tengo que irme pronto. Solo venía a verte. Bueno —agrega, sacando un sobre del bolso—, y a darte esto.

Carmita abre el sobre y ve los billetes. No los cuenta. Simplemente los mira, vuelve a plegar el cierre del sobre y lo deja sobre el brazo del sillón.

—¿Y esto?

—Nos salió un trabajo bueno. En Maspalomas. Haciendo promociones. En verano salen muchas...

—¿Por eso no te he visto el hocico desde no sé cuándo?

Lola aparece de vez en vez con esas cantidades, nunca iguales. En ocasiones, solo doscientos euros; otras, mil o dos mil. Y siempre son fruto de una promoción, de una temporada trabajando como intérprete, de unos días haciendo una sustitución en la recepción de algún hotel del Sur. Carmita no es tonta. Tomás tampoco. Ambos tienen el suficiente mundo para sospechar que el dinero no proviene de ningún trabajo. Sin embargo, prefieren no preguntárselo. Ni a Lola ni a sí mismos.

—¿Y Maribel? ¿Cómo está? —pregunta Lola.

—Esta mañana vino, con Yerobe. Se iban a la playa. Ay, tienes que verlo, a Yerobe. ¡Más bandido que está!

A Carmita siempre se le llenan los ojos de chiribitas cuando habla del nieto. A Lola, en cambio, el crío no le cae bien, con su cráneo rapado y su

piel demasiado bronceada, mimado como solo puede estarlo el hijo de su hermana (quien cree que a los niños hay que tratarlos de tú a tú y no negarles nada, no sea que se vayan a coger un trauma) y de su marido (un descerebrado que piensa que la felicidad se mide en número de electrodomésticos y en la cantidad de *bytes* de los que dispone la memoria de su móvil). Esa combinación es una bomba de relojería que acabará estallando cuando Yerobe tenga catorce o quince años, pero ahora, a los seis, ha comenzado ya su cuenta atrás.

Lola echa un vistazo a la casa, esa casa en la que se crio, que compartió con los dos viejos y con Maribel y con Carlos, hasta que la vida les fue pasando a todos por encima. Ahora, aunque esté más vacía, a ella le resulta cada vez más pequeña y asfixiante, como si se hubiese ido agostando con la partida de los hijos, la enfermedad del padre, la vejez de la madre.

Carmita le ofrece café y ella mira su reloj.

—Ay, mamá, me voy a tener que ir.

—¿Y eso, mi hija? ¿Tan pronto?

—Sí. Es que esta tarde tenemos que ir al Sur otra vez —miente—. Parece que hay posibilidad de coger otra campaña de promociones.

Los viejos intercambian una mirada de suspicacia. Ella la adivina, pero decide, como siempre, obviarla. Hay secretos que se guardan por delicadeza, más que por engañar.

20 DE AGOSTO

—Chico, tú me perdonarás el coñazo de haberte hecho venir —dijo el comisario Rubén Benavides—. Y precisamente hoy, con lo que ha pasado. Sé que estarás fastidiado, Marcos.

—No sabes cuánto.

—Pero no te quepa duda de que todo se va a aclarar. Precisamente por eso estamos aquí. Cuando Serrano me dijo que había que hablar contigo... No sé, hombre, preferí que fuera así, entre amigos.

—Yo eso te lo agradezco, Rubén. Y, en lo poquito que pueda ayudar, ya sabes que puedes contar conmigo.

—Lo sé. Por eso no quería que Serrano te diera la murga con interrogatorios. Es un policía de primera, pero cuando se pone en plan Serpico...

En ese momento llamaron a la puerta y el comisario dio permiso para entrar. Inmediatamente, un cincuentón de cabello escaso y traje demasiado oscuro para la época del año dio un paso hacia el interior de la sala de reuniones. El comisario le hizo la fiesta:

—Ah, Serrano... Precisamente hablábamos de usted —dijo, cordial, levantándose para hacer las presentaciones—. Aquí, Marcos Perera, un buen amigo. Te presento al inspector jefe Emilio Serrano, de lo mejorcito que tenemos en el Cuerpo.

—Favor que usted me hace, comisario —dijo Serrano, intentando mostrar algo que se parecía lejanamente a una sonrisa y dando la mano a Perera, que también se había puesto en pie—. Encantado, don Marcos.

—Lo mismo digo.

Volvieron a sentarse, a invitación de Benavides. El encuentro tenía lugar en una pequeña sala de reuniones cercana a su despacho. En torno a la mesa redonda de formica chapada en color crema sobraban dos sillas, pero Perera permaneció enfrentado al comisario, más que al inspector jefe: aunque este había desplegado ante sí el contenido de una subcarpeta con notas manuscritas y diferentes documentos impresos, había quedado tácitamente establecido que su verdadero interlocutor era Benavides. Ese interlocutor no llevaba puesta la americana porque la había dejado en su despacho y, sin quitarse la corbata, se había desabrochado el primer botón de la camisa. Ahora se estaba arremangando. Marcos Perera no tenía ese problema: había acudido a la cita con un polo de manga corta y frescos pantalones de lino. Desde su lado de la mesa, observó cómo el comisario se acariciaba la barba entrecana, en un gesto muy suyo, mientras hablaba a su subordinado.

—Cuando vino usted, le iba a explicar al señor Perera que llevamos un mes tremendo. —Ahora se volvió hacia él—. Imagínate, Marcos: siete fallecidos. ¡Lo que nunca! Para que te hagas a la idea: el año pasado hubo en total trece homicidios. Eso en toda la provincia e incluyendo la violencia machista. Lo mejor sería que no hubiera ninguno, pero, comparando con otras regiones, esto es el Paraíso. O lo era, porque ahora, de repente, es como la jodida Franja de Gaza. Fíjate: siete homicidios, casi al mismo tiempo. Y sin salir de la Isla. Estamos desbordados, Marcos.

—Yo, como te decía, estoy aquí para ayudarlos en lo que pueda.

—Eso nos viene muy bien, don Marcos —intervino el inspector jefe—, porque ahora mismo está todo muy confuso, y la relación de usted con...

—Bueno, Serrano, vayamos por partes —dijo Benavides con suavidad de mantis religiosa. El investigador asintió y dejó hablar a su superior, que se dirigió a Perera como si el otro no estuviera allí—. Marcos, lo primero: te reitero mis disculpas por hacerte venir en tan mal momento.

—Ya te dije que no hay problema. Lo que no sé es si voy a poder ayudarlos mucho.

—Más de lo que tú te crees, Marcos. Mucho más. Que aquí tenemos un lío del carajo y seguro que tú, sin ser consciente de ello, sabes muchas cosas que nos van a resultar útiles.

Se hizo una pausa y Serrano la aprovechó:

—Podríamos empezar, por ejemplo, con Eusebio Betancor.

LA MOVIDA

1

—Tengo una movida para ustedes —dijo Eusebio el Zurdo.

Lola, que había permanecido en pie junto a la mesa de la cocina, tomó asiento frente a él, comenzando a entender por qué se había presentado en la casa roja sin avisar, por qué les había pedido permiso para meter en el patio aquel Audi que no podía ser suyo y, sobre todo, por qué daba señales de vida después de un año sin decir esta boca es mía. Las llamadas telefónicas dejan huella. Las visitas, no. Sobre todo si son a última hora de la tarde y sin avisar.

A Lola no le gustaba Eusebio. No le había gustado nunca. Ni cuando trabajaba con Diego haciendo el timo corto en el Sur ni después, cuando decidió independizarse y desapareció del mapa y se dedicaba a llamarlos de vez en cuando para darles pequeños sablazos que lo sacaran de presuntos apuros y que jamás devolvió. Y ahora el Zurdo estaba ahí, con su grasienta humanidad largamente cincuentona, su calva incipiente, su camisa de sintético color crema y sus mocasines baratos, diciéndoles que tenía un negocio para ellos.

El Marqués le puso a Lola su café y se sentó también, entre ellos: Lola quedó a su derecha; el Zurdo, para hacerle honor al nombrete, a la

izquierda; y, más allá, la tarde que había comenzado a nublarse sobre el patio trasero. A él sí le gustaba el Zurdo. Sentía por él una mezcla de nostalgia y agradecimiento. Al fin y al cabo, le había enseñado el oficio. Fueron inseparables hasta que, poco a poco, Eusebio se fue haciendo viejo para ciertos trotes y él comenzó a sentirse más cómodo trabajando con Lola. Pero también le escamaba que, después de tanto tiempo, se presentara allí con lo que parecía una propuesta. La primera norma para no ser un pringao es ocultar la curiosidad. Por eso dijo:

—Espera un poco. Cuéntame qué estuviste haciendo todo este tiempo, hombre, que llevas mogollón sin dejarte ver el hocico.

—Trabajando, Dieguito, trabajando.

—¿En qué? —preguntó Lola, incrédula, clavándole aquellos ojos del color del ron, que ardían de suspicacia.

—Pues no te lo vas a creer, mi hija, pero me coloqué de chófer. —Ante el enarcamiento de cejas subsiguiente, el Zurdo repitió—: Sí, de chófer. No habrás pensado que el Audi es mío, ¿no? —agregó señalando hacia la entrada que daba al patio—. Trabajo de chófer desde hace casi un año. El curro me lo pasó Antolín el Tuerto, ¿te acuerdas, Diego? El Tuerto, el de San José.

Diego se acordaba: un flacucho con un ojo casi muerto que paraba en La Portadilla de San José.

—Ese trabajaba para Padrón, ¿no?

—Sí. Su gente curró toda la vida en Islomar. Luego, a Antolín lo pusieron de chófer de la familia de Padrón. Se pasó un chorro de años trabajando para ellos, llevando a los chiquillos al colegio y de compras a la señora. Pero el año pasado se jubiló y me dijo que si a mí me interesaba.

—O sea, que has estado trabajando de legal —casi preguntó Lola, aún más incrédula, un segundo antes de sentir la mano de Diego posándose

suavemente sobre la suya, indicándole que se contuviera.

El Zurdo alzó las cejas, procurando mantener la cordialidad.

—Mujer, no sé de qué te extrañas. No es la primera vez que estoy una temporada pringando con sueldo fijo.

—¿Y qué tal? —terció Diego.

—Hasta ahora, de puta madre. A Padrón hace ya tiempo que lo dejó la parienta, que según el Tuerto era una arpía. Los hijos están ya mayorcitos: el más pequeño está en la Península, estudiando; en cuanto a la más grande, esa ya come sola y vive por fuera. Y el tipo, cuatro veces de cada cinco, coge su propio coche. Así que solo me toca conducir cuando necesita ir acompañado o va a algún acto oficial y quiere darse el pisto. La mayor parte del tiempo estoy ahí, procurando tener el coche a punto, pendiente de que me dé un toque. O de un lado a otro, haciéndole recados. Este cabrón se pasa la vida mandándole detallitos a politicastros, a empresarios y hasta a jueces. Si te dijera las casas que he pisado este último año, no te lo ibas a creer.

—Carajo, entonces estás viviendo a cuerpo de rey —se alegró el Marqués.

La mano del Zurdo imitó a un equilibrista.

—Sí y no. No curro mucho, pero el sueldo está a juego con la cantidad de curro.

Lola hizo un mohín.

—Bah, para comer caliente ya te dará, ¿no?

—Me da para hacer la compra, pagar los gastos y escapar loco. El problema es que no he podido ahorrar un duro. —El Zurdo hizo una pausa, tomó un buche de café y luego fijó sus ojos cansados en los de Lola—. Tengo casi sesenta tacos, Lola, y en mi vida no habré cotizado más de cuatro años. ¿Qué me espera cuando ya no pueda currar más?

—De ahí que vengas a proponernos un asunto, ¿no?

Diego la hubiera mandado a callar con gusto. Acababa de saltarse la regla: no preguntes, que sea el otro quien se lance. Ella se lo leyó en la mirada, pero ya era tarde, porque Eusebio, que era quien le había enseñado esa norma al Marqués, también se había dado cuenta y asentía ahora a la suposición de Lola.

—Efectivamente, por eso vine. Pero no solo por eso. —Hizo otra pausa teatral, tomó un nuevo sorbo de café y los miró a ambos alternativamente, antes de pintarse en el rostro una sonrisa resabiada que, de golpe, lo rejuveneció diez años—. Ustedes se siguen dedicando a lo chico, Lola. ¿A que sí? El truco del cambio, el cobrador del gas, la antena comunitaria y todo eso. A veces, teiquean a guiris en hoteles del Sur. Y, de vez en cuando, hacen algo más grande, que les da para tirar un tiempo. ¿Me equivoco?

Lola se encogió de hombros.

—Tenemos nuestros bisnes. Y no nos va mal.

—Espérate ahí —el Zurdo alzó un dedo—, que yo mismo te lo cuento: mil, a lo mejor mil y pico o dos mil euros al mes. Y, si se lo pueden hacer con algo mediano, entran tres o cuatro mil, para repartir entre los dos. Pero dura poco, porque aquí mi hombre tiene que pasarle la pensión a la parienta. Perdón: a la ex. Y tú tienes que echarles un cable a los viejitos tuyos. ¿Es o no es?

Lola no contestó. Ya había metido la pata lo suficiente. Diego, en cambio, quiso ganar la posición de fuerza que habían perdido en la conversación.

—Es y no es, viejo.

—Es, Dieguito, que sé lo que hay, que todo lo que sabes te lo enseñé yo, coño.

—A lo mejor he aprendido algunas cosas más desde que te retiraste, Zurdo.

Eusebio despreció esa frase mirándolo de reojo.

—Sí, el truco ese de llevarse las tragaperras, el que hicieron el otro día en el Sur.

Tanto Lola como Diego intentaron disimular la sorpresa, pero no les sirvió de nada. El Zurdo había dado bajo la línea de flotación.

—¿Tú te crees que yo no leo el periódico? Carajo, si la mitad del tiempo es lo único que hago, esperando a que el Yunque me dé un silbido. Sí, lo de las maquinitas lo hicieron ustedes. Y estuvo bien hecho, sí, señor: cuatro garitos, cinco máquinas. Si lo hubieran hecho ustedes solos les hubiera dado para vivir hasta septiembre, pero así, por lo bajo, supongo que habrán sido cuatro a repartir: ustedes dos, el Salvaje y, seguramente, el Margarito, que habrá puesto el furgón. ¿Me equivoco?

Lola se levantó para coger su paquete de tabaco, que estaba sobre el poyo de la cocina. Encendió un cigarrillo y se quedó allí, a espaldas del viejo, con la mano junto a la tacoma donde destacaba el cuchillo grande. Como si tuviera ojos en el cogote, el Zurdo le dijo sin volverse:

—No te cojas lucha, mi hija, que no soy ningún chivato, ni los voy a chantajear.

Con agilidad inesperada, Lola sacó el cuchillo, dio una zancada y se plantó junto al Zurdo, poniéndole la punta muy cerca de la sien pero sin tocarla. En un segundo hubiese podido dejarlo tan tuerto como a su predecesor en el puesto. Firme, precisa, lo mantuvo allí, mientras le decía muy lentamente:

—Claro que no nos vas a chantajear, viejo cabrón.

Los dos hombres se habían quedado muy quietos. Sabían que eso era lo mejor, tratándose de Lola. Diego se arriesgó a girar la cabeza hacia ella, a

buscarle la mirada para tranquilizarla. Eusebio, en cambio, ni se inmutó. Continuó mirando al frente y, sin perder ni un ápice de cordialidad, dijo:

—No va a hacer falta. No les dije eso para presionarlos. Lo que quiero que entiendan es que yo tengo claro que lo que les vengo a proponer es tan bueno para ustedes como para mí. Un palo grande, de los buenos. Y, con lo que saquen, se van a poder retirar para mucho tiempo. A lo mejor, para siempre.

Ahora sí permitió Lola que el Marqués le encontrara la mirada. Luego, tras leer en sus ojos, dio un suspiro, se volvió a la encimera y puso el cuchillo en su sitio.

—¿Quieres más café? —preguntó al Zurdo.

—Un buchito más, si no te importa, mi niña. Dieguito sigue haciendo un café cojonudo.

Lola volvió a la mesa con la cafetera y un cenicero, sacudió la ceniza del cigarrillo, que no había soltado en ningún momento mientras los dos hombres comenzaban a charlar de trucos para hacer un buen café. Para cuando acabaron de hablar de mezclas, de molidos y prensados, de Moka y Costa Rica, ella ya había servido al Zurdo y se había puesto otra taza.

—¿Cuánto puede haber en ese palo? —preguntó a bocajarro.

El Zurdo se olvidó de sibaritismos cafeteros y se centró.

—Tanto como pueda reunir Isidro Padrón en un día. Y te puedo asegurar que ese hijo de puta, en un día, puede tener en las manos una millonada.

Ahora fue Diego quien preguntó:

—¿Y cuánta gente haría falta?

—La menos posible, pero seguramente ustedes y el Salvaje. Puede que alguno más, porque hay que estar encima un día, aparte de los preparativos, y siempre tiene que haber alguien pendiente del tema. Y fijo que hay que

contar con el Margarito para la intendencia. Pero ese, cuanto menos sepa, mejor.

—¿No te fías del Margarito?

—Para esto, no. Es un rollo muy gordo.

El Zurdo notó que la pareja se consultaba con la mirada. Guardó silencio y les permitió pensárselo. Era una prueba más de que no estaba intentando tangarlos: otra cosa que les había enseñado era que, cuando alguien está intentando hacerte una jugada, no cesa de hablar ni un segundo, para que el primo no reflexione. La prueba de buena fe dio resultado.

—Bueno, a ver los detalles... —pidió Lola.

—Los detalles te los doy cuando me digan que sí. Lo único que voy a decirte es que tiene que ser dentro de dos semanas, en la primera de agosto, porque, si no, hay que esperar hasta noviembre. Aparte de eso, no les voy a contar nada más hasta que me digan que sí.

—Mucho pides para ofrecer tan poco.

Eusebio el Zurdo soltó una risita de suficiencia.

—¿Tan poco? Joder. Te voy a contar una cosa: en enero, Padrón tuvo un chance para comprarle su parte en un negocio a un socio de una de las empresas chicas. Parece que el hombre necesitaba liquidez. Era la oportunidad para quitarse al tío de encima y quedarse con toda la empresa. ¿Sabes qué hizo? Se fue de la oficina a la casa y volvió con cuatrocientos mil euros, así, en billetes de quinientos.

—¿Y tú cómo sabes eso? —intervino Diego.

—¿Para qué sirve tener un chófer si no te hace compañía cuando necesitas un poco de protección?

Esto les interesó. Que el Zurdo hiciera de chico de los recados y acompañante en caso de llevar metálico en abundancia sonaba bien, si era cierto.

—El caso —prosiguió Eusebio— es que este tío, en una hora, volvió del chabolo con ese dineral. Yo no sabía que era tanto. Me enteré después, cuando se supo que le había comprado su parte. Pero eso fue lo que llevó: cuatrocientos napos, uno encima del otro. Y solo porque tenía un chollo delante del hocico. Así que no va a estar complicado sacarle eso o, por lo menos, la mitad, si le das un día y lo presionas.

—Pongamos que decimos que sí, pero con condiciones.

—¿Cuáles, Lola?

—Por ejemplo, si tu plan no es bueno, tener derecho a modificarlo.

—Hecho. Pero te advierto que el plan es bueno de cojones.

—Y vamos a pachas, a partes iguales.

—Nosotros tres y el Salvaje, sí. Si echa un cable alguien más, se le da un fijo.

Lola y el Marqués asintieron casi al unísono. Luego, ella dijo:

—Está bien. ¿Cuál es el número? ¿Le vas a picar la avaricia?

—No, mi hija. No es un número. El cabrón ese es más listo que el hambre. A ese no hay quien lo tangue. Y tampoco vamos a entrar a robar. La casa parece una puta fortaleza.

—¿Para tanto es? —preguntó Diego.

El Zurdo asintió.

—Para tanto y más. Tiene una finca aquí arriba, en Tafira: una tapia de cojones, cámaras de vigilancia, sistemas de alarma y hasta una garita al lado del portón, con un vigilante. Y encima el jodío Padrón es aficionado a la cacería y tiene los suficientes cojones para coger cualquiera de las escopetas que colecciona y pegarle un tiro al que se le cuele en casa. Así que, para entrar a dar un palo, habría que tener un comando entero de boinas verdes. Es mucho para nosotros.

—¿Entonces?

—Les dije que tiene una hija, ¿verdad?

—Sí.

—Diana, se llama. Trabaja en una de las empresas del padre. Vivía con un muchacho, por lo visto, pero el tío se piró. La piba vive en Las Palmas, sola, en un ático por la zona de El Terrero. Lo sé porque alguna vez he tenido que ir, para llevarle mandados de parte del padre.

—¿La vamos a tangar a ella?

—No la vamos a tangar a ella. Ya te dije que no va de eso. Lo que vamos a hacer es trincarla.

—¿Trincarla? —preguntó Diego.

—Sí. Lo haría yo, pero estoy demasiado cerca. Lo tiene que hacer otra persona. Pero eso tiene su lado bueno: como yo estoy dentro de la casa, puedo estar al loro y avisar si hay alguna jugada.

—Vamos a ver, ¿de qué coño estás hablando, viejo? ¿De un amarre?

—Pues claro, joder. De un amarre.

2

—Tú estás pirado, tío —soltó Lola, levantándose, como si la silla le hubiese dado un corrientazo—. Como una puta baifa.

Diego no se levantó, pero se echó hacia atrás en el asiento:

—Zurdo, la verdad es que da la impresión de que tienes problemas de riego. ¿Tú te revisas?

—¿Y tú te revisas la polla, subnormal? —escupió Eusebio.

Lola intentó hacerle entrar en razón:

—Pero, Eusebio, ¿tú te das cuenta de que eso aquí no le ha salido bien a nadie? El último secuestro aquí, que yo sepa, fue el de Eufemiano Fuentes.

Yo no era ni nacida, pero sé que aquello salió del puto culo. Quitando eso, nadie ha hecho algo así. Por algo será, ¿no?

—Nadie lo ha hecho que-se-se-pa —dijo el Zurdo, señalando en el aire cada sílaba con el índice—. Y si no se sabe, ¿sabes por qué es? Porque ha salido de puta madre.

Ahora Diego también se levantó, apartando el tema con un gesto de la mano.

—Bah, Eusebio, déjate de pasteleos. Pero ¿tú qué te crees que somos nosotros? ¿Putos sicarios colombianos? Eso no es del negociado nuestro. Yo no sé Lola, pero lo mío no es el rollo violento.

—Si fuera a haber violencia, te diría de intentar asaltar la casa. Precisamente de eso va la cosa, de que para robar en el chabolo sí que habría que ponerse duro. Esto, en cambio, se puede hacer sin ningún problema.

—Va a tener que ser violento.

—Te digo yo que no. —El Zurdo, con movimientos seguros, casi parsimoniosos, se levantó y se metió una mano en el bolsillo del pantalón.

—¿Ah, no? ¿Y qué piensas hacer? ¿Decirle a la piba que te acompañe amablemente?

—Eso mismo —contestó el otro poniendo sobre la mesa lo que acababa de sacar del bolsillo.

Lola y el Marqués volvieron a sentarse y se quedaron mirándolo. Era un pequeño bote de cristal, parecido a los que se usan en los garitos de ambiente para inhalar *popper*. Era de color marrón, translúcido, y el tapón era negro. Pero no parecía contener *popper*, sino una sustancia en polvo.

—¿Qué es? —preguntó Lola.

—Burundanga.

3

Burundanga. Escopolamina. La droga de los violadores. La droga que zombifica. Se podía extraer del beleño blanco o de la burladora. También estaba presente en anestésicos o en medicamentos para el Parkinson. En grandes dosis era puro veneno, pero si uno podía dar a beber o a inhalar una cantidad mínima al primo adecuado, podía conseguir que este hiciese lo que fuera: desde meterse una polla ajena en la boca hasta vaciar su cuenta corriente. Las prostitutas brasileñas se la daban en la caipiriña a los turistas y estos se despertaban al día siguiente en su hotel, completamente desvalijados, sin recordar absolutamente nada. En Colombia, las chicas de clase alta que salían a discotecas solo comenzaban a recordar dos o tres días más tarde que los escozores que sufrían en el ano o la vagina estaban relacionados con la copa a la que un desconocido las había invitado. Diego recordaba haber leído la noticia de que en Valencia, hacía unos meses, habían detenido a tres ecuatorianas que se dedicaban a mostrar a amas de casa que iban a la compra unas señas anotadas en un papel impregnado de escopolamina, tras lo cual las convencían de que les entregaran todo el dinero que fueran capaces de reunir.

Lo mejor de la burundanga era que, convenientemente manipulado, el primo se convertía en un absoluto zombi complaciente y blando que hacía lo que tú le pedías sin tener que emplear la violencia en ningún momento; también la amnesia, que lo sumía en unas tinieblas espesas durante días, impidiéndole reaccionar y dándote todo el tiempo del mundo para pirarte.

En otros sitios era relativamente fácil conseguir escopolamina. En Sudamérica había laboratorios clandestinos que la sintetizaban o, incluso, podía conseguirse por Internet. En España, los medicamentos que la contenían eran muy difíciles de conseguir: había que ser médico especialista

para tener acceso a ellos y las reservas de los hospitales estaban controladas como virgo de gitana. Uno tenía que irse a Andorra para poder comprarla sin receta. Pero ellos no imaginaban al Zurdo yendo a Andorra y entrando en una farmacia, y, sobre todo, no lo imaginaban sabiendo qué medicamento exacto debía comprar. Además, aquello estaba en polvo, sin etiqueta, el frasco podría haber contenido, perfectamente, polvos de talco.

—Es burundanga —dijo Eusebio—. De la buena. Lo comprobé.

—¿Cómo lo comprobaste, exactamente? —preguntó Diego.

—Anteayer. Con una piba de Molino de Viento.

—¿Con una puta? Eso no es comprobar nada. A una puta le pagas precisamente para que haga lo que le pides.

—Te puedo asegurar que lo que hizo esta no lo hace ninguna puta, por mucho que pagues.

A ninguno de ellos le apetecía saber qué era lo que el Zurdo había obligado a hacer a la fulana. Lo que querían era saber cómo había conseguido la escopolamina.

—La Isla está plagada de estramonio. En el Sur crece como una mala hierba en todas las salidas de la autopista. Aquí mismo, en el Guiniguada, te lo encuentras en el camino hacia acá.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Igual lo viste miles de veces y no sabes qué planta es. Es una hierba con una flor blanquita con un tono violáceo, con forma de campana. Las hojas son así, alargadas, y tienen como unas vainas que por fuera son como un erizo... —El Zurdo no supo explicar más y las caras de sus interlocutores le indicaron que, a fin de cuentas, el aspecto del estramonio les importaba tres pepinos—. Da igual. El caso es que yo conozco a un tipo que sabe lo que hay que hacer para sacar de ahí la burundanga.

Lola lo miró de reojo y preguntó:

—¿Y ese tipo sabe para qué la quieres?

—¿Estás loca? No. Este es un químico jubilado, un viejo verde que se la fabrica para dársela a tías con las que queda por Internet. El cabrón hasta presume conmigo de la hazaña, el muy hijoputa.

—Eso es repugnante —dijo Lola.

—Pienso lo mismo —respondió el Zurdo—, pero gracias a que lo conozco, conseguí esto. Y lo mejor es que me lo dio gratis, en modo compadre, porque piensa que yo le voy a dar el mismo uso.

Lola y Diego guardaron silencio, recogieron las tazas y la cafetera, las llevaron al fregadero. Eusebio, que había vuelto a guardarse el frasquito, fue hacia ellos. Sabía que se lo estaban pensando. Les tentaba el dinero, pero la idea del amarre no los convencía. No quería apretar más, pero se mantenía allí, a un paso de ellos, expectante. Cuando se volvieron hacia él, leyó la indecisión en sus rostros.

—¿Por qué en la primera semana de agosto? —preguntó Lola, y Diego asintió a la pregunta, como si él también la tuviese en la cabeza.

—Porque es cuando estoy seguro de que va a tener efectivo. Concretamente, el primer jueves de agosto.

—Eso es dentro de dos semanas —calculó Lola.

—Explícanos eso, viejo —dijo Diego, y ahora fue Lola quien asintió.

Eusebio tomó aliento, pidió permiso con la mirada para coger un cigarrillo del paquete de Lola y se preguntó cuál sería la mejor manera de comenzar a explicarles lo del dinero. Finalmente, optó por empezar diciendo:

—Cada tres meses, Isidro Padrón tiene visita.

20 DE AGOSTO

—Podríamos empezar, por ejemplo, con Eusebio Betancor.

—¿Quién?

Serrano leyó sus notas:

—Betancor del Pino, Eusebio. Alias *el Zurdo*, alias *el Ministro*. Dos condenas: una por estafa y otra por apropiación indebida.

—Ni me suena, inspector.

—Has tenido que conocerlo, Marcos —dijo Benavides—. Hasta yo lo conocía. Era el chófer de Isidro.

Perera redondeó la mirada.

—¡No me jodas, Rubén! ¿*Ese* Eusebio?

—Sí. Ese mismo. Por lo visto, era un timador de primera.

—Chacho, me dejas de piedra, Rubén. Fíjate, que yo no lo he tratado mucho, pero buenas vibraciones nunca me dio. Y con razón, por lo visto.

—Trabajó para él hasta hace poquito, ¿no? —indagó Benavides.

GENTE DE BIEN

1

Felo tiene controlada a la vieja del pequinés, acechadísima. Sobre la una del mediodía, cuando su hija o su nieta vienen a sustituirla, sale de su estanco en la calle Tecén llevando en una mano una bolsa de plástico (una blanca y simple bolsa de supermercado) y aferrando con la otra la correa del chucho. Baja por la calle Luján Pérez y, en la esquina con Juan Rejón, tuerce a la izquierda y avanza hasta llegar al banco. Allí ingresa las ganancias del día y consigue cambio para la tarde y el día siguiente. Esto último lo deja claro la bolsa, que, al volver, tiene hecho un nudo hacia la mitad y, evidentemente, contiene algo con más peso. Al parecer, la vieja aprovecha esa diaria obligación para cumplir con la otra, la de sacar al perro, el viejo pequinés que avanza a pasitos cortos y rápidos junto a la vieja gorda y renqueante.

Lo único que debe decidir Felo es si lo hará mientras la vieja va al banco o mientras vuelve. El estanco es de esos que abren sábados, domingos y fiestas de guardar. Lo mejor será lo primero: mucho más dinero y en billetes. Como hoy es lunes, la vieja llevará consigo la recaudación de todo el fin de semana, así que el tranque será de los chachis. No le conviene seguirla, como ha hecho otros días. Prefiere esperar en Juan Rejón, fingir

que espera la guagua o a un amigo, hacerse invisible entre el tráfico y los transeúntes. En cuanto la vieja aparezca en la esquina, él irá acercándose poco a poco. Después de asegurarse de que no hay policía cerca, trincará la bolsa y saldrá corriendo Luján Pérez arriba. Luego será fácil hacerse humo entre el laberinto de calles de La Isleta.

Ahora han dado la una y diez y la vieja todavía no ha aparecido. Felo empieza a preguntarse si no habrá faltado a su obligación diaria, si se habrá retrasado, si acaso su hija o su nieta no pueden ir hoy a cuidarle el negocio. Cuando ya casi son y cuarto, ve aparecer la figura marrón y ridícula del perro, que llega a la esquina y se para, tieso como un guardia suizo, a esperar a su dueña. Felo echa un último vistazo en derredor (unos barrenderos, el chófer de una guagua que acaba de parar para recoger pasajeros, una cuba municipal que se dirige a vaya usted saber dónde; esos son los únicos uniformes en medio de los bocinazos, las frenadas y el tedio) y se encamina hacia la esquina. Entonces aparece la vieja, con su bolsito en bandolera y la bolsa de plástico aferrada contra su costado izquierdo. Está a solo un par de metros. Es el momento de ponerse la capucha de la sudadera, echar a correr de pronto, dar un empellón a la vieja (procurando no ser demasiado brusco; lo justo para asustarla para que ponga las cosas fáciles, no es necesario hacerle daño) y coger la bolsa.

Y Felo lo hace: se pone la capucha, corre, empuja, tira de la bolsa de plástico, que se estira pero no se rompe. Hay un forcejeo que dura un segundo, y la mujer acaba cediendo. En ese instante, nadie ha tenido aún tiempo de percatarse de nada. Solo cuando huye calle arriba escucha los gritos de la vieja, los ladridos del perro que intenta ir tras él, la respuesta de algunos otros gritos, estos de transeúntes que lo llaman «chorizo», «ladrón» y ordenan «cójanlo, cójanlo» a quienes él tiene más cerca, que no gritan nada y se limitan a apartarse.

Cuarenta o cincuenta metros más arriba piensa en que ha hecho las cosas al revés, que tenía que haber abordado a la vieja en la parte alta y haber bajado hacia el Mercado del Puerto, donde tampoco faltan callejuelas en las que perderse. Pero la cosa ya está hecha. Basta con ascender un par de calles más, girar a derecha o izquierda (da lo mismo) y tomar la suficiente distancia para guardarse el contenido de la bolsa y deshacerse de ella.

Algo más arriba, comienza a aflojar el paso. Al fin y al cabo (y extrañamente) no lo persigue nadie. Gira a la derecha por Saucillo, vuelve a girar a la izquierda en Princesa Guayarmina y otra vez a la izquierda por Bentayga. Allí, aprovecha un zaguán abierto, se detiene un momento y comprueba que no hay nadie cerca. Es el momento de hacer el cambio y continuar caminando tranquilamente. Con celeridad, mirando alrededor, rompe el nudo de la bolsa e introduce la mano. El hedor llega a su nariz al mismo tiempo que el tacto con un papel rugoso, muy poco parecido al del papel moneda. Puede que la vieja envuelva el dinero en papel de cocina. Entonces, sus dedos se hunden en la viscosidad blanda que lo asusta y le hace soltar la bolsa y sacar la mano, con los dedos llenos de mierda de perro.

2

Uno nunca sabe de dónde van a caerle los palos o quién le hará una inesperada caricia. Quizá vivir sea eso: dejarse pasar por el mundo, esperando a ver cuándo, de dónde, de quién llegarán bondades e infamias, lealtades y traiciones, dones y hurtos, besos y patadas.

Lo que ahora mismo no sabía el Marqués era si la propuesta del Zurdo sería una cosa u otra, si estaría intentando tangarlo o meterlo en un lío para

sacar vaya usted a saber qué provecho. Algo similar se preguntaba Lola, mientras conducía el Opel hacia Maspalomas, pero ninguno de ellos hablaba del tema. Se limitaban a escuchar la radio, a fumar con cuidado de que el aire que entraba por las ventanillas no los manchase de ceniza, a fingir que tenían la cabeza donde debían tenerla. Pero ambos pensaban, como desde hacía un par de días, en la propuesta, y cada uno de ellos sospechaba que el otro hacía exactamente lo mismo, porque el Zurdo había acabado su conversación diciéndoles que podían pedir hasta medio millón de euros. Aunque fuese solo la mitad, eran unos cuantos kilos de los de antes. Con lo que les tocara, tendrían lo suficiente para no trabajar más en una temporada, darse un respiro largo, quizá eterno. Dejar de pasarse la vida de timo en timo, de estafa en estafa. Parar ya de salpicar con sus bisnes el mapa de una isla que cada vez se les hacía más chica. En eso pensaban, aunque no se lo dijeran.

Dejaron de hacerlo poco después, cuando el Marqués se situó en la plazoleta que daba acceso al hotel Atlantic Canarias, con su chapita de botones en el bolsillo. A su espalda había un estanque con carpas, decorado con ración y media de tritones y sirenas de piedra. Lola había aparcado en batería unas decenas de metros más allá, así que no necesitaría hacerle la llamada perdida. Simplemente, en cuanto viera acercarse un taxi cargado, pondría en marcha el Corsa.

Esperaron así quince, veinte, veinticinco minutos. En el transcurso de ese tiempo, llegaron varios huéspedes en coches alquilados, con mochilas y bolsos de playa. Todos se movían con la seguridad de quien lleva ya varios días alojado y vuelve de hacer una excursión o de darse un baño en la playa. Ningún recién arribado que necesitara ayuda con su equipaje. El Marqués estaba a punto de hacerle a Lola una señal de que se fueran, cuando apareció un taxi que venía del aeropuerto. Diego se puso la plaquita

rápidamente y esperó a que llegara ante él. Pero algo no fue como debía: en el taxi venía una mujer joven con un niño de unos dos años. Diego hizo la pantomima del botones, hablando en román paladino, porque la alemana hablaba un español más que correcto, pero al sacar del maletero el *trolley*, la mochilita, el neceser y el carrito sintió una punzada ahí, en algún sitio que no alcanzaba a localizar. Siempre le ocurría así con los más débiles: mujeres solas, niños, ancianitos con tacataca. El Zurdo le había enseñado que no valía la pena ponerse en plan samaritano, que si se empezaba por ese camino, siempre había una excusa para la compasión, siempre había un motivo para no tangar.

Pero él no podía evitarlo, sobre todo cuando había críos de por medio, porque, inevitablemente, se acordaba de Aitor o se imaginaba a los padres de Lola en esa situación de desvalimiento o impotencia en la que siempre quedaba sumido el primo.

La mujer le dio las gracias por su ayuda y se dirigió, con el niño en brazos, hacia el vestíbulo. Casi al mismo tiempo, Lola frenó justo a su altura y se lo quedó mirando. Él se encogió de hombros. Ella comprendió enseguida lo que ocurría.

—Podemos dejarle las cosas del chiquillo —propuso.

El Marqués negó lentamente con la cabeza.

—Vete a saber si en la maleta lleva también algo que le haga falta. No sé qué hacer, Lola, la verdad.

—Bueno, tío: o sí o no, pero date brillo —dijo ella, mirando hacia el edificio.

Desde allí, venía corriendo un recepcionista, seguido por la mujer con el niño en brazos, que se quedó en la puerta. El tipo tenía las dimensiones de un armario empotrado y, si llegaba hasta donde estaba él, habría violencia.

El Marqués recordó, en un solo segundo, todo lo que sabía sobre el oficio y, rápidamente, asió el *trolley* y lo arrojó al estanque. El recepcionista se paró un segundo y se preguntó si debía ir a por el ladrón o a por la maleta. Ese fue el lapso que Diego aprovechó para meterse en el coche, que arrancó a todo gas y se perdió en dirección a la autopista.

—Como te sigas amariconando, vamos a terminar los dos en el talego, coño —escupió Lola, sin mirarlo a la cara.

—Lo siento.

—Por mí, déjalo acostado. Pero no me vuelvas a hacer estas ñangadas nunca más.

El Marqués no dijo nada. Se limitó a mirar por su ventanilla, al mar profundo y azul que se abría hacia su derecha, más allá del cual, en algún lado, había nacido el niño a quien no había sabido robarle.

Lola siguió conduciendo en silencio. Mucho tiempo después, cuando llegaron a la casa roja y aparcaron en el patio, ella sacó la llave del contacto, pero no hizo ademán de salir del coche. Diego esperaba que le echara otra bronca, pero ella se limitó a mirarlo y decirle con tristeza:

—Te haces viejo, Marqués.

—Tampoco es eso —intentó protestar él.

—Sí, Diego. Te haces viejo para esto. Y yo también. —Lola hizo una pausa, encendió un cigarrillo y prosiguió, solo después de exhalar la primera bocanada de humo—. Y eso es peligroso, porque en cuanto te haces viejo en estas movidas, bajas la guardia y empiezas a tener mala suerte. Tenemos que buscarnos un trabajo honrado. O hacer algo gordo de verdad, que nos dé para retirarnos. Lo que sea. A mí me da igual una cosa que la otra. Pero hay que dejarlo pronto, porque queda muy poquito para que nos empiecen a trincar y empecemos a entrar y salir del talego para cumplir los veinte marroncillos que nos van a ir endiñando. Yo no quiero pasarme la

vida metiéndote dinero en peculio o que tú tengas que hacerlo por mí o esperando el vis a vis. Quiero una vida buena, Diego, una vida tranquila.

—¿Qué te parece lo del Zurdo?

—Una mierda. Un peligro. Una cosa demasiado gorda para nosotros. Nosotros no somos gallos de pelea. Somos gallinitas. Y el que nace gallina no se puede quejar si le roban los huevos. Pero algo hay que hacer. Puede que la jugada no salga tan mal. No sé, de todos modos, es un riesgo de cojones.

—En todo caso, igual es mejor arriesgarse una sola vez por una millonada que todos los días por calderilla. Y es un buen plan.

Lola dio un suspiro, asintió y le dio una palmada en el muslo.

—Todos los planes son buenos, hasta que se joden. Si nos vamos a meter en esto, necesitamos un plan B.

3

A las once de la mañana, el pasaje de las Chapas se ve limpio, pero queda, en la esquina con la calle Carvajal, el ectoplasma de una meada que las cubas municipales aún no han limpiado. El Marqués lo registró con la mirada hace un rato, cuando él y Lola llegaron a hacerle la visita al Salvaje y comentarle la jugada que ha propuesto el Zurdo. En el cuarto de estar, con las tazas de café ya vacías, ella ha encendido un nuevo cigarrillo y él permanece en pie, junto a la ventana que da a la calle desierta.

La prostibularia calle Molino de Viento es la trastienda de la muy noble calle León y Castillo, espina dorsal de la ciudad. León y Castillo, por supuesto, es mucho más larga. Molino de Viento se extiende en la más breve franja que separa la calle Lugo de la plaza de La Feria, esto es, constituye una línea casi recta entre la sede de la Presidencia del Gobierno

de Canarias y la sede de la Delegación del Gobierno Central en la Isla. Alguna vez algún poetastro pensó que en ella había una metáfora perfecta, porque sirve para que, entre el gobierno central y el autonómico, funerarias, tiendas de manualidades, estancos y locutorios se alternen con los puticlubs, balsas a la deriva en las que mujeres de todas las edades y nacionalidades intentan salvarse del naufragio con el único salvavidas de unos cuerpos que han perdido la decencia, la turgencia y la inocencia. Sí, la calle Molino de Viento es la trastienda de León y Castillo, el espinazo de la ciudad. Y el pasaje de las Chapas, donde vive el Salvaje, viene a ser la trastienda de la trastienda de ese submundo opaco de olor a lejía y zotal, de casitas oscuras decoradas con cachivaches de baratillo a cuyas puertas y ventanas se ofrecen a cualquier hora del día o de la noche las carnes generosas de quienes no tienen más recurso que aquello con lo que vinieron al mundo.

El pasaje se llama así porque en él jugaban a las chapas los niños, allá por los años del gofio y los bocadillos de aceite y azúcar. Pero ya que es la trastienda de la trastienda, el nombre es justo y le sienta perfectamente, y más de una vez, al volver a casa de madrugada, el Salvaje ha tenido que soportar el espectáculo de alguna yonqui que en el pasaje de las Chapas hace una ídem a algún viejo asqueroso en pleno callejón. Las yonquis son lo más arrastrado de Molino de Viento. Aparecen como hongos en las esquinas a partir de medianoche y revenden sus humanidades escuálidas y flojas, sus pajas rápidas o sus mamadas descuidadas a viejos hediondos y no menos cochambrosos, que olvidan que esas mujeres podrían ser sus nietas o, al contrario, lo tienen muy presente mientras ellas les hacen el trabajito. Las yonquis, pues, son lo último de lo último, lo más arrastrado de lo más arrastrado, y se diría que el pasaje de las Chapas es su lugar natural.

Alguna vez pensó el Salvaje que tampoco era mal sitio para él, que había ido bajando escalones a lo largo de su vida hasta casi llegar al sótano.

Aún recuerda con cierta nostalgia la breve época en que repartió bombonas de butano, o la algo más larga temporada en que hizo de portero en discotecas. Al final todo eso se fue. La Disa redujo personal a medida que la gente iba cambiando sus viejas cocinas por vitrocerámicas; las discotecas fueron cerrando, cambiando de nombre y propietario, sustituyendo a los porteros de toda la vida, que intentaban evitar los pleitos en lugar de originarlos, por culturistas jóvenes de esos que van de a dos con pinganillos inútiles, menos educación que un mozo de cuerda y más músculo que cerebro. Acabar trabajando de fijo con el Marqués y Lola fue solo un paso más en aquel camino hacia el vertedero que inició en aquellos antros donde se dejaba untar por los camellos para hacer la vista gorda y cantar el agua si venía la brigadilla, y señalaba al Zurdo o al Marqués a los clientes con guita. Lo que nunca se le ocurrió, sin embargo, es que acabaría escuchando esa propuesta que acaban de hacerle justamente ahora, en su propia casa, tomando el café que él mismo ha hecho.

Lola y el Marqués esperan a que Paco diga algo. Desde hace un rato, él permanece apoyado en el vano de la puerta de la cocina, rascando con la uña del índice una imaginaria imperfección que ha descubierto en la madera del marco. La cosa parece un salto cualitativo en lo que en realidad llevan años haciendo. Pero en el fondo, se le ocurre, es únicamente un paso más en el camino a la perdición. Y si se da con pie firme, podría, acaso, darle muchísima pasta, como ha recalcado Diego. Y con esa pasta, él sí que podría coger a Ruth y hasta al crío y largarse de ese puto agujero para siempre. Es lo único que piensa mientras rasca la presunta imperfección en la pintura: coger a Ruth y largarse, coger a Ruth y largarse.

—¿Vale la pena? —pregunta al fin.

Lola y Diego se miran. Luego, el Marqués dice:

—Por los cálculos que hemos hecho, sí.

—Además —dice ella—, se nos han ocurrido un par de cosas para mejorar el plan. Lo que decía el Zurdo era que la tuviéramos en la casa roja, pero Diego conoce un lugar que está mucho mejor. En caso de que algo salga mal, nadie nos va a relacionar con ese sitio.

—¿Y Felo qué dice?

—Queríamos hablar primero contigo. Lola dice que sin ti no se hace.

Paco mira a Lola un instante. Para él, eso supone un halago. También un punto de presión adicional: si dice que no, si no se hace, dejarán de ganar mucho dinero. Un dinero con el que coger a Ruth y largarse.

—No soy imprescindible.

—Yo, si tú dices que no, no me meto en esta jugada —dice ella.

—¿Por qué?

Diego el Marqués toma la palabra:

—Porque esto es una cosa de equipo. Uno de esos bisnes que hay que hacerlos bien y con gente de fiar. Lola tiene razón: tú eres el hombre, Paco.

—¿Y Felo?

Lola frunce el ceño, antes de opinar:

—Felo tiene sus días. Pero no creo que diga que no.

Coger a Ruth y largarse. Paco el Salvaje avanza hasta la mesa, saca un cigarrillo del paquete de Lola y lo enciende.

—Me parece bien que no sea en la casa roja. ¿Dónde está ese sitio que dijiste?

Esa pregunta es un asentimiento. Sin saberlo, acaban de pasar al otro lado de una línea que jamás volverán a cruzar.

4

Los coches se detuvieron con estertor de polvajera. Cuando se apearon, observaron el mar de un azul tan profundo que dolía y, a sus pies, la amplia terraza de hormigón desnudo.

Esa era la parte superior del edificio. Sobre el papel, en algún momento de mediada la década pasada, había sido un hotel de los muchos que habían ido poblando las laderas del Sur, trepándose cada vez más hacia los barrancos del interior, alejándose paulatinamente del mar que los folletos turísticos anunciaban a la vista. Sobre el terreno, en cambio, era el fósil monstruoso de uno más de tantos proyectos que los vaivenes del capitalismo dejaron salpicando el territorio al arrastrar a quienes los habían emprendido, cuando sus débiles alianzas comerciales y los intereses crediticios a los que no podrían hacer frente les hicieron entrar en *shock*.

Se llegaba hasta allí por el tramo de carretera interurbana que bordeaba la costa para unir Taurito con Mogán. Así era como el Marqués había reparado en él, en una de tantas idas y venidas; al contrario de la mayoría de los conductores, que, concentrados en no riscarse por el abismo que se abría al otro lado, apenas reparaban en él o, en el mejor de los casos, lo usaban como constatación de los malos tiempos en burocráticas conversaciones con copilotos o suegras.

El acceso desde la carretera quedaba acotado por una valla compacta de chapa galvanizada. Pero, para llevarlos hasta allí, el Marqués había tomado una pista de tierra que nacía barranco arriba y que, en su momento, debió de servir como vía de servicio para obreros y hormigoneras.

Y ahí estaban ahora, junto al Fiat de Lola y el Mazda de Paco, observando desde arriba la desnuda fachada del gigante varado. Nadie había pronunciado aún una palabra. Fue Diego, que para eso había tenido la idea, quien se adelantó y, salvando el terraplén, puso pie sobre la estructura, diciendo:

—Bienvenidos al hotel Marqués.

Uno a uno fueron acercándose a él y a pasearse de un lado a otro, comprobando la resistencia de la cubierta.

El Zurdo llegó a uno de los extremos y observó el litoral en el que desembocaba el barranco, las urbanizaciones de Taurito bordeando la playa de arena parda en la que tantas veces él mismo se había bañado. Las ventanas de los apartamentos más cercanos llegaban al borde de la carretera, pero, al estar situados más abajo, carecían de perspectiva para verlos, en el improbable caso de que alguien que estuviera alojado en esos apartamentos tuviese intención de mirar.

—Nosotros los vemos a ellos, pero ellos a nosotros no —dijo el Marqués, adivinándole el pensamiento. Luego le puso una mano en el hombro y añadió—: Vamos.

Siguiendo al Marqués, descendieron un par de tramos de escaleras y se introdujeron en el sucio vientre de la ballena. Podían verse a simple vista las ranuras destinadas a la electricidad y la fontanería. Si algún día llegó a haber algo en esas canaletas, los ladrones de materiales habían arrancado con ellos. Solo había muros de carga y columnas. Los tabiques de separación jamás habían llegado a levantarse, así que cada una de las seis plantas era solo un espacio diáfano, como un enorme solar abierto al barranco. Descendieron una planta antes de que el Marqués propusiera ir hacia el rincón más cercano a la pared de piedra. Una vez allí, extendió los brazos y delimitó con las palmas de las manos lo que parecía ser un espacio acotado que solo existía en su imaginación.

—¿Qué les parece?

Felo, con voz afeminada, dijo:

—Ay, cari, aquí podríamos poner el cuarto de los niños.

Todos le rieron la broma, menos Eusebio el Zurdo, que parecía estar haciendo rápidos cálculos.

—Con un par de colchones y unas lámparas de camping gas, podría servir —dijo Paco.

Lola miró al suelo y luego al techo, que, evidentemente, no estaba impermeabilizado.

—¿Y si llueve?

—Ya sería mala suerte, coño. Aquí no llueve nunca. Y menos en esta época —dijo el Marqués.

Hicieron algunos comentarios más, pasearon por el rincón, y después todos se fueron quedando callados, rodeando a Eusebio, como en una coreografía desacompasada, pendientes de que él, que no había soltado ni una palabra, diera su opinión. Antes de hacerlo, el Zurdo sacó su teléfono móvil.

—¿Vas a llamar a alguien? —preguntó Lola.

—Si este va a ser el sitio, mejor asegurarse de que haya cobertura. Desde Las Palmas hasta aquí hay por lo menos hora y media en coche. Y habrá que comunicarse.

Todos sacaron sus móviles. La cobertura era buena. Una vez comprobado esto, el Zurdo comenzó a hablar rápidamente, yendo de un lado a otro.

—Muy bien. Habrá que hacer tres turnos. Se pone un jergón aquí. Y en esa columna metemos una arandela de las grandes, para pasarle una cadena. Allá se pone un biombo.

—¿Un biombo?

—Sí, para que la pija haga sus necesidades. Tampoco es plan de humillarla más de lo necesario. Se pone un biombo con un balde y, si se puede, una palangana con agua, para que se lave, si quiere. Tendríamos que

echar una barrida a toda esta zona de aquí. Y si podemos traer algo en lo que sentarse, mejor.

—Se podría poner un colchón o algo así —dijo el Salvaje.

—Cojonudo. También hay que tener comida y agua, todo lo necesario para un par de días. La cosa no tiene por qué durar más.

—Dijiste un día —protestó Lola.

—Si es un día, mejor. Pero la cosa siempre se puede alargar un poco. Diego: ¿estás seguro de que aquí nunca viene nadie?

—Me informé bien. La empresa constructora quebró hace tres años. Y cuando quebró, ya hacía seis meses que habían despedido al vigilante de la obra.

—¿Nadie más? ¿Ladrones de cobre? ¿Pordioseros de la zona? ¿Pibes que vengan a hacer *raves*?

—Nadita más. Aquí no queda cobre ni para hacer una moneda. Y los pibes tienen sitios de sobra a los que ir sin tener que venirse hasta el culo del mundo.

Mientras los demás continuaban mirando el sitio, haciendo previsiones, buscando ventajas e inconvenientes, Felo se separó del grupo y fue al otro extremo. Apoyado en una columna, miró al vacío que se extendía a sus pies. Más allá de la valla metálica, estaban la carretera, el barranco, los hoteles, los apartamentos y las piscinas de Taurito. Pero más acá lo que había era una caída de seis pisos; veinticinco, quizá treinta metros, sobre la explanada que constituía el patio de obra, donde la ferralla retorcida se apilaba contra lo que un día debió de ser un cuarto de herramientas. Una ráfaga de viento caliente lo hizo tambalearse un instante y prefirió dar un paso atrás, prometiéndose no olvidar que era mejor permanecer siempre al otro extremo del edificio.

5

El Margarito leyó la lista y les preguntó para qué querían todo aquello.

—Querido, esta vez no preguntes. Tú nos lo consigues y nosotros te lo pagamos —contestó el Salvaje.

—¿Y si te digo que no?

—Pues te vas a la mierda y ya no contamos más contigo para nada —dijo el Marqués con frialdad.

Por hacer algo que le evitase sostenerle la mirada, el Margarito salió a la puerta del almacén, carraspeó con estruendo y soltó un escupitajo que fue a dar sobre una mala hierba que crecía en un rincón. Cuando volvió, Diego y el Salvaje prolongaban el silencio. En cuanto a Lola, permanecía sentada sobre la lavadora de la que se había posesionado nada más llegar, mirándolos a todos como si no tuviera nada que ver con ellos. Alejandro el Margarito la recorrió de soslayo con la mirada, desde los pies enfundados en unas Victoria rojas hasta las tetas redondas y firmes (las míticas lolas de Lola, que tensaban la tela de su camiseta blanca), sin dejarse atrás el dibujo sinuoso que formaban muslos, caderas y cintura: una carretera a la perdición. Lamió bien todo aquel espectáculo con sus ojillos turbios, pero no subió hasta la cara: no quería encontrarse con los de Lola, que se le enfrentaban con insolencia.

—Bueno, ¿qué va a ser? —insistió el Marqués—. ¿Estás dentro o estás fuera?

El Margarito volvió a examinar la lista. Finalmente respondió:

—Te lo puedo conseguir casi todo. Pero lo de las cacharras va a estar complicado.

Ahora el Marqués y el Salvaje compartieron una mirada con Lola.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Porque esto no es Chicago, cojones. Yo, por lo menos, no conozco a nadie que tenga una pipa. ¿O tú sí?

Lola saltó de la lavadora al suelo. El Margarito miró de frente las evoluciones de sus pechos, que la inercia agitó arriba y abajo, y no retiró la vista hasta que estos quedaron nuevamente inmóviles. Lola lo odió en silencio unos segundos, antes de decir con desdén:

—Vale. Consigue todo lo demás. En un par de días, si puede ser. —Se dirigió a la puerta. Ya estaba harta de tener delante a aquel baboso—. Lo del dinero lo arreglas con el Salvaje.

—¿Y esas ínfulas? —protestó el Margarito.

Lola se paró en seco, se volvió y lo miró de frente:

—Las que me salen del coño. ¿Algún problema?

El Margarito miró a los otros dos hombres, buscando algún apoyo. Pero no lo encontró.

—Muy chula eres tú para ser tan chica... —acabó diciendo—. Si no fueras una tía...

Lola dio un paso hacia él hasta que quedaron enfrentados.

—Como si tú tuvieras problemas por eso.

—¿Qué estás hablando tú, bobamierda?

—Lo que estás oyendo, subnormal —respondió ella haciendo una uve con los dedos índice y corazón y señalando alternativamente a los ojos del Margarito y a los suyos—. Y mírame a la cara, que la tengo aquí arriba, no en las tetas.

Alejandro había enrojecido de repente. Dio un paso atrás y otro a un lado, intentando darle el perfil con actitud de perdonavidas, diciendo algo sobre que era mejor tener la fiesta en paz. Pero Lola fue tras él y ya iba a lanzarle un guantazo cuando Diego la agarró y se la llevó afuera, entre la

sarta de insultos que ella iba soltando y que mancillaban la virilidad, la imagen y la familia hasta el tercer grado de consanguinidad del Margarito.

Una vez fuera, una vez cerrada la puerta, Lola se tranquilizó automáticamente y se separaron. Pasearon hasta el otro lado del solar, encendieron cigarrillos y se pusieron a esperar. Lola, jugueteando con Berger, que estaba encadenado a un rincón. Diego, contemplándola, allí, agachada, acariciando al perro y haciéndole cosquillas en la tripa. Cuanto más tiempo pasaba con ella, menos la conocía. Era demasiado imprevisible y brillante para conocerla del todo. Cada día con ella era el primero. Cada cosa que hacía, el inicio de una sorpresa.

—¿A qué vino el numerito ese?

Ella contestó sin dejar de jugar con Berger, mirándolo de reojo cuando cambiaba la mano con la que le hacía cosquillas al perro.

—Por un lado, por negocios. Al Margarito nos conviene bajarle los humos: últimamente va de enterado y mete el hocico donde no lo tiene que meter. Ya viste cuando le trajimos lo de las maletas el otro día, cómo se lio a hacer preguntas sobre cosas que ni le van ni le vienen: que si dónde las teiqueamos, que si a quién... Encima se cree que no podemos hacer nada sin él. Y eso no es bueno. Sobre todo para el bisne este.

—Vale, eso por un lado. ¿Y por el otro?

—Porque es un salido de mierda. Y le casca a la Ruth. Y porque cada vez que lo miro, o me está mirando el culo o me está mirando las tetas. Y yo ya tengo a un hombre que se ocupe de esas partes —añadió, levantándose y pegándose mucho a él, buscándole la boca hasta morderle muy suavemente el labio inferior, antes de susurrarle en el oído—: Y de otras que se me están ocurriendo ahora.

Diego sintió el vientre de ella, restregándose lento y fuerte contra la erección que le iba aumentando. La ayudó cogiéndole una nalga,

apretándola contra sí, mientras ella le daba un mordisco en el cuello.

—Joder, Lola, eres increíble.

Ella se separó, coqueta, y miró alrededor. Tras la ventana del piso alto, vio la cabeza del hijo de Alejandro, que los espiaba. Puso la palma de la mano sobre el pantalón de Diego, donde la erección era ya notable, y frotó lentamente el bulto que hacía su verga. La notó dura y palpitante. Mientras la apretaba en un lento movimiento circular, miró de reojo a la ventana, donde Yeray debía de estar pasándoselo bomba.

—Increíble es lo que te voy a hacer cuando lleguemos a casa.

Allá, en el otro extremo, se abrió la puerta del almacén y el Salvaje salió, dirigiéndose al Mazda. Desde el lado opuesto, hicieron el mismo camino y entraron en el coche, que ya Paco había arrancado. Mientras daba marcha atrás, vieron aparecer en la puerta la figura hosca del Margarito, que encendió un cigarrillo y se apoyó en el vano. Cuando el coche pasó junto a él para tomar la carretera, el chatarrero le hizo un corte de mangas a Lola, que iba en la parte de atrás. Ella le devolvió el gesto sacando la mano por la ventanilla y haciéndole una peineta. Una vez en la carretera, Paco la miró por el retrovisor.

—Coño, Lola, y luego al que le dicen el Salvaje es a mí. Mira que eres bruta, querida...

—Que se joda, es un hijo de puta —se limitó a decir ella—. ¿Llegaste a un acuerdo?

—Pasado mañana me lo tiene todo preparado. Pero queda por ver lo que hacemos con las cacharras.

—Eso está más fácil de lo que parece —explicó Lola—. Porque, vamos a ver: no vamos a tener que disparar con ellas, ¿no?

El Salvaje y Diego negaron con la cabeza.

—Entonces, por treinta o cuarenta euros cada una, podemos comprar imitaciones de esas de juguete. Estuve viéndolas el otro día en una tienda. Disparan unas bolitas de plástico, pero lo gracioso es que pesan como las de verdad, y se monta el cerrojo con ruido y todo. Dan el pego perfectamente.

Pistolas de juguete para secuestradores de juguete, pensó el Marqués. Todo aquello parecía cada vez más cutre, más de pacotilla, más levemente sencillo, más irreal. Y eso hacía que se le pusiera en la boca del estómago un vacío que no había forma de llenar, una sensación de que se estaban equivocando, de que más valía dejar estar todo aquello y, como había dicho Lola en un principio, dedicarse a lo que habían hecho siempre, a lo que sabían hacer casi con los ojos cerrados. Y, sin embargo, cuanto más inquietud sentía él, más comprometida parecía ella con el asunto. Se estaba involucrando hasta las últimas consecuencias, y cuanto más implicada estaba, más inseguro se sentía él. Pero cómo decírselo ahora. Cómo sentarse con Lola, con Paco el Salvaje, con el Zurdo y el Flipao y decirles que peor era menearlo, que más les valía olvidar toda aquella mierda, que aquel no era su negocio, que algo le olía a gangrena y que nada, absolutamente nada, de aquella movida saldría bien.

LAS VIEJAS AMISTADES

1

Diego palpó el billete, lo miró al trasluz, lo arrugó y volvió a estirarlo. Floro, con su setentona y enclenque humanidad, lo miraba con orgullo, apoyado sobre la mesa de corte. En ella había un taco de resmas de papel con series de billetes de cincuenta ya impresos.

—Coño, son buenos, Floro. Lo mejor que has hecho.

—¿Verdad que sí? —dijo el viejo, dando unos pasos atrás y poniendo una mano sobre un artefacto que parecía un microondas—. El secreto es esta maravilla. —Diego lo interrogó con la mirada—. Un horno de secado, me lo hice yo mismo.

—Los diseños dan el pego de puta madre.

—Casi todos. El color de estos es un coñazo —dijo Floro, alargándole un billete de cien—. Todavía salen muy oscuros. Pero, en cuanto le pille el punto, vas a ver tú...

—Ni te interesa, Floro. Los de cien los miran con lupa. Mejor sigue haciendo de cincuenta y de veinte.

—Sí, con eso estoy a tope, chiquillo. Estoy produciendo dos mil y pico, casi tres mil euros al día. El problema es que ya no hay buenos pasadores.

Diego asintió, oliéndose la tostada. De hecho, cuando, después de que él le encargara los carnés y los pasaportes, Floro lo llevó a esa parte del taller, ya intuyó lo que iba a proponerle. No le interesaba. Ni a él ni a Lola. Pero lo dejó proseguir, por aprecio, porque habían trabajado juntos con billetes y con tarjetas de crédito, porque uno ha de respetar a los de la vieja guardia que han sabido estar al pie del cañón durante años sin que los trinquen y sin hacer malas jugadas a los amigos.

—El pase me lo estuvieron haciendo unos colombianos que viven allá abajo, en el Puerto. Eran cojonudos. Participaba toda la familia: la mujer, el marido, los hijos y hasta la suegra. Pero en una de estas los cogí haciéndome la cuenta de la pata. Yo estoy viejo para que me vacilen. Y ya ves: ahora que tengo billetes perfectos, no tengo pasadores.

—¿Por qué no se lo dices a Felo?

—¿Al Flipao? ¿Con esa cara de carterista muertohambre que tiene? Lo que yo necesito es gente fina, como tú y Lola. Piénsalo, Marqués. Ustedes se van para el Sur y en un par de días me colocan la mitad de lo que tengo fabricado.

Ya estaba. Floro había dicho lo que tenía que decir. Diego le devolvió el billete, acabó de un trago lo que le quedaba de cerveza en el botellín y le dijo que no.

—Venga, coño, acuérdate de lo bien que currábamos antes el Zurdo, tú y yo.

—Otros tiempos, viejito. Colocar esto es estar menudeando, trapicheando de un lado a otro, haciendo compras chicas. Ya no es lo mío, Floro. Demasiado riesgo para el beneficio que da.

Floro abrió un armario. Las baldas estaban abarrotadas de tacos de billetes falsos. Los ojos de Diego se redondearon. Miró a su alrededor,

como si la Judicial hubiera invadido de pronto el garaje donde el anciano tenía instalado su taller.

—Pero, viejo, ¿tú estás loco?

—Llevo dos meses trabajando a tope, Diego. Aquí hay casi ciento y pico mil. Podemos sacar veinte... O más, veinticinco mil en total, Diego. Y no voy a ser rata, querido: *fifty-fifty*.

—No, de verdad. Solo los carnés y los pasaportes.

—Mitad y mitad, Dieguito.

—Porque me lo traduzcas no va a ser mejor. Encima, ahora, dentro de poco, tenemos una movida grande.

—Ya me lo suponía. Si me encargaste la documentación, por algo será... Pero fíjate que, así y todo...

—Déjalo, Floro, de verdad. Ahora mismo, ni nos apetece ni podemos.

El viejo cerró el ropero, desilusionado.

—Pues lo que no voy a hacer es pasarlos yo. Con lo flojo que soy, me iban a trincar enseguida… ¿Seguro que no te apetece llevarte unos cuantos, por si las moscas?

—No, Floro. Solo los documentos.

2

Allí estaba Lina, donde siempre, con sus pantaloncitos color beis y su polo blanco con el escudo de la empresa, vendiendo billetes para la excursión de por la tarde. Sin dejar de sonreír por si aparecía un cliente, leía una revista en su *stand* techado para protegerla del sol de Puerto Rico, tras el panel que anunciaba en todos los idiomas posibles las excursiones en el *San Patricio*. Nada más acercarse al muelle, Lola se percató de que el tiempo había entrecomillado sus ojos, puesto entre paréntesis sus labios y

borrado aquella cintura que ella alguna vez le envidió. Ahora Lina llevaba más maquillaje del que tocaba en ese día de canícula y el tinte amarillo de sus cabellos necesitaba un repaso. Sin embargo, cruzaron elogios y abrazos, fingiendo un cariño digno de las viejas amigas que nunca fueron. Lola dijo que todo estaba como siempre. «Bueno, ahí seguimos, mi niña, vamos escapando gracias a los grupos. Esta tarde tenemos una guagua de finlandeses, por ejemplo».

Mirando más allá, al mar como un plato que el catamarán rasgaba ya en dirección al puerto, Lola preguntó si la tripulación seguía siendo la misma.

—La mismita, mi niña: Jorge y Derek.

Lola asintió.

—Oye, ¿y cómo tú por aquí? —preguntó Lina, entre cordial y escamada.

—Nada, estaba por el Sur y me dio por venir a hacerles una visita. Hacía tiempo ya.

—Casi dos años —calculó Lina.

Tras decir esto, Lina se levantó de la banqueta y, en tres rápidos movimientos, plegó el *stand*.

—Perdona, mi niña, que me toca ir a echar una mano.

—Claro, voy contigo —dijo Lola, siguiéndola hasta el muelle de atraque.

El *San Patricio*, con Derek al timón, maniobraba ya para situarse. Desde popa, Jorge lanzó amarras y, mientras Lina las amarraba al noray, se fijó en Lola.

—Mira lo que trajo el gato —exclamó.

A su espalda, dos familias completas de turistas, incluidos niños y suegras, se disponían a desembarcar. El cuarentón de piel cobriza y espalda

ancha extendió la pasarela y saltó al muelle para fijarla. Un niño rubio y regordete quiso seguirlo y Jorge le mostró una sonrisa.

—*Wait a minute, captain Sparrow* —le dijo, mostrándole la palma de la mano. Luego, al tiempo que extendía la pasarela, añadió en castellano—: Lo único que nos faltaba es que se nos cayera al agua el niño gordo de los cojones.

Lola se apartó para permitirles hacer su trabajo, escenificar la ceremonia del desembarco interpretada dos veces al día con hipócrita simpatía. Consistía, sencillamente, en que Lina y Jorge se situaban cada uno a un lado de la pasarela, daban la mano a los pasajeros y les sonreían con asentimientos de cabeza. Jorge, entre dientes, iba diciéndoles sin perder el rictus:

—Adiós, cabronazo... Hasta luego, guarra... Así te pudras, pesao...

Lola se aguantó la risa como bien pudo. Siempre se rompía la caja con Jorge cuando hacía eso.

Al fin, el último de los guiris se fue y Jorge la abrazó. Después se quedó contemplándola, apretándole los hombros.

—Chiquilla, estás en el chasis.

—¿Qué dices?

—Que sí, que a ti lo que te hace falta es una buena inyección de ropavieja... ¿Te quedas a comer?

—No puedo. Solo vine a echarles un saludo.

Desde cubierta, Derek los miraba sorprendido, silencioso. Por encima del hombro de Jorge, Lola descubrió su figura de Maciste. Él sí que no había cambiado. Seguía siendo el rubio fuerte y hermoso de siempre. Pero se había dejado melena y una barba cerrada que le favorecía.

Jorge adivinó en los ojos de Lina y de Lola lo que sucedía a su espalda.

—Bueno, pues nosotros te vamos a tener que dejar, que tenemos que echar un enyesque. Esta tarde tenemos una purriada de vikingos... —Se volvió hacia el patrón—. ¿Te esperamos en lo de Kiko?

—Pídanme un menú. Enseguida voy.

Lina y Jorge abrazaron por última vez a Lola antes de irse. Ella, teatralmente, pidió a Derek permiso para abordar el barco y el irlandés, con no menos teatrillo, se lo concedió. Se dieron un fuerte abrazo que el rubio quiso prolongar pero que ella fue deshaciendo con suavidad.

—Qué barbudo estás...

—Ahora se usa así. Y a las chicas les gusta...

—No lo dudo... Aunque para eso nunca te hizo falta barba —comentó Lola con coquetería. Derek se apoyó en el mástil—. Lo primero: ¿cómo estás?

—Bien, Lola, bien. Llevando y trayendo guiris, como siempre.

A Lola siempre le había encantado que Derek hablara de los extranjeros así, como si él mismo no lo fuera. Cuando se conocieron, en la época en que ella trabajaba en el hotel, él llevaba solo unos meses en la Isla y ya se comportaba como si hubiera nacido allí. Era muy gracioso oírlo hablar de gofio o decir que el conejo le había riscado la perra con aquel acento que jamás podría quitarse. Puede que eso fuera lo primero que le hizo enamorarse de él en aquellos tiempos: su graciosa manera de echar el ancla y hacerse aceptar.

—¿Y tú? —correspondió él—. ¿Cómo estás tú? ¿Todo bien?

—Todo perfectamente.

—¿Sigues con Diego?

Lola asintió.

—¿Y todo bien? —repitió él.

—Todo bien.

—Entonces, ¿qué haces por aquí?

—¿No puede una venir a ver a los viejos amigos?

—Claro. Pero es un poco raro después de tanto tiempo, sin llamar ni nada. ¿Cuánto hace?

—Estuve liada. —Lola se quedó mirando aquellos enormes ojos de un azul intenso y leyó en ellos que Derek no le creía ni una sola palabra—. Vengo a pedirte un presupuesto...

—Ya sabes los precios: cincuenta y cinco, adultos, y treinta, los niños de más de cinco años. Los chicos viajan gratis.

—No es para una excursión.

Ahora Derek la miró de reojo. Fue a una nevera portátil que había junto al timón y sacó dos latas de cerveza.

—Cuéntame, a ver si me convences...

EL SUEÑO DE LA ANACONDA

1

Acaso lo que más morbo le da de Ernesto es la forma en que se conocieron. No se lo presentó ninguna de las Tres Gracias ni intentó ligar con ella en un bar de copas. Como en una comedia romántica, como en una novela *chic lit*, fue por la tarde, entre semana y en una librería. Diana había preguntado por una buena traducción de *Bartleby, el escribiente*, y la librera puso en sus manos un ejemplar ilustrado. Él estaba ante la sección de Literatura Contemporánea, muy cerca de ella, hojeando una edición de *Zazie en el metro* (lo recuerda bien, porque luego hablaron de ese libro), pero ella no le había dedicado más que una mirada al llegar, esa desatención que permite calcular las medidas de nuestra zona de seguridad, lo suficiente para entender que se trataba de un tipo solo, un treintañero vestido de forma pulcra y sencilla que buscaba, como ella, algo para leer. Mientras examinaba el libro (las ilustraciones a carboncillo eran estupendas; el papel, de primera calidad), la librera fue a la caja para atender a otra clienta. Entonces, él, con toda la naturalidad del mundo, se dirigió a ella, diciéndole:

—Esa edición es muy bonita para regalo, pero no es la mejor traducción.

Diana se fijó en su rostro, redondo y amable, en sus gafas de montura metálica, en sus cabellos castaños algo más largos y despeinados de lo deseable.

—¿Cómo? —preguntó, más por hacer tiempo mientras encontraba algo que decir que porque no lo hubiera oído.

Él le repitió que esa traducción era algo floja, que si la quería para hacer un regalo no estaba mal, pero había una edición de bolsillo mucho mejor y más económica. Buscó un momento entre las estanterías y extrajo un libro, que le puso en las manos, añadiendo que, además, esa edición incluía *Billy Budd* y *Benito Cereno*, por si no las conocía.

Y resultó que no, que no conocía esas dos novelas. De Melville, solo había leído *Moby Dick*, hacía muchos años. Pero Magaly, que lo había leído en un club de lectura, le había recomendado *Bartleby*. Él dijo que le resultaría inolvidable.

Así comenzó aquella conversación que se había prolongado durante varias semanas. Primero allí mismo, en la librería. Después en las redes sociales, en las que se habían agregado mutuamente como amigos. Más tarde por medio de mensajes de móvil, en una tarde de café, una de cerveza y otra de cine que se habían ido encadenando a lo largo de aquellos días. Ella se había enterado de muchas cosas sobre él y cada una de ellas le gustaba más que la anterior. Ernesto tenía, como ella le había calculado, treinta y cinco años, era profesor de instituto y llevaba un par de años divorciado. Era dueño de un repertorio en el que cabían versos de Neruda y cuentos de Galeano que podía recitar de memoria, de anécdotas sobre Faulkner, Simone de Beauvoir y Boris Vian que contaba con gracia, de conocimientos sobre libros y autores que Diana conocía solo de nombre y de muchos otros a quienes ni siquiera había oído mencionar. Por ahí la fue ganando: por la literatura. O quizá fue que ella se dejó ganar. Lo cierto es

que cada vez le interesaba más y se sorprendía pensando en él cuando no tocaba: mientras aliñaba una ensalada o se duchaba o veía sobre su mesa de noche el ejemplar de Melville que finalmente adquirió aconsejada por él. Y le apetecía mucho el encuentro que habían planeado para esa semana, acompañarlo a la presentación del libro de una vieja compañera ya jubilada. Seguro que el libro es malo como carne de perro, le había advertido, poniendo ese gesto de benigna malicia al que ella ya se había acostumbrado, pero es un compromiso. Si soportas la presentación, luego te invito a cenar.

Ella, en cambio, se había cuidado bien de que él no averiguase de quién era hija. Su apellido, bastante común en las Islas, la escasa información biográfica que aportaba en las redes (poco más que su lugar de nacimiento, los sitios en los que había estudiado y la empresa para la que trabajaba, la cual empleaba, igual que a ella, a mucha gente más), la habían ayudado en la tarea del semianonimato. Ya habría tiempo, si las cosas salían bien y Ernesto demostraba ser el hombre que ella pensaba que era, de informarlo debidamente de dónde se metía, de decirle que era la hija del Yunque. Por el momento, en cambio, le apetecía más ser simplemente Diana, demostrarse a sí misma que David se equivocaba.

Ahora, a dos días del encuentro, Diana mira el perfil de Ernesto en una red social, curioseando en sus fotos, buscando (sin confesárselo a sí misma) una pareja, una amante, alguna amiga con derecho a roce de quien él no le ha hablado. No hay nada de eso. La galería de imágenes muestra, sobre todo, paisajes isleños, portadas de libros o fotos de librerías de ciudades europeas. Ernesto comparte también imágenes de cachorritos y citas de autores famosos (Brecht, Marguerite Yourcenar o Lezama Lima). Además, tiene pocos amigos en la red y sus opciones de privacidad restringen mucho el número de visitantes. Tampoco ofrece demasiada información personal.

Alguna vez le comentó que ese perfil tenía por objeto mantener el contacto con viejos amigos que tenía en el extranjero. Después de mucho mirar, Diana comprueba que, entre sus fotos, Ernesto solo tiene una de sí mismo. Lo muestra leyendo en una terraza frente al mar, con una cerveza y unas aceitunas. Se pregunta quién habrá sacado esa fotografía, pero acaba respondiéndose que le da igual. En su estado civil dice que es soltero, y es la primera vez desde David que un hombre le interesa realmente. Una nunca sabe cuál es la temperatura del agua hasta que no mete un pie en la piscina. Lo que no hará será ponérselo fácil. No irá al encuentro de punta en blanco. No le demostrará que ella ya sabe cómo y dónde y haciendo qué acabarán esa noche. Lo obligará a currarse la página, a cortejarla, a echar las nasas y recogerlas a buen ritmo, como está mandado.

2

Antes de dar por bueno el diseño, Lola se levanta del ordenador y deja pasar un rato, fumando un cigarrillo, mirando por la ventana del estudio que da al patio delantero. Cuando lleva toda una mañana trabajando en algo así, suele hacer eso: darse un respiro antes de decidir si el resultado es satisfactorio. Termina de fumar, apaga la colilla en el cenicero del alféizar y vuelve al escritorio. El logotipo es verde y amarillo, tiene forma de insecto irreconocible que podría ser tanto una cucaracha como una hormiga o un escarabajo, y dice «SaniRoach» en grandes letras negras, debajo de las cuales, en una fuente más pequeña, de color rojo, se subtitula: «Control de plagas – Fumigaciones – Desinsectaciones».

El nombre de la empresa no es muy original (el logotipo tampoco, ha de reconocerlo), pero no se les ha ocurrido nada mejor. Guarda la versión del logo y luego hace versiones en diferentes tamaños. Justo después de grabar

la última, suena una perdida en su móvil y ella va al patio para activar con el mando a distancia el mecanismo del portón. Este se abre con su sonido de chicharra y entra la furgoneta, conducida por Paco el Salvaje, que la aparca y desciende con un macuto en las manos. No se saludan. No es necesario. Han hablado, de hecho, media hora antes, cuando el Salvaje la telefoneó para decirle que salía de lo del Margarito, que todo estaba en orden.

Lola examina el vehículo: una Nissan Trade, bastante vieja y con abolladuras aquí y allá.

—¿Blanca? —dice. La pregunta es retórica. El tono, de reprimenda—. ¿Otra vez blanca? Joder...

—Dice el Margarito que era lo que tenía.

—Coño, le dijimos gris o verde, o del color que le saliera de los huevos, pero blanca, no. Las furgonas blancas son las de los pederastas y los violadores. La aparcas media hora delante de un colegio y medio barrio te apunta la matrícula.

A modo de respuesta, el Salvaje abre la cabina y saca dos placas, mostrándoselas.

—Que la apunten —dice.

—Me da igual. Lo que me jode es que el puto Margarito hace siempre lo que le sale de los huevos. ¿Y lo demás, qué?

En la casa, sobre la mesita del salón, Paco va poniendo el contenido del macuto y Lola lo examina con atención: dos pares de esposas, cinco teléfonos móviles de tarjeta, con sus cargadores, ya activados, y un cacharro de plástico negro del tamaño de un puño y con forma de rectángulo. En uno de sus extremos tiene un auricular.

—¿El distorsionador? —pregunta.

El Salvaje lo coge, acciona la perilla y se lo pone en la boca, diciendo lo que todo hijo de vecino diría de ser él:

—Luke, soy tu padre.

La voz ya de por sí grave del Salvaje ha surgido gutural e irreconocible por el altavoz disimulado al otro lado del artilugio.

—Chiquillaje —le dice Lola, soltando, sin embargo, una sonrisa. Todos los hombres llevan a un niño dentro, piensa, y solo cuando les sale ese niño que llevan dentro merecen simpatía. Pero no está el día para ternezas, por eso toma uno de los móviles y pregunta—: ¿De dónde salieron?

—De donde siempre, del colombiano ese que es colega del Margarito.

—¿El del locutorio?

—Sí. Liberados. De tarjeta.

Han usado otras veces móviles del colombiano. Suelen estar a nombre de marroquíes, senegaleses y nigerianos que a saber quiénes son exactamente, dónde coño están, a qué dedican ese tiempo libre que es para ellos todo el tiempo.

—Oki —dice Lola, asintiendo y dejando el móvil nuevamente sobre la mesa. Luego va al cuarto de trabajo y regresa con un metro extensible. Se lo da al Salvaje—. Necesito que me midas los laterales de la Nissan, para anotar las medidas de los rótulos.

—¿Ya hiciste el logo?

—Sí. Me quedó de puta madre. Da el pego. Cuando me des las medidas, te guardo las imágenes en un *pen drive* y te bajas a la serigrafía. Necesitamos los rótulos y dos camisetas con el logo a la espalda.

—¿De qué color?

—¿Qué?

—Las camisetas, ¿de qué color las pido?

—A juego con la puta furgoneta blanca.

Paco sale al patio cantando a través del distorsionador de voz:

—Era más blanca que el aguaaaaaa, que el agua blancaaaaa...

—¡Déjate de hacer el machango! —le grita ella, volviéndose al ordenador con una sonrisa inevitable.

Mentalmente, anota los recados que le quedan por darle al Salvaje. Hay que buscar, en el cuarto de aperos, el viejo sulfatador. Y luego debe comprar mascarillas, guantes de látex, gorras. Con eso y pantalones de faena, los disfraces para él y Felo estarán completos.

En eso está cuando llega el Marqués. Desde la ventana, lo ve meter el Opel Corsa, aparcarlo entre la furgoneta y el Punto, apearse e intercambiar unas palabras con Paco, mientras examina la Trade tal y como ha hecho ella. Cuando entra en la casa, Diego se limita a decirle:

—¡Blanca!

—Lo sé.

—Y mira que se lo advertimos. Cualquier día lo mando a tomar por culo.

—Bueno, relájate, mi niño. Si esto sale bien, igual no tenemos que volver a verle el hocico.

—Y ojalá —dice él, sentándose en el sofá y manipulando teléfonos y esposas, aún desparramados sobre la mesilla. Los sopesa como si quisiera comprobar que no son de juguete—. ¿Y el distorsionador?

—Lo tiene el Salvaje. Está jugando con él, como si fuera un niño chico.

Comparten una sonrisa, un meneo de cabeza. Luego, ella pregunta por Felo.

—Bien. Haciendo guardia delante de Islocasa, hasta que la piba salga de currar.

—¿Algo de especial, hoy?

—No, lo de siempre. Salió de casa a las siete y media. A las ocho ya estaba en la oficina. Una parada a las diez y media para echarse un

bocadillo y un café con leche en el bar de al lado, y a las once ya estaba otra vez en la oficina.

—¿Y cuando salga? Felo no tiene coche para seguirla.

—Le prestaron una motilla... Un *scooter* de esos...

—¿Quién?

—No sé. Un colega.

—No le habrá contado nada...

El Marqués la mira como si ella fuera gilipollas y ella se siente así por un segundo. Paco vuelve al interior de la casa, con un papelito en el que ha anotado las medidas. Se lo da a Lola, que va al ordenador para grabar los archivos de las imágenes.

Desde allí, escucha al Salvaje diciéndole chorradas por el distorsionador a Diego. Imita a Darth Vader y a la Niña del Exorcista hasta que Diego le dice que deje de hacer el bobo, que hay todavía cosas que hacer, que se les va a ir la mañana haciendo el pardela.

—Venga ya, Marqués, si está todo controlado.

—En estas movidas, cuando crees que lo tienes controlado, es cuando todo se va a la mierda.

3

Felo leyó en la pantalla del móvil el mensaje del Marqués. Lo citaba en la casa roja esa noche, a las nueve. Eso quería decir que ya estaría todo preparado y mañana, en algún momento, el Zurdo los avisaría de que la pasta ya estaba en manos del millonetis y todo se pondría en marcha y, si la cosa iba bien, el viernes tendrían las perras y repartirían y, entonces, él podría llamar al Ñato y darle su dinero de mierda y hasta darle cien euros más y decirle que se metiera la pasta por el puto culo *winstrolado*. Y

después se correría una juerga de puta madre y se estaría dos días de amanecida y, con lo que sobrara, se administraría bien para que le diera para algún tiempo. Pero seis mil euros, menos lo del Ñato, menos lo que se gastara en la juerga, menos el alquiler del mes, no le iban a dar para tanto. Igual haría bien en invertirlo, en comprar algo de polvo o de chocolate o de pastillas y dedicarse otra vez a despachar. Aunque estar despachando, siempre tiene sus inconvenientes. Podría volver a ocurrirle lo de tener a la madera pegada al culo y que no le quedara otra que tirar la mercancía. Eso sí: nunca es lo mismo echar al váter percal que te han fiado que echar el tuyo. Felo no sabía qué dolería más. Por ahora, deshacerse del percal de otro ya le había dolido bastante (concretamente, en la nariz, por uno de cuyos senos aún respiraba mal). Ya pensaría en todo aquello. No era plan de estar haciendo cábalas ahora, mientras estaba ahí, sentado en el banco, esperando a que la pija saliera de currar. Eran ya las tres de la tarde y en cualquier momento saldría y cogería su coche y él tendría que ir a pillar la moto que le había prestado el Garepa. Bueno, prestado, no exactamente: él le había dicho al Garepa que la necesitaba para un trabajillo que le había salido y que, cuando cobrara, lo invitaría a cenar y a una farra. Igual, esa juerga que se correría se la haría con el Garepa, que era un buen tipo. Y sería una farra farra, una marcha de las de verdad, con polvo, putas y de todo.

Ahí estaba la piba. Ahí salía.

Felo dejó de soñar y se levantó con disimulo del banco, el casco de la moto en una mano, las llaves en la otra. La piba entró en el parking descubierto que había junto al edificio de Islocasa. Felo no había metido la moto allí, pero la había dejado cerca de la entrada. La vio moverse entre los coches hasta llegar al suyo. Estaba buena, la pija. Pero, además de estar buena, tenía clase y se movía como se mueven las gacelas, ligera y elegante.

Aunque pibas así, con ese estilo, nunca se fijaban en muertos de hambre como él. Si la vida hubiera sido distinta, si él hubiera nacido en otra casa, si no hubiera tenido la vida que había tenido, si oliera distinto y fuera diferente, a lo mejor hubiera tenido una oportunidad con una chorba como esa, tan refinada y tan chachi. Aunque, fíjate tú, si él hubiera nacido en otra casa y fuera diferente, no hubiera sido él, sino otro. Y él era el que era. Lo que podía ser. Y lo que podía ser no era más que un puto don nadie, un gualdrapas que se buscaba la vida de día en día y de bisne en bisne, un culocagao que solo se sentía realmente humano cuando podía poner la tele y pasarse las horas muertas viendo documentales. Nunca le gustó leer. Y en el colegio era un puto desastre. Pero los documentales le flipaban: le enseñaban cosas, cosas en las que nadie reparaba, cosas que nadie pensaba y que eran alucinantes: que hay una musaraña que tiene que comer todos los días el doble de su peso porque su metabolismo va como una bala y el corazón le late a doscientas pulsaciones por minuto; que los tardígrados, también llamados «osos de agua», son unos seres diminutos que viven cientos y cientos de años, aun en las condiciones más extremas, y han sobrevivido, incluso, a viajar al espacio y volver en la pared exterior de un transbordador, y todo eso porque han cambiado la evolución de la especie por la supervivencia de los individuos; o que hay un tipo de pulpo que, tras desovar, protege sus huevos durante semanas, sin moverse, sin comer, hasta que estos eclosionan, justo cuando la madre acaba pereciendo de inanición. Cuando vio ese documental, el del pulpo, acabó llorando como un niño chico pensando en esa madre que se mata de hambre para proteger a sus crías.

El coche de la piba salió y él arrancó tras ella. Con la moto, en medio del tráfico de la avenida Marítima, era fácil seguirla sin que se diera cuenta. Se sintió depredador. No como los depredadores marinos, que intentan

comerse los huevos de los pulpos, sino como los felinos que pueblan la sabana, como esas leonas que acechan a los rebaños de ñus y cebras, esperando su oportunidad. El recorrido no sería largo: la piba seguiría por la avenida hasta la entrada que había en la desembocadura del Guiniguada, a la altura del teatro Pérez Galdós, y allí tomaría la carretera del Centro, pasando por Lentini y la plaza de Las Ranas, pero justo en el Puente de Piedra se desviaría hacia la derecha, a la zona de El Terrero. Allí aparcaría en el garaje de su edificio, saldría a la calle y entraría en su portal. Siempre había hecho lo mismo los dos días que le había tocado seguirla a esa hora. Seguramente, no había conexión interior entre el garaje y el edificio. Mejor para él. Le gustaba verla salir, con las llaves en la mano, y abrir la puerta del zaguán y perderse dentro camino del ascensor. Desde su puesto de vigilancia en la calle adyacente, le gustaba imaginarla llegando y poniéndose cómoda en ese ático que él soñaba amplio, luminoso, con muebles de Ikea y edredones y cojines de plumas, todo grande y cómodo y juvenil y oliendo a sándalo o limón, tal y como deben de oler las casas de la gente bien, de las pibas que tienen clase y dan pasos de gacela. Y, entonces, él se quedaba allí, aunque no hiciera falta, aunque supiera que ella no se movería hasta las cuatro o las cinco de la tarde, pero se quedaba allí, comiéndose el bocata y mirando al edificio, a lo alto del edificio, al ático donde la imaginaba en pijama, después de comer algo de eso que comen las pibas que viven solas (una ensalada o una de esas sopas chinas de *noodles*), tumbada en el sofá, esperando a que él fuera a acomodarse con ella entre los almohadones, para ver juntos un documental de esos sobre felinos que pueblan la sabana, en los que siempre hay leonas acechando a un rebaño de ñus y cebras, esperando su oportunidad.

4

Marcos Perera tuvo que recordarse a sí mismo que en sitios así no está bien rebañar el plato, porque con gusto hubiese limpiado a golpe de pan hasta la última gota de la salsa de champiñones que había acompañado el solomillo. Isidro, desde el otro lado de la mesa, adivinó lo que le ocurría a su socio. A él también le pasaba al principio, pero su ex acabó acostumbrándolo, con miradas represoras y patadas por debajo de la mesa. Los modales (ese saber qué cubierto coger, qué cosas hacer y qué cosas no decir) y Diana eran, probablemente, lo único bueno que Cristina había aportado a aquel matrimonio. Ahora debía de estar en alguna playa de la Costa del Sol, pasándose unas vacaciones pagadas por él junto al tipo que, según Diana, era ahora su novio. «El novio de mamá», decía para referirse al individuo, y a Padrón le sonaba raro, como si hubiera dicho «el pincel del manco» o «el támpax de la abuela». El Casa Bilbao siempre le recordaba a Cristina. Había ido allí con mucha gente, sobre todo para comidas de trabajo, pero la primera vez había sido con ella, que le había mostrado el caserón de Vegueta, donde estaba enclavado, el gran patio interior rodeado de plantas situadas estratégicamente para realzar la tea de las vigas y los balcones interiores y la piedra de cantería de Arucas de las columnas. El sitio era caro como una cirugía estética, pero si querías medrar en los negocios, en política o en los juzgados, valía la pena ir y, sobre todo, *que te vieran* allí. Ahora mismo, tres de la tarde de un miércoles, la parroquia que se distribuía por el comedor incluía a dos jueces, un consejero, dos procuradores, un director general, cuatro asesores y el director de un periódico, de ambos sexos y diversas edades. A partir del mediodía se habían ido agrupando en las mesas, de dos en dos o de tres en tres, tras saludarse o presentar a aquellos conocidos comunes que no se conocían entre sí, aunque hubieran oído mucho hablar los unos de los otros. Las conversaciones se hacían en voz queda, porque siempre giraban en torno a

negocios, asuntos delicados, temas que sería deseable llevar *con la máxima discreción*, *entre nosotros*, *off the record*.

Estaban acabando el segundo plato cuando vieron a Rubén Benavides. Acababa de entrar y se dirigía a una de las mesas del fondo, donde lo esperaba un tipo gordito y trajeado.

Benavides se acercó, cordial, a saludarlos.

—Hombre, comisario, qué elegante vas —dijo Padrón, tocando el terno gris de Benavides.

—Uniforme de trabajo, querido.

Marcos Perera hizo un guiño y señaló con la mirada al gordito trajeado, que estaba concentrado en una atenta lectura de la carta.

—¿Fiscal nuevo?

—Juez. Recién nombrado. Hay que tratarlos bien, que luego le facilitan a uno mucho el trabajo. ¿Y ustedes qué?

—Pues mira, ya ves, relajándonos un poco, que no todo va a ser trabajar —dijo Padrón.

—Por cierto —recordó Perera—, a ver si retomamos las partidas de los lunes...

—Deberíamos —dijo el comisario, que era gallego pero se había aficionado al envite casi desde que llegó a Canarias—. ¿El próximo lunes?

Por las mentes de ambos empresarios pasó fugazmente la cara de El-que-te-dije y, tácitamente, propusieron dejarlo para el lunes siguiente.

—Vale, entonces. Le damos un aviso a Paco Nieves y nos llamamos para cuadrar. ¿Os parece?

A ambos les pareció. Fue Perera quien se comprometió a avisar a Paco Nieves, que no tendría problema, porque desde que había puesto la dirección de la consignataria en manos de sus hijos disponía de todo el tiempo del mundo. El lugar de la partida sería, como siempre, la casa de

Padrón. Se despidieron con palmoteos en el hombro y gestos de complicidad, antes de que Benavides fuera a cumplir con el juez bisoño, que lo había descubierto ya en medio del comedor y lo miraba preguntándose cuánto tiempo más tardaría en ir a sentarse.

Ni el Yunque ni el Martillo pidieron postre. Prefirieron café y Drambuie, encendieron sendos puros (habían elegido mesa en el patio precisamente porque a ambos les gustaba fumar un palmero después de comer) y se escarrancharon en las sillas.

—Estaba todo buenísimo, carajo —dijo Perera—. Hacía tiempo que no venía. Tuviste buena idea.

—No te creas: eres el sustituto. Suelo venir a cenar los jueves con Diana, pero como me dijo que mañana tenía una cita, te dije de comer hoy aquí para no quedarme con las ganas.

—¿Una cita?

—Sí. Por lo visto anda engolosinada con un muchacho.

—¿Y eso?

—Uno que conoció no sé dónde. Un tipo serio, profesor de instituto. No como el otro, que iba de perroflauta por la vida.

Perera asintió, comprendiendo. Recordó los quebraderos de cabeza que el antiguo novio de Diana le había dado a Isidro.

—Y por lo demás, ¿cómo le va?

—Bien. Trabajando en Administración la tengo. Una joyita. Curra como una mula, como una empleada más. Yo le dije de ponerla conmigo, pero me dijo que no, que quería empezar desde abajo. ¿Te lo puedes creer?

—Esa es de los nuestros.

—Digo yo que sí. Tuvo una mala época cuando cortó con el otro. A ver si le va bien con este.

—La mancha de una mora, con otra mora se quita.

Padrón movió la mano sobre el eje de la muñeca.

—No sé, lo acaba de conocer. Con que no le hagan daño, yo me quedo tranquilo.

Perera asintió comprensivo, pensando en sus propios hijos.

—Eso es lo que nos tiene acojonados siempre: que no les hagan daño —prosiguió Padrón—. Pero, al final, ¿qué podemos hacer? Darles la mejor educación posible y esperar a que se den sus propias hostias en la vida y que no se hagan demasiado daño.

Pasó un ángel que les dio tiempo para acabar el café. Después Padrón acercó su silla y atacó el tema por el que realmente se habían citado.

—Bueno, Marquitos, mañana viene el amigo del Ruso.

—Cojonudo. El viernes nos organizamos y preparamos el paquetito para El-que-te-dije. El lunes se reúne con el técnico. El pliego de condiciones lo tienen a puntito.

—Por cierto, ¿no se podría renegociar con El-que-te-dije?

—Ni de coña, ya lo intenté.

—Pero es que nunca le habíamos pagado tanto. Con el rollo de untar al técnico, al final el tío se lleva una mordida que te cagas.

Perera se encogió de hombros.

—A negocio grande, mordida grande. Y el negocio es grande de cojones. Piensa en lo que podemos llegar a facturar el año que viene con la subcontrata.

Isidro Padrón pensó en eso y no pudo evitar una sonrisa satisfecha. Perera, en cambio, miró de reojo hacia la mesa donde el juez y Benavides charlaban completamente ajenos a ellos.

5

En la casa roja esa noche nadie andaba con ganas de ceremonias. Cenaron en el salón, sobre la mesa de centro, pizzas y cervezas de lata, que consumieron a tragos breves y bocados largos, repasando los detalles que quedaban pendientes. Entre otras cosas, echaron un vistazo a las pistolas de juguete que Lola se había encargado de comprar, cada una en una tienda distinta. Imitaban armas reales: una de ellas parecía una Walther PPK y las otras dos fingían ser diferentes modelos de Sig Sauer. Disparaban unas bolitas de plástico amarillas, pero las tres eran metálicas y negras y disponían de mecanismos que se montaban como los de las de verdad, con el mismo ruido metálico de cerrojo cabreado y seco. Si tenían que enseñarlas, cumplirían con su función. Paco había vuelto de la serigrafía sobre las ocho, en su propio coche (Diego lo había acercado a la chatarrería del Margarito para que lo recogiera), con las pegatinas para la furgona, las camisetas y la compra de la ferretería. Ya no les faltaba nada. Al día siguiente, jueves, Lola iría a comprar comida, agua y útiles de aseo y los llevaría al hotel Marqués, junto con un par de colchones de gomaespuma, algunas mantas viejas y una silla plegable que estaban ya en el portabultos del Fiat. Mientras tanto, Diego continuaría siguiendo a la pija, y el Salvaje y el Flipao estarían pendientes, a partir del mediodía, allí, en la casa roja. En cuanto Eusebio avisara de que el dinero había entrado, todo se pondría en marcha.

—¿Eso sobre qué hora será? —preguntó el Salvaje.

El Zurdo terminó de tragar el trozo de pizza que tenía en la boca, echó un buche de cerveza para ayudarlo a bajar y disimuló un eructo, antes de decir:

—No te puedo decir seguro: las cuatro, las cuatro y media, las cinco... No vienen siempre a la misma hora.

—¿Y si no vienen mañana?

—Con la fecha, no fallan nunca.

—Vale, pero ¿y si esta vez sí? —insistió Paco.

—Bueno, pues si fallan, cosa que dudo mucho, no pasa nada por esperar uno o dos días más.

—No te pasará nada a ti —dijo Felo.

—Ni a ti, qué coño. Pero no se va a dar el caso: la guita entra mañana, fijo. Eso lo garantizo yo.

Lola pensó que una garantía del Zurdo tenía más o menos el mismo valor que una mierda pinchada en un palo un lunes por la tarde, pero se cuidó mucho de decirlo para no echar más leña al fuego; ya andaban todos bastante nerviosos y no era el momento de iniciar una discusión. De lo que no se privó fue de echarle una mirada de reojo a Eusebio, odiándolo con muda sinceridad.

Acabada la cena, Felo armó un porro que se fueron pasando. El Zurdo no fumó. «Esa mierda me deja sobado —dijo—, y, aparte de eso, tendría que irme. Mañana hay que madrugar».

Lo decía sobre sí mismo, pero en realidad se lo decía a los demás, mientras se levantaba y buscaba el tabaco y el mechero, para fumarse un último cigarrillo en el patio trasero, antes de marcharse.

Allá fue a verlo Diego. Lo encontró sentado en las escaleras de la puerta de atrás, contemplando uno de los parterres, débilmente iluminado por la luz de la cocina. Diego salió y cerró la puerta de cristal, antes de sentarse a su lado.

—Si no cierro la puerta, se me llena la cocina de bichos —explicó, encendiendo él también un cigarrillo.

—Tienes muy cuidaditas las plantas.

—El mérito es de Lola. Ella es la que entiende.

—Pues se le da bien.

—Sí. Pero esas no se comen. Yo prefiero el trocito aquel —dijo Diego, señalando el pequeño huerto que había a su derecha, donde Lola se las había ingeniado para plantar tomateras, pimientos, calabacines y hasta algunas acelgas.

Se hizo un silencio, que un grillo escondido tras alguna de las plantas intentó mitigar.

—¿Estás nervioso? —preguntó el Marqués.

—Como un puto flan.

—No deberías estarlo. Al fin y al cabo, la idea fue tuya.

—Sí, pero la cosa se ha ido complicando cada vez más. El hotel Marqués, las pistolas de juguete, lo de la fumigación. No sé, pensaba en algo más sencillito.

—No podía ser más sencillo. Había que diseñar bien la máquina.

—Cuanto más compleja es una máquina, más fácil es que salte un resorte y toda la máquina se joda.

Diego negó con la cabeza.

—No seas cocúo, Zurdo. Tener a la piba aquí era demasiado arriesgado. Y, las cosas como son, no se te había ocurrido ninguna forma de darle la burundanga esa.

—Ya, pero yo había pensado en algo más normal. No sé, que tú te la ligaras. O que tú y Lola se hicieran pasar por una pareja de pijos y se la dieran en una copa.

—Claro, para que nos viera bien la cara, ¿no?

Eusebio prefirió callarse a darle la razón. Diego le puso una mano en el hombro y, por primera vez, lo miró:

—Zurdo, tranquilízate, viejo. Va a salir todo de puta madre. Tú ya has trabajado con el Salvaje, y sabes que es un tío legal. Y el pibe, yo sé que no te cae bien, pero es un fiera. Rápido y escurridizo como un perenquén.

—Lo que me preocupa es que se dé la misma prisa en irse de la lengua. Esto le viene grande.

—Por ese lado, no te preocupes. Eso está controlado.

—Dios te oiga, querido —dijo Eusebio, levantándose y yendo hacia el huerto, para ver de cerca las tomateras. Examinó una de las matas y tomó en la palma de la mano una enramada de tomates, se agachó y la olió—. ¿Yo te conté que mi padre tenía una finquilla?

Desde las escaleras, de donde no se había movido, Diego respondió que no.

—Pues sí. El viejo siempre conservó una casita con un par de gavias allá, en Las Lagunetas. En cuanto podía, dejaba el taxi y se subía para allá con mi viejita, a cuidar las plantas. Se supone que yo tendría que haber heredado el apego al terruño, pero ya ves tú... No soy capaz ni de mantener vivo un geranio, que es una cosa que vive aunque tú la quieras matar... Cuando el viejo perdió el tino y lo metimos en el asilo, en cuanto pude vendí la casa y el terreno y repartí con mi hermana.

Diego lo escuchaba hablar y miraba hacia la sombra de donde procedía su voz, allí, recortándose contra el muro trasero que daba a la falda de la colina. Era como un espectro, una sombra en el lado más sombrío del patio, la voz en *off* de un hombre que solo podía ser sincero cuando nadie podía verle su rostro.

—Una vez, cuando ya estaba en el asilo, mi padre me preguntó por qué yo no lo había ayudado a mantener la tierra. Yo no supe qué contestarle y, total, el viejo, para esa época, ya andaba jodido del tomate. —Esto lo dijo taladrándose la sien con un dedo—. Pero, a veces, cuando menos me lo espero, parece que lo vuelvo a oír, preguntándome lo mismo: por qué yo no salí como él, por qué nunca me gustó cuidar la tierra. Y, ¿sabes qué?, me he acabado dando cuenta: es porque la tierra te hace esperar. A las plantas no

las creces tú: crecen ellas solas y cuando les toca, y tú no puedes hacer que las plantas crezcan rápido y cuando te da la gana. Tú te tienes que limitar a plantar, regar, abonar, podar y, como mucho, rezar para que la tierra te dé lo que tú quieres que te dé. Pero luego ella solo te da lo que le da la gana y cuando le da la gana. Si te dedicas a la tierra, te tienes que adaptar a ella y supeditarte. ¿Me entiendes? Tú no domesticas la tierra; es la tierra la que te domestica a ti. Dedicarse a la tierra es ser paciente. Y también sumiso. Y yo no soy ninguna de esas dos cosas. Yo, cuando quiero algo, lo cojo y ya está.

El Marqués notó la sombra moviéndose en su dirección y cobrando cuerpo conforme se acercaba. Cuando entró nuevamente en el foco de la luz, vio su cuerpo grueso y fuerte enfrentándosele, ahí, en pie, en toda su cansada madurez.

—No, Marqués. Ni este trabajo es un huerto ni yo soy hombre de esperar. No voy a esperar a ver si el muchacho es legal o no. Y no me basta con que tú me lo digas. Si veo que se empieza a salir de madre, me lo paso por la piedra.

—Venga, Eusebio, no seas...

—Advertido estás —lo cortó en seco el Zurdo—. En cuanto me huela que me quiera joder, hago una poda. Con esta.

Estas últimas palabras las pronunció sacando la mano del bolsillo. En ella, plegada, había una navaja automática. Diego había visto muchas veces esa navaja y había visto a Eusebio usarla. De hecho, una vez, hacía muchos años, Eusebio y aquella navaja le habían salvado el pellejo, y si algo le quedaba muy claro era que el Zurdo nunca la mostraba gratuitamente, que si accionaba el botón que soltaba el resorte sería solo para usarla.

—Entendido —contestó—. Pero no te va a hacer falta.

—Eso espero, porque no hay cosa que me joda más que un lenguatrapo —dijo el otro, guardándose la navaja. Después, con el rictus grave

convertido de pronto en sonrisa, le palmeó el hombro y subió las escaleras en dirección a la cocina—. Y ahora, venga, invítame a un chupito de Jägermeister antes de irme, que ya sé que tienes una botella escondida por ahí.

6

La noche es sahariana, con aire caliente y tierra que entra por las ventanas que los incautos se han dejado abiertas. Y nadie podrá dormir. Felo, en su cuartucho, ve en la televisión un documental sobre el Amazonas. Lola y Diego acaban de echar un polvo bruto y rápido, y ahora están ahí, desnudos y destapados en la cama húmeda de sudor y semen. Lola mantiene aún su excitación acariciándose, esperando a que él recobre la respiración y complete lo que se ha dejado a medias entre las piernas de ella. Eusebio, tendido en su cama, hace cálculos, repasa horarios, coartadas, posibles errores, mientras constata que hay un desconchón en el techo y que, un día de estos, tiene que dar una mano de pintura. Siente un ansia y una pereza infinitas. En cambio, Paco el Salvaje no ha llegado a acostarse. Permanece ahí, en su salón, concentrado en el sulfatador (se lo ha llevado a casa para limpiarlo), comprobando una y otra vez la pistola de juguete, los guantes, el elástico de la mascarilla. Parece inmerso en esas tareas, pero en realidad piensa en Ruth. En Ruth y en el olor de la piel de Ruth. En Ruth y en pasajes de avión y en largarse de una vez de la puta isla, quizá solo para cambiar el aislamiento de esta por el de cualquier otra (La Palma, El Hierro, Fuerteventura) adonde al Margarito no se le ocurra ir a buscarlos. Tampoco Isidro Padrón se ha acostado. Ha llegado de una cena de negocios que se prolongó en una copa de negocios y se ha sentado en su salón para tomarse una arrancadilla de Macallan antes de acostarse. Consulta en su tableta los

correos electrónicos, las redes sociales, los periódicos, las cotizaciones en bolsa, y luego se centra en un artículo de un economista sobre las tendencias del IBEX. O intenta hacerlo, porque su mente ya ha viajado en el tiempo hacia mañana por la tarde, cuando Iván llegue a traerle lo acordado. A él y a Perera les va a salir caro el negocio con El-que-te-dije, pero su socio tiene razón en que la contrata vale la pena. Les dará negocio durante un buen par de años y luego no será difícil renovarla. Ya es casi la una y debería acostarse, pero puede aún tomarse un último malta, mientras acaba de leer el artículo, que es una excusa más para demorar el momento de meterse en la cama vacía y empezar a dar vueltas y más vueltas. Eso, dar vueltas en la cama, es lo que ha hecho Diana durante una hora, hasta que ha renunciado a seguir intentándolo, ha encendido la luz de la mesilla y ha cogido el libro. Acaba de terminar *Bartleby* y ha pensado mucho en ese hombre taciturno y enigmático, rebelde, irritantemente pasivo; en el abogado que cuenta su historia; en la Oficina de Cartas Muertas; en preferir no hacerlo. Ahora busca el sueño junto al capitán Amasa Delano, de Duxbury, quien acaba de ser informado de que un barco ha sido avistado en la bahía de Santa Marta, la pequeña isla desierta donde ha fondeado para hacer aguada. Delano se viste y sale a cubierta, ignorante de que va a conocer a Benito Cereno y su historia inolvidable. Diana está ya ahí junto a él, en esa remota isla de la larga costa de Chile, y el rostro de Delano (como antes el de Bartleby) adquiere las facciones amables e interesantes de Ernesto, sus ojos curiosos, su mentón suave, sus labios dibujados a tiralíneas que acaso ella habrá de besar pronto.

Pero, como Delano, como el abogado de Bartleby, Diana ignora que todo está a punto de cambiar para siempre. También lo ignora Isidro Padrón, mientras escancia un último trago en su vaso de cristal de roca. Y lo ignora Paco, mientras apaga las luces y pone la radio para ver si su

murmullo consigue relajarlo para dormir. Y Eusebio, haciéndose con la cabeza los números que deberá gastar para adecentar las paredes. Así como lo ignora Lola, que mira desde arriba el rostro de Diego, perdido entre sus piernas, lamiéndole el sexo mientras ella toma entre las manos su cabeza y mueve las caderas contoneándose al mismo ritmo que su lengua. Y por supuesto, lo ignora Felo, que ve en la televisión a la anaconda oculta en el fango, quieta como la muerte, como si durmiera, pero en realidad muy atenta, alerta, esperando a sus presas. Todos ignoran que esa noche sahariana es la última en la que sus vidas serán idénticas a como hasta entonces han sido, que el aire caliente no trae polvo y tierra, sino muerte y dolor, que dentro de veinticuatro horas ninguno de ellos estará donde está ahora porque se habrá abierto, para todos sin excepción, la puerta del infierno.

Y allá, en el sexto piso de un edificio de Guanarteme, el hombre que resultará crucial en sus destinos acaba de asomarse a la terraza para fumar un último cigarrillo. Tras él, ha salido Bartolo, un mil leches pequeñajo que lo sigue a todas partes cuando está en casa. El chucho, como otras veces, no ha elegido irse a la cama con Marta. Ha preferido ir tras su amo y mostrarle su lengua jadeante mirándolo y preguntándose qué estará él, a su vez, mirando. Silva se lo agradece con una caricia en el lomo. Luego se incorpora y se pone el cigarrillo en la boca. Pero, antes de encenderlo, huele el aire y siente en la nuca la punzada. La ha sentido ya otras muchas veces, en Junín, en Cali, en Medellín, en Juárez o en el D. F., a lo largo de sus muchos años de tutear a la muerte. Pero hace tanto tiempo, puede que más de una década, que casi la ha olvidado. Cuando se vino a vivir aquí, cuando comenzó a trabajar para Marcos Perera, pensó que jamás volvería a sentirla. Este es un sitio tranquilo, sin problemas más graves que alguien que oculta secretos que pueden resultar útiles al jefe. Eso, averiguar vergüenzas de

hombres poderosos y servírselas a Perera en bandeja (una bandeja que casi siempre adopta la forma de archivos de audio, vídeo, texto o imagen) ha sido hasta ahora su tarea principal. Lo demás (poner en su sitio a sindicalistas díscolos, a periodistas enterados, a bocazas impenitentes) no ha sido tan frecuente como eso. Pero ahora Silva detecta en el aire un olor a muerte y siente esa punzada en la nuca y sabe que algo ineluctable y fatal ocurrirá más pronto que tarde y que, como las otras veces, él tendrá que ver en el asunto.

Contempla el mar encrespado de la Cícer más allá de las farolas que constatan la calima a su alrededor. Mira a su izquierda, al Auditorio Alfredo Krauss, donde la estatua del tenor adelanta una mano en dirección a Tenerife, y se dice que sí, que no se equivoca, que algo va a pasar, que va a haber muerte y va a haber sangre y quizá sea él quien la derrame. Arroja el cigarro porque de pronto ha comenzado a saberle a mierda y vuelve al interior para acostarse. El perro, silencioso, lo sigue, justo en el mismo instante en que, en su cuchitril, Felo ve surgir un momento el lomo de la anaconda, antes de que esta vuelva a desaparecer bajo el cieno.

LA LLAVE MÁGICA

1

Los ojos verdes de Iván se movieron rápidamente a su alrededor, como siempre que entraba en el despacho de Isidro Padrón, quien para él era *don Isidro*, con esa suavidad al pronunciar la erre que casi la hacía desaparecer. El empresario, también como siempre, lo invitó a sentarse, e Iván hizo lo propio, dejando la bolsa de deportes ante sí, sobre la mesa, mientras Padrón la rodeaba y se sentaba al otro lado con la calculadora y el bloc de notas ya preparados. También formaba parte del ritual la invitación a tomar algo, la amable declinación por parte del ruso (o rumano o búlgaro o lituano, para el caso daba igual, nadie le había preguntado y nadie le preguntaría porque a nadie importaba) y la propuesta de ir directamente al negocio, mientras abría la cremallera de la bolsa y sacaba los fajos de billetes que contaban sin prisa, haciendo anotaciones en sus respectivas libretas, hasta que comprobaban que los cálculos de ambos coincidían. Tampoco esta vez hubo grandes novedades en cuanto a la cifra total, los plazos y las formas de devolución que acordaron; ni hubo sorpresas al final: la reunión acabó con un efusivo apretón de manos, el deseo mutuo de que todo le fuera bien al otro, la promesa de verse muy pronto, en tres meses, para acordar un nuevo negocio, los saludos para Iván y su jefe de parte de Marcos Perera (que

serían trasladados por Padrón), los recuerdos del Ruso para don Marcos y don Isidro (que serían trasladados por Iván), el acompañamiento a la puerta del despacho, desde donde Iván dijo a don Isidro que no se molestara en acompañarlo más, que él ya conocía el camino, que buenas tardes y buena suerte.

Una vez a solas, Isidro Padrón continuó con su parte en solitario del ritual: volvió a contar el dinero, oyendo cómo el coche de Iván y su gente se alejaba lentamente por el camino de grava que conducía a la salida de la finca, abrió la caja de seguridad (una Luxor con llave de doble paleta y combinación electrónica) y fue guardando, uno a uno, los fajos de billetes. Luego cerró la caja, telefoneó a Perera y le comunicó que todo había ido bien, que mañana podrían verse para almorzar y *cuadrar agendas*, lo cual significaba, en el código que habían ido estableciendo de forma más o menos tácita, que se organizarían para repartirse el dinero e ir devolviendo los pagos al Ruso. Quedaron allí mismo, en casa de Padrón, para el día siguiente a las dos de la tarde.

El Yunque de Tafira dio un suspiro de satisfacción y salió del despacho. Recorrió el pasillo, bajó las escaleras, cruzó el vestíbulo y salió al porche. Desde allí llamó a Eusebio, que estaba sacando brillo al parabrisas.

—Dígame, don Isidro.

—Si quiere, se puede ir ya. Nos vemos mañana.

Eusebio dio las gracias y se encaminó a la cochera de detrás de la casa, donde solía dejar aparcado su Seat Ibiza. Desde el porche, donde se había quedado contemplando unos instantes la luz de la tarde sobre los dragos, Isidro Padrón lo escuchó arrancar. No esperó a verlo aparecer por el camino que llevaba a la entrada; volvió al despacho para continuar haciendo números.

2

«El pollo está en el horno».

Eso fue lo único que escuchó Lola, allá en el hotel Marqués, cuando respondió al teléfono móvil de prepago: la voz de Eusebio el Zurdo diciendo que el pollo estaba en el horno. Ella guardó unos segundos de silencio y solo cuando él insistió, «¿me oíste, muchacha?», respondió que estaba bien, que avisaría a la familia para prepararse para la cena. Colgaron enseguida y ella se sonrió ante toda aquella pantomima de las claves que habían ideado, como en una película de espías barata o, incluso, como en una barata parodia de las películas baratas de espías.

Pero no se pueden cambiar las reglas del juego a mitad de partida. Dejó el cepillo con el que estaba barriendo la zona en la que iría el colchón y llamó a Diego, que estaba en su turno de vigilancia (en ese momento, la pija tomaba el café con otras dos pijas en una terraza de la calle Cano, donde habían almorzado), para repetirle el mensaje. Y este, a su vez, telefoneó a Paco el Salvaje y a Felo para repetirlo, siempre así, siempre el pollo está en el horno, siempre no te me retrases, antes de comprobar, como había hecho el Zurdo, que el canal seguía abierto, que la función fática del lenguaje se cumplía como es debido, con un está claro o un entendiste interrogativos, rápidos, más amables que imperativos.

Después el Marqués guardó el teléfono y tomó otro sorbo de su segundo Arehucas Carta Blanca con Coca-Cola. Desde su mesa en el bistró, había estado vigilando a la pija y sus amigas, una rubia y una pelirroja, ambas de bote, flacas como tollos y pintadas como puertas viejas. La pija suya, en cambio, la tal Diana Padrón, llevaba el pelo castaño claro al natural y no se había maquillado, salvo un toque de *rouge* en los labios. Al fin y al cabo, poco lo necesitaba, con aquellos ojos que apuñalaban. También vestía con

bastante más sencillez: unos vaqueros, unas playeras color rosa (eso sí, de marca) y una camisilla de tiros del mismo color le bastaban para destacar mucho más que las otras dos, con sus falditas, sus *blasieres* y sus bisuterías estrafalarias. El Marqués se fijó bien en que, aparte del bolso en forma de cartera (la piba había venido directamente desde el trabajo), solo llevaba un reloj deportivo, una sencilla alianza y una cadenita de oro de la que pendía un colgante que él no podía distinguir desde donde se encontraba.

En los últimos años, la calle Cano, peatonalizada, se había convertido en la calle Mecano, porque se había llenado de cafés, bistrós, tiendas de *gourmets*, restaurantes de nueva cocina y pastelerías que ponían sus terrazas para que los cuatro ricachos de la ciudad fueran allá con sus ropas y sus complementos de marca a tomar *gin-tonics* de ginebras de diseño aderezados con pepino, cardamomo o vaya usted a saber cuántas mariconadas más en grandes copas de balón. Se sentaban allí, de dos en dos, de tres en tres. En ocasiones especiales, en franca manada, familias enteras que compartían mesa mientras sus hijos corrían aquí y allá, dando el coñazo a los transeúntes ante la indiferencia de progenitores y abuelos. También aquí y allá se podía ver a algún *hipster* solitario, a algún emprendedor de pacotilla que citaba en Cano a sus clientes, para aparentar estar en un mundo al que en realidad jamás pertenecería.

Las pijas pidieron la cuenta y Diego se dirigió al interior del local para pagar la suya. Se quedó allí, apoyado junto a la caja, mirándolas desde el otro lado del cristal, mientras la camarera le daba su nota. Se preguntó si se demorarían mucho más, si tendría que simular mirar los escaparates de la calle. Pero no: felizmente, tras pagar a partes iguales, se pusieron en pie y las dos amiguitas se fueron hacia la calle San Bernardo. Diana Padrón tomó Cano en sentido contrario y Diego la dejó avanzar un poco antes de salir y comenzar a seguirla discretamente.

Le gustaba su forma de moverse: sus andares elásticos y no demasiado apresurados, la forma en que ladeaba la cabeza cuando se paraba, aquí y allá, a mirar el escaparate de alguna tienda de decoración. Unas decenas de metros más adelante, en la esquina de la calle Travieso, entró en la Librería del Cabildo. Diego aprovechó para llamar al móvil del Salvaje. Fue Felo quien contestó. El Marqués le preguntó dónde estaban.

—*Llegando*. —Se oía, de fondo, ruido de tráfico. El Salvaje debía de estar conduciendo Guiniguada abajo.

—Deprisita.

—*No agobies, tío. Ya estamos a la altura de San Roque*.

—Oki.

Diana salió justo en ese momento, guardando un libro en el bolso. Una visita demasiado corta. Evidentemente, había venido a recoger un pedido.

La chica continuó andando por Cano hasta llegar a la esquina de Malteses. Pero, una vez allí, entró directamente en la Casa-Museo Pérez Galdós, a cuyas puertas se congregaba un grupo de personas, la mayoría señoras de edad.

Diego no esperaba algo así. Se acercó a la puerta a olisquear. No tardó en ver el cartelito y los folletos que anunciaban la presentación de un libro para las siete de la tarde. Faltaba un cuarto de hora. Podía entrar en el museo, como ahora estaban haciendo las señoras de la puerta, y seguir la presentación. O, mucho mejor, buscar asiento en la terraza que había justamente enfrente, para esperar sentado a que terminara la presentación de los cojones. Esto fue lo que hizo, después de coger uno de los folletos.

El camarero era un tipo joven, de esos simpáticos y compadrones. El Marqués no le dio bola. Se limitó a pedir un Nestea (un tercer ron no hubiera sido buena idea) y a concentrarse en la lectura del folleto, impreso en papel satinado y recargado de ocres, rojos y negros. Al traerle el refresco,

el camarero puso ante él un cuenquito con manises, y dijo que a los manises invitaba la casa con el mismo tono que hubiese empleado si hubiese traído caviar de beluga. El Marqués se limitó a anotar el dato asintiendo con la cabeza. El camarero lo odió profundamente en silencio antes de ir a otra mesa donde una pareja de mediana edad había reclamado su atención. Justo entonces, sonó el móvil del Marqués. Era Paco.

—*Aquí estamos ya* —dijo el Salvaje. Tenía que ser verdad, porque ya no había tráfico en el fondo de la comunicación. El Salvaje y Felo habrían aparcado la Trade en la tranquila calle San Justo, que hacía esquina con la no menos tranquila calle de Enmedio, donde vivía la pija—. *¿Por dónde van?*

—Por ningún lado, mi niño —contestó Diego, tras soltar un bufido.

—*¿Y eso?*

—La muchacha nos salió cultureta. Está ahora mismo en la presentación de... Espera un momento. —Y leyó el folleto—: *Las entrañas de Minerva*, de Dolores Sarmiento del Puig. Según la publicidad es una «Poetisa canaria que, con valía inusitada, se ha atrevido a internarse poéticamente en el erotismo».

—*Pero ¿qué mierda me estás contando?*

—Pues eso: que la niña se metió en la presentación de un libro de poesía. La escritora, por la foto del folleto, debe de tener ochocientos años.

—*¿La escritora? La edad de la escritora me la refanfinfla, carajo. ¿Cuánto va a durar eso?*

—¿Y yo qué coño sé? Una hora. Tres. Quince minutos. Vete tú a saber.

—*Me cago en la polla santa de Cristo. ¿Y ahora qué hacemos?*

—Esperar.

—*Negativo. No podemos estar aquí hasta la noche. Da mucho el cante*.

—Venga, coño, por ahí no pasa ni Dios.

—Por eso mismo... Va a llamar mucho la atención la furgona del fumigador aparcada aquí toda la tarde.

—Espérate un rato. A lo mejor no se queda hasta el final. Nos vamos llamando.

El Marqués dejó a medias una maldición del Salvaje y abandonó el teléfono sobre la mesa. Entendía su cabreo. Al fin y al cabo, eran él y Felo quienes se exponían. Dio un par de tragos de su Nestea y se entretuvo un poco más en leer el folleto. En la parte trasera había una muestra de la poesía de Dolores Sarmiento. La primera estrofa decía así:

Al filo de la madrugada
celebro sobre el cobertor
la ceremonia callada
hasta el último estertor
en que mi dedo imita
las destrezas del amor.

Diego dio nuevamente la vuelta al folleto y volvió a mirar la foto de la poetisa, que, efectivamente, era una vieja arrugada. Casi sintió arcadas al imaginarla haciéndose un dedo, por muy en silencio que lo hiciera. No entendía nada de poesía, pero sospechaba que las rimas eran algo facilonas. La segunda estrofa era aún peor:

Tras el dedo usurpador
que a tu lengua se asemeja
va otro dedo abriendo hueco
en la untuosa bermeja
que semeja un miembro huero
extático hasta el dolor.

«La madre que la parió —no pudo evitar decir en voz baja—, esta está en el mundo porque Dios no ha pasado lista». Le dio verdadero asquito

pensar en la abuela de la foto recordando alguna vez en que alguien tuvo estómago suficiente para hacerle pupita con su miembro huero en la untuosa bermeja.

Su móvil volvió a sonar. Esta vez era Lola.

—*¿Qué pasó*?

—Que la cosa se retrasa. La gente está donde tiene que estar, pero la pelada esta se metió en un recital de poesía.

—*¿De qué?*

—De poesía.

El mosqueo de Lola fue instantáneo:

—*Me cago en su puta madre, de entrada*.

—Bueno, no te cojas lucha.

—*Yo aquí ya tengo la mesa puesta*.

Diego entendió que Lola había dispuesto ya todo lo necesario en el hotel Marqués, que ya estarían en su sitio los colchones, las mantas, la comida, la palangana, la bacinilla.

—Tú espérate ahí, que nosotros vamos a esperar un rato, a ver si podemos comer pollo hoy. A todas malas, lo dejamos para mañana, tempranito.

—*Vale, pero si al final hacen eso, tenme avisada, que no me quiero pasar la noche en el hotel*.

—Pues claro, mujer. No te preocupes. Oye, ¿cómo estás?

—*Nerviosa*.

—Como todos. Tú, tranquila, que todo va a salir bien.

—*Eso es lo que suelen decirte la primera vez que te dan por el culo*.

—Mira que eres bruta —dijo él, riéndose. Al otro lado de la línea, ella también se rio y el eco de su risa rebotó por el techo y el suelo de hormigón de la obra abandonada.

—*Te quiero, mamón*.

—Y yo a ti, pequeña energúmena.

3

La presentación había sido un auténtico coñazo, un truño de los históricos, y el único incentivo para Diana era asistir a ella sentada junto a Ernesto en uno de los asientos de la última fila. La sala estaba prácticamente llena de señoras en avanzado estado de descomposición decoradas con perlas falsas y señores que, en menor número, aunque no menos decrépitos, vestían americanas de *sport* o impolutas rebecas de Fred Perry, pero en aquella última fila solo estaban ellos y un treintañero calvo que bostezaba a cada momento. Ernesto había adquirido un ejemplar del libro en el puesto del vestíbulo y, mientras se desarrollaba el acto, lo hojeaban, constatando que los supuestos poemas eran tan horribles como el supuesto análisis que el prologuista (una vieja gloria literaria local, a la sazón primo hermano de la poetisa) estaba haciendo desde la tarima, leyendo sus interminables apuntes entre los que había colado algunos chascarrillos más manoseados que la cadena de un váter pero que él consideraba ingeniosos. Durante su charla comparó sucesivamente a Dolores Sarmiento («su querida *Loli*») con Olga Orozco, Silvia Plath, Alejandra Pizarnik, Alfonsina Storni y Pino Ojeda, mientras viejitas y viejitos a quienes les sonaban aquellas autoras que no habían leído asentían con fruición. Diana, que echaba un vistazo a algunos versos del libro y que sí las había leído, se aguantó la risa como pudo a cada una de las menciones. Cuando el prologuista concluyó (Diana cronometró su intervención: veintisiete minutos exactos), y tras los aplausos de rigor (que sirvieron para despertar al calvo de al lado), la homenajeada tomó la palabra

para expresar su emocionado agradecimiento a todo cristo viviente, incluido el impresor y un vejestorio que estaba en primera fila y que debía de ser un poeta laureado. Luego dijo que, como ella no se expresaba muy bien en público y prefería el secreto e íntimo mundo de la palabra poética, nada sería más adecuado a las circunstancias que la lectura de algunos de los poemas del libro. Soportaron el interminable recital durante un cuarto de hora. Entonces, justo en el momento en que el poderoso ariete del supuesto amante de Dolores Sarmiento perforaba la entrada de su fortaleza extática, el calvo, disimulando un bufido, despertó por última vez y, con gesto malhumorado, se levantó y salió con el mayor sigilo posible. Las miradas de Ernesto y Diana coincidieron en la espalda cargada del tipo mientras este salía por la puerta trasera y luego se buscaron entre sí para comunicarse el mismo mensaje, que no necesitaron verbalizar. Salieron intentando no llamar la atención y descendieron las escaleras al vestíbulo aguantándose una carcajada que compartieron en la calle.

Juntos, haciendo bromas sobre el acto, echaron a andar sin fijarse un rumbo determinado. Así, caminando el uno cada vez más cerca del otro, subieron la calle Malteses, doblaron a la izquierda en Peregrina y, al acabar esta, cruzaron Remedios. Solo al llegar a la plaza de Las Ranas se detuvieron y Ernesto preguntó a Diana dónde le apetecía cenar. Ella consultó su reloj. Aún no eran las ocho de la tarde. Luego miró a los ojos de Ernesto y, de pronto, se le olvidaron todos los propósitos que se había hecho de ponerle las cosas difíciles, de obligarlo a dar el primer paso. Se sentía tan cómoda con él como si lo conociera de toda la vida. Así que puso una mano sobre su hombro y le dijo:

—Se me ocurre que te voy a dejar pendiente la invitación. Tengo en casa algo de pasta y una botella de Somontano. ¿Te apetece?

—Mucho —susurró Ernesto.

Se quedaron unos segundos en silencio, mirándose fijamente, notando cómo las pupilas del otro se dilataban. Luego, ella se le acercó y dejó en sus labios un beso leve, breve, justo antes de separarse y echar a caminar hacia la calle Muro, que los separaba de El Terrero. Él la siguió, deseando que no tardara en cumplir la promesa que aquel beso suponía.

4

Diego no pudo verle la cara al tipo que acompañaba a Diana Padrón, pero el nota tenía pinta de lechuguino, vestido con unos vaqueros, mocasines y una camisa a cuadros. Era alto, pero no tanto como para que, en un momento dado, el Salvaje no pudiera desparramarlo de un guantazo. Ya decidiría luego qué habría que hacer. Seguramente, solo irían a tomar algo al Boulevard Monopol o a la zona de bares de Vegueta. Así que, decidió, por el momento, limitarse a seguirlos.

La pija y el tipo estaban tan interesados el uno en el otro que no le resultó difícil hacerse invisible mientras pisaba donde ellos habían pisado, manteniéndoles la pista, adivinándoles los movimientos. Y al comprender que no cruzarían el Guiniguada hacia los bares de tapas, sino que subirían hacia El Terrero, donde estaba el ático de Diana, ralentizó sus movimientos para aumentar la distancia y sacó el móvil para avisar al Salvaje del imprevisto.

5

—Me voy a cagar en todo lo que se menea —le dijo el Salvaje a Felo, sin colgar, cuando Diego le contó lo que había.

Felo, sentado junto a él en la caja de la Trade, le preguntó qué pasaba.

—Que la tía viene para acá con un maromo. Acaban de cruzar la calle Muro. Dentro de un momento los tenemos en la esquina.

—Mierda. ¿Y qué vamos a hacer?

Y Paco dijo al teléfono, pero mirando hacia Felo:

—Yo, por mí, pasaba de la burundanga esa. Los paraba un momento, le metía una hostia a él, otra a ella y los jincaba en el furgón.

—*Ni de coña, Salvaje* —dijo el Marqués—. *Ni se te ocurra. Todavía es de día. Déjalos que suban a la casa. A lo mejor hay suerte y el tipo le echa un polvo y se pira a casa. La pija curra mañana temprano*.

—La pija curra mañana temprano si le sale del potorro, que para eso es la hija del jefe...

—*Coño, Paco, hazme caso: a todas malas, lo dejamos para mañana. Bueno, vamos a colgar, que ahora mismo estoy ahí y ya lo hablamos. Pero, hazme el favorcito, no improvises nada*.

El Salvaje cortó a regañadientes. Felo se lo quedó mirando, expectante.

—Nada, que dice que no hagamos nada hasta que llegue él. Que, en un momento dado, dejamos la jugada para por la mañana.

—Joder...

Justamente entonces los vieron cruzar ante ellos, a unos metros, y doblar la esquina hacia la calle de Enmedio. No iban de la mano ni se cogían de la cintura, pero iban tan arrejuntaditos que, si hubiesen caminado más pegados, habrían podido compartir un riñón. La pija sacó su llave del portal y se perdieron zaguán adentro. Felo intentó que no se le notara el rubor que sentía subírsele al rostro, las ganas que tenía de echarse sobre el individuo y matarlo a patadas, cagarse en sus muertos, escupirle en el nombre. El Salvaje, en cambio, mostró una expresión tornadiza que fue pasando alternativamente del estupor a la incredulidad. Por último, adoptó una mueca sarcástica que aún mantenía momentos más tarde; cuando el

Marqués llegó hasta ellos y subió al furgón, Paco estaba ya rompiéndose la caja de risa. Los otros dos lo miraron con curiosidad, hasta que él, por fin, se volvió hacia ellos y le preguntó a Diego:

—Pero, tío, ¿no le viste la cara? Al pelao este. ¿No viste quién era?

—Pues no.

—Es Fito.

—¿Cómo Fito?

—Fito. Fito el Rompebragas, carajo.

La carcajada del Salvaje volvió a repetirse, pero ahora compartida por Diego. Únicamente Felo, sentado entre los dos, los miraba alternativamente, sin comprender.

6

Ernesto estaba en la cocina de Diana, detrás de ella, con las manos en sus caderas. Susurraba en su nuca la letra de la canción que ella había puesto al llegar (*meu coração, não sei por que, bate feliz quando te vê*), mientras la chica fingía estar concentrada en cocinar. Entonces comenzó a sonar el móvil. Ernesto se separó con fastidio, lo sacó de su bolsillo y vio que era un número desconocido.

—No sé quién diablos es, pero no lo voy a coger ahora —dijo ante la mirada inquisitiva de Diana. Rechazó la llamada y abandonó el aparato sobre el poyo de la cocina.

Ella asintió sonriendo y comenzó a besarlo, pero el teléfono emitió el *bip* de un mensaje entrante.

Dando un bufido, Ernesto lo cogió y, con fastidio, leyó la pantalla. En esta decía:

COGE L TLF GILIPOLLAS.SE DONDE STAS Y CON KIEN.PERO TU NO.

Cuando alzó la vista supuso que la sorpresa se le había colado en el rostro, porque la expresión de Diana era ahora de preocupación. En ese instante, el teléfono volvió a sonar.

—Lo siento, es el pesado del jefe de estudios. Tengo que cogerlo —dijo descolgando y dirigiéndose a la terraza.

—Claro, no hay problema —dijo ella.

7

Adolfo Sarmiento, alias *Fito*, alias *el Pocarropa*, alias *el Valentino*, alias *el Rompebragas*. Era de los que se lo montan en plan fino. Se hacía pasar por marchante de arte, productor teatral, escritor, guionista, profesor o cualquier otra cosa que sonara culta y fuese capaz de sacar de su frívola cotidianeidad a señoras, señores o parejas con suficiente dinero y tiempo libre como para aburrirse. Buceaba en las bibliotecas y en Internet buscando cuatro o cinco conceptos, un par de frases bonitas y alguna anécdota más o menos conocida sobre la vida privada de tal o cual escritor o pintor, la gestación de no sé qué obra maestra, el destino de un cuadro supuestamente destruido por los nazis y que había aparecido años más tarde en casa de un encofrador.

Con este repertorio, sus modales suaves y su labia natural, apuntalada con un inglés de academia Stilitron y chapurreos de francés, alemán y portugués, se acercaba a sus víctimas desplegando un cierto encanto natural y un vocabulario extenso del que sabía desterrar las muletillas, prodigando las sonrisas y miradas inteligentes que era fácil producir con su cara de buena persona, como si no supiera quiénes eran realmente. Pero, por

supuesto, Fito lo sabía: jamás ponía en escena a su personaje si no sabía quiénes componían el resto del *dramatis*. De hecho, los estudiaba concienzudamente antes de acercárseles.

Jamás hacía el timo corto ni se dejaba llevar por la urgencia. Al contrario, se ganaba la confianza de los primos y, sobre todo, las primas, pacientemente, durante días, semanas, a veces meses, si el botín valía la pena. Buscaba coincidir con ellos en exposiciones, presentaciones de libros, representaciones teatrales o conciertos del Festival de Música. Luego, cuando ya se había metido en el corazón o incluso (dependiendo de gustos, oportunidades, apetencias y conveniencias) en la cama de aquellas damas y caballeros de tres apellidos, y conocía sus intereses, sus carencias, sus complejos y sus pasiones, les sacaba lo suficiente para vivir una temporada. El Rompebragas era un tío prudente: nunca se arriesgaba y tenía un ojo clínico para saber cómo había que desplumar a cada cual. A unos les sacaba pequeñas cantidades, dineros urgentes para viajes a congresos, a ferias de arte o exposiciones de proyectos para los cuales Adolfo carecía en ese momento de liquidez y que serían devueltas en su momento, en dinero o en especie. A otros les endosaba manuscritos de incalculable valor u obras de arte de pintores emergentes que eran una oportunidad única que no había que dejar pasar. Aprovechándose de los siempre supuestos pero en general inexistentes conocimientos artísticos de sus mecenas, les encasquetaba cualquier cosa que pareciera arte moderno. Los manuscritos, sin embargo, solía confeccionarlos él mismo. Era relativamente sencillo: Fito tomaba algún libro célebre de mediados del siglo y copiaba pacientemente algunos de sus fragmentos a pluma o lápiz en viejas resmas que después envejecía aún más sirviéndose de lijas, agua y papel secante. Luego, simplemente, inventaba a cada uno una historia que explicase cómo habían llegado a sus manos. Así, un abogado de Vegueta había acabado convencido de que

poseía un borrador de un fragmento de *El libro de Manuel* que una azafata había encontrado en un avión en el que había viajado Cortázar. Y la mujer de un conocido empresario presumía de una carpeta que contenía las primeras versiones de algunas de las *Odas elementales*, heredadas por un mexicano amigo de Fito, escritas con la tinta verde que siempre usaba Neruda. Las obras de arte, en general lienzos y tablas de pequeño o mediano formato, al óleo o la acuarela, eran vendidas de ordinario como piezas de interesantísimos artistas africanos, brasileños o costarricenses que aún no eran muy conocidos en Europa pero que participarían en la siguiente edición de Arco en los *stands* de las galerías más importantes. En realidad, Fito se los compraba al Margarito, quien a su vez se los encargaba a un par de conocidos que habían asistido a clases de pintura para matar el tiempo en sus largas vacaciones en el Salto del Negro. Las obras, por llamarlas de alguna manera, eran como un pedo, solo las soportaban sus dueños, pero cuando las mostraban con orgullo a sus invitados, tan ignorantes como ellos, estos se cuidaban mucho de decir que las consideraban horrorosas, y hasta se planteaban si no sería buena idea invertir ellos también tres o cuatro mil euros en comprar algo de arte emergente.

Así pues, Fito había logrado trabajar durante años en Gran Canaria y Tenerife sin que nadie levantara la liebre. Incluso, en algunas ocasiones, los primos le presentaban, con la mejor intención del mundo, nuevas víctimas a las que tangar.

A finales de los noventa, cuando el Salvaje aún trabajaba como portero y empezaba a hacerse bisnes con Eusebio y el Marqués, el Rompebragas se paseaba por las discotecas donde ellos operaban pidiendo botellas de champán o whiskies de marca para impresionar a su clientela. Y pese a que él trabajaba más bien el bisne solitario, alguna vez había participado con ellos en alguna pirula de más largo recorrido, haciendo de gancho, cosa para

la cual era el tipo perfecto, con esa cara de catequista que el mismo Satanás le había regalado al nacer.

Pero desde que dejaron de trabajar con el Zurdo, y Diego y Lola montaron chiringuito por su cuenta, casi no habían vuelto a verlo. De vez en cuando el Margarito les daba noticias de él, les contaba alguna hazaña particularmente graciosa o les mostraba un adefesio que le había encargado. «Fíjense qué mierda. Pues el tipo le va a sacar, calculo yo, casi medio kilo de los de antes», comentaba con admiración. En general, todos lo consideraban un tipo legal, que no le jodía el negocio a nadie y que, incluso, les daba vidilla si se le presentaba la ocasión.

Felo escuchó todas estas explicaciones, hechas por los otros dos, pensando que le daba lo mismo, que odiaba a aquel hijo de puta. Por último, cuando había pasado un cuarto de hora desde la llegada del Marqués y ya se consideró enterado de la vida y milagros de Fito el Rompebragas, dijo:

—Vale, pero ¿qué coño vamos a hacer?

—Una opción es dejarlo que se dé un revolcón a gusto —contestó Diego—. No creo que se quede a dormir. Nosotros nos vamos, volvemos mañana tempranito y hacemos la jugada cuando la piba salga a currar.

A Felo no le gustó esa idea:

—Otra es subir y hacerlo como lo habíamos pensado, pero rompiéndole la cara, de paso, al gilipollas ese.

—Venga, coño, que es un colega… No te me apuntes a bruto.

—Se me ocurre otra cosa —terció el Salvaje, cogiendo el móvil—. ¿Tú tienes el número del Rompe?

Diego sacó su teléfono móvil habitual y buscó en la memoria el número de Fito. Se lo dictó al Salvaje, que fue marcándolo en el de prepago.

8

Cuando por fin contestó (esperó a estar en la terraza, sobre la cual el cielo iba ya tornándose de un gris marengo que preludiaba la noche), Ernesto se transformó automáticamente en Fito al escuchar la voz de Paco el Salvaje, quien, tras identificarse, le dijo:

—*Salte de ahí, melón*.

—¿Qué dices?

—*Que te salgas de ahí. Di que te dieron fatigas o búscate una excusa. No sé, hazlo como te salga de los huevos, pero sale por pata de ahí*.

—Pero ¿por qué?

—*Porque hay una movida en marcha con esa piba y te estás metiendo por en medio, bobomierda*.

—No me jodas.

—*Pues no te agaches. En serio, pírate de ahí. Ya*.

Fito miró hacia atrás, para asegurarse de que Diana no podía oír lo que decía. No la vio. Debía de seguir en la cocina.

—Pero, tío, por lo menos dime de qué va el tema. ¿No podríamos colaborar y que yo saque algo?

—*Lo que vas a sacar son cuatro hostias. Avisado estás. No me toques más los huevos y salte de ahí antes de que entre yo y te saque a patadas*.

A Fito se le encogió el ombligo y se imaginó la enorme humanidad de Paco el Salvaje entrando en el ático y haciendo honor a su mal nombre.

—Vale. Dame cinco o diez minutos para inventar una excusa.

—*Te doy cinco*. *Y escúchame una cosa: tú no sabes nada de todo esto, no hablaste conmigo y a la piba ni la viste hoy ni la conoces. Como yo me entere de que largas algo, te corto la lenguatrapo esa que tienes. ¿Está claro?*

—¿Qué pasa, Paco? ¿Yo te he fallado alguna vez, o qué? ¿Por qué me dices eso? —dijo Fito, intentando salvaguardar un último resto de dignidad.

—A mí no te me pongas farruco, porque todavía cuando bajes te doy una carda gratis, carapinga. Ya sabes, cinco minutos y la boquita cerrada. Guerra avisada no deja muertos —le soltó el Salvaje antes de cortar.

Ernesto se quedó un momento pensativo, con el móvil en la mano. Después se lo guardó y fue a la cocina, donde Diana acababa de sacar el vino.

—Tengo que irme.

Ella lo miró, decepcionada.

—¿Y eso?

—El imbécil del jefe de estudios. Le mandé unas evaluaciones y dice ahora que no puede abrir el archivo. Y las necesita ya, porque las notas las damos mañana. O sea, que no me queda otra que ir a casa, buscarlas en el ordenador y volver a mandárselas.

—Jo, qué putada.

—Dímelo a mí —dijo él, dándole un beso.

Diana lo acompañó a la puerta. Allí, él le dijo que lo lamentaba, que la llamaría al día siguiente, para ver si podían verse y continuar teniendo ese *ratito tan bueno*. Ella respondió que más le valía, porque se había quedado con las ganas de cenar con él. Y añadió, sibilina: «Sobre todo, con ganas del postre». Luego lo besó nuevamente, sin saber que sería la última vez que lo hiciera.

9

Se quedó unos segundos tras la puerta, escuchando cómo se ponía en marcha el mecanismo del ascensor. Luego fue a la cocina, a apagar el fuego. No iba a hacer un plato de pasta para ella sola. Se haría, simplemente, un sándwich de pavo. Puso la cebolla que ya había cortado en un plato. Más

tarde, cuando se hiciera el sándwich, lo taparía con papel film y lo guardaría en la nevera.

Les habían cortado el rollo, pero, por lo menos, ya se habían tirado a la piscina. Mañana, quizá pasado, cuando volvieran a verse, lo retomarían donde lo habían dejado. Se consoló enviando un mensaje instantáneo de móvil a Magaly. «MI GOZO EN UN POZO», decía el mensaje. Magaly contestó inmediatamente: «SALIÓ RANA?». Ella aclaró: «NO. TDO BIEN. PERO TUVO KE IRSE. MÑANA MÁS» Magaly zanjó la comunicación con un guiño y ella fue a dejar el móvil sobre la mesa del salón. Entonces se percató de que Ernesto se había dejado allí el libro de Dolores Sarmiento del Puig.

Sonó el timbre de la puerta y corrió a abrir, pensando que había regresado con la excusa de buscarlo, para hacerle un último cariñito. Pero al abrir se encontró a dos tipos con pinta de extraterrestres. Uno de ellos era enorme y llevaba un sulfatador a la espalda. El otro, más canijo (o quizá solo parecía más canijo porque estaba junto al gigantón), tenía unos enormes ojos castaños que le parecieron inmediatamente hermosos. Era lo único que podía ver de sus rostros: las frentes las llevaban tapadas por gorras y la parte inferior, por mascarillas de papel. El pequeño le tendía una igual mientras ambos le daban las buenas tardes.

—Somos de la fumigación —dijo el grande, al mismo tiempo que ella leía el logo en la parte izquierda de su camiseta. Decía «SaniRoach»—. Estamos tocando a todos los vecinos para darles las mascarillas.

—¿Las mascarillas? ¿Qué fumigación? —dijo ella tomando, no obstante, la mascarilla que le tendía el de los ojos lindos.

—¿No la avisaron? La comunidad de vecinos contrató una fumigación para hoy.

—No me habían dicho nada...

El tipo se encogió de hombros.

—Yo no sé, señorita... Parece que el edificio tiene un problema de cucas... ¿Cuántas mascarillas necesita?

—No entiendo. ¿Tengo que ponerme una mascarilla?

El otro tomó ahora la palabra. Parecía más amable.

—Perdone la molestia, señorita. Le cuento: vamos a usar un producto muy fuerte en todo el hueco de la escalera. Hay que darlo ahora, para que haga efecto durante la noche. Por lo menos en el rato que lo pulverizamos, conviene que los vecinos se pongan la mascarilla. Además, usted lo va a agradecer: esto huele que tira para atrás. Son solo cinco o diez minutos. Por favor, póngasela mientras lo aplicamos. En cuanto terminemos, la avisamos. Será cosa de un momento, se lo prometo.

Diana creyó percibir en las mejillas del desconocido los ecos de una sonrisa amable que se desplegaba bajo el embozo. El individuo sonreía también con los ojos. Quizá por eso le inspiró confianza. Todo lo contrario que el otro, más imperativo, que ahora se iba al lado contrario del descansillo y comenzaba a sulfatar en un rincón. Efectivamente, aquel líquido que usaban apestaba a petróleo.

—Por favor, póngasela. Es por su bien. Quédese con la puerta cerrada y la mascarilla puesta. Nosotros la avisamos para que se la quite.

Diana obedeció. Se puso la mascarilla y cerró la puerta. El insecticida debía de ser realmente fuerte. Justo después de ponérsela, comenzó a sentirse mareada, pero también algo eufórica, como aquella vez que había inhalado *popper* con David en una discoteca del Sur.

Dejó el libro en la mesa de la entrada y fue a tumbarse en el sofá. Pensaba en Ernesto, en que la vida de los profes de instituto no era tan cómoda como algunos decían, en que no se trataba de ir por las mañanas solamente. Pensó en el aliento de Ernesto, que sabía a animal dormido.

Pensó en cómo le había tocado las caderas, en lo bien que acariciaba. Pensó en la posibilidad de que él no volviera a llamarla. Pensó en que eso era imposible, en que estaba loquito por sus huesos. En que, al menos una vez, pasaría una noche con ella. Pensó en qué ocurriría después, si simplemente lo que él buscaba era eso, un lío de una noche. En cuántas Dianas más habría en su vida. Apuntar a la Diana. Dar en la Diana. Se rio de su propio chiste sin gracia. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que los fumigadores le dieran la mascarilla. Solo sabía que se sentía colocada. Como si se hubiera fumado un porro. Y tenía que ser por el insecticida, porque a la cerveza que abrió al llegar a casa solo le había dado dos tragos. La cerveza estaba en el poyo de la cocina, junto a la de Ernesto. Las dos estarían allí, entibiándose, perdiendo las burbujas. Eso: como en una burbuja. Estaba dentro de una burbuja. Era una burbuja, como las de Freixenet. Recordó esos anuncios horteras que hacían cada Navidad. Le dio la risa floja. De pronto, el timbre de la puerta volvió a sonar. Tambaleándose, fue a la puerta y abrió, y ahí estaban de nuevo los dos hombres, y el más bajo le decía:

—¿Cómo estás, Diana?

Ella soltó una carcajada y, no tan extrañada como divertida, preguntó:

—¿Cómo es que sabes mi nombre?

—Soy mago.

—Ah, mago... Qué bien... Me gustan los magos. ¿A ti te gustan los anuncios de Freixenet?

—Mucho.

—A mí también. Son muy horteras.

—¿Estás bien? —insistió el mago.

—De-pu-ta-ma-dre —dijo ella sin dejar de reírse.

—Quítate la máscara, anda. Déjame que vea esa carita tan linda —dijo él.

Ella obedeció. Y luego lo observó, sonriente.

—Tienes los ojos bonitos.

—Gracias, Diana.

—Pero huele mal. Estoy mareada.

—Eso es por el insecticida. Se nos fue la mano. Anda, vamos a la calle a coger aire —dijo el mago, tendiéndole la mano—. Pero no te olvides de coger tu móvil.

—Ah, sí, por si llama Ernesto.

Esto último lo dijo con un dejo pueril, mientras se apresuraba al interior y regresaba metiéndose el teléfono en el bolsillo de los vaqueros. Se paró un momento a retocarse el peinado en el espejo de la entrada.

—¿Estoy guapa?

—Guapísima. Eres lo más lindo que he visto.

—Adulón —dijo ella con coquetería, saliendo y dejándose tomar de la mano. El hombre grande ya esperaba en el ascensor. Cerraron la puerta y, de pronto, recordó—: No cogí las llaves.

—No importa —dijo el mago, tirando suavemente de ella—. Volvemos enseguida, en cuanto te hayas despejado. Y, además, yo tengo una llave mágica.

20 DE AGOSTO

—Trabajó para él hasta hace poquito, ¿no? —indagó Benavides.

—Según me comentó Isidro, lo dejó tirado de un día para otro.

—¿Sabes cuándo?

—A mí me lo habrá comentado hace diez o quince días. Pero vete tú a saber cuándo le hizo la faena... A lo mejor a finales de julio. Y no te creas, que el tipo se largó sin cobrar ni lo que le debía. De repente, se hizo humo. Pero, claro, con ese expediente, todo se explica, ¿no?

—No entiendo —dijo Serrano.

—Hombre, la gente así anda siempre metida en líos. Habrá hecho alguna trastada y se habrá mandado a mudar. —Benavides y Serrano asintieron, comprendiendo. Perera aprovechó para comentar—: Hay que ver, Rubén, la gente que mete uno a veces en casa sin darse cuenta...

—Y tú que lo digas, Marcos. ¿Te acuerdas de Abdul?

—¿El que te arreglaba el jardín?

—Ese. Pues el otro día tuve yo una tremenda con él.

—¿Y eso?

—Pues que el muy ladino se las dará mucho de musulmán, pero ahí, más allá, lo pillé metiéndose en la mochila una botella de Protos.

—No jodas —dijo Perera—. Ya hay que ser cutre para intentar robarle a un comisario.

—En casa de herrero... Ya ves: me puse a hacer inventario, y resultó que el Abdul me había hecho un destrozo en los crianzas... Vamos, que parecía que había pasado por allí un regimiento de lansquenetes... Eso sí, el tío era listo: los más caros ni los tocaba. Nada de Vega Sicilia. Iba a por el Mondalón, el Protos, el Yllera... Un tío listo.

—Y, claro, lo tuviste que despedir.

—¿Y que se quedara sin pagarlos? Ni de coña. Ahí lo tengo: currando y descontándole de la paga lo que se bebió.

El inspector jefe no compartió las risotadas del comisario y el empresario. Se dedicó a revisar sus notas, preparando la siguiente pregunta e intentando recordar cuándo había comprado por última vez una botella de Mondalón.

ENTRE HIENAS Y LOBOS

1

Nadie pudo verlos en la incipiente noche de la calle de Enmedio. Nadie vio cómo el Salvaje le daba a Diego el móvil de la piba y cómo este se perdía calle abajo, caminando presuroso. Nadie los vio entrar con ella en la parte trasera del furgón, en cuya caja habían preparado una cama en la que le dijeron que se acostara. Nadie pudo escuchar las débiles quejas de ella cuando la esposaron y fijaron los grilletes al travesaño. Ni oírla preguntar por qué hacían eso, en el momento en que le pusieron el antifaz tupido. Tampoco nadie oyó a Felo decirle que los grilletes eran para que estuviera segura, porque allí no tenían cinturón de seguridad, y que los ojos se los vendaban porque iban a darle una sorpresa. Nadie vio al Salvaje salir de la caja y esperar fuera a que Felo saliera a su vez.

Pero el Salvaje sí que escuchó a Felo diciéndole «tranquila, tranquila, mi niña, vamos a ir a un sitio bonito, descansa, échate una siestita, que enseguida llegamos». Y también pudo ver cómo el pibe se agachaba un momento y le olía el pelo con una ternura que nunca antes el Salvaje le había conocido. Y cómo, por último, le daba un rápido beso en la coronilla y ella parecía tranquilizarse mientras él salía.

—¿Y tanto mimoseo a qué viene? —le preguntó cuando se acomodaron en la cabina y se quitaron las mascarillas, asfixiantes, húmedas de sudor y saliva.

—Mejor así que a lo bestia, ¿no?

Conduciendo hacia la circunvalación, el Salvaje se preguntó de dónde había salido aquel pico de oro que se había convertido en mago; dónde llevaba tanto tiempo escondido en el interior de Felo el Flipao, que, hasta donde él sabía, no había servido nunca para otra cosa que dar tirones y chorizar bolsos y carteras. Y pensó que quizá el Flipao estaba un poco tonto con la piba, y que eso no tenía por qué ser malo, pero también podía no ser bueno.

2

Lola y Diego los esperaban ya al final del camino de tierra. Cuando la Trade paró, hablaron poco. Felo y Lola fueron quienes sacaron a la pija, que iba medio adormecida y diciendo tonterías, y la condujeron escaleras abajo a la zona que habían habilitado, cuidando de que no se cayera y se rompiese las madres. Diego y el Salvaje los siguieron, alumbrándoles el camino con linternas.

Lola había hecho bien su parte. Había preparado una cama con colchones de gomaespuma y unos palés que había encontrado por allí. Al lado, una caja de refrescos hacía las veces de mesa de noche, donde ya estaba encendida una lámpara de camping gas. Más allá de la caja había una garrafa de agua. Otros dos palés habían sido colocados en vertical; apuntalados con cajas, formaban una especie de biombo.

A un par de metros había otro jergón, y, junto a él, estaba la despensa: pan de molde y embutidos envasados al vacío, manzanas y naranjas, y una

nevera de plástico rígido con refrescos. También un rollo de papel de cocina, un paquetito de toallitas húmedas y platos y cubiertos de plástico. Hasta se había traído una cafetera, leche soluble y azúcar. El café podrían hacerlo en un infiernillo de gas que funcionaba con botellas desechables.

A la piba la tumbaron en la primera de las camas. La pusieron de lado, le esposaron las manos atrás y fijaron las esposas a una cadena que, a su vez, pasaba por una argolla instalada en la pared. Protestó poco. Tanto Lola como Felo la fueron tranquilizando con palabras amables. Dijo que tenía sed y Lola sirvió agua de la garrafa en un vaso de plástico y se la dio a beber con una pajita. Al parecer, había pensado en todo.

Dejaron a la pija allí y subieron a la azotea. Solo entonces respiraron un poco, encendieron cigarrillos, relajaron las posturas. Pero eso era lo único que tenían relajado. En realidad, en el interior de cada uno de ellos había algo que aflojaba rodillas y esfínteres, una especie de escarcha que enfriaba manos y secaba bocas, concentrando todo el calor de sus cuerpos en las sienes, como cuando la fiebre.

A oscuras, alumbrados solo por las brasas de los cigarrillos, hicieron una especie de corro, en el que Lola buscó a tientas la mano de Diego.

—Bueno, ahora la cosa ya está en marcha —dijo él.

—Tenían que haber visto la labia que tiene este muchacho —comentó el Salvaje, coñón, palmeando el hombro del Flipao—. No vean cómo manejó a la piba, el jodío...

—Hombre, estaba colocada —dijo Felo, colorado.

—No, mamón... A ti lo que pasa es que te gusta la muchacha, ¿eh, bandido?

El Salvaje dijo esto pellizcándole el cachete, como si fuera un niño; Felo se revolvió, para quitárselo de encima.

—Quita, maricón... déjame tranquilo.

—Ah, ¿ves tú? Enamoradito te tiene —insistió Paco, agitándolo e intentando pellizcarle nuevamente.

—¡Que te quites, coño!

—¡Déjense de boberías ya, cojones! —zanjó Diego, aunque él y Lola no podían reprimir una sonrisa—. Hay que ponerse las pilas. Para empezar, hay que tirar para casa. Dos coches y una furgona son mucho cacharro para tenerlos aquí arriba.

—La verdad, es bonita —lo apoyó Lola—. ¿Quién va a hacer el primer turno?

Todos se miraron entre sí. Solo les faltó ponerse a silbar.

—No pretenderán que me quede yo, ¿no? Que llevo aquí desde esta mañana, joder.

—Mujer, la idea era que... —comenzó a decir Diego.

—... La idea era que se quedara Lola, ¿no? Que para eso es la tía... Pues yo ya hice mi *trabajo de tía*. Y esta tía duerme esta noche en su casa porque le sale del chichi.

—Me quedo yo —dijo Felo.

Aquella fue otra oportunidad para el cachondeo del Salvaje.

—Claro, tú lo que quieres es hacerle pupita a la piba, ahora que está zumbada, ¿eh, bandido?

—¿Qué coño dices, hediondo? —se indignó el Flipao.

—Vale, carajo. No empiecen otra vez —cortó el Marqués—. Felo, tú te quedas esta noche. El siguiente turno, mañana por la mañana, lo hace Lola. Y a mediodía viene Paco.

Los demás asintieron mientras Diego le daba unas llaves a Felo.

—Te dejo el Opel, por si las moscas. Yo me voy en el coche de Lola.

Lola bajó con Felo para recoger sus cosas y darle algunas indicaciones. Tras el biombo de palés había preparado unas palanganas y un balde, con

un par de garrafas de agua, unas toallas, una botella de gel.

—Para que haga sus cosas y por si se quiere refrescar —dijo—. Pero, según lo que dijo el Zurdo, no se despertará hasta mañana.

Felo, con una de las pistolas de juguete en la mano, se quedó mirando a la chica, que dormía, respirando pesadamente. Cogió una de las mantas y la tapó.

—La noche está fresca.

Lola, que ya se iba, se detuvo un momento. Aunque ella estaba ya en la zona de penumbra, Felo pudo sentir cómo le clavaba la mirada.

—Oye, Felo, ¿no será verdad lo que dice el Salvaje? Mira que, como le toques un pelo, te corto los huevos.

—Coño, Lola. No soy ningún enfermo. Y tampoco estoy encoñado, ni nada de eso. Déjenme tranquilo ya de una puta vez, joder.

Cuando Lola se marchó, Felo acercó la silla y la puso frente al lecho. Se aflojó los cordones de las zapatillas y se quedó allí, ante Diana, contemplándola dormir, preguntándose qué estaría soñando.

3

Y ahí está ahora: una noche de jueves solo. Hasta Malole se fue, porque, como él suele cenar fuera, tiene libre esa noche de la semana. Si los empleados lo pudieran ver ahora, haciéndose un bocadillo que se comerá delante de la tele con la lata de cerveza que acaba de abrir, dirían que el jefe es un hombre sencillo. Campechano. Como el rey.

Al fin y al cabo, es una noche de jueves como cualquier otra noche de jueves, con la diferencia de que los jueves, a esa hora, él suele estar con Diana en Casa Bilbao. Cenan, se cuentan cómo les va la vida y, acaso, toman luego una última copa. Cuando Cristina se fue, cuando todo se fue a

la mierda entre ellos, supo que solo con Diana podría contar. El pibe era otro rollo. De chico no, pero según cumplió los doce años se fue alejando, y lo trataba con cierto desapego cortés, como si fuera un amigo de la familia que venía a hacer las comidas o con quien había que pasar un rato los fines de semana. Cristina, seguramente, le había metido bichos con él. Diana, en cambio, siempre lo ha tratado con confianza, aun en los momentos en que se le enfrenta. Porque, eso sí, se le enfrenta cuando ella cree que él no tiene razón. No le disgusta: en eso sale a él. Si piensa que tiene razón, no se calla ni debajo del agua. Pero él, desde el divorcio, siente que ella está de su lado. Y es normal. Las pibas son más padreras. En todo caso, en el último año, desde que el perroflauta del David se largó, están más unidos y adoptaron la costumbre de cenar los jueves. Hoy no. Hoy ella ha quedado con el profesor de literatura ese. Le suena bien. Ojalá el tipo sea buena gente, un tío serio, presentable. Aunque Diana ya es mayorcita y elige por su cuenta. Y si no lo es, a él no le va a quedar más remedio que joderse y aguantarse. Pero ojalá no. Ojalá no le salga rana y le vaya bien con el profe y siente la cabeza. Eso está diciéndose a sí mismo, ya en el salón, encendiendo la tele para ver qué dan, cuando suena su móvil. Mira la hora: las diez y veinte de la noche. Luego mira la pantalla. Es Diana. Una de dos: o le ha salido mal la cita y busca paño de lágrimas, o le ha salido bien y lo llama para pedirle el viernes libre. Descuelga pensando en darle una broma diciéndole que no puede ser.

—Dígame —dice al descolgar, engolando la voz, haciéndose el longuis.

Pero la llamada es, de pronto, el estupor más absoluto y la sospecha de que es él el embromado, antes de constituir, finalmente, un abismo, cuando comprende que esa voz gutural no es la de su hija y, sobre todo, cuando entiende lo que ha dicho. Y lo que ha dicho es:

—Don Isidro Padrón, tengo a su hija Diana. Ahora duerme, pero está conmigo, en mi poder, y no va a volver a casa hasta que usted y yo

lleguemos a un acuerdo.

4

—¿Qué coño...?

—*No diga palabrotas, don Isidro, y escuche con atención*. —El hombre hablaba sin gritos ni rabia, burocrática, quedamente. Su voz deformada era, simplemente, el monocorde murmullo de una máquina—. *Tengo a su hija. Esto no es una broma. Si piensa que lo es, pierda el tiempo yendo a la casa de ella y compruebe que no está. Pero no tiene tiempo que perder. Porque solo dispone de veinticuatro horas*.

—Déjeme hablar con ella.

—*Mañana. Ya le dije que está durmiendo. Le volveré a llamar por la mañana y podrá hablar con ella. Por ahora, reúna el dinero*.

—¿Cuánto?

—*Eso lo decidimos mañana. Cuando le vuelva a llamar, usted ya habrá calculado cuánto vale su hija*.

—Yo creo que en el banco tengo…

—*No. En el banco no. Piense en lo que tiene en metálico, cuente bien lo que tiene en la caja fuerte, el pastizal de dinero sucio que viene de las drogas y de los puticlubs. Cuéntelo y decida*.

—Está loco. Yo no...

—*Sí, usted sí. Sé perfectamente que lo tiene. Es más, sé que por eso no va a llamar a la policía. Porque, claro está, usted no querrá que se enteren del negocio que usted y el Martillo se traen con el amigo Iván, ¿verdad?*

Ahora el abismo se hizo aún más profundo. Antes, mientras el otro hablaba, el único pensamiento que le ocupaba la mente era llamar a la policía. El desconocido llamaba desde el móvil de Diana: ellos podrían

localizar la llamada, hacer algo. Pero no había contado con lo bien informado que podría llegar a estar el otro.

—Vale. Está bien. Vamos a tranquilizarnos. Llegaremos a un acuerdo.

—*Así me gusta*.

—Pero no le hagan daño, por favor se lo pido. No...

—*Le llamo mañana*.

—¿A qué hora?

—*A la que se me antoje* —dijo el hombre antes de cortar la comunicación.

Devolvió la llamada varias veces, pero nadie descolgó. En su mente se mezcló la cita con el profesor de literatura, el rostro de Diana la última vez que la vio, cuando se le cruzó por el pasillo de la oficina esa misma mañana, el aviso, días antes, de que no cenaría con él y, extrañamente, un día, hacía más de veinte años, en que la niña que Diana era entonces recorría el salón llevando puestos los zapatos de su madre.

Dio varias vueltas por el salón antes de ir a su vestidor y abrir el armero. Poseía dos escopetas del 12. Una de cañones yuxtapuestos y otra de tiro al plato. También tenía una Remington, para caza mayor. Pero lo que buscaba estaba en un pequeño cajón de seguridad. La combinación era la fecha de su boda. Lo abrió y sacó un pequeño revólver Flobert, con cañón de dos pulgadas. Lo cargó y se encajó la funda en el cinturón, a la altura de la cadera. No tenía permiso para esa arma. Pero tampoco lo tenía para hacer lo que haría si el hijo de puta del teléfono se le ponía a tiro.

Buscó su juego de llaves del ático de Diana y las llaves del Roadster y arrancó a toda velocidad. Su salida sorprendió al vigilante de Keys, que, tablet en mano, jugaba al *Angry Birds* en su garita. No tardó más de quince minutos en llegar a El Terrero, pero se le hicieron largos como domingo sin dinero.

Al aparcar el suyo, comprobó que el coche de Diana estaba en el garaje. Subió al ático y, antes de abrir, observó que había una línea de luz bajo la puerta. También notó un cierto olor a gasolina en el descansillo. Eso le daba igual, pero la luz... Podría ser que a Diana le hubiesen robado el móvil. Sin embargo, eso era poco probable: el hombre sabía mucho sobre él. O quizá se lo había robado alguien que sabía mucho sobre él. Por un momento tuvo la tentación de llamar a la puerta. Se imaginó a sí mismo entrando revólver en mano, dando un susto de muerte a su hija y puede que hasta al profesor de instituto. Le dio igual. En todo caso, ese sería un mal menor.

Con sigilo, giró la llave en la cerradura y entró de golpe, empuñando el Flobert, buscando un posible blanco.

Sobre la mesita de la entrada había un libro. Y, junto a él, las llaves de Diana. Avanzó hasta el salón. Allí, en la percha, estaba el bolso que llevaba esa mañana. En la cocina, con la luz también encendida, había un plato con cebolla cortada, una botella de vino y dos latas de cerveza abiertas, casi llenas, que debían de llevar mucho tiempo así. En el fregadero, una sartén. Llegó al dormitorio afinando el oído y la mirada, pero al encender la luz lo encontró impoluto. El orden era similar en el cuartito que Diana usaba como despacho, aunque el portátil estaba enchufado, cargándose. Absurdamente, se detuvo a desenchufarlo. El cuarto de baño y la terraza estaban igual de desolados.

Cuando volvió al salón y se desplomó sobre un extremo del sofá, el Yunque de Tafira se había convertido ya en un yunque de plastilina. Reflexionó unos segundos. Después de todo, el dinero de su caja fuerte no era solo suyo, así que cogió el móvil y llamó a Marcos Perera.

5

Diego dejó el distorsionador sobre la mesa de la cocina y lo miró con repugnancia. Rechazó luego la primera llamada de Padrón, previsible y lógica. Al sonar la segunda, Lola opinó que sería mejor que lo apagase. No podía ser, porque no tenían el código PIN para volver a encenderlo.

—Pero el millonetis no nos va a dejar dormir. Y yo estoy muerta —concluyó dando un bostezo y masajeándose la coronilla, con lo cual se le revolvieron los cabellos y estuvo, pese al cansancio, más atractiva.

El Marqués dio por fin con la opción que silenciaba la melodía y el móvil se quedó allí, sobre la mesa de la cocina, vibrando una y otra vez, mientras él se iba tras Lola. Esta ponía dentífrico sobre su cepillo de dientes.

—¿Qué vas a hacer?

Ella lo miró con estupor desde el espejo.

—¿Qué voy a hacer? Pues acostarme —dijo encogiéndose de hombros y comenzando a cepillarse.

—¿En serio? ¿Tú crees que te vas a poder dormir?

—Puej ji —contestó ella sin dejar de cepillarse—. Como un tdonco. Toy mueta.

—Pues yo no creo que pueda pegar ojo.

—Júmate un canuto.

Era buena idea. El hachís lo relajaba, lo ayudaba a templar los nervios. Se quedó en la puerta del cuarto de baño, apoyado en el vano, mirándola enjuagarse. Ella se aclaró la boca, fue hacia él y lo besó con un aliento a menta recién estrenado.

—En serio: hazte un porro o tómate una tila, pero es mejor que te duermas. Mañana hay movida desde temprano y conviene que estemos fresquitos.

—Sí, pero tengo los ojos como chernes.

—Pues yo no sé tú, pero yo me voy a la cama directa, sin pasar por la casilla de salida ni cobrar las veinte mil pesetas.

Y eso fue lo que hizo: se metió en el dormitorio, puso el despertador a las seis y cogió su libro, para buscar el sueño. Estaba leyendo *El tiempo entre costuras* y nada la ayudaba tanto a dormirse como aquella cosa. En dos semanas, no había logrado leer más allá de cien páginas.

Diego, en cambio, se fue al salón, puso la tele a bajo volumen y comenzó a calentar una piedra de hachís. Le sorprendía la sangre fría de Lola. Él notaba el temblor irremediable en sus propias manos, el escalofrío que, de cuando en cuando, le recorría el espinazo, el pulso acelerándose. Ella, que había sido la más remisa a hacer aquello, se comportaba ahora como si en la vida no hubiera hecho otra cosa que secuestrar ricas herederas. Lola era así: nunca se estaba seguro de lo que era capaz de hacer, pero sí que existía la seguridad de que, una vez metida en un asunto, lo llevaba a cabo con aplomo de legionario.

Ya había mezclado el chocolate con tabaco y se disponía a armar el cigarrito, cuando ella vino al salón y, desde la entrada del pasillo, lo miró. Diego le devolvió la mirada y observó su figura menuda y fuerte, los muslos del color del acebuche que las braguitas mostraban, su pecho subiendo y bajando suavemente bajo la camiseta.

—Anda, ven a la cama —le dijo.

—Deja que me eche el canuto. Estoy muy tenso.

—Se me ocurre una forma mejor de relajarte —ronroneó ella.

Inmediatamente después, se quitó la camiseta y se la arrojó con suavidad. Luego se volvió al dormitorio. Diego no necesitó que lo invitara por segunda vez.

6

Isidro Padrón dijo:

—Eso es lo que quiere: el dinero del Ruso. Así que ya ves tú: el problema no es solo mío, sino de los dos.

Sirvió a Perera otro lingotazo de Macallan y este se lo metió entre pecho y espalda sin apenas cogerle el gusto. Se había hecho un silencio que, tras notar el fuego del whisky bajándole por el esófago, el Martillo de Tejeda rompió dando un manotazo sobre el escritorio de su socio y diciendo:

—Tú no te preocupes, que a ese hijo de puta le vamos a parar las patas.

—¿Y cómo?

—Por el momento, tenemos tiempo hasta por la mañana, ¿no? —Padrón asintió y Marcos Perera se sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta—. Pues para luego es tarde. No sé qué vamos a hacer luego, pero ahora lo que voy a hacer es llamar al Belmondo.

7

Sentado en el sofá, Silva veía un *late time* televisivo acariciando a Bartolo, que dormitaba en su regazo. Marta se había quedado también grogui con la cabeza apoyada en su hombro y él, para no despertarla, procuraba no moverse demasiado cuando acariciaba al perro.

Mujer y perro se sobresaltaron cuando comenzó a sonar el móvil. Él, en cambio, lo dejó sonar un momento antes de levantarse con fastidio.

—¿Quién es a esta hora? —preguntó ella.

Silva no le respondió. Solo miró el teléfono un momento y tocó en la pantalla el icono verde.

—Diga.

Marta lo observó escuchar un momento y, después, ir a la mesita de la entrada, coger papel y lápiz e ir tomando notas, mientras decía:

—¿Eso cuándo fue?... Decime el nombre completo... Ajá... Sí, recuerdo la dirección... —Consultó el reloj de pared. Luego dijo—: Calcule media hora, tres cuartos todo lo más... Dele... Chao.

Después lo vio perderse por el pasillo, camino del dormitorio. Se levantó a su vez y fue tras él. Cuando lo alcanzó, ya estaba sacando ropa del armario.

—¿Qué pasa, nene?

—Nada, no te preocupés. Cosa de laburo.

—¿Ahora?

—Y… Esto me pasa por no meterme a oficinista —dijo él, abriendo el cajón de los calcetines mientras, con la otra mano, buscaba un número en la memoria del móvil.

—¿Quieres que te haga algo de comer para que te lleves? ¿Un bocadillo o algo?

Silva se detuvo un momento mientras se establecía la comunicación. Le hizo una leve caricia en la mejilla con el dorso de la mano.

—No. Quedate tranquila, Marta. Va todo bien. Acostate, que ya te voy llamando en la mañana, ¿sí?

—¿Tanto tardarás?

—Me da que sí.

En el móvil ya había una voz contestando a la llamada. Silva repitió la caricia antes de contestar.

—Mirá, che, qué hacés... Sí, mirá, una cosita, juntame a la gente, que hay una urgencia... Ya sé que es tarde, ¿pensás que no tengo reló? Pues claro que es una mierda, qué se le va a hacer, pero el que paga, manda… Pues eso, usté no me rechiste más y reúname a la gente y vayan para las señas que le voy a dar... Anotá... Dale, espero...

Marta no se quedó a oír el resto de la conversación. Refunfuñando, volvió al cuarto de estar para apagar la tele.

8

Marcos Perera había conocido al Belmondo en un congreso sobre seguridad privada celebrado en Los Ángeles quince años atrás, en la época en que Keys comenzaba a ampliar su área de negocio. Raúl Silva, entonces coordinador de servicios en una empresa de México D. F., deslumbró al Martillo de Tejeda con su ponencia sobre custodia personal y, sobre todo, después, cuando cenaron juntos y salieron a conocer la ciudad, que el Belmondo ya había visitado fugazmente alguna vez. Se cayeron inmediatamente bien y, tres días más tarde, cuando el congreso finalizó y se despedían a las puertas del hotel, el canario hizo al argentino una oferta de trabajo que el otro rechazó vagamente, no sin guardar su tarjeta de visita y prometer que mantendrían el contacto. El siguiente encuentro ocurrió un año más tarde, en Madrid, en unas jornadas similares. En esa ocasión fue Perera quien hizo de guía por los restaurantes del barrio de las Letras. En una de esas noches, repitió el ofrecimiento y Silva volvió a rechazarlo, aunque esta vez con menos remisión. El Martillo vio entonces una puerta abierta y le propuso prolongar su estancia en el país, pasar unos días en Canarias, en uno de sus apartamentos en Mogán. Durante esos días (que se convirtieron en una semana), el empresario lo sedujo con la tranquilidad de la Isla. Con índices de criminalidad muy bajos, con muy pocos delitos de sangre, Gran Canaria, Canarias, en general, era un lugar magnífico para que Silva pasara sus últimos años en activo.

A su retorno al D. F., a una casa que su mujer de entonces acababa de abandonar con sus dos hijos, fruto de un matrimonio anterior, el Belmondo

meditó la propuesta. Nada lo ataba ya a México salvo la inercia y un trabajo que se volvía cada vez más duro, coordinando equipos que no podían dejar de llevar chalecos antibalas y armas automáticas, inútiles ante los métodos expeditivos y la proverbial crueldad de los grupos organizados. Aún menos vínculos mantenía con su Junín natal o con Buenos Aires, donde solo le quedaba una hermana que le había salido nostálgica de los montoneros y no quería ni oír hablar de él. Perera le ofrecía un sueldo estupendo e incluso un apartamento donde él quisiera, solo por convertirse en su coordinador de equipos y jefe de formación. Renunció a su trabajo en México en 1999 y se trasladó a Gran Canaria. En principio, probaría durante un tiempo con Keys. Si todo iba bien, firmarían un acuerdo definitivo.

Durante los primeros años se dedicó, principalmente, a la formación y la organización. Ahora, con la empresa funcionando ya en todo el territorio regional y con algunas concesiones en la Península, el Belmondo se había retirado a un segundo plano. Desde hacía unos años trabajaba con un equipo reducido, en una agencia independiente que en realidad tenía como clientes exclusivos a Perera y sus empresas. De hecho, sus colaboradores, oficialmente, no trabajaban para él, sino para Keys. Eso le ahorraba muchos papeleos y quebraderos de cabeza al argentino, que así podía dedicarse a lo suyo. De ordinario, RS Investigación Privada se dedicaba a seguridad preventiva, vigilancia y contravigilancia. Este eufemismo incluía saberlo todo acerca del entorno empresarial y político del ámbito en el que Keys y sus empresas se movían, controlando los movimientos y, sobre todo, los secretos de amigos y enemigos. En alguna ocasión se había visto obligado a una intervención directa: amedrentar a un sindicalista díscolo, presionar un poco a un técnico de algún ayuntamiento que se negaba a dar un informe positivo. Pero, en general, su vida era tranquila y se limitaba a vivir a gusto en su apartamento del barrio de Guanarteme, con Marta, a quien conociera

en el propio departamento administrativo de Keys, y con Bartolo. Como él solía decir, vivía con tranquilidad de jubilado, pero con edad para disfrutarlo.

Ahora, sentado en la silla que Padrón le había ofrecido cuando entró en el despacho de su casa, observaba al empresario ir y venir de un lado a otro, mientras Perera, su jefe, le explicaba los detalles.

Padrón también lo miraba a él, como si quisiera asegurarse de que entendía bien lo que se le decía, de que comprendía el alcance y la gravedad del asunto. Padrón, en los últimos años, no lo había visto más de cinco o seis veces, en breves reuniones con Perera a las que Silva había acudido para proporcionarles algún informe. Su presencia, bajita y fuerte, de musculatura fibrosa y engañosamente discreta, sus cabellos negros cortados casi a cepillo, sus oscuras ojeras en torno a su narizota, sus trajes baratos y sus camisas de sintético le habían inspirado siempre cierta repugnancia. No le gustaba el argentino. En general, ningún argentino le gustaba: hablan mucho, presumen más y no puedes dejarlos cinco minutos a solas con tu mujer o con tu hija sin que intenten jincárselas. Pero sabía, porque Marcos se lo había contado, que este tipo de asuntos eran, precisamente, su especialidad; que en Sudamérica estas cosas estaban a la orden del día y precisamente el Belmondo era un experto que había solucionado felizmente muchos embrollos similares allá donde estos solían acabar, generalmente, mal.

Cuando Perera acabó con su explicación, Silva consultó su reloj de pulsera y constató que faltaban cuatro minutos para la una de la madrugada. Luego sacó del bolsillo de la camisa un paquete de cigarrillos y un mechero y se los mostró al dueño de la casa.

—¿Puedo?

—Por favor —dijo Padrón, acercándole el cenicero.

Con ceremonia, con irritante lentitud, el Belmondo tomó un cigarrillo, lo encendió y dio una primera calada, puso el paquete sobre la mesa, el mechero encima, en el centro, simétricamente alineado con los bordes de este y, solo después de mirar alternativamente al Yunque y al Martillo, exhaló el humo.

—Llamará temprano. Usted le hará una oferta y a él le parecerá poco. Entonces hará su pedido. Pedirá mucho. En muy poco plazo. Y sea lo que sea lo que pida, usted le va a decir que sí, pero que no. Me explico: *sí* se lo va a dar, pero *no* en tan poco tiempo. Un suponer: digamos que él le pide doscientas lucas. Usted dice que le faltan cien. Si le pide cien, usted dice que le faltan diez. De cualquier modo, le dice que hasta el sábado a mediodía, por lo menos, no puede tener toda la guita.

—¿Y si me dice que no?

—Le dirá que sí.

—Pero ¿y si me dice que no?

—Si usted le dice primero que está dispuesto a pagar, no le va a decir que no. Lo que quiere es dinero. Eso sí, antes que nada, pida que le ponga con Diana. No le pregunte dónde está ni nada por el estilo.

—¿Por qué no? —intervino Perera.

—Porque entonces se acaba la conversación. Se la van a poner al teléfono muy poco tiempo. Aproveche para preguntarle si está bien y, sobre todo, para tranquilizarla. Que no intente nada que los ponga nerviosos.

—¿Los ponga?

—Hasta donde yo sé, pueden ser, como mínimo, dos. El que lo llamó no estaba en el mismo sitio que su hija. —¿Cómo lo sabe?

—Porque, si no, hubieran adelantado trabajo poniéndosela al teléfono. Hágame caso, don Isidro: dos, por lo menos.

Padrón se sentó al otro lado del escritorio. Quedaron formando un triángulo, dos de cuyos vértices miraban con preocupación al tercero, que fumaba tranquilo.

—¿Tú crees que fue la gente del Ruso? —preguntó Perera.

—No creo, Marcos. Al Ivancito lo tengo muy cachado y se dedica más bien a recaudar de los puticlubs. Si ustedes tuvieran deudas con ellos, todavía sería posible. Pero no es el caso, ¿verdad?

Ambos negaron con la cabeza.

—Entonces no creo que se metieran en esto. No les interesa.

—No digo el Ruso o Iván, sino alguno que haya trabajado con ellos, alguno de los suyos que quisiera hacerse el bisnes por su cuenta.

—Qué va. Esa gente no se atreve ni a mear sin pedirle permiso al jefe.

—¿Y entonces? —dijo Padrón—. ¿Cómo fue que el tipo habló del dinero del Ruso?

—No lo sé, pero ya lo voy a averiguar, don Isidro.

—Y, mientras tanto, ¿qué hacemos?

—Ustedes, intentar descansar —dijo el Belmondo, apagando el cigarrillo y poniéndose en pie. Luego se guardó el tabaco y el mechero, antes de añadir—: Yo voy a empezar por ir a casa de Diana. En cuanto llegue mi gente, salimos para allá. ¿Me da las señas y un juego de llaves?

A Padrón no le hacía gracia que Silva metiera aquellas enormes napias en la intimidad de su hija, mucho menos acompañado de *su gente*.

—¿Y qué se supone que va a hacer allí?

—Principalmente, mirar su ordenador, por si se comunicó con el tipo por mensajes en las redes.

—¿Qué tipo? —preguntó Perera.

—Este punto al que conoció recientemente, el profesor de literatura. Esto no es un secuestro exprés de esos que organizan cuatro locos,

eligiendo al azar a gente con un carro caro. Quien sea que ande en esto, se informó bien, la vigiló un tiempo. Y a usted también. A falta de otro piolín del que tirar, voy a empezar por ahí, por localizar al profesor y hablar con él.

—¿Y si no tiene nada que ver?

—Descartamos la posibilidad y, de paso, nos enteramos de a qué hora lo hicieron. Si quedó para cenar con el tipo, quiero saber si llegó a ir a la cita o no.

En ese instante sonó el teléfono fijo que había sobre el escritorio.

—Es el vigilante —dijo Padrón al ver uno de los pilotos encendidos.

—Mi gente habrá llegado ya.

Padrón descolgó y escuchó. Luego tapó el auricular y preguntó al Belmondo:

—¿Dos coches?

—Ajá.

El empresario alzó una ceja, antes de decir al teléfono:

—Sí, déjelos entrar.

Se demoraron en el despacho aún un momento más, el que tardó Padrón en darle a Silva las llaves y un papel con la dirección de Diana. Esto último era una pura formalidad: el Belmondo y Perera sabían (y Padrón sospechaba) que en algún lugar de los archivos del primero estaban anotados los teléfonos y la dirección de Diana.

9

Ante la casa estaban ya estacionados los dos vehículos. Ambos eran Volkswagen Tiguan, de colores discretos (uno gris oscuro, el otro azul marino), idóneos para seguimiento, mucho mejores que los cuatro por

cuatro que solía usar en México: los monovolúmenes se parecen todos entre sí e inspiran confianza, siempre se los imagina uno con un asiento para bebés en la parte trasera. El Belmondo, en cambio, continuaba usando el viejo Lada blanco que adquirió de segunda mano cuando se vino a vivir a Gran Canaria. En torno a los coches esperaba su gente. Eran tres: una mujer y dos hombres. Estos últimos eran tipos de unos veintimuchos que se parecían entre sí tanto como los Tiguan: ambos eran fornidos, llevaban el pelo rapado al dos y vestían pantalones de faena y camisetas oscuras. Silva los había reclutado a mediados de la década pasada entre los vigilantes de Keys que destacaban por una combinación de destrezas físicas y carácter templado, y los había adiestrado él mismo. La mujer, en cambio, rondaba los cuarenta y acumulaba algo más de tejido adiposo. Vestía un chándal de algodón gris, con capucha, y llevaba el abundante cabello castaño y rizado recogido en un moño hecho con descuido y sin gracia. Su rostro redondo y poco agraciado mostraba una eterna expresión de escepticismo. Había sido militar durante casi diez años y luego había trabajado en una agencia de investigación madrileña hasta que el argentino la contrató. Su especialidad eran las escuchas y la informática, pero no había que dejarse llevar por las apariencias: hubiera podido hacer un nudo con sus dos compañeros sin despeinarse.

El Belmondo sintió cierto íntimo orgullo ante la mirada de sorpresa que Isidro Padrón dedicó al grupo. Se permitió palmear un momento el hombro del empresario y decirle: «Ahí están los míos», antes de bajar a la explanada y explicarles rápidamente los cuatro o cinco detalles que consideró imprescindibles. En pocos minutos, los tres estuvieron enterados de los pormenores, según interpretó Padrón por sus actitudes. Miró un momento a lo lejos, a la garita donde Manolo, el vigilante de turno, debía de estarse

preguntando qué coño ocurría allí. La voz de Silva volvió a atraer su atención.

—Aday, te quedás aquí, con don Isidro. —Uno de los hombres, el que debía de ser Aday, sacó su mochila del asiento de uno de los coches y se dirigió hacia la entrada de la casa—. Teresita, vos te venís conmigo, y te voy contando un par de cosas. Mederos: nos seguís en el otro coche.

—¿Adónde vamos, jefe?

El Belmondo notó la mirada de Isidro Padrón clavada en su cogote, así que fingió leer la dirección de Diana, antes de contestar:

—Al piso de la chica. Queda por ahí, por la zona de El Terrero.

Mientras Teresa y Mederos se encaminaban a los coches, Silva volvió al porche:

—Le dejo a Aday aquí por si de repente llaman por la noche o necesita cualquier otra cosa.

—Vale. Ahora le enseño el cuarto de invitados.

—No hace falta que le ponga cama. Con un sofá basta para que se siente un poco. No dormirá.

Aday, junto a ellos, asintió sonriendo y a Padrón se le ocurrió que sonreía como sonríen los tiburones, y luego que los tiburones, en realidad, no sonríen. Jamás.

—Y usted, hágame caso, don Isidro: intente descansar algo. Mañana le vamos a necesitar fresquito. Marcos, descansá tú también.

10

—¿Las compañías de celulares no tienen ahora un servicio para localizar el aparato, por si se te pierde?

—Sí, jefe, pero hay que insertar un código que solo conoce el usuario —respondió Teresa—. Si no, cualquiera, con solo saber tu número, podría enterarse de dónde estás. La cantidad de cornudos y acosadores que se lo iban a pasar pipa, si no fuera así. Pero, jefe, tengo un virus que es la hostia. Se mete en el móvil del otro y lo bizcocha completamente. Podemos, incluso, localizarlo por satélite.

—¿En serio? Tenemos el número del móvil de la piba. ¿Por qué no lo usás?

—No funciona así, jefe. Primero tenemos que mandarle un mensaje y conseguir que nos agregue al WhatsApp.

—Pues entonces tu virus no sirve para nada, Teresita.

—Una pena. Si pudiéramos meterle ese virus, todo estaría hecho.

—Y si mi abuela hubiese tenido ruedas, yo, en vez de abuela, tendría bicicleta.

Con todo, al llegar al ático tuvieron suerte: el ordenador portátil de Diana Padrón no estaba protegido por contraseña y tenía guardada la última sesión, así que Teresa accedió enseguida a su correo y a su cuenta de Facebook, que se dedicó a explorar minuciosamente.

Mederos y el jefe la dejaron trabajar y se aplicaron, sobre todo el último, a revisar la casa. Descubrieron, por ejemplo, que Diana Padrón era una mujer ordenada, que se maquillaba poco y utilizaba las cremas antiarrugas justas. Que iba a un gimnasio y compraba algunos productos (tés, cafés, chocolates, azúcar morena) en tiendas de Comercio Justo. Que debía de leer bastante, sobre todo narrativa y poesía, aunque también encontraron en su biblioteca libros de Susan Sontag, Marvin Harris y Roland Barthes, y, por último, que parecía tener una cierta fijación con el personaje de Mafalda (por lo demás, frecuente entre mujeres jóvenes), cuya

imagen aparecía estampada por doquier en camisetas, pijamas, bolsos y cuadernos.

—Nos salió rojita, la nena —comentó Silva con disgusto, más para sí que para Mederos.

Este, que en ese momento examinaba un cajón de la cómoda, encontró un pequeño falo de goma, en color verde fluorescente, y dijo:

—Y cachonda.

Como si una cómoda fuera algo más íntimo que una biblioteca o el roperillo de un cuarto de baño, el Belmondo dijo:

—Guarde eso, carajo. Lo que la chica haga en su intimidad, tampoco es cosa nuestra.

Obviando la orden, Mederos pulsó un botón que tenía en la base y el artilugio se puso a funcionar, con una suave vibración.

—¿No le parece pequeño?

—Eso es para el clítoris, subnormal —explicó Teresa, que había aparecido de pronto en la puerta del dormitorio.

—¿Y tú cómo sabes eso, Teresita? ¿Tienes uno? —preguntó Mederos, coñón.

—Tengo dos. Uno para mí y otro más grande, para metértelo a ti en el culo, estúpido. Y hazle caso al jefe: guarda eso, coño.

—Bueno, córtenla ya —zanjó Silva, que sabía que si aquellos dos empezaban a vacilarse mutuamente, la cosa podía eternizarse y ya eran casi las tres de la madrugada—. Guardá eso, Mederos, carajo. ¿Cómo va, Tere?

—Venga al despacho, jefe.

Ante el portátil de Diana Padrón, Teresa fue explicando a su jefe lo que había averiguado, que era bastante. Había examinado sus mensajes privados de la red social. Aparte de con una tal Magaly Sosa, había muchas comunicaciones con un individuo, Ernesto García, que debía de ser el

famoso profe de literatura. Su foto mostraba el escorzo en blanco y negro de un tipo más o menos atractivo. «Pero habría que verlo en detalle —explicó Teresa—, ya sabe que las fotos de la red mienten más que los políticos». El perfil de Ernesto García era muy reciente (había entrado en la red hacía un mes). Tenía muy pocos amigos y en su información se declaraba agnóstico, progresista y amante del arte, el cine y la literatura. Y fan de Quino. Seguía páginas, perfiles y grupos sobre escritores, principalmente. Y, qué casualidad, muchos de ellos eran seguidos también por la chica.

—Fíjese cómo es la cosa, jefe: parece como si el tipo se hubiera abierto el perfil buscándola a ella.

—Veo.

—He estado tirando de ese hilo. Y hay un perfil que él tiene agregado como amigo, pero ella no tiene. El de Adolfo S. Marchante. «Marchante» no es un apellido. Este está en la red desde el 2010. Se supone que es un perfil profesional, ¿no?

Mientras Silva asentía, Teresa abrió el perfil del tal Adolfo S. Marchante y apareció un muro en el que había, sobre todo, imágenes de obras de arte contemporáneo. Como foto de perfil, tenía un Escher.

—Pero vea la información: ni dirección ni teléfono de contacto ni e-mail. Si usted fuera un marchante de arte, ¿no ofrecería más datos de contacto?

Teresa no esperó a que el Belmondo contestara. Abrió la bandeja de correo entrante del e-mail de Diana Padrón. Allí había varios e-mails desde una dirección (egarcialitera@gmail.com) que, por el contenido de los correos, debía de ser la de Ernesto García.

—¿Me sigue hasta aquí?

—Te voy pisando los talones.

—Vale —dijo Teresa, cogiendo su propio ordenador portátil—. Pues estuve rastreando al tal Adolfo S. por Internet. No tiene página web, pero sí que aparece en noticias aquí y allá. Incluso una artista novata pone una foto suya. —La foto, en la página de una tal Susana Izquierdo, mostraba a un grupo de personas ante un cuadro en lo que debía de ser la inauguración de una exposición. Teresa señaló a una de ellas, un tipo alto, con gafas y rostro menos sonriente, al que parecían haber obligado a incorporarse al grupo en el último momento—. Según la artista, el primero por la derecha es Adolfo Sarmiento. Al que, por cierto, si le quitamos las gafas, lo peinamos un poco y le hacemos una foto a contraluz, es clavado al amigo Ernesto. La cosa es que he conseguido las IP del tal Adolfo y de Ernesto García. ¿Y a que no sabe qué?

—Que son la misma —supuso inmediatamente el Belmondo.

—Eso es. Y de aquí, de Gran Canaria.

—Y no se puede saber nada más...

—El geolocalizador llega a decirme la ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, pero nada más. Pero el señor Google es muy chivato. —En su portátil, Teresa abrió el buscador y tecleó el nombre y el apellido. Aún no había escrito la letra e de «Sarmiento» cuando el señor Google le hizo una sugerencia, «Adolfo Sarmiento estafador», que ella aceptó inmediatamente.

La quinta entrada de la lista llevaba a un blog de alguien que se hacía llamar Sarnificado y dedicaba una entrada a Adolfo Sarmiento, alias *Fito*, alias *el Rompebragas*, que debía de haberle hecho alguna faena. En mayúsculas, con una ortografía penosa y sintaxis digna de un oligofrénico, el tal Sarnificado exponía una larga lista de supuestos delitos y decía, por ejemplo:

> ÉSE SEÑOR QUE SE HACE LLAMAR MARCHANTE SE APLICA BIEN EL NOMBRE PORQUE LO SULLO ES, ANDAR DE

MARCHA TODO EL DIA. SI PUEDE VENDE CUADROS, SINO VENDE SU CUERPO A SEÑORAS DESESPERADAS, Y LO VENDE VARATO QUE YO LO E VISTO.

Sarnificado debía de odiar bastante y de forma muy profunda a Sarmiento, si se había tomado la molestia de abrir ese blog. Silva llegó a preguntarse si Sarnificado no sería una mujer que había tenido con el marchante un lío que había salido mal. En cualquier caso, tras las dos primeras pantallas, renunció a continuar leyendo aquella retahíla. Pero Teresa insistió: hizo subir el texto hasta llegar a una línea concreta, que señaló con el dedo a su jefe. El párrafo decía:

Y PARA QUE QUEDE COSTANSIA, ESTOS SON LOS DATOS:

A continuación, figuraban una dirección y un número de teléfono.

—A ver, Teresita: ¿me estás diciendo que tenés la dirección y el teléfono del tipo y que estamos aquí, vos y yo, mirando pavadas?

—Así se entera usted de que me gano el sueldo, jefe.

—Como si yo no lo supiera, Teresita, como si no lo supiera —dijo Silva, sacándose del bolsillo un bolígrafo y una libretita en los que anotó los datos—. Buscame la dirección en el mapa.

—No hace falta —escucharon decir de pronto a Mederos, que había entrado en el cuarto sin decir palabra y, por encima de sus hombros, leía en la pantalla del ordenador—. Santa Luisa de Marillac. Eso es en Las Rehoyas.

11

La calle Santa Luisa de Marillac atraviesa el barrio de Las Rehoyas camino del de Schamann. Desierta en la madrugada, les mostraba sus cincuenta bloques de cuatro pisos con dos viviendas por piso, casas para pobres construidas en la época gloriosa del Patronato Francisco Franco, cuando cada quien sabía cuál era su lugar y los pobres nunca se mezclaban con los ricos, quienes, a cambio, veían con buenos ojos aquella caridad gubernamental. Ahora que los años habían pasado y la supuesta movilidad social de la España europeísta había instalado puertas con porteros automáticos en los zaguanes y estacionado coches de gama media en los aparcamientos del barrio, ahora que las fachadas lucían pinturas de colores más o menos alegres pero igualmente desconchadas, ahora que el mundo era más chico y la ignorancia más grande, el barrio podía haber cambiado mucho, aparentemente, pero en la madrugada asfixiante y caliginosa sus edificios mostraban que nunca había dejado de ser lo que era en principio: un barrio humilde que intentaba parecer digno en un mundo de mierda.

Ninguno de ellos hizo esas reflexiones. Simplemente, buscaron hueco para los autos en el aparcamiento cercano a la única rotonda de la calle, frente a una parada de guaguas, y ascendieron hasta el edificio donde vivía Adolfo Sarmiento. Según las señas, vivía en un primero izquierda, y, como había anunciado Mederos, los edificios de esa zona no tenían piso bajo, así que la ventana quedaría a la altura de la calle. Sin embargo, como también les advirtió Mederos que ocurriría, las dos ventanas que daban hacia allá tenían rejas.

Otras dudas por resolver: si sería la dirección correcta, si el tal Adolfo vivía solo, si estaría en casa. «Demasiadas dudas para andar comentándolas en un barrio que no es el de uno a las tres y media de la mañana», pensó Silva, y así se lo dijo a los otros, mientras volvían a los coches para trazar

un plan sin llamar la atención de quien quiera que pudiese pasar o de algún vecino desvelado que se asomase a la ventana.

Cuando se metieron en el Lada (los dos hombres delante, la mujer atrás), Teresa dijo que a veces las cosas son más sencillas.

—¿Qué querés decir?

—Ponga la radio, jefe. Algo que tenga marcha. Y deme el número —dijo sacando su móvil y recordando toda la información que había visto en Internet. Luego marcó el número y, esperando a que contestaran, agregó—: A ver si hay suerte y pica.

Silva sintonizó una emisora en la que daban música latina y Teresa asintió aprobatoriamente, con el teléfono en la oreja. Tuvo que intentarlo varias veces. A la cuarta, un hombre soñoliento y sorprendido preguntó de mal humor:

—¿Quién es?

—Fito, soy yo, Tere.

—¿Tere? ¿Quién...?

—Perdona por la hora, chico. —Coqueta, confianzuda, Teresa intentaba poner voz de putilla borracha, lo más fina posible—. Pero es que ha surgido algo que te va a interesar.

—Pero ¿quién eres?

Teresa se hizo la decepcionada:

—Qué fuerte, tío, no me digas que no te acuerdas de mí. Soy yo, Tere, la amiga de Susana. Susana Izquierdo, la pintora. ¿No te acuerdas de mí? Qué fuerte, ¿no? Haz memoria, hombre. Soy la rubia, la que trabaja en la agencia de viajes. ¿Te acuerdas? Porque yo me acuerdo bien de ti. —Esto último fue dicho en un tono que evocaba flirteos y puede que hasta conocimientos carnales.

En cualquier caso, el otro guardó silencio unos segundos. Pareció recordar el nombre de la pintora y, finalmente, mintió:

—Ah, sí, ya me acuerdo. Pero estas no son horas de...

—Sí, ya lo sé, hijo, pero, mira, es que te llamo en realidad para una cosa que te interesa. Verás, estoy en el Paper Club. Salimos unas amigas y yo con unos clientes y hay aquí uno que está muy interesado en comprar arte. Lo que sea. Quiere invertir. Y yo me acordé de ti. Lo que pasa es que el tío se va mañana. Está ahí, sentado con una amiga y está en copas. Seguro que le puedes colocar alguna venta por un precio interesante. Si te vienes, te lo presento. Si te acuerdas de mí cuando lo cobres, claro.

El otro volvió a callarse. Teresa miró a su jefe a través del retrovisor, con los ojos muy abiertos, pendiente de que Fito contestara. Como su mutismo se prolongaba, insistió:

—Bueno, esto es lo que hay. Me queda poca batería en el móvil. Vamos a estar aquí solo un rato más. Porque cierran en tres cuartos de hora y después no sé dónde vamos. ¿Qué me dices?

—¿Quién es el tío?

—Un pureta. Un catalán que tiene mucha pasta, eso sí te lo puedo decir. Jefazo en una farmacéutica, con eso te digo todo. Oye, me quedo ahora mismo sin batería. ¿Te esperamos o le digo que no?

—Estaba acostado. Tendría que vestirme y buscarme un taxi.

—En media hora. Estamos en la parte del patio interior.

—Está bien.

Teresa cortó e, inmediatamente, Silva apagó la radio. Ella se puso a bailar en silencio, haciéndose la ola a sí misma.

—La verdad, Teresita, sí que te ganás el sueldo.

—Eso mismo digo yo. Ahora, al loro: este sale de la casa en un cuarto de hora, todo lo más.

12

Fito salió de su casa, cerró con llave y luego giró sobre sí mismo para abrir la puerta del zaguán. Salió a la noche terrosa y se quedó un momento mirando al edificio de enfrente, preguntándose si lo que estaba haciendo no sería más que una pérdida de tiempo. No tuvo tiempo de preguntarse nada más. A su derecha sintió una presencia y, de pronto, vio al tipo bajo y delgado, con una amplia nariz de boxeador, que lo miraba fijamente desde el fondo de unos ojos oscuros. Desde su izquierda, también lo miraba otro hombre, más joven, con las dimensiones de un ropero de tres puertas y cara de lobo hambriento. Tardó tanto en ver el revólver en la mano del más bajo como en constatar que una llamada en la madrugada nunca trae nada bueno, que los millonetis catalanes no buscan comprar cuadros a las tantas en un *pub* de Gran Canaria, que cuando un negocio parece tan bueno es porque es mentira y, por último, que la tal Teresa debía de ser la gordita machona cuyo rostro podía atisbar tras el hombro del tío del revólver, aquella que lo miraba y se reía como una hiena.

13

Desde el porche, aún sobre la tumbona donde había pasado la noche, Aday vio llegar al Lada y al Tiguan azul. No suponía una sorpresa: el jefe lo había avisado de que iban en camino. Volvió la cabeza hacia la puerta y registró allí la presencia del dueño de la casa, que también había sido avisado. Se incorporó y, sin reparar en Padrón, estiró los brazos, emitiendo un sonoro bostezo al mismo tiempo que se movía hacia las escalinatas de piedra.

El Tiguan lo conducía Mederos. Teresa ocupaba el asiento del copiloto, con el codo asomando por la ventanilla. Al acercarse al vehículo, la luz incierta de la madrugada le mostró a Aday una mueca de triunfo en el rostro de su compañera.

—¿Qué tal?

—De puta madre.

Silva, por su parte, ya había acompañado a Padrón al interior. El empresario esperó a que estuvieran sentados a la mesa de su despacho para preguntarle si habían averiguado algo.

—Mucho —dijo el Belmondo, frotándose los ojos. Padrón constató entonces los moratones en los nudillos de la mano derecha del argentino. Al parecer, el tipo sabía hacer algo más que hablar. Se sintió reconfortado, pero también experimentó un temor que le relajó los esfínteres. Cuando acabó de frotarse, Silva dio un bufido—. Usted perdone, don Isidro. El cansancio.

—Me hago cargo, Silva. ¿Quiere un café o algo?

—Mejor después, don Isidro. Primero le quiero dar el parte —dijo el otro, sacando el tabaco y encendiendo un cigarrillo, ya sin pedir permiso—. A ver: el tipo ese con quien quedó la chica, el profesor de literatura, un tal Ernesto García. ¿Sabe? Pues ni profesor ni Ernesto ni García. Un tal Adolfo Sarmiento, por mal nombre Fito el Rompebragas. ¿Le suena de algo?

—De absolutamente nada.

—El amigo Fito es un conocido estafador. Se acerca a la gente bien, sobre todo a las mujeres, y les saca dinero. De ordinario les vende falsificaciones de cuadros o de manuscritos... Tenía la casa llenita. Otras veces, las enamora y, cuando les gana confianza, les pide guita. Que esto es lo que intentaba hacer con Diana.

—Bendito sea Dios... Hijo de puta... ¿Fue él, entonces?

—Esa es la mala noticia: yo creo que no, pero no podemos estar seguros.

—A ver cómo es eso...

—Perdone, igual me estoy haciendo quilombo al contárselo. El cansancio. Empiezo por el principio: lo localizamos y estuvimos en la casa. Y lo interrogué a fondo. Parece que él no la secuestró. Dice que lo que estaba intentando era sacarle la guita, pero que nunca se le ocurriría algo así.

—¿Y usted lo cree?

El Belmondo sonrió y le echó una mirada de medio lado. Al Yunque de Tafira la sangre se le heló en las venas cuando le oyó decir:

—Cuando yo pregunto algo como le pregunté a él, nadie me miente.

Padrón tragó saliva.

—Pues si no fue él, estamos como al principio, ¿no?

—No, porque puede que haya sido una suerte que el tal Fito estuviera detrás de la piba. Vea, don Isidro: parece que, cuando estaba con ella en la casa, lo llamó un conocido para que se quitara de en medio. No le dijo por qué, pero sí le dijo que se mandara a mudar, que estaba en medio de algo. Tenía que estar refiriéndose al secuestro, no hay otra, don Isidro. Así que ya sabe: el conocido. Ese es nuestro hombre, un tal Paco el Salvaje, uno que normalmente se dedica a las estafas. El individuo suele trabajar con otro al que le dicen el Marqués y con una tal Lola. Y vive allá, por Molino de Viento, aunque este pibe no sabía exactamente dónde.

—Pero eso son solo nombres de pila y nombretes. No tenemos un apellido ni una dirección.

—Sí que tenemos una dirección. Resulta que un punto que trabaja con Fito consiguiéndole cuadros para los trucos que hace también hace de perista para esta gente. —Silva sacó su libretita y leyó—: Es un tal

Alejandro, que le dicen el Margarito. Tiene una chatarrería, allá, en Telde, por las Medianías. Tengo la dirección.

—¿Y por qué no va para allá?

—Primero, por prudencia. Porque puede que yo me equivoque. Después de todo, tal vez sí sea mucha casualidad que hayan coincidido el tal Fito y los otros en ir a por su hija, justamente el mismo día.

—A mí también me lo parece.

—Pero azares más grandes vi. Así que mejor esperamos a que vuelvan a llamar. Si Fito anda en la cosa con ellos, se les va a notar que no saben dónde está y andan preocupados. Si no notamos nada de eso, quiere decir que el tipo, tal y como yo pensaba, no está en el ajo y que solo se vio salpicado de refilón.

—¿Y el otro motivo?

—Que antes de ir a la chatarrería, mi gente tiene que tomarse un descanso. Son las seis de la mañana y no pegaron ojo. Por lo menos necesitan una hora, para reponerse. Los necesito en forma.

Padrón se levantó.

—Por supuesto. Dígales que vayan a la cocina y cojan lo que les apetezca, hasta que llegue la cocinera. Y, si se quieren echar un rato, arriba está el cuarto de...

—Con que los deje sentarse un poquito va bien. Tampoco necesitan descansar tanto. Solo hasta que el tipo vuelva a llamar.

—Perfecto —dijo Padrón, indicándole el camino hacia la cocina. De pronto, en el pasillo, reparó en algo—. Oiga, Silva, ¿y qué hicieron con el tal Fito? ¿Dónde está? ¿No habrá riesgo de que se escape?

—No se preocupe, don Isidro. Ese no se escapa, le juro. Ni que lo ayude la Legión.

HOTEL MARQUÉS

1

Eusebio el Zurdo llegó a la finca de Tafira como siempre, a las siete y media de la mañana. En la puerta, Manolo, el vigilante, le dijo:

—Yo no sé si vas a encontrar sitio para aparcar en la casa.

—¿Y eso?

—Han tenido un baile de coches toda la noche que parece esto la entrada al tanatorio. No sé qué habrá pasado, pero arriba te vas a encontrar a Perera y a un montón de gente rara.

—Entonces, mejor lo dejo fuera, para que no me tengan moviéndolo para entrar y para salir.

—Lo mejor que haces...

El Ibiza blanco dio marcha atrás y quedó aparcado en el arcén, junto a la alta tapia que circundaba la finca. Eusebio se apeó y, tras volver a pasar por el control de la garita (Manolo lo saludó con el «*quetesealeve*» habitual), subió a pie hasta la casa. En la explanada, identificó el Volvo negro de Perera y el Roadster de Padrón. No conocía a los propietarios de los Tiguan y el Lada, pero si no hubiera sido por este último, avejentado y algo sucio, aquello hubiera parecido una franquicia de un Expomotor. Los tres coches desconocidos no eran coches camuflados de la policía, pero casi.

Evidentemente, el Yunque había avisado al Martillo y este tenía que haber avisado, a su vez, a detectives privados o a gente de su propia empresa que iba de paisano. Pero se dijo que no debía preocuparse: aquello era de prever.

Entró en la casa, también como solía, por la puerta de servicio y se dirigió a la cocina. Allí, Malole, la cocinera, servía café a dos tipos grandotes con pinta de mercenarios, que tenían la actitud de dos obreros que hubieran parado en medio del trabajo. El Zurdo dio los buenos días y los gorilas le respondieron con un «buenas» simultáneo y desganado. Malole lo saludó también, y mostró una expresión de ver cómo se abren los cielos. Eusebio se llevaba bien con la vieja, cuya simpatía se había ocupado de ganarse nada más comenzar a trabajar para Padrón, a base de alabarle los platos o ayudarla en pequeñas tareas como pelar las papas o sacar la basura.

—¿Un cafecito, Eusebio?

—Me adivinó el pensamiento —dijo él, acercándose al poyo.

La mujer, oronda y bienhumorada, se juntó con él y le dijo:

—Oiga, y ya que llegó, ¿me podría sacar de la despensa la lata de las galletas buenas?

—No faltaba más.

Eusebio se dirigió a la despensa sintiendo, tras él, la presencia de la cocinera. Cuando entró en el cuartito y encendió la luz, ella dijo en voz alta, para que los gorilas la oyeran:

—Mire a ver si está ahí arriba, por favor, Eusebio. —Y, seguidamente, añadió en voz baja—: Cuando llegué ya estaba aquí esta gente.

—¿Quiénes son?

—Ni idea. También hay una mujer, una muchacha muy rara. Y un tipo bajito, que me da a mí que es el jefe. Es argentino, me parece. Yo creo que son policías o detectives o algo... No sé qué puede haber pasado.

—Y don Isidro, ¿dónde está?

—En el despacho, con don Marcos. Tienen pinta de no haber dormido en toda la noche. ¿Qué habrá pasado?

Eusebio se estiró y alcanzó por fin la lata de galletas danesas.

—Ni idea, Malole. Pero no se coja lucha: serán cosas de trabajo.

—Pues serán, pero en veinte años que llevo aquí, nunca he visto algo así.

Malole abrió la lata de las galletas y la puso en la mesa, entre los dos tipos, que le dieron las gracias y empezaron a devorarlas, mojándolas en el café con leche.

Eusebio cogió su cortado y salió por la puerta que había junto a la despensa:

—Si me necesita, o si don Isidro pregunta por mí, estoy en mi despacho, Malole.

Eusebio descendió el tramo de escalera que conducía al garaje. Rodeó el Audi y fue a sentarse frente a la mesita plegable que él llamaba *su despacho*. El asiento era una silla de playa, sobre la cual había acomodado unos cojines. Más allá del coche, junto a la pared contraria, dormitaba bajo su funda de lona la motocicleta, una Harley Davidson que Padrón había comprado por capricho hacía unos años y que había usado muy poco. Eusebio sospechaba que el muy chulo había pensado darse el pisto con ella por las carreteras a la Cumbre, pero que tras un par de paseos había acabado cogiéndole respeto. Una horterada más de las muchas horteradas caras e inútiles que el Yunque era capaz de comprar. Nadie sabía qué destino acabaría teniendo aquella moto, pero él sí que tenía claro quién montaría, ese mismo día, en ella. Se aseguró de que nadie venía al garaje, sacó el móvil de prepago y llamó al de Diego. El Marqués contestó enseguida.

—*Dime*.

—Al loro, pibe. Llegó la caballería.

2

Negro. Todo negro. Ha abierto los ojos y, sin embargo, todo sigue negro. Como inmerso en un barril de engrudo, todo sumido en la más absoluta oscuridad. Y los ojos abiertos, eso seguro. Pero todo negro. La cabeza continúa siendo suya. Solo lo que es tuyo puede dolerte así, como si lo hubieran pateado, como si dentro del cráneo tuvieras una bola de acero claveteada de pinchos girando lentamente sobre sí misma, como mil escarabajos de plomo paseando tras tu frente.

¿Qué sabe? Sabe que está tumbada, tendida. Sabe que no está en casa. Esa no es su cama. Huele a cemento. A humedad. A sábana o manta vieja. Sabe que ya está despierta y que algo le está tapando los ojos. Acaba de despertarse, pero no recuerda haberse acostado.

Lo último que recuerda es a Ernesto, que tuvo que marcharse.

Nota el agarrotamiento en los hombros, el dolor en los brazos, el hormigueo en las manos, que se le han dormido. Se mueve y escucha el tintineo de las cadenas, coincidentes con el tirón en las muñecas. Y, entonces, una voz diciendo:

—Quieta, procura no dar tirones. Si no, te va a doler.

Intenta preguntar quién es, dónde está, qué le ha hecho. Pero no consigue articular más que un balbuceo, que acaba convirtiéndose en un gemido.

—Espera, te voy a ayudar a incorporarte.

Se sobresalta al percibir las manos sobre sus hombros. Las manos se retiran de pronto, como si el dueño de la voz también se hubiera sobresaltado.

—No te asustes, solo te voy a ayudar a sentarte.

Nuevamente, las manos la cogen por los hombros. Van moviéndola hasta que su espalda queda apoyada contra una pared de ladrillo desnudo. Siente un colchón debajo de ella. Y los pies, estirados, dan con el suelo. Un suelo irregular, lleno de ciscos. Recoge las piernas hasta que vuelven a apoyarse en el colchón.

De pronto, consigue dar un alarido. Alguien tiene que oírla. Alguien la escuchará y vendrá y se acabará todo.

Pero un segundo después nota la presencia del hombre, cerca, muy cerca, y algo frío y rígido apoyándose contra su mejilla.

—Esto es una pistola —dice él—. Si vuelves a gritar, la uso.

Algo tiembla. Se calla y tiembla. Y eso que tiembla y se calla es ella.

—Tranquilízate un poco. Ahora te cuento lo que pasa. —Habla con firmeza, pero en voz baja, casi amable—. ¿Tienes sed?

Asiente y lo escucha alejarse y regresar luego. Algo roza sus labios: una cosa de plástico, el extremo de una pajilla.

—No te preocupes: es agua. No te voy a drogar, ni nada por el estilo. Bebe tranquila.

Bebe con avidez. El vaso se vacía. Él vuelve a llenarlo y ella bebe de nuevo hasta el final.

Él vuelve a tomar distancia. Pero no se va. Lo siente ahí, cerca. Y ella comienza a darse cuenta de que no soñó con el mago, que el mago existe, que tiene la voz de este hombre que la retiene en esto que no es ya un sueño.

—¿Qué me hiciste? —Ahora está segura de que el dueño de esa voz es el dueño de aquellos ojos con los que soñó, el fumigador más joven, el mago.

—Nada. Solo te dormimos. Estás esposada y con los ojos vendados. Por lo demás, no te hicimos nada. Ni te lo vamos a hacer, si no das problemas.

Te vamos a tratar bien. Vas a estar aquí un día. Incluso algo menos. Y luego te vas a casa.

—¿Qué día es?

—Es viernes, muchacha. Bueno, todavía no ha amanecido. Te trajimos anoche. Y, ya te digo: esta noche, o mañana como muy tarde, en cuanto tu padre pague, te vamos a soltar.

Ella se queda boquiabierta.

—¿Esto es un secuestro?

El mago no contesta. Lo siente ir y venir a su alrededor, pero no contesta.

—No me hagas nada, por favor.

—Tranquila.

—Mi padre... Bueno, y si él no tiene, yo puedo intentar...

—Tranquila.

—Pero no me hagas nada... Yo...

—¡Que te estés tranquila, coño!

Él se ha acercado de pronto para gritarle eso y Diana siente en su rostro los perdigones de saliva acompañando al grito. De pronto, rompe a llorar, con un llanto histérico, simultáneo al temblor que ha invadido sus miembros. El mago vuelve a suavizar su voz. Ahora el tono es casi cariñoso, como si le hablara a una chiquilla.

—Venga, mi niña, quédate tranquilita. De verdad que no va a pasar nada. Tú pórtate bien y no des problemas. ¿Vale?

Ella dice que sí con la cabeza, pero no consigue reprimir el temblor.

—¿Tienes hambre? Te puedo hacer un sándwich. Y también hay algo de fruta. ¿O prefieres un café? ¿Te hago un café calentito? ¿Sí?

Ella continúa llorando un rato más. Él espera, paciente, a que se relaje.

—Anda, ¿qué me dices? ¿Quieres un café?

—Necesito ir al baño.

—Vale. Hacemos una cosa: te voy a soltar las esposas y a ponértelas por delante. No intentes hacer ninguna bobería: ni escaparte ni quitarte la venda de los ojos ni nada por el estilo. Yo te suelto de la pared y te llevo hasta donde está la palangana. Y tú te portas bien. Acuérdate de que tengo esto. —Ella vuelve a sentir la dureza del cañón de la pistola, esta vez en su costado—. Pero si te portas bien no pasa nada. ¿Te vas a portar bien?

—Sí —dice débilmente.

—No te oigo.

—Sí —dice más alto.

Solo entonces, él comienza a manipular las esposas. Le suelta la muñeca derecha y la cadena también es liberada de la argolla de la pared. Siente su mano libre, pero floja y dolorida. Él, con rapidez, le pasa la otra mano, la que continúa esposada, hacia delante, la junta con la izquierda y vuelve a ponerle las esposas. Pero estas siguen unidas a la cadena y el otro extremo de esta, ahora, lo está sujetando el mago.

—Levántate despacio, no te vayas a caer.

Consigue incorporarse al segundo intento. Él va guiándola, primero hacia delante, luego hacia su izquierda. El suelo es de cemento o de picón y ella no lleva puestas las playeras. Siente en los calcetines piedritas que se le clavan a cada paso.

—Espera un momento —dice él.

Entonces lo siente agacharse y nota cómo la hace elevar primero un pie, luego el otro. Le ha puesto las playeras.

—Ahora.

Vuelve a guiarla. En algún momento, seis o siete pasos más allá, le dice que se pare, vuelve a agacharse y pone en sus manos una cosa de plástico.

—Es una palangana. Lo siento, aquí no hay baño.

Dentro de la palangana, palpa un rollo de papel higiénico.

—Voy a estar al otro extremo de la cadena. Y no te preocupes, que no voy a mirar.

El recinto es grande, diáfano. Eso lo sabe por el eco. Y está abierto: nota el aire caliente entrando por todos lados y recorriéndolo. Tiene que estar en Medianías o en el Sur. Justo cuando piensa esto, se da cuenta de que es importante retener cada detalle. Así podrán coger a este hijo de puta y al otro que iba con él. Sí, es lo único que puede hacer por el momento. Se siente demasiado débil para intentar escaparse. La drogaron. Su cuerpo no responde como responde siempre. Por eso, se obliga a pensar. Tiene que mantener su mente muy abierta a todo lo que recojan los cuatro sentidos que le han dejado libres. Eso será lo único útil que pueda hacer hasta que la suelten o hasta que pueda escapar. Así que paredes desnudas, suelo con gravilla, un lado abierto, un espacio diáfano, con mucho eco. Una nave industrial, una granja abandonada. O un edificio en construcción. Sí. Huele a cemento. A hormigón. Conoce perfectamente esos olores terrosos del hormigón, el ladrillo y la ferralla. Lleva visitando a su padre desde niña en obras. Lo más probable es eso: un edificio en construcción.

—Ños, sí que tenías ganas. ¿Terminaste ya?

Hace unos segundos que ha acabado de orinar. Pero se ha quedado ensimismada, pensando. Ahora su mente le da otra orden: sé dócil.

—Sí, ya terminé —dice palpando a tientas el rollo de papel higiénico y arrancando un trozo para secarse.

—Echa el papel en la misma palangana. Ya lo tiro yo todo junto luego.

Ella obedece y se sube los pantalones. Solo cuando la escucha subirse la cremallera, la voz del mago suena distinta. Entonces lo entiende: cumplió con su promesa de no mirar. Acaba de darse la vuelta. Anota el dato en su cerebro: si vuelve a repetirse, esa puede ser una oportunidad. Dar un tirón

que lo sorprenda y le haga soltar la cadena. Y correr. Correr como una loca. Correr hacia el lado abierto. Correr sin tino hacia ese lado abierto de donde proviene el aire.

—Hay agua y jabón. ¿Quieres lavarte las manos? ¿Refrescarte un poco?

—Si puede ser...

—Pues claro, mi niña... Hasta bueno estaría —dice él alegremente, con una hospitalidad absurdamente festiva, tirando de ella hacia otro lado, poniéndole las manos sobre una botella de plástico—. Aquí, delante, hay un barreño. Agáchate. Voy a echar un poco de agua. Y luego preparo café. A mí también me apetece.

Ha comenzado a oírse el motor de un coche. No sabe de dónde proviene, pero se acerca. Mientras se enjuaga las manos, mientras se echa agua en la cabeza, para refrescarse, el ruido se hace más y más fuerte. Y se mezcla con el de unas ruedas en un camino de tierra. Al sitio se llega por un camino de tierra. Otro dato importante. Y va a tener que seguir anotando datos, porque el hombre no parece preocupado, y eso quiere decir que quien llega no es nadie que venga a rescatarla. Efectivamente, el coche se ha detenido. Ella hace uso de la toalla, que parece limpia, y vuelve tras el mago a lo que debe de ser la cama. Él vuelve a fijar la cadena a la pared, pero sin esposarla a la espalda.

—Acuérdate: ni se te ocurra tocarte la venda de los ojos, si no quieres que me cabree, ¿vale?

—Vale.

En ese momento se escuchan los pasos. Bajan. Están bajando. El sitio tiene un piso superior. ¡Se entra por ese piso superior! Los pasos se acercan. Es uno. No, más de uno. Al menos dos hombres.

—¿Qué tal? —pregunta uno de ellos. Una voz joven, menos que la del mago. Una voz firme, clara. No: apuesta. Una voz apuesta.

—Bien —dice el mago—. Se despertó hace un ratito. Acaba de mear y de refrescarse un poco. Ahora le iba a dar de desayunar.

Los recién llegados están ahora junto al mago, rodeándola. Pero se ha equivocado. No son dos hombres. Uno de ellos es una mujer, que dice:

—¿Le explicaste la cosa?

—Más o menos —dice el mago.

El mago no es el cabecilla. Es un subordinado. Estos son los que mandan. Se nota por cómo le hablan y cómo les contesta.

—Voy a ir haciendo yo el café —dice la mujer, y se aleja.

El hombre apuesto se ha agachado junto a ella, le ha tomado una mano. Debe de estar muy cerca, ahí, en cuclillas.

—Ya te dijeron que si colaboras no va a pasarte nada, ¿verdad?

Ella asiente. Él, como los otros, es canario. Pero tiene un acento fino, como de colegio de pago o como si hubiera estado mucho en la Península. O con peninsulares.

—Está bien. Ya estuve hablando con tu padre. Ahora, dentro de un rato, cuando ya te hayas desayunado y estés mejor, lo vamos a llamar para que hables con él y sepa que estás bien.

Intenta disimular, pero el rostro ha debido de iluminársele, porque él dice inmediatamente:

—Ahora no. Dentro de un rato. Te tuvimos que dar una droga muy fuerte. Espérate a que estés repuesta y puedas hablar bien.

—Ya puedo hablar.

—No. Todavía no. Además, hasta dentro de un rato no espera la llamada. Esto es un juego y lo vamos a jugar con las reglas que tiene. Pero tú, tranquila, que todo está yendo como tiene que ir.

Está claro, el de la voz apuesta es el que manda. O al menos lo parece. No puede estar segura. Hasta hace diez minutos pensaba que quien

mandaba era el mago. Las cosas cambian muy rápidamente. El de la voz apuesta parece hablar con mucha firmeza, pero a veces le tiembla el tono, como si dudara, como si lo que va diciendo fuera una lección aprendida y en algunos momentos se le olvidara algo y tuviera que pararse a recordarlo. La mujer, en cambio, habla menos, pero parece más segura que él, como si en realidad estuviera por encima de todo lo que está ocurriendo y permaneciese allí solo por hacerle a alguien un favor y le importara todo tres pepinos. Desde lejos, la escucha gritar una frase absurda:

—Pregúntale a la piba cómo toma el café.

3

A las ocho y media de la mañana sonó la llamada en el móvil de Isidro Padrón. Marcos Perera, que en ese momento removía el azúcar en su café, dejó la cuchara suspendida en el aire. Hacía media hora que había llegado. Estar ahí en ese momento en que sonara el teléfono era el principal motivo de su visita. Su socio, en cambio, se quedó mirando al Belmondo, recordando lo que había visto hacer en las películas.

—¿Lo dejo sonar?

—Qué carajo, cójalo.

Padrón tomó aire y contestó.

—Diga.

—*Hola, don Isidro* —dijo la voz distorsionada al otro lado—. *¿Durmió bien? Yo dormí estupendamente*.

—Déjese de polladas. Quiero hablar con mi hija.

De pronto, la comunicación se cortó. El individuo había colgado.

—¡Me cago en todo! ¡Me cortó, el hijo de la gran puta este!

Padrón hizo un esfuerzo para no arrojar el móvil contra la pared. Mientras aún lo tenía alzado en el aire, volvió a sonar. Silva, que había permanecido impertérrito, le dijo suavemente:

—Cójalo y procure mantener la calma, don Isidro, que así no adelantamos.

El empresario dio un suspiro y volvió a contestar.

—Ya le dije anoche que me hablara bien.

—Perdone, estoy nervioso.

—Me hago cargo. Pero contrólese. Espere, que le voy a poner a su hija.

Al otro lado se escucharon unos pasos, un chasquido y, luego, la voz de Diana.

—¿Papá? ¿Papá?

—Mi niña. Diana. ¿Cómo estás, mi amor? ¿Estás bien?

—Sí. Solo asustada. Pero estoy bien.

—Tú no te preocupes, mi reina. Esto lo vamos a solucionar pronto. ¿Vale?

—Sí.

—Le voy a pagar a esa gente y te van a soltar. ¿Vale?

—Vale.

—¿Seguro que estás bien? ¿Te hicieron algo?

—No, todo bien, papá. Estoy...

De repente se oyó un chasquido y el hombre de la voz distorsionada volvió a tomar la palabra.

—Tampoco vamos a estar gastando en teléfono tontamente, ¿no? Ya habló con ella y ya sabe que está bien. Y va a seguir estando bien. Hasta que pague.

—De acuerdo. No le hagan nada, por favor.

—Usted todavía no se ha enterado de nada. Ni le voy a cortar una oreja ni un dedo ni se la voy a mandar en cachitos. Yo no soy ningún psicópata. Ni me gusta hacerle daño a nadie. Si usted cumple, no va a pasar nada. Y, si no cumple, simplemente, le pego un tiro.

—¡No!

—Usted cumpla su parte y yo cumplo la mía. ¿Ya contó el dinero?

—¿Cuánto quiere?

—¿Cuánto tiene?

—No sé, treinta, cuarenta mil euros.

El otro volvió a cortar. Cuando llamó de nuevo, empezó diciendo:

—A ver, le di una oportunidad de demostrar lo que le interesa la seguridad de su hija. Y ha demostrado que le interesa una mierda. Ahora sé que usted no es un tío de ley y que intenta vacilarme.

—No, espere... Fue la primera cifra que se me ocurrió, yo...

—Sé la cantidad que tiene ahí. El precio es doscientos mil.

—Pero yo no sé si voy a poder...

—No es una propuesta. Ya no hay regateo. Eso ya se le terminó. Dije «precio». Doscientos mil euros. No le voy a pedir que sean billetes usados, porque ya sé que lo son. Es dinero sucio de ese que tienen ahí.

—Pero ese dinero no es mío. Tendría que consultar con...

—¿Con Perera?

—Por ejemplo.

—Apuesto a que lo tiene usted al lado. Póngamelo.

—No, él no...

—No me intente vacilar otra vez, Padrón.

Padrón claudicó. Le ofreció el móvil a Perera y este lo cogió, sorprendido.

—Dígame.

—Ya ve el problema en el que está el socio suyo, ¿no? —Sí, lo veo.

—Pero no solo él. Porque si no me dan lo que pido, no solo la voy a matar, sino que la dejaré en un lugar público. Y voy a avisar a los periódicos. Y voy a decir que busquen la relación entre ustedes dos y los rusos. ¿Se da cuenta?

—Me doy cuenta.

—Vuelva a ponerme con don Isidro, por favor.

Perera no añadió nada más. Simplemente, devolvió el teléfono.

—Ahora las cosas ya andan más claras. Le di un plazo de veinticuatro horas. No me venga con el rollito de reunir el dinero, porque lo tiene ahí. No me venga con el rollito del socio, porque a él también le interesa que esto se solucione. Ni me venga con el acojone de que no le haga nada a la niñita. Ya le dije que no se la voy a mandar a cachitos. Simplemente, si a las diez y media de esta noche no tengo lo que quiero, le pego un puto tiro y a tomar por culo. Pero no solo eso: aviso a la prensa y a la tele de dónde dejo el cuerpo. Y lo dejo con información sobre el Ruso y ustedes. Imagínese: los de la tele se lo van a pasar de puta madre. Lo llamo esta tarde y le digo cuándo y dónde.

El individuo colgó y ambos empresarios se derrumbaron en sus asientos. El Belmondo, por el contrario, se puso en pie, hizo una señal a Teresa, que estaba en el otro extremo del despacho, con el portátil en el regazo, y esta cerró y guardó el archivo de audio.

—Se grabó todo bien, jefe.

—Perfecto, Teresita. Vaya a la cocina a echarse un cafecito.

Teresa se levantó, dejó el ordenador sobre la silla en la que había estado sentada y salió del despacho.

—Nos va ganando por la mano —pareció pensar en voz alta—. ¿Usted tiene el dinero?

Padrón alzó la vista y lo miró con tristeza, asintiendo.

—Vaya preparándolo. ¿Te parece bien, Marcos?

Perera también lo miró.

—Claro. La seguridad de Diana es lo primero. —Se dirigió a Padrón—. Por ahora, hay que solucionar esto, compadre. Luego ya veremos cómo hacemos. Pero si ahora hay que pagar, se paga y punto.

—Yo no he dicho que haya que pagar, Marcos. Solo que don Isidro prepare el dinero. De aquí a la noche queda mucho rato —dijo el Belmondo, metiéndose bien los faldones de la camisa por dentro de los pantalones y tomando la cartuchera, con el revólver encajado, que había dejado sobre la mesa—. Les voy llamando y les cuento.

—¿Adónde vas? —le preguntó Perera.

—Al chatarrero.

4

En el hotel Marqués, Lola sustituyó a Felo. El Fiat volvió a quedarse allí, donde había pasado la noche. Diego y Felo se marcharon en el Corsa. El Marqués se ofreció a llevar a Felo a su casa, si quería descansar un poco, pero él rechazó el ofrecimiento. Si no le importaba, prefería estar en la casa roja. Tenía allí una muda limpia (aún llevaba puesto el disfraz de fumigador) y, si lo dejaba ducharse, comer algo y echar una siesta, estaría más a mano por si surgía algún imprevisto. El Salvaje había telefoneado para decir que también iba hacia allá, hacia la casa roja.

La chica, después de tomar un poco de café con leche y un par de galletas, se había quedado aletargada. Eusebio ya les había avisado de que estaría medio tonta. Eran los efectos secundarios habituales. Lola la observó un rato, allí, tumbada de lado, en posición fetal, con el paño negro

rodeándole la cabeza a la altura de los ojos. Después se dedicó a pasear a un lado y a otro, estirando las piernas por toda la superficie, encandilada por el sol. Tenía entre sus manos la pistola de juguete, imitación de la Walther, la más pequeña de las tres, que había escogido para ella.

Felo y el Salvaje se habían tomado lo de las pistolas como los niños que eran. Hasta las habían cargado con aquellas bolitas amarillas que disparaban y habían hecho el machango en el patio trasero de la casa roja, jugando a policías y ladrones hasta que Diego los llamó al orden, no sin antes hacer él también el bobo un buen rato. Ella no: para ella, aunque fueran de juguete, eran objetos extraños y algo repugnantes. No lograba entender del todo la fascinación de los tíos por las pistolas. Enseguida se volvían idiotas. Seguramente, tenía que ver con que las armas son un símbolo fálico. Seguro.

Se paró un momento para observar la urbanización, allá abajo, donde los turistas estarían ya bajando a las piscinas, llegándose a la playa, preparando excursiones a los barrancos del interior de la Isla, ajenos a lo que estaba ocurriendo allí, tan cerca, a solo unos cientos de metros. Pensó en sus plantas. No les hacía caso desde hacía tres días. Y andaba preocupada por las tomateras, que se estaban bichando. Las había estado regando con agua en la que había dejado macerar colillas. Eso, le habían dicho, era un buen remedio. Pero no daba resultado. Si seguían así, el bicho se contagiaría al resto del bancal.

De pronto, se observó a sí misma y se dio asco. A su espalda había una pobre piba encadenada y ella estaba preocupada por los tomates. «¿Qué clase de persona eres, Lola?». Intentó defenderse a sí misma pensando en la cantidad de gente a la que explotaba el padre de la piba. Y más allá: en la procedencia del dinero que el Yunque manejaba. Seguramente, había docenas de mujeres, aun más jóvenes y aun más maltratadas que Diana

Padrón, pibas que las pasaban canutas para producir aquel dinero. La idea de que ellos estaban tratando bien a la chica, de que nadie la había vejado ni maltratado ni golpeado ni violado la consoló ligeramente. Pero, incluso así, un último pensamiento la asaltó: el que manejaba dinero sucio era el padre, no la piba; por lo que sabían de ella, no tenía ni la más remota idea de la procedencia de la pasta. Y, una vez más, se sintió mal, al tiempo que se preguntaba cómo demonios se habían dejado montar en ese burro, cómo coño habían acabado cediendo ante el Zurdo, cómo era que ella estaba ahora ahí, vigilando aquella mercancía y, sobre todo, cómo se las ingeniarían para que todo saliera adelante sin acabar todos en el trullo o en una cuneta. Diego y ella siempre tenían el plan B que habían preparado por si todo se iba a la mierda; pero cuando todo se va a la mierda, hasta un plan B puede salir mal.

Escuchó removerse a la piba y fue a sentarse ante el jergón. Diana se había incorporado, sentándose con la espalda contra la pared. Por sus movimientos de cabeza, entendió que había notado su presencia.

—¿Quieres algo? ¿Estás bien?

—Estoy un poco mareada.

Lola le dio agua. Ahora la chica cogió ella misma el vaso. Le habían dejado las manos esposadas delante. No temía que se quitara la venda: parecía haber entendido que le convenía colaborar.

—Es el efecto de lo que te dimos para que te durmieras. Pero mira el lado bueno: era la única forma de no emplear la violencia.

Diana asintió, con la misma resignación ofuscada con la que se asiente ante los oncólogos.

—Igual te viene bien comer algo de fruta fresca. Hay manzanas.

—Mejor después, gracias. Oye, ¿qué quisieron decir con lo del dinero sucio?

—¿Cómo?

—Tu amigo, el que habló con mi padre. Habló de dinero sucio, de algo de no sé qué ruso.

Lola meditó un instante si contarle lo del Ruso o no. Después pensó que era lo justo, y que, encima, era posible que ayudara a que la chica se mostrase todavía más dócil.

—Tu padre y Perera blanquean dinero para mafias del Este.

—¿Qué?

—Cada tres meses les traen un dineral en metálico. Dinero de las drogas, de la prostitución y de vete tú a saber cuántos chanchullos más. Y luego van ingresando dinero en cuentas legales. Después de quedarse una comisión, supongo.

—Eso no puede ser.

—Eso es así. Por eso no nos da pena ninguna hacer esto, ¿entiendes?

—Pero ¿yo qué culpa tengo?

—Puede que ninguna. Llámalo daño colateral. ¿Se dice así? Eres una víctima inocente o como quieras tú llamarlo. Aunque, si lo piensas bien, puede que si hubieras mirado con más atención, hubieras visto de dónde salen los pastizales que maneja tu viejo.

—Lo dices como si tú te dedicaras a recaudar fondos para Aldeas Infantiles.

—No, guapa. Yo sé lo que soy, pero miro a las cosas de frente y las llamo por su nombre. No voy por ahí caminando sobre un charco de mierda pensando que puedo pasar por en medio sin mancharme los zapatos.

—Yo solo soy una administrativa. Me dedico a hacer números, a contabilizar gastos y entradas.

—Ya, vale. Tú piensas que la gente puede hacerse rica y poderosa sin que otros pasen hambre, ¿no? ¿Todavía te tragas ese rollo? Está bien. Para ti

haces. Pero que te quede claro, encanto: papaíto no es ningún ángel y el dinero que nos va a dar por ti está manchado con sangre.

Diana Padrón se mantuvo en silencio durante un rato largo. Luego, simplemente, dijo:

—Mierda.

Lola sintió por ella algo parecido a la lástima.

—Bueno, no te preocupes de esas historias ahora. La cosa está yendo como tiene que ir. Esta noche vas a dormir en casa, en tu cama, y todo esto se habrá acabado. Ya tendrás tiempo de preocuparte mañana, si hace falta.

5

Silva había tomado la circunvalación, camino de Telde. Por el retrovisor podía ver el Tiguan azul, en el que iba Mederos. Teresa se había quedado en casa de Padrón, controlando las comunicaciones y rastreando la red en busca de datos sobre los nombres que Fito había acabado soltando por aquella boca que él mismo le había destrozado a culatazos de revólver.

Sirviéndose del manos libres, telefoneó a Aday. Lo había enviado a buscar la chatarrería poco antes de la llamada del secuestrador. Ahora llevaba ya hora y media montando guardia cerca de allí.

—¿Hubo movimiento?

—*Poco, jefe. Hace media hora salió un pibe, un chiquillo de unos trece o catorce años. Se fue carretera abajo con una mochila*.

—Esperemos que no tenga más pibes.

—*No sé, jefe. En el patio trasero no se ven juguetes*.

—Describime el sitio.

—*Un puto erial. No hay casas cerca. Bueno, una, pero está abandonada. Hay un patio grande. Ahí tiene el negocio, creo. Tiene coches*

viejos y cacharros de todo tipo. Pura escoria. En un extremo está la casa. De dos plantas, con azotea. Dos entradas: la principal y otra que da para el patio.

—¿Y la parte de atrás?

—Da para el barranco. Esa es la única parte que no está vallada. Pero no es practicable. Por detrás hay una desriscada. El vallado, por la parte de la entrada principal, tiene una puerta pequeña. Por la otra, la que da para el negocio, tiene una entrada de coches.

—Vale. ¿Algo más?

Aday dio un resoplido.

—Sí, algo más. Y esto no le va a gustar: en el solar tiene un perrazo enorme, un pastor alemán. Desde que aparqué no ha dejado de ladrar.

—¿Te ve?

—No, jefe. Estoy ladera arriba, en un mirador. Yo creo que ladra porque sí, porque... Espere un momento, jefe, hay movimiento. El tío está saliendo de la casa para el solar. Se acerca a un coche.

Se hizo un silencio. Uno, dos minutos más tarde, el Belmondo preguntó:

—¿Y? Decime qué pasa.

—Nada, jefe, falsa alarma. Pensé que se iba a marchar. Pero no. Ahora está allá, al fondo del desguace, desarmando una lavadora.

—Bueno, en un ratito estamos ahí.

—¿Vienen todos?

—No, solo yo. Y Mederos. En el otro coche.

El Belmondo no había contado con el perro, ni con tener que meterse en una casa de familia. Se preguntó cómo podrían hacer para entrar. Entonces, de pronto, le vino una lucecita y aparcó en el arcén. Rápidamente, se apeó del cuatro por cuatro y lo rodeó. Aferró fuertemente el retrovisor derecho y lo forzó hasta partir la pieza que le permitía girar. El espejo quedó colgando

de los cables que lo unían al sistema. Cuando volvía a su asiento, vio que el Tiguan había parado a unos metros de él.

—¿Todo bien? —le gritó Mederos por la ventanilla.

—De puta madre —contestó Silva, mientras se metía de nuevo en el Lada—. Seguimos.

Continuó conduciendo hacia Telde. Por lo que había contado Aday no parecía que tuvieran allí a la hija de Padrón. Alguien que anda metido en un secuestro no se dedica a desmantelar un electrodoméstico. El asunto estaba en manos de Paco el Salvaje. Y luego, muy posiblemente, del tal Diego. Y hasta podía ser que de aquel que llamaban el Zurdo, un tal Eusebio que, por lo visto, era mayor que ellos, una vieja gloria de la estafa. Todo esto podía ser o no (salvo lo del Salvaje: que él andaba metido, era seguro), pero lo que sí estaba claro era que el chatarrero sabía dónde encontrar a todos los otros. Y también estaba seguro de que se lo acabaría diciendo a él. Eso, de fijo.

6

—¡Berger, cállate ya, cojones!

La última tuerca que sujetaba el tambor se le resistía y los ladridos incesantes del perro lo estaban poniendo histérico. La reprimenda solo sirvió para que el animal lo mirara un momento, como preguntándose qué coño estaba diciendo, antes de volver a ladrar al aire en todas direcciones.

Ruth se asomó por la ventana de la cocina.

—¿Qué pasa?

—Nada, el puto perro, que no se calla.

Ruth se puso a llamarlo y a decirle mimoserías. Pero Berger hizo caso omiso: comenzó a dar vueltas a todo lo largo de la verja, regalando ladridos,

hasta que al fin el Margarito arrojó al suelo la llave inglesa, fue hasta él y lo agarró del collar, alzando la otra mano en actitud amenazante.

—¿Te vas a callar? ¿Te vas a callar o qué? ¿Eh?

Ruth se retiró de la ventana. Sabía que si Alejandro se ponía así convenía no andar cerca.

Entre los ladridos y sus propios gritos, el Margarito no había oído acercarse el Lada blanco. Cuando se percató de su presencia, el coche estaba ya casi a la entrada. El conductor tocó la pita. «Más ruido», pensó el chatarrero, dirigiéndose a la entrada sin soltar al perro.

—Espere, espere un momento.

Llevó a Berger a su rincón y lo encandenó. Y este continuó ladrando, ahora al coche desconocido que entraba en el solar y aparcaba en el hueco que el Margarito le indicaba.

—Lindo perro —dijo el tipo pequeño que se bajó del cuatro por cuatro.

—Cuando está callado —contestó el Margarito, limpiándose la suciedad de las manos en un paño aún más sucio—. ¿Qué se le ofrece?

El hombre miró a la casa, donde se acababa de cerrar la ventana de la cocina.

—Vea, algún hijo de su madre me averió el retrovisor —dijo el recién llegado dando la vuelta al Lada. El Margarito identificó su acento argentino y disimuló una mueca de disgusto: no le caían bien los argentinos—. Un amigo me dijo que acá quizá usté tuviera repuesto.

Alejandro rodeó también el coche y vio el retrovisor colgando. Lo tomó entre las manos y pareció sopesarlo.

—Esto ya no se fabrica. Son coches viejos. No sé si habrá repuesto.

—Para lo que no hay repuesto es para el hígado —escuchó decir al individuo, que de pronto empuñaba un revólver surgido no sabía de dónde,

apretando el cañón contra su costado—. Si no querés que te lo reviente, estate quietito.

El Margarito hizo el gesto instintivo de alzar las manos.

—Bajalas. No me hagás el numerito. ¿Quién hay en la casa?

—Mi mujer.

—¿Solo ella?

—Sí, solo ella.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Y el pibe, ¿dónde fue?

—A la academia.

—¿Cuándo vuelve?

—A mediodía, como pronto.

—Vale, vamos a hacer una cosa: vamos para allá, despacito. Por cada persona de más que me encuentre, te pego un tiro en una articulación. Así que mejor que no tengás familia numerosa.

—Solo está ella.

Comenzaron a andar, muy juntos, sin que el argentino le despegara el arma del torso. Otro coche apareció de la nada. Era un monovolumen. Por un instante, un rayo de esperanza cruzó la mirada del Margarito.

—No te ilusionés, son los míos —dijo el tipo, procesal, al mismo tiempo que dos hombretones, también armados, se apeaban del vehículo e iban hacia la puerta delantera.

7

Les costó unos minutos dar con la mujer. Al parecer, se había dado cuenta de lo que ocurría. La encontraron en un cuarto de baño de la segunda

planta, intentando llamar a la policía desde un teléfono inalámbrico. Mederos desfondó la puerta de una patada y la trajo a la planta baja, arrastrándola por los pelos. Al ver al tipo que tiraba de ella escaleras abajo, el Margarito se revolvió e intentó ir a ayudarla, pero Aday lo relajó de una trompada en el plexo solar. Fue un puñetazo duro y limpio, una piña de las de *te la debo* que lo dejó en el suelo, hecho un ovillo.

—Bueno, bueno, bueno... Tanta violencia. ¿Qué es eso? A ver si se me portan bien, chicos, que somos invitados —dijo el Belmondo, burletero—. Aquí, la parejita se me va a portar bien y nos va a dar lo que estamos buscando. Así nos podemos ir enseguida y los dejamos tranquilos. ¿Verdad, Margarito?

El chatarrero se había sentado en el suelo y se agarraba el pecho, intentando recuperar la respiración. Mederos arrojó a Ruth junto a él y ella lo abrazó. Ruth gritaba súplicas e insultos, que se sucedían unas a otros sin transición en bucle interminable. Afuera, Berger continuaba ladrando sin parar. Ahora sus ladridos se intercalaban con aullidos largos, penetrantes.

—¿Qué es lo que quieren? ¿Dinero? Arriba tengo...

Silva le propinó una patada en la cara.

—No me ofendás, hijo de puta. ¿Parezco un ladrón? —aulló. Lo asió del cuello de la camisa y poniéndole el cañón del revólver en el lagrimal—. ¿Eh? ¿Me estás llamando ladrón?

Ruth prorrumpió en un llanto histérico, mientras el Margarito negaba.

—No, no, perdone. No quise decir. Es que no sé... No sé qué quieren... Yo no...

—Para empezar quiero que le digás a esa puta que se calle —dijo el Belmondo, separándose, pero sin dejar de apuntarle.

El Margarito rodeó con un brazo a su mujer, pidiéndole que se tranquilizara, mientras con la otra mano se agarraba el labio inferior, que

sangraba profusamente. Ruth se tapaba la boca con ambas manos, intentando no hacer ruido, ahogando el sollozo irreprimible, interminable.

—Eso está mejor —dijo Silva, sentándose en el brazo del sofá—. Ahora vamos a hablar tranquilos. Lo único que quiero es que me digás un par de cosas.

—Sí, lo que usted diga —dijo el Margarito.

Había empezado a llorar, él también, sin soltar a Ruth. Era un llanto quedito, con hipidos breves. Aday empezó a reírse, y el Belmondo le dio un codazo.

—Estoy buscando a unos amiguitos tuyos, que les tengo que dar un recado. Uno se llama Paco. Le dicen el Salvaje.

—Sí, sé quién es.

Ruth miró al Margarito. Aún tenía el rostro húmedo, pero había dejado de llorar. En su mirada había asombro, odio y asco. No podía creer que fuera a venderlo tan fácilmente.

—¿En qué anda ese pibe?

—No lo sé.

Silva no esperó ni un segundo, no profirió amenaza alguna. Simplemente llegó hasta el Margarito, empuñó su revólver por el cuerpo, como si fuera una piedra, y golpeó con furia su rodilla derecha una, dos, tres veces, hasta que sintió un crac que indicaba que algo, que no era el arma, se había roto. Los alaridos de Ruth y del Margarito fueron simultáneos, casi igual de horripilantes.

Berger arreció en los ladridos.

Aferrándose la pierna, el chatarrero se separó de su mujer y se quedó allí, tirado en posición fetal. Por un instante, pareció haberse desmayado. Rodeándolo, el argentino lo cogió por el pelo y apoyó la boca del cañón en la otra rodilla.

—¿Me decís o te reviento la otra de un tiro?

—¡No! ¡No! Pare... Espere... —gritó Ruth.

Alejandro habló con rapidez, temiendo que algo de lo que decía no le gustara al argentino:

—Otras veces me dice, pero esta vez no me dijeron nada. Me dijeron que les consiguiera una furgoneta. Una Nissan Trade, blanca.

—¿Tenés la matrícula?

—Le va a dar igual. Usan matrículas dobladas.

—¿Qué más?

—Unos teléfonos. De los liberados. Y esposas... Y un cacharro de esos, un juguete para deformar la voz. Y ya está. No sé más. No me dijeron...

Silva tomó buena nota de lo del distorsionador de voz. Y del plural.

—¿Quién más?

—Él y Diego.

—¿Diego qué?

—El apellido no lo sé. Le dicen el Marqués. Y la novia de él, Lola.

Aquello encajaba con lo que le había contado Fito. El Belmondo procuró disimular su satisfacción.

—¿Y quién más?

—No sé quién más. A lo mejor Felo.

—¿Felo?

—Felo. Felo el Flipao. Un changuilla que a veces se hace los bisnes con ellos.

Del tal Felo no había hablado Fito. Podía ser que el Margarito anduviera tan asustado que se estuviese inventando nombres. En todo caso, no había nombrado al Zurdo. Pero eso ya le daba igual. Sus clientes eran esos tres: Paco el Salvaje, Diego el Marqués y Lola. Puede que también el Zurdo y

podía ser que incluso un tal Felo el Flipao. Eso no se sabía. Pero los tres primeros, seguro.

—Vale, te estás portando bien. Ahora mismo terminamos, che. ¿Ves como no era tan difícil, carajo?

A modo de respuesta, el Margarito emitió unos cuantos gemidos. Silva calculó que se le acababa el tiempo. El tipo se desmayaría de un momento a otro.

—Decime, Alejandro, ¿dónde viven? ¿Dónde los puedo encontrar?

—Diego y Lola viven cerca de Almatriche. Entre Almatriche y el Jardín Canario. Una casa roja, con tapia de picón, a mano izquierda, si va subiendo. Se ve desde la carretera.

—¿Y el Salvaje?

—El Salvaje sé que vive por Molino de Viento, pero no sé dónde exactamente.

Inmediatamente, Silva comenzó a darle patadas, mientras decía:

—A mí no me jodás, hijo de puta.

—No lo sé, de verdad... Por ahí... Molino de Viento... Moli...

Silva había montado en cólera. Le daba patadas en el vientre, le pisoteaba la cabeza. Y, de pronto, centró toda su atención en la rodilla herida y la pisoteó con fuerza. El Margarito emitió un alarido tremendo. Silva levantó el pie un instante, para luego hundirlo con más fuerza, con lo que los gritos se redoblaron.

—¡Las Chapas! —gritó de pronto Ruth.

Se habían olvidado de ella, que había ido a acurrucarse en un rincón, con la cabeza entre las manos, como esperando a que cesara la pesadilla. Pero ahora todos se quedaron mirándola, sorprendidos. Silva dejó de castigar a Alejandro. Y este, resoplando, se volvió hacia ella sin dejar de agarrarse la pierna.

—Vive en el pasaje de las Chapas. En el número dos.

—¿Qué piso?

—Es una casa terrera.

Silva la observó un instante. Registró también el rostro atónito del Margarito. De pronto, entendió, y una mueca de cinismo le invadió el semblante durante unos segundos. Luego, casi sin mirar al chatarrero, le dio un culatazo en el cráneo.

Algo estalló en Ruth, que dio un grito y se arrojó sobre el guiñapo sanguinolento en el que se había convertido Alejandro, y que permanecía allí, en el suelo, con la cabeza abierta.

—Llorá, piba, llorá. Pero, decime, ¿qué más sabés del Salvaje? Porque vos, de ese, sabés mucho. Más que tu marido, ¿no?

Ella lloró un poco más y, repentinamente, cesó su hipido. Ocultando la cara, se sonó con las manos, carraspeó y solo después alzó la cabeza, mirando de frente al argentino, diciéndole con denso rencor:

—Sé que es más hombre que tú y que los dos maricones que van contigo. Sé que no cabe por esa puerta. Sé que, cuando se entere de todo esto, te va a arrancar la cabeza, pobre cabrón.

—Tomo nota —dijo fríamente el Belmondo antes de reventarle la boca de una hostia.

8

Paco el Salvaje maldijo un par de veces antes de decir:

—Pero ¿el Zurdo está seguro de que no eran de la madam?

—Él dice que no, que no parecen policías. Si fueran maderos, yo ya habría mandado a tomar por culo todo esto.

—Y así y todo, yo me lo pensaría, Marqués.

—Venga, Paco, yo contaba con eso. Como mínimo, con que avisara al socio. Y el socio no tiene precisamente una juguetería.

—Y, cuando llamaste a Padrón, ¿no le dijiste que sabías que esa gente estaba allí?

—¿A quién? ¿A Padrón? El Zurdo me aconsejó que no. Y yo, qué quieres que te diga, estoy de acuerdo. Ya fue bastante con decirle que sabía que estaba Perera. Ya con eso nos falta el canto de un duro para que se huelan que hay alguien dentro. Y de ahí a señalar para Eusebio, es solo un paso.

Paco el Salvaje estaba pálido. No había pasado buena noche y lo que le había contado el Marqués al llegar a la casa roja le había bajado la sangre a los pies. En el patio permanecía aparcada la Nissan Trade. Comentó la posibilidad de ir ya a devolvérsela al Margarito. Diego le dijo que mejor la conservaban y la usaban para llevar a la piba al sitio donde la fueran a soltar. Ahora, tomando un café, el Marqués lo había puesto al tanto de las novedades. Y habían pensado que lo mejor era adelantar la entrega todo lo posible. En el salón, Felo se había echado en el sofá y roncaba como un Ford T mientras ellos hablaban en torno a la mesa de la cocina.

—¿Tú no crees que deberíamos dar marcha atrás?

—Ni de coña. Ya están a punto de soltar la pasta. Si nos arriesgamos hasta aquí, nos vale la pena arriesgarnos un pizco más y que tanto follón nos salga a cuenta.

Los ronquidos de Felo dejaron de arañar las paredes del pasillo. En su lugar, oyeron un bostezo y los pasos de sus pies descalzos sobre el parqué, acercándose.

El pibe apareció en la cocina en calzoncillos y aún con la camiseta de fumigador. Diego fue a servirle una taza de café.

—¿Cómo está la Bella Durmiente? —preguntó Paco.

—Baj, dormí fatal...

—No lo parecía. Dabas unos ronquidos que parecía que te ibas a tragar las cortinas.

—¿Qué hora es?

—Las diez y media —dijo el Marqués, dándole la taza—. Nosotros vamos a bajar al Sur, a ver si aceleramos un poco la cosa. Si lo podemos hacer antes, mejor. En un ratito, voy a llamar al Yunque, para darle las instrucciones. Ya está lo suficientemente acojonado y no nos conviene darles tiempo a los gorilas de Perera.

—Bajo con ustedes.

—¿Para qué? Quédate durmiendo un poco más. Lola viene para acá al mediodía. Puedes comer con ella y luego te bajas con el Fiat.

Felo asintió.

—¿Qué tal la noche con la muchachita? —le preguntó el Salvaje con retintín.

—Como con la madre del topo.

—¿La madre del topo?

—Sí. La Topotamadre.

El Marqués se descojonó, mientras el Salvaje y Felo se perseguían, en coña, por toda la cocina. Para cuando se serenaron, soltando aún alguna risita floja, Diego ya había puesto su taza en el fregadero.

—Venga, Salvaje, vamos a ponernos las pilas. Felo: en la nevera hay embutidos y ahí, en el roperillo, tienes pan de molde. Si te apetece darte una duchita, puse toallas limpias en el baño grande.

—Gracias. Pero me parece que me voy a volver a tumbar un ratito más.

9

En el patio del Margarito, soportando los incesantes ladridos del perro, el Belmondo y Mederos permanecían apoyados en el Tiguan, intentando recapitular y decidir qué harían a continuación. Aday se había quedado en la casa, vigilando al chatarrero y su mujer.

—Yo no creo que sea buena idea ir al pasaje de las Chapas ahora, por la mañana.

—Tenés razón, Mederos. Además, ahí no la van a tener. Demasiado céntrico. Yo creo que mejor miramos en la casa del Diego ese, la que hay por el Guiniguada.

—Está bien.

—Sabemos que son tres, seguro: el Salvaje, que debe de ser una mala bestia, el Diego y la mina del Diego.

—Y puede que también el Flipao —aportó Mederos.

—Y puede que también el Flipao —repitió Silva—. Pero me tiene preocupado que pueda haber otro más, ese que dijo Fito...

—El Zurdo —recordó Mederos.

—Eso es: Eusebio el Zurdo. Este no lo nombró, pero también parece que los otros no quisieron contarle mucho. —Pensó un momento y luego propuso—: Vamos a volver a hablar con el amigo Fito, a ver qué sabe del tal Felo. Por asegurarnos antes de soltarlo.

—Buena idea —dijo Mederos, mientras ambos se dirigían a la parte trasera del monovolumen y abrían el portabultos.

Se quedaron un momento mirando al interior y una profunda mueca de decepción se dibujó en las caras de ambos.

Fito el Rompebragas los miraba fijamente desde su rostro desfigurado. Ya no podría contarles nada. Tras interrogarlo en su propia casa, habían decidido que lo mejor era llevarlo con ellos hasta que comprobaran que no estaba realmente metido en el asunto. Lo habían atado con las manos a la

espalda y aquellas, a su vez, firmemente amarradas a los pies, para asegurarse de que no daba golpes. Para que no gritara, le habían puesto un clínex ovillado en la boca, antes de sellársela con cinta aislante. Después, con el ir y venir de un lado a otro, se habían olvidado de él hasta ahora. Al fin y al cabo, el portabultos era amplio y tendría suficiente aire para unas cuantas horas. Con lo que no habían contado era con que al ablandarlo a hostia limpia para que hablara, Mederos le había roto la nariz y esta había sangrado abundantemente. Y con que la sangre debía de habérsele coagulado en los senos, impidiéndole respirar.

—Joder. Me cago en la puta —dijo Mederos, masticando lentamente cada sílaba.

—Pero mirá que sos animal. Lo dejaste tieso, che. Sos más inútil que un fontanero en un circo. Te dije que te aseguraras de que respiraba...

—Si respiraba bien, jefe...

—Claro, el tipo se murió de viejo —dijo Silva, desdeñoso.

—No sé, a lo mejor le dio un jamacuco. Un infarto o algo —se excusó Mederos, toqueteando al fiambre, como si todavía pudiera encontrarle el pulso.

Silva se dirigió hacia la vivienda.

—Dejalo quieto... Ya da igual. Y pensá un sitio para deshacerte de eso.

Mederos cerró de un portazo y fue tras él.

—Sé dónde, jefe, pero hasta la noche, nada.

Ya casi junto a la puerta, Silva se volvió para decirle:

—Pues te vas a pasar todo el día paseando un muerto...

Mederos iba a reírse, pero, justamente entonces, sonaron los disparos en el interior de la casa.

10

Cuando irrumpieron en el recibidor pistola en mano y contemplaron el espectáculo, se cagaron en todo, comenzando por la concha de la madre, los muertos más frescos en general y la estampa en particular de Aday, que aún apuntaba al cuerpo de Ruth. La mujer, tirada de espaldas, con las piernas extendidas y el brazo izquierdo doblado bajo el cuerpo, convulsionaba en medio de un charco de sangre. En su camiseta podían verse claramente los dos agujeros alrededor de los cuales el algodón amarillo del tejido se iba tintando de rojo: uno en el vientre, justo debajo de la flotante izquierda; el otro, en el centro del pecho. Ese disparo debía de haberle partido en dos el esternón. Junto a su mano derecha, había un cuchillo de cocina.

En cuanto al Margarito, también insultaba al esbirro. Lo llamaba «asesino», «hijo de la gran puta», «cabrón de mierda», «miserable», mientras se arrastraba por el suelo en dirección a su mujer. Pero su propio llanto lo añurgaba, interrumpiendo sus gritos.

Aday se explicó rápidamente, intentando justificarse: la mujer le había pedido que la dejara ir a la cocina, a buscar agua para el chatarrero, y, como podía ver la cocina desde allí, le dio permiso. Pero, de pronto, salió corriendo hacia él con un cuchillo.

—Y, claro, mejor pegarle un tiro que quitarle la faca, ¿no, subnormal? —le recriminó Silva.

—Fue una reacción, jefe. Un pronto.

—Pues los prontos te los metés por el orto —escupió Silva, arrastrando la erre de «orto» hasta las puertas del mismísimo infierno.

Centró su atención en la mujer, a quien Mederos estaba inspeccionando. El chatarrero ya había llegado hasta sus pies y, aferrado a uno de ellos, gimoteaba como un bebé. Un gesto de Mederos bastó para que el Belmondo entendiera que la cosa no tenía remedio.

—Puta mierda... Los pensaba dejar amarrados, simplemente... No quería...

El Belmondo se calló. Miró alternativamente a Mederos, a Aday, a la mujer agónica, al Margarito, apalizado y llorón. Y, mientras los miraba, tomó una decisión, la única que podía tomar, dadas las circunstancias. Enfundó su revólver, tomó la pistola automática de la mano ahora temblorosa de Aday y se acercó al Margarito, que le daba la espalda, apuntándole al cráneo.

—Lo siento, che, la idea no era que esto acabara así —dijo antes de apretar el gatillo.

Dio dos pasos más hasta situarse sobre la mujer, de quien ya Mederos se había apartado, y la remató.

Después volvió a entregarle el arma a Aday.

—Buscá los casquillos y recogelos. Y también las balas.

Aday enarcó las cejas.

—¡¿Las balas también?!

—Claro, huevón. Si la pistola es tuya, una bala es una huella dactilar. ¿Qué te creés que es esto, el Bronx? —Sacó una pequeña navaja del bolsillo y se la entregó—. Andá y desclavalas de donde sea que fueran a parar.

Aday comenzó a calcular trayectorias y a buscar casquillos, ante la mirada divertida de Mederos.

—Y vos no te riás tanto. Cogé un paño de la cocina y empezá a limpiar huellas. Los espero fuera, que ando ya un poco harto de ustedes.

Salió al patio, donde el perro ahora lanzaba aullidos lastimeros. Lo miró con lástima, y le dijo:

—Dale, querido, aullá. Si juntás a estos dos no hacés uno entero.

20 DE AGOSTO

—¿Le suena de algo el nombre de Adolfo Sarmiento Medina? —preguntó Serrano—. Lo llamaban Fito: Fito el Rompebragas, Fito el Pocarropa o Fito el Valentino.

—No. No me suena. —Perera se volvió hacia Benavides, con el rostro deformado por una sonrisa burlona—. ¿Ese trabaja de jardinero contigo también?

Pero el comisario no le rio la gracia. En contra de las creencias de los guionistas televisivos, los policías no suelen reírse de los cadáveres.

—También estaba en el negocio —informó Serrano—. Le sacaba dinero a gente de clase alta. Se hacía pasar por marchante de arte, agente literario, cosas así.

—Y creemos que podría estar relacionado con Eusebio Betancor —dijo Benavides.

—No sabemos exactamente si era una relación directa. Pero, al parecer, Eusebio Betancor y Adolfo Sarmiento, cada uno por su lado, habían tenido tratos con un chatarrero que también hacía las veces de perista, un tal Alejandro Déniz Pacheco.

—Y eso establece un vínculo entre ambos —volvió a intervenir Benavides, acariciándose la barba.

—¿Tampoco le suena Alejandro Déniz Pacheco? Lo llamaban el Margarito.

—No. Tampoco me suena de nada.

LA VISITA

1

En cuanto el Salvaje y el Marqués se marcharon, Felo se dio una ducha. Luego envió un mensaje al Ñato. Si quería seguir viviendo tranquilo en Las Palmas, le convenía saldar esa deuda de una buena vez. Le jodía perder dinero, pero, hechas las necesarias averiguaciones, era lo mejor. No se veía capaz de enfrentarse al Ñato ni quería pasarse el resto de su vida escondiéndose de él, como hasta ahora. «MÑNA T DOI ESO», decía el mensaje. El Ñato respondió un par de minutos más tarde: «OK».

Al dejar el móvil sobre la mesa de centro, Felo soltó un suspiro de alivio. Volvió a tumbarse y buscó en la tele los canales de documentales. Enseguida dio con el que solía frecuentar. Acababa de comenzar un docu de antropología sobre los bosquimanos de Namibia. Lo vio dando cabezadas, con sueños repentinos en los que Diana Padrón hablaba dando chasquidos y recorría con él la sabana, buscando bayas. Se despertó con un anuncio de una serie sobre suricatos. Él la había visto alguna vez. Hablaba de una familia de suricatos como si se tratara de una banda callejera. Era divertida. Inmediatamente después, repitieron el documental de la anaconda que había visto hacía poco, pero no le importó. Se incorporó hasta quedar sentado y vio nuevamente cómo la *eunectes murinus* acechaba en el remanso, casi

totalmente sumergida. Era la voz en *off* la que ayudaba a identificar sus narinas sobresaliendo de la superficie de aguas verdosas. Esa posición superior de las fosas nasales es la que permite a la temible constrictora sumergirse casi completamente y permanecer allí, acechando, hasta que algún animal desprevenido se acerque a beber. «Es solo cuestión de tiempo», remataba la locución, justo antes de que una familia de carpinchos apareciera en escena. Los carpinchos, con su pinta de animal de peluche, le caían bien. Casi sintió ganas de decir en voz alta que mejor se fueran a un bar, que no bebieran en aquel charco. Sobre todo tú, pensó, el más jovencito. En estos casos siempre palma el más pipiolo.

Felo no llegó a ver cómo el carpincho impúber que se había alejado del grupo era repentinamente apresado por la anaconda, porque, justo en ese instante, oyó el ruido de un auto que se acercaba. No eran ni Diego ni el Salvaje. Cada uno se había llevado su coche y él distinguía perfectamente el sonido del Opel y el Mazda. Tampoco era el Fiat de Lola. Demasiado pronto. Ni siquiera había habido tiempo de que ellos llegaran al hotel Marqués. Y mucho menos se trataba de Eusebio. Él estaba donde debía estar: en casa del Yunque, al loro de toda la jugada. Podía ser que el coche fuera a casa de algún vecino, pero era poco probable: se había parado justo frente a la puerta. Ahora escuchó el inconfundible sonido de una portezuela de auto cerrándose.

No esperó más. Apagó la tele, cogió sus pantalones y sus playeras, los teléfonos móviles y la pistola de juguete y subió corriendo, lo más sigilosamente que pudo, a la azotea.

Arrastrándose bajo los tenderos, llegó hasta el murete y asomó la cabeza. El coche era algún tipo de monovolumen, de color azul oscuro. Enseguida llegó otro, del mismo modelo, pero gris. Y de cada uno de ellos se bajó un hombre: dos tíos grandotes con pinta de no ir precisamente a un

bautizo. Un momento después vio un cuatro por cuatro de color blanco, que estacionó tras el segundo coche. El Lada era más feo que un perro muerto y de él descendió un tipo bajito que se dirigió a la puerta de entrada, seguido por los otros.

No eran policías. Puede ser que la secreta use monovolúmenes, pero nunca viejos cuatro por cuatro con el retrovisor hecho mierda.

Sin levantarse, sentado con la espalda contra el murete, se puso los pantalones y las playeras. Luego se detuvo, con un móvil en cada mano, a pensar un instante. Pero solo un instante. Inmediatamente después, mientras escuchaba cómo los tipos saltaban la tapia, uno tras otro, marcó uno de los cuatro registros que había en la memoria del de prepago y, al mismo tiempo que la comunicación se establecía, comenzó a arrastrarse, sin hacer ruido, hacia el cuarto de la lavadora. La anaconda está ahí, pensaba, y yo soy un carpincho. El más pipiolo de los carpinchos.

2

En el hotel Marqués se celebró una reunión de urgencia. Diego y el Salvaje acababan de llegar cuando Lola recibió la llamada de Felo. Le pasó el teléfono a Diego e, inmediatamente, se dirigió hacia donde estaba Diana. Lo primero que se le ocurrió fue que tendrían que hablar de nombres y de sitios. Pero no podían hacerlo delante de ella. Y esa era la única forma de asegurarse de que no se quitaba la venda de los ojos mientras estaba sin vigilancia. La solución fue sencilla. Le liberó una de las esposas, le puso las manos atrás y volvió a ponérselas. Luego subió las escaleras de obra hasta la explanada, seguida por los dos hombres. Diego aún escuchaba lo que le estaba contando Felo. Eran tres, estaban abajo, registrando la casa roja. No eran maderos, sino, seguramente, gente de Perera o vaya usted a saber qué

otro ejército privado. La policía, en un caso así, trae más gente, se identifica, derriba puertas. Felo, por el momento, estaba bien, pero acojonado, en el cuarto de la azotea. Se había acurrucado entre la pileta, la lavadora y la pared. Pero era solo cuestión de tiempo que los tipos subieran.

—Pon el vibrador del móvil. Ahora te llamo —dijo el Marqués.

Cuando informó a los otros, comenzaron a barajar posibilidades. Que Diego y el Salvaje subieran al Guiniguada no era una opción. Eran tres, dos de ellos con pinta peligrosa. Y, seguramente, estarían armados. Debían de ser los gorilas de los que Eusebio les había hablado. De enfrentarse a ellos, ni hablar. Además, no tardarían menos de una hora en llegar a la casa. Y había que sacarlos de allí ya, antes de que tuvieran tiempo de averiguar todo aquello que no hubieran averiguado ya. Eso sí: sabían que existían Diego y Lola, y hasta dónde vivían. ¿Qué más sabrían? Eso dependía de quién les hubiera informado. Entonces, el Salvaje se acordó de Fito el Rompebragas.

—Cuando coja al hijo de puta ese, se va a cagar.

—Vale, pero lo primero es lo primero —dijo el Marqués—. Ahora ya nos tienen fichados.

Todos asintieron. Diego preguntó a Lola si habría algo en la casa roja que los relacionara con Eusebio. Ella respondió que por suerte no. Diego hizo una propuesta:

—Miren: vamos a salir por patas, y cada palo que aguante su vela.

Lola lo miró con desdén:

—Ni de coña. Yo no quería que hiciéramos esto. Pero si estamos montados en el burro, entonces, ¡arre, burro! Ahora no vamos a salir todos corriendo como ratas. El pibe está allí, trincado...

—El Flipao es escurridizo —la interrumpió Paco—, él sabe cómo...

—No es solo eso, Salvaje —cortó ella—. Es que esa es mi casa. *Mi* casa, ¿me entiendes? Nadie me va a sacar de ella. Gratis no. Que les salga

caro.

—¿Qué dices? —dijo el Marqués.

—Que si tengo que dejarlo todo atrás, si hay que escurrir el bulto, pienso hacerlo con el riñón bien cubierto.

Por un momento, cada uno miró en una dirección. Paco, al mar y al horizonte, al cielo azul, donde el sol calcinaba. El Marqués, a la urbanización, de la que entraban y salían coches alquilados, guaguas turísticas, camiones de reparto, utilitarios pertenecientes a los trabajadores de las instalaciones hoteleras. Lola, en cambio, orientó su vista hacia la parte alta del barranco, el roquedal y las desriscadas, extrañamente bellas en su aridez, abriéndose camino hacia las cumbres. Fue ella quien rompió el silencio:

—Se acabó la tontería. Ellos saben quiénes somos, pero no saben que nosotros lo sabemos. Esa es la única ventaja que les sacamos. Vamos a aprovecharla.

3

Cuando entraron, pensaban encontrárselos a todos allí, custodiando a Diana Padrón. Por el momento, no había habido suerte. La casa estaba vacía. La inspección de la Nissan les proporcionó, eso sí, la seguridad de que no se equivocaban: el jergón y los pernos en la parte de atrás no dejaban lugar a demasiadas dudas. Aday comenzó a registrar el único dormitorio y Mederos se aplicó en revisar el estudio.

Silva, entretanto, salió de la vivienda y la fue rodeando. En un lateral de la casa, dio con una caseta que hacía las veces de taller y cuarto de aperos. En la parte posterior, había muchas plantas. Hasta tenían un pequeño huerto. Ese conocimiento no le servía de mucha utilidad, pero al Belmondo

le salió el agricultor que todo urbanita lleva dentro y lo examinó de cerca, descubriendo, casi inmediatamente, que las hojas de los tomates estaban bichadas.

Volvió a entrar en la casa por la cocina, cuya puerta no tenía pasada la llave. En el fregadero había tres tazas de café, un plato, varias cucharillas. En el cuarto de baño, palpó la toalla que colgaba de la barra de la cortina: aún estaba húmeda. También vio las gotas de agua en la bañera.

Continuó su recorrido y llegó al dormitorio, donde Aday buceaba en el ropero. El Belmondo observó la cama deshecha, una novela romántica tamaño ladrillo en la mesilla, un montón de ropa limpia, sin doblar, sobre la cómoda; prendas de hombre y de mujer entremezcladas.

En el salón, se le ocurrió tocar la carcasa del televisor: estaba tibia. Se les habían escapado por un pelo.

Salió al porche y encendió un cigarrillo. ¿Qué harían cuando los trincaran? Evidentemente, no se podía meter a la policía en el asunto. En principio, él solo se había planteado encontrar a Diana Padrón, liberarla. La segunda posibilidad era pagar el rescate, confiar en que la soltaran y, luego, intentar seguirles las huellas para recuperar al menos parte del dinero. En uno u otro de los casos, sus planes llegaban a darles un buen escarmiento, a asegurarse de que no se les ocurría volver a intentar algo así. Pero después de la chapuza que su gente había hecho en casa del chatarrero y de la no menos torticera jugada con el Rompebragas, a Silva se le ocurrió que, cruzada esa puerta, lo más conveniente sería dejar el menor número de testigos posible. No quedaba otra: quienes habían plantado ese huerto, quienes acababan de apagar esa tele, quienes habían tomado esos cafés, habrían de morir.

4

Teresa permanecía en el despacho de Padrón, ante su ordenador portátil, escuchando una y otra vez el audio de la conversación con el secuestrador intentando identificar un ruido, algún sonido de fondo, algo que le permitiese ubicar la llamada. En las películas siempre hay algo así: una sirena de barco, una campana, el sonido del mar o de un tren. Pero aquello no era una película y tenía las orejas ardiendo por culpa de los cascos.

El Yunque y el Martillo habían ido a desayunar a la cocina y ahora volvieron, encendieron puros y se sentaron nuevamente en torno al escritorio. Ambos habían telefoneado a sus oficinas, avisando de que no estarían en toda la mañana, ordenando que no les reenviaran llamadas.

Cuando el efluvio de los palmeros comenzó a llegar hasta ella, Teresa decidió que era el momento de dejarlo por un rato. Suspendió la sesión y dejó el ordenador y los auriculares sobre un aparador.

—Si no les importa, voy a comer algo.

—Claro, mujer. Dígale a Malole que le prepare un bocadillo —dijo Padrón.

En cuanto Teresa salió, Perera cogió su móvil.

—Bueno, me parece que ha llegado el momento de avisar a El-que-te-dije.

Padrón se alarmó:

—¿Qué le vas a contar?

—No te preocupes, no le voy a dar detalles. Pero lo más probable es que no le podamos hacer el pago. Conviene ir avisándolo.

Padrón lo vio levantarse mientras hablaba, caminar de un lado a otro del despacho, viniendo de vez en cuando a sacudir la ceniza del puro para luego reanudar su paseo.

—Qué hay, Rómulo, querido. Te llamo porque nos surgió un problema... Sí, con eso... Pues pasa que a lo mejor no va a poder ser esta semana... Sí...

No... Sí, ya sé que habíamos quedado para el sábado, pero, como te dije, surgió un problema... Claro... Ya, ya lo sé... Oye, te estoy diciendo que puede que no sea para este sábado, no que no vaya a poder ser... La semana que viene, o la otra, puede que... ¿Me estás diciendo que no puedes esperar dos semanas? Venga, querido, no me saltes con eso ahora... Mira... Oye... No, escúchame tú: nosotros vamos a cumplir. Pero no este sábado... Y a lo mejor sí... Solo te llamo para avisarte... Sí, te dije a-lo-me-jor... Claro, no es seguro, pero yo soy un caballero y te aviso... No, no quiero decir que tú... Chacho, Rómulo, no te pongas así, querido, con la de años que hace que nos conocemos... Ya, ya lo sé, bobón... ¿Necesitas entradas? Eso está hecho, yo te las consigo... Le doy un toque a mi secretaria para que te las deje en la taquilla... Anda, que la cabra que es del monte... ¿Sí? Pues tres goles les metemos seguro.

De pronto, la conversación había derivado al compadreo y Padrón registró la expresión falsamente relajada del Martillo. Sin embargo, al final, Perera dijo:

—Te prometo que vamos a hacer todo lo posible, Rómulo... Pero tenlo en cuenta, nunca te hemos fallado antes y nunca te vamos a fallar en el futuro. Y el futuro es mucho tiempo. Si esta vez te esperas por nosotros un poco, no nos vamos a olvidar del favor... Vale, te llamo en cuanto sepa algo. Un beso a la familia.

Casi no esperó a cortar para arrojar el teléfono sobre el tapete, apagar el puro con furia y decir:

—Me cago en el coño la madre del hijoputa este. —Dio un resoplido y miró a su socio—. Te juego lo que quieras a que ahora mismo está llamando a los de Garcisán para negociar la jugada con ellos.

—¿Tú crees?

—Lo veo muy capaz. Este cabrón, si no tiene el dinero en la mano y calentito no mueve ficha.

—Si siempre nos hemos portado de puta madre con él, coño.

—Ya ves tú. Pero el perro este, cuando hay dinero de por medio, no tiene amigos ni padre ni hermanos ni nada. Como todos los políticos. Este lo que quiere es su comisión y punto pelota.

Padrón le hizo un gesto para que se sentara, para que pensaran con calma.

—Vale, vamos a ponernos en lo peor: que tengamos que pagar el rescate. ¿Podríamos conseguir de hoy a mañana lo que hay que darle a El-que-te-dije?

—El problema no es conseguirlo. Eso, se va al banco y ya está. El problema es cómo justificarlo, Isidro.

Padrón asintió. Efectivamente, ese era el problema: una retirada de fondos tan grande en vísperas de la convocatoria del concurso dejaría huella. Cualquiera que comparara datos podría atar cabos en cinco minutos. Y en el futuro no faltarían hijos de puta que les echaran encima a un juez ambicioso o a un fiscal cabrón. Los de Garcisán, los primeros, jodidos por no haber podido entrar en el negocio.

—Yo, aquí, aparte de la pasta del Ruso tendré unos nueve o nueve mil quinientos —dijo.

—Yo, en casa, no tendré más de tres mil.

—No nos da ni para empezar.

—No sé, puede que lo acepte como señal —dijo Perera, cogiendo nuevamente el teléfono.

Padrón lo frenó.

—Espera. Vamos a hacer eso como último remedio. Vamos a esperar a ver qué nos cuenta el Belmondo. Además, a este las señales se la sudan: es

muy capaz de coger los doce mil y luego negociarlo con Garcisán.

Perera asintió. Sin embargo, no soltó el teléfono.

—De todos modos, voy a llamar a Estrella. El hijo de puta encima me sacó entradas gratis para el partido del domingo.

—Así lo parta un rayo.

Al otro lado de la línea, la secretaria debía de haber contestado, porque Perera volvió a levantarse y a pasear por la estancia, diciendo:

—¿Estrella? Óigame, hágame el favor, resérveme dos entradas para tribuna este domingo... Sí, tribuna especial. O, mejor, en la zona vip. A nombre de Rómulo Sánchez Blay... Sí, el consejero... Eso, en la misma taquilla.

Cuando estaba a punto de colgar, comenzó a sonar repentinamente el móvil de Isidro Padrón. Este le mostró la pantalla, donde aparecía el nombre de Diana. Perera corrió a la cocina para avisar a Teresa.

LA TRAMPA

1

El Belmondo había entrado nuevamente en la casa con la idea de encender el ordenador, para echar un vistazo al disco duro. Entonces llamó Teresa.

—¿Qué hubo?

—*Llamaron, jefe. Ya dieron los detalles para la entrega*.

—¿Y eso cuándo?

—*Acaban de colgar*.

—¿Lo pudiste grabar?

—*¿Para qué me paga si no?*

—Para que me digas si sí o si no a la primera, sin tanta murga.

—*Pues sí, jefe, lo grabé*.

—Bárbaro. Ahora vamos para allá.

No esperaba que llamaran tan pronto. Había previsto que, como pronto, dilatarían el asunto hasta última hora de la tarde. Su plan era, si no lograban averiguar en qué lugar tenían a la piba, montar guardia allí hasta que apareciera alguno de ellos, y sacarle a hostias la ubicación. Pero, por el momento, tenían que ir inmediatamente a Tafira. Eso era lo primero. Por

suerte, no quedaba lejos. Aunque tampoco convenía dejar la casa sin vigilancia. Así que improvisó.

Llamó a los dos gorilas y los informó de lo que le había dicho Teresa.

—Aday, vos te quedás aquí. Por cierto, buscá la llave de la puerta grande y meté el coche.

Mederos mostró un pequeño mando a distancia.

—No habrá que buscarla, jefe. Yo creo que es esto.

—Perfecto. —Mederos se la dio a Aday, que miró el mando con repugnancia—. Escondelo detrás del furgón. Mederos: te venís conmigo.

—¿Nos llevamos la torre del ordenador, jefe?

—Dejala por el momento. Hay que ir deprisa.

Antes de que se marcharan, ya en el patio, Aday preguntó:

—Pero ¿y si vienen? ¿Qué hago?

Silva pareció acordarse de algo y se volvió hacia él, mirándolo de fijo.

—Sobre todo, no me hagás ninguna salvajada. Ya tiraste hoy bastante de cacharra.

2

El Yunque y el Martillo esperaron en silencio, expectantes, a que Raúl Silva escuchara la grabación. Este lo hizo dos veces, con el portátil de Teresa puesto sobre el escritorio del anfitrión, tomando notas, haciendo alguna seña cómplice con la mujer, que le devolvía asentimientos, cejas alzadas, muecas de incertidumbre.

Las instrucciones estaban claras. El dinero iría dentro de una bolsa de basura y esta, a su vez, en el interior de una mochila. Isidro Padrón tenía que ir personalmente en su motocicleta hasta la explanada que había en el yacimiento de la Fortaleza de Ansite. Allí, debía sacar la bolsa de basura

con el dinero y depositarla en la papelera más cercana a la entrada al yacimiento. Y, después, sencillamente, marcharse.

—¿Alguien conoce ese sitio?

Mederos, Teresa, Padrón y Perera asintieron todos, unánimemente. Uno soltó un «claro», otro un «sí» y Perera hasta emitió un bufido, como si fuera a Ansite una vez a la semana.

—¿Es un castillo o algo?

—Es un yacimiento arqueológico —le explicó Teresa—. Está hacia el sur, en el barranco de Tirajana. Allí hay una montaña, con cuevas, que los últimos aborígenes usaron como fortaleza, cuando la Conquista.

—¿Los guanches?

—Los aborígenes. O los canarii, si le gusta más. O los antiguos canarios. Los guanches eran solo los pobladores de Tenerife.

—Teresita, no me comás el coco…

—Usted pregunta; yo le informo.

—Bueno, acabala… Decime cómo es…

—Por allí hay dos fortalezas: la Fortaleza Grande y la Fortaleza Chica, pero seguramente se refiere a la grande.

—¿Por qué estás tan segura?

—Para la otra el acceso es más difícil y, al fin y al cabo, es menos espectacular. Por eso todo el mundo visita la grande. Se lo montaron bien eligiendo el sitio. Básicamente, es un roque, con cuevas. Está en lo alto de una montaña, y la explanada queda en la base del roque. O sea: para tener un buen puesto de observación, habría que irse a laderas que están bastante lejos. Podríamos ver quién llega y quién se va, pero no nos daría tiempo de llegar a tiempo de trincarlo. La única oportunidad sería poner a alguien en el sitio antes, pero quieren que el dinero sea depositado dentro de una hora y media. Eso es, más o menos, lo que vamos a tardar en llegar hasta allí.

—¿Cuántos accesos hay?

—En coche, que yo recuerde, uno. La carretera que va de Santa Lucía a Agüimes. Lo comprobé en Internet mientras usted venía. La Gran Canaria 815.

—¿Tenés una imagen?

Teresa miró la pantalla del ordenador con desprecio.

—Del sitio hay fotos muy bonitas, pero de la carretera no hay buenas imágenes del satélite. En el mapa de Google, ni figura.

—¿Y hay alguna altura desde la que se pueda controlar?

—Claro, jefe, ya le dije que aquello está lleno de riscos. Y pelados, con muy poca vegetación. El problema es el que le comentaba: podemos controlar, pero no llegar a tiempo. Y aparte, estoy segura de que ellos ya tendrán montado su propio puesto de observación. Ese barranco lo conozco bien, jefe. Voy de vez en cuando a hacer senderismo con un grupo.

Los dos empresarios miraban con cierta sorpresa a la mujer. No se les había ocurrido que fuera precisamente la peninsular quien frecuentara tanto esos lugares. A Mederos no le sorprendía. Sabía bien que Teresa, en cuanto podía, cogía las botas de *trekking* y la mochila.

Teresa dejó que Silva lo meditara unos segundos. Luego añadió:

—Estuve pensando en poner un geolocalizador, jefe. En la mochila puedo, pero en la bolsa de basura no hay manera. Bueno, sí, entre los billetes, pero se van a dar cuenta enseguida.

Silva dio un resoplido.

—Pues nos jodieron bien —concluyó.

—A lo mejor no tanto —dijo Teresa, haciéndose la interesante.

—A ver, soltalo ya, Teresita.

—Es fácil: ¿y si casualmente hay gente visitando el yacimiento?

—¿Por ejemplo?

Teresa se acercó a Mederos y le pasó la mano por el hombro:

—Por ejemplo, un maromo canarión que se acaba de ligar a una goda madurita y la quiere impresionar llevándola a sitios interesantes…

3

Aday cumplió las órdenes: aparcó el coche junto a la Trade, de forma que nadie pudiera verlo hasta no haberse internado en el patio.

Después volvió a la casa. Se preguntó qué hacer mientras esperaba. No podía ver la tele ni escuchar la radio. Debía esperar allí, sin hacer ruido ni llamar la atención, hasta que algo pasara. Miró en las estanterías del salón. Allí había algunos libros, principalmente novelas de moda, románticas o históricas. Había más libros en el estudio, pero eran en su mayoría manuales técnicos. Pensó en encender el ordenador y buscar algún juego *on line* para echarse una partida. Era una opción, si la espera se prolongaba, pero, por el momento, decidió echar otro vistazo a la casa. En la parte de atrás, descubrió la escalera de piedra y cemento, que atravesaba un flanco de la fachada. Alejándose un poco, alzó la vista y distinguió los tendederos y una construcción que debía de ser un trastero, o el típico cuarto de azotea. Regresó a la casa, se sentó en el salón y miró el cenicero a medio llenar y, junto a él, el paquete de tabaco y el mechero. Abrió el paquete. Estaba a mitad. Uno de los tipos se había dejado el tabaco. O no.

Volvió a salir al patio trasero y comenzó a subir los escalones muy lentamente, con la mano derecha apoyada en la culata de la pistola. Una vez arriba, observó la zona de los tendederos. No había nadie. Pero quedaba el cuartito, a su derecha. Desenfundó, acercándose lentamente, con la espalda rozando la pared enjalbegada. La puerta de madera pobre, agrietada y mohosa, no estaba cerrada del todo. Con el pie, la empujó y, tras echar un

vistazo, entró de golpe. Y así, de golpe, se encontró en medio de un cobertizo, una estancia de unos tres por cuatro metros, con un techado de uralita tan bajo que casi podía tocarlo con la cabeza. A un lado, había un armario de plástico, algunos trastos amontonados (reconoció un triciclo oxidado, una caja de herramientas, un cuadro del Sagrado Corazón de Jesús similar al que tenía su abuela en su casa de Jinámar) y una tabla de planchar con la plancha encima. Al otro, una lavadora y una antigua pila de lavar. Delante de la pileta, existía una pequeña alacena ocupada por cajas de detergente, botellas de lejía, quitamanchas, pastillas de jabón El Lagarto.

Pensó que allí no había nada que ver, y ya iba a salir cuando, de pronto, sintió que no estaba solo y dio un paso más hacia el interior.

Miró abajo, a la izquierda, entre la pileta y la lavadora, y vio la punta de una zapatilla deportiva, y dentro de esa zapatilla tenía que haber un pie, porque las zapatillas no tiemblan solas.

4

Padrón y Perera terminaron de contar el dinero. Doscientos mil euros. Teresa y Mederos procuraban no mirar las filas de fajos de billetes en tres filas sobre el escritorio. Aquello parecía la maqueta de un campo de concentración o de un polígono industrial. Aunque los barracones y las naves industriales no suelen resultar tan coloridos, tan apetecibles.

Raúl Silva no tuvo reparo en volver a contar el número de fajos en voz alta, poniendo el dedo índice sobre cada uno cada vez. Finalmente, dio su aprobación con un meneo de cabeza y el Yunque y el Martillo apilaron los billetes en tres tacos y los fueron metiendo en la bolsa de basura. Después de cerrarla intentaron introducirla en una mochila, pero no cabía, así que el Yunque subió a su dormitorio y volvió con una bolsa de gimnasio.

—No es exactamente lo que pidieron, pero servirá.

Mientras su socio metía el dinero en el bolso, él cogió el teléfono inalámbrico para llamar por la línea interna.

—Voy a hablar con el chófer, para que me prepare la moto. Hace tiempo que no la cojo.

El Belmondo dio un respingo y sintió cómo de pronto todo se ponía en su sitio cuando escuchó decir a Padrón:

—Eusebio, ¿la moto tiene gasolina?

5

Aday se paró a pensar y recordó la orden que Silva le había dado antes de irse. Ya había tirado bastante de cacharra. Mejor hacer las cosas bien. Tenía razón. La imagen de los cadáveres del chatarrero y su mujer le puso en el paladar un sabor a arena sucia. Antes de avanzar más, dijo:

—Estoy armado, así que no intentes ninguna chorrada.

Dio un paso hacia delante y otro a su derecha, hasta quedar enfrentado a la pileta. Vio las zapatillas, el pantalón de faena, las rodillas, la cara del pibe encogido para poder ocultarse en un sitio en el que nadie hubiese creído que pudiese caber un hombre. No solo los pies temblaban. También las rodillas y las manos que se aferraban a ellas. Aday se agachó un poco para verle bien la cara. Felo lo miró con ojos agrandados por el pánico.

—Salte de ahí. Ya.

—Está bien.

Aday se retiró para tomar distancia. Felo, con mucha dificultad, estiró las piernas y luego, como pudo, se dio la vuelta y volvió a encogerlas para poder adoptar la postura adecuada para salir del minúsculo escondite. Lo hizo de espaldas, y Aday se sonrió al ver la hucha que la cintura del

pantalón le mostraba. El tipo era un chaflameja, un cuartokilo, un mediowhisky.

Por fin, arrastrándose de rodillas hacia atrás, el pibe logró llegar hasta un punto en el que pudo sacar la cabeza. Se apoyó con la mano izquierda en la lavadora y se incorporó. Y sí, era un mediowhisky, pero, al volverse, mostró algo negro y bruñido en su mano derecha: una pistola que apuntaba a Aday, quien, al verla, alzó inmediatamente la suya. Ahora los dos quedaron enfrentados, muy cerca, apuntándose. Felo con una diestra temblona, en la que la pistola se ladeaba al estilo de los gánsteres neoyorquinos. Aday, marcialmente, con firmeza, y la izquierda sosteniendo la base de la muñeca que empuñaba el arma.

—Me cago en la puta, suéltala —dijo.

—Y una polla. Suéltala tú —respondió el otro, intentando impostar la voz para que sonara convincentemente firme. Pero solo consiguió que se le fuera un gallo lastimero.

Se quedaron midiéndose, jugando al lobo, uno más acojonado que el otro, el otro menos inquieto que sorprendido. Pero aquello solo duró unos instantes. Después, una sonrisa fue invadiendo el rostro de Aday. Ocurrió poco a poco: un duendecillo le nació en las pupilas y descendió por su nariz hasta llegar a su boca; luego se fue apoderando de las comisuras de los labios, tirando de ellos, y continuó luego subiendo por sus mejillas hasta volver a los ojos, de donde inicialmente había surgido. Para cuando esto ocurrió, la sonrisa se había convertido ya en una carcajada y Aday relajó su postura, bajando el arma. Desconcertado, Felo le preguntó de qué se reía.

—Es de juguete, subnormal —dijo el otro, sin dejar de reírse—. Me acabas de amenazar con una pistola de juguete. Casi me lo trago.

Lo que Felo sintió en ese instante no fue ya desconcierto, sino un horror absoluto. Ahora sí que estaba perdido. El tipo lo reduciría, le sacaría a

patadas todo lo que supiera y, después, probablemente, se desharían de él. Con suerte, lo denunciarían, y se comería un marrón. Pero no, no tendría suerte: los tipos como él nunca la tenían. Él era un porteador negro en una película de Tarzán, una cebra enferma, el carpincho despistado y frágil que se había separado del grupo. Y ahora estaba ahí, frente a un tío con pinta y maneras de mercenario que se reía de él; el tipo, enorme, que no necesitaba armas para destrozarlo y, no obstante, llevaba una de las de verdad. Por su parte, él era el más pipiolo de los carpinchos, y no tenía más que una triste pistola de juguete que disparaba bolitas amarillas de plástico.

La risa fue enfriándose en el rostro de Aday. Enfundó la pistola. No la necesitaba para controlar al cuartokilo aquel que, como si no hubiera sido descubierto, continuaba apuntándole a la cara con su pistola de mentirijillas. Con la mano derecha aún en la cadera, el matón adelantó su mano izquierda para sujetarlo por el hombro. Fue entonces cuando, contra todo pronóstico, Felo apretó el gatillo de la pistola de juguete y la pistola de juguete disparó una bola de juguete que salió despedida a toda velocidad contra el ojo izquierdo de Aday, dando en el justo centro y reventándoselo.

Aday sintió el boliche de plástico duro introduciéndose como un clavo al rojo vivo en su córnea y, un segundo después, la fría gelatina saliendo despedida en todas direcciones. Notó también el fluido viscoso llenándole la mejilla.

Las desgracias que nos destrozan la existencia, las fatalidades que no tienen solución ni marcha atrás, las que marcan un antes y un después en nuestras vidas, suceden una y otra vez en nuestros cerebros con una lentitud recalcitrante, con el tormento del «qué-hubiera-sido-de-mi-vida-si» clavándosenos en el cerebro. Aday hubiera tenido ya para siempre en su mente la pregunta sobre qué hubiera sido de la suya si no se hubiera confiado con aquel pobre diablo que lo dejó tuerto.

Sí, se lo hubiera preguntado durante años y años. No pudo ser, porque el dolor agudo, lacerante, hizo de él un ovillo arrodillado en el suelo que intentaba contener la hemorragia con la mano izquierda y, con la otra, sacar la pistola nuevamente de su funda. No podía ver, pero percibió el movimiento rápido y silencioso del otro hombre, que, de pronto, lo había rodeado, estaba a su espalda, cogiendo algo. Intentó girarse, con el arma ya en la mano. No le dio tiempo. Solo al sentir el segundo golpe se dio cuenta de que el objeto con el que le estaban machacando la cabeza era una plancha. Tras el tercero, se abandonó diciéndose a sí mismo que esta vez había perdido, que el mediowhisky le había ganado la partida.

6

Cuando Padrón volvió a llamar por la línea interna, Eusebio estaba a punto de contestar al móvil de prepago. Lo descolgó un momento y le dijo al Marqués:

—Ahora te llamo.

Sin esperar respuesta, lo puso en silencio, se lo guardó en el bolsillo y contestó al fijo.

—Don Isidro, ya miré la moto. Gasolina tiene. Y las ruedas están bien de presión.

—*Perfecto* —dijo Padrón—. *Ahora suba un momento al despacho, Eusebio, que le tengo que pedir un favorcito*.

—Enseguida.

Si debía subir a la casa, no había tiempo de pararse a hablar con Diego. Además, seguramente le darían alguna instrucción relacionada con el negocio y, si era así, le convenía más esperar y darle al Marqués el parte

completo. En la cocina se topó con Malole, que guardaba el mandil, con el bolso colgado del brazo y los zapatos de calle ya puestos.

—¿Va a comprar?

—No, me voy para casa. Don Isidro me dijo que hoy va a comer fuera, con don Marcos. Yo tenía ya arreglados unos filetitos... Si le apetece hacerse uno luego, en la nevera están. —Con aire de complicidad, añadió —: Yo no sé qué está pasando, pero todo esto es muy raro, Eusebio.

El Zurdo se encogió de hombros y atravesó la cocina hacia el comedor.

—No sé, Malole. Ya le dije que serán cosas de trabajo. Pero si me entero de algo, ya se lo cuento. Que pase buen día.

La cocinera le devolvió los buenos deseos y se fue por la puerta de servicio. Al Zurdo no le extrañó que Padrón le diera el día libre a Malole. Tampoco que no rondaran por la casa Inesita y Norma, con sus cepillos, sus fregonas y sus canturreos bolerísticos. El viernes era día de que vinieran, pero no habían asomado el hocico por la finca. Supuso que Padrón las habría llamado para decirles que no fueran y lo entendió: su presencia hubiese supuesto un estorbo.

Cruzó el comedor, luego el pasillo y el salón. Por un momento sintió la tentación de volver a la cocina o encerrarse en alguno de los baños y llamar a Diego. Pero la venció. Llamó con los nudillos a la puerta del despacho, que estaba entornada y, desde el interior, Padrón le dijo que entrara. Uno de los gorilas estaba sentado en el sofá, junto a la tipa hombruna que ponía cara de póquer. Perera ocupaba el otro sillón y Padrón estaba en su asiento giratorio, tras la gran mesa de roble. Sin embargo, lo que preocupó a Eusebio fue la presencia del individuo más bajo, el tipo delgado que miraba por la ventana con la misma atención que hubiera prestado si por el patio delantero estuviera desfilando una banda entera de *majorettes* en pelota picada. Demasiada atención para un patio vacío.

—Usted dirá, don Isidro.

—Siéntese un momento, Eusebio, haga el favor.

Eusebio avanzó hasta el centro de la estancia y tomó asiento, con lo cual los demás quedaron a su espalda. Notó cómo el gorila se levantaba, cerraba la puerta y se quedaba junto a ella.

De manera simultánea, el hombre de la ventana se volvió y el Zurdo leyó en sus ojos que todo se había ido a la mierda. Y, en ese instante, el argentino leyó en los suyos que el interrogatorio sería rápido y fácil, que no haría falta aplicarle el mismo tratamiento que a Fito o al chatarrero, porque aquella rata apestosa haría lo que fuera con tal de salir entero de aquella habitación.

7

Felo continuó alzando la plancha y descargándola una y otra y otra vez sobre el cráneo del individuo. No sabrá nunca cuántas veces lo hizo. Solo que al segundo o tercer golpe ya la piel se había abierto y la superficie metálica daba directamente contra el hueso, de un extraño color entre el beis y el rosa. Y siguió así, golpeando una y otra vez, mientras escuchaba unos gritos histéricos, que llegaban a él como desde el otro lado de un barranco pero lo inundaban todo como si surgieran de las mismísimas paredes. Luego se sorprendería al entender que era él mismo quien gritaba. No veía ya nada por entre las lágrimas de horror y de furia que le arrasaban los ojos. El tipo había dejado de moverse hacía mucho, pero él no podía permitirse darle ningún chance. Así que continuó hasta que el agotamiento fue ralentizando el ritmo de los golpes. Finalmente, el mango de la plancha cedió y se partió y él constató, con horror, que el trozo de plástico que

sostenía en la mano se había incrustado en la superficie blanda que el cráneo, al quebrarse, había dejado al descubierto.

Solo en ese momento se apartó y retrocedió hasta la puerta, mirando el cadáver del hombre cuya cabeza él mismo había destrozado. De pronto, resbaló en la sangre y perdió pie y cayó de culo en el duro suelo de la azotea, y se quedó allí tirado un momento, aterrorizado, antes de incorporarse para comprobar que realmente había hecho lo que había hecho. Entonces, cuando pudo ver su propia obra, la obra que, no él, sino su pánico y su instinto de supervivencia habían llevado a cabo, sintió un vahído y, sencillamente, se desmayó.

8

Algo ha pasado. Vinieron los dos hombres, te pusieron las manos atrás y se fueron y vinieron otra vez y, ahora, los hombres han vuelto a irse y ella, la mujer, vuelve a ponértelas delante. Está callada, pero está ahí, frente a ti, la sientes muy cerca del colchón. Ella es más callada, más firme que el mago. Menos amable. Y lo que te contó sobre tu padre te ha hecho pensar toda la mañana. Es tremendo, pero tristemente verosímil. Y la mujer tiene razón: podrías haberte dado cuenta si hubieras querido. Al final va a ser que sí que eres solo eso: Diana Padrón, la hija del Yunque. Y eres tan culpable como él, con esa culpabilidad de quienes ignoran el mal porque es más cómodo ignorarlo. Aquellas conductas de los burgueses de las novelas de Musil y de Broch. La cómoda inconsciencia de quienes compran ropa monísima fabricada en Asia por mano de obra semiesclava. Toda esa mierda. En eso estuviste durante la mañana, pero ahora no es momento de estas cosas, porque suena un teléfono móvil y la mujer se aleja, al menos veinte, treinta pasos. No puedes oír lo que dice, su voz es un cuchicheo.

Algo ha pasado, los hombres vinieron y volvieron a marcharse y ahora han telefoneado y, tras colgar y volver, el silencio de la mujer no es ya el silencio tranquilo de antes, sino un mutismo tenso, en el centro del cual casi puedes imaginarla mordiéndose los carrillos. Por eso pruebas a preguntar:

—¿Va todo bien? ¿Pasó algo?

—Sí, todo bien —la oyes decir—. Puede que las cosas incluso se aceleren un poco. A lo mejor no hay que esperar a la noche.

—Me alegro. Las esposas son incómodas. Y no poder ver...

—Me lo supongo. Tú tranquila. Mi gente ya fue a recoger la pasta. En cuanto vuelvan te soltamos.

Alivia escuchar esto. Pero en el tono de voz de la mujer late un dejo de seriedad que muestra los hilos de la marioneta del camelo: no es cierto que todo vaya bien, hay algún problema y puede que la solución pase por pegarte un tiro. Sin embargo, te cuidarás de decirlo: no hay que darle ideas.

—Ahora mismo es mediodía —dice la mujer—. ¿Tienes hambre?

—Todavía no. ¿Y tú? —te oyes preguntar absurdamente.

—Tampoco. Dentro de un rato hago unos sandwichitos.

—Perfecto.

Se ha hecho nuevamente el silencio. Entre personas desconocidas, el silencio duele. Por eso tú, Diana, intentas romperlo, preguntándole a la mujer si le gusta leer. Y la mujer, a su vez, pregunta a qué viene eso. Y tú respondes que por hablar un rato, por no aburrirte. Y, entonces, la mujer dice que le gusta, pero no saca mucho tiempo, que ahora mismo está leyendo *El tiempo entre costuras*, que empieza bien, pero que luego se le ha hecho aburrido y que todas las noches se queda dormida con el libro en las manos. Luego devuelve la pregunta, sabiendo ya la respuesta, que, por supuesto, es sí. Y claro que a ti te gusta leer. Te gusta un poco de todo. También la poesía. La mujer nunca ha podido con la poesía. No la entiende.

Entonces dices eso de que la mitad de un buen poema es música y la música no hay que entenderla. No necesitas saber solfeo para saber si una canción te gusta o no. Y como si así pudieras demostrarlo, te pones a recitar lo primero que se te viene a la cabeza, y que son unos versos de Gelman:

hurrah por fin ninguno es inocente
caballeros brindemos las vírgenes no virgan
los obispos no obispan los funcionarios no funcionan
todo lo que se pudre en ternura dará
miro mi corazón henchido de desgracias
tanto lugar como tendría para las bellas aventuras.

La mujer guarda silencio nuevamente. Luego le dices:

—No necesitas entenderlo para saber lo que quiere decir, ¿no?

En la voz de la mujer hay asombro al decir:

—¿Cómo puedes ser capaz de memorizar así una poesía?

—No la recuerdo completa. Solo esa parte. Pero, dime: tú sabes de lo que habla, ¿verdad?

—No lo sé. Lo de las vírgenes y los obispos me parece gracioso. Pero, en el fondo, creo que es triste. Muy pesimista.

—Eso es. ¿Ves? No hay por qué analizar nada. Solo ver qué impresión te produce.

En ese momento ocurre algo extraño. Sientes que la mujer y tú estáis experimentando lo mismo, una simpatía ajena a todo eso que está ocurriendo. Tras pensarlo un segundo, te atreves a formularlo en voz alta:

—Si las cosas fueran distintas, a lo mejor tú y yo hubiéramos podido ser amigas.

Notas que la mujer se ha puesto en pie y la escuchas decir, mientras se aleja:

—No lo creo. Si las cosas fueran distintas, lo más probable es que tú y yo no nos hubiéramos conocido.

Ahora la mujer está caminando de un lado a otro. De repente, percibes que está evitando confraternizar contigo. Y entiendes por qué. Y sientes un escalofrío sordo y verde, como la boca de un sapo saboreando tu espinazo.

—Si algo sale mal, me vas a matar, ¿verdad?

La mujer no contesta. Se aleja.

—Respóndeme.

—Cállate ya —grita la mujer. El eco de sus palabras rebota por el recinto, hasta clavársete en la boca del estómago, donde se abre una gruta abisal, para gran alborozo del sapo que te lame la espalda.

Pero, de pronto, ese hueco comienza a llenarse con el sonido del motor de un vehículo que se acerca. Y aún no se ha llenado del todo cuando, sin previo aviso, la mujer se te echa encima.

9

Al Belmondo le costó poco sacarle la información al Zurdo. De hecho, lo único que le causó problemas fue la ira de Isidro Padrón, que se puso en plan Padre Coraje y saltó por encima de la mesa sobre Eusebio, cogiéndolo por el cuello. Perera y Mederos lograron quitárselo de las manos y fue él mismo quien acabó por tranquilizarlo haciéndole entender que no podían perder el tiempo, que ya le arreglarían las cuentas más tarde. Al final, Padrón se dejó convencer y fue con Perera a tomar el aire en el patio, mientras Silva interrogaba al chófer.

Cuando lo hicieron sentarse de nuevo, este presentaba la ropa un poco desarreglada y un par de rasguños en la mejilla, pero en realidad tenía más

miedo que daño. Comenzó intentando fingir que no entendía nada de aquello, que debía de tratarse de un error.

—Cortala, querido —le dijo el Belmondo—. Tu amigo Fito cantó como Pavarotti y me habló de vos, Eusebio el Zurdo, un tipo de unos cincuenta, gordito, de la Ladera Alta de San Juan. Decime si te llamaras así, Juan. O Paco. O Pedro. Pero ¿Eusebio? ¿Quién mierda se llama Eusebio? ¿Cuántos Eusebios podrá haber en el barrio de San Juan, en toda la ciudad, en la isla entera? Así que cortá la murga y ponelo fácil, y puede que hasta salgás de aquí vivo y entero.

El Zurdo lo miró con tristeza e incredulidad.

—¿Entero?

—De eso me encargo yo, che. Pero ponémelo fácil y decime lo que necesito saber. Y decímelo ya.

—¿Y qué quiere saber?

—Para empezar, dónde está la piba.

Eusebio se rascó la cabeza.

—Necesito alguna garantía de que no me va a pasar nada.

Una carcajada siniestra surgió de la garganta del Belmondo. Teresa y Mederos se unieron al coro.

—Encima vas a ser tan pelotudo de querer negociar... Mirá, gilipollas, vos hablás y yo no te reviento la cabeza. Ese es el único trato. ¿Cómo lo ves?

No hizo falta nada más. Comenzó diciéndole dónde tenían a Diana Padrón, explicando lo más claramente posible cómo llegar hasta allí. Después fue contestando a todas y cada una de las preguntas que el argentino le hacía. El relato de Eusebio confirmó lo que Fito y Alejandro ya le habían contado. En el plan inicial, la entrega debía ser por la noche, en un hotel abandonado que hay en el valle de Agaete, pero habían decidido

adelantar las cosas y cambiar el sitio, porque les quedaría más cerca. A la entrega irían Diego y Paco el Salvaje. Y Diana estaba vigilada por Lola. ¿Y dónde estaba el tal Felo? Él no lo sabía. Seguramente, escondido en la casa roja. Al oír esto, el Belmondo le hizo una seña a Mederos, que sacó su móvil y envió un mensaje a Aday. Al mismo tiempo, su jefe continuó preguntando. Creyó a Eusebio cuando le contó que no sabía exactamente dónde se esconderían ni cómo harían para recoger el dinero. Lo del hotel en Agaete lo habían preparado entre todos, pero este era un plan alternativo que el Marqués se había sacado de la manga y él no lo tenía claro. Luego, sin que nadie le preguntara, contó que la idea del secuestro había sido de Lola y de Diego y, acaso, también del Salvaje, que eran ellos quienes habían contactado con él y lo habían amenazado con jugarle una mala pasada si no los ayudaba. Y de eso, Silva no le creyó ni media palabra.

—Sacá el teléfono y decile a tus amiguitos que todo va bien por acá, que hay movimiento y que ahora mismo sale para allá don Isidro.

Eusebio obedeció. Le contestó Diego.

—¿Dónde estás?

—*Ya llegando al sitio. ¿Todo bien?*

—Sí. Don Isidro me acaba de preguntar si la moto tiene gasolina. Yo creo que sale ahora mismo.

Al otro lado de la línea se hizo un silencio. Luego, el Marqués dijo:

—*Perfecto*.

—Oye, ¿qué pasó al final con Felo?

—*Nada, sin problema, todo bien* —dijo apresuradamente Diego antes de colgar.

Eusebio se encogió de hombros, mostrándole la pantalla del móvil al argentino. Teresa y Mederos ya tenían en las manos las bridas de plástico y

la cinta americana con las que lo inmovilizarían. El Belmondo le quitó el móvil, le hizo una seña a su gente y les dio la espalda.

10

Diego cortó. El Salvaje, sin soltar el volante, le consultó con la mirada.

—Lo llamó «don Isidro».

—¿Al Yunque?

—Sí, lo llamó así, «don Isidro». Como si estuviera delante.

—Joder.

—Eso pienso yo.

Se acercaban al casco de Santa Lucía de Tirajana. El Mazda, de suelo bajo, daba botes arriba y abajo, levantando polvajera bajo el infierno dorado de la medianía.

—A ver si este cabrón nos vendió... —murmuró Paco.

Diego reflexionó unos segundos. Luego propuso:

—Vamos a seguir con el mismo plan, pero modificando una cosita...

11

A Eusebio lo metieron en el trastero del ático, atado y amordazado. Cuando comprobaran que no les había hecho ninguna jugarreta, ya verían qué hacer con él. Por el momento, ese era el mejor lugar para aquel Judas.

Se decidió que Perera se quedaría allí, en casa de Padrón, pendiente del teléfono, por si surgía algún imprevisto.

—Ustedes dos salgan para la Fortaleza. Cuando se haga el pago, no me pierdan la guita de vista.

—¿Y usted, jefe? —preguntó Mederos.

—Yo voy a esa obra del sur. En cuanto tenga a la piba a salvo les aviso. ¿Aday te respondió?

—No, pero usted ya sabe cómo es.

—Bueno, de camino para el sitio, lo llamás y le decís lo que hay. Que esté al loro en la casa, por si surgen problemas. Y ustedes, ya saben: a hacer la comedia de los enamorados y seguirlos luego discretitos.

Mederos y Teresa salieron inmediatamente para coger el coche. Padrón, con sus pantalones y su cazadora de cuero y la bolsa de deportes colgando en bandolera, había escuchado atentamente las instrucciones que Silva daba a los suyos. Todos habían intentado no reparar en su figura rechoncha y grotesca de cincuentón disfrazado de motero. Sin embargo, no pudieron evitar mirarlo cuando le dijo al Belmondo:

—Me gustaría ir con usted.

—Seguro, pero no va a poder ser, don Isidro. Mejor que se piensen que todo va con normalidad.

Padrón asintió, contrariado.

—¿Grabó en el celular el número de Mederos?

Padrón volvió a asentir.

—Acuérdese: si hay algún imprevisto, llámelo a él, que va a estar más cerca.

Padrón asintió por última vez y se fue al garaje, para coger la Harley.

Mederos y Teresa habían arrancado ya en el Tiguan. En cuanto a Silva, se metió en el Lada, comprobó su revólver y volvió a meterlo en la pistolera. Antes de arrancar, se frotó los ojos con fuerza. Estaba tremendamente cansado. Pero ya faltaba poco: un último esfuerzo y estaría solucionado casi todo el asunto.

Vio al Yunque sacar la moto del garaje, montar en ella y arrancar. Cuando pasó ante él, se saludaron con la mano. Esperó a verlo alejarse por

el caminito privado y giró la llave en el contacto.

12

El sol de Ansite resquebrajaba la moral. Aquellos del verano no eran buenos días para adentrarse en la ardiente sequedad de los barrancos del sur de la Isla. De Lomo Magullo a Tasartico, todo el semicírculo meridional de Gran Canaria permanecía arrasado por una ola de calor que las autoridades habían hecho oficial en los últimos días con alertas naranjas y severas advertencias. Así que, tras dejar atrás el municipio de Santa Lucía de Tirajana, prácticamente no se habían cruzado con nadie. Tras las últimas curvas, con el precipicio del barranco a su derecha, hicieron un último ascenso y el Tiguan, no sin ruido de gravilla desplazada, giró a la izquierda para acceder a la explanada que los visitantes utilizaban como zona de estacionamiento.

Mientras Teresa hacía evoluciones para aparcar sin meter las ruedas del coche en ningún socavón, Mederos fue echando un vistazo a la alta pared de roca, a las primeras cuevas que se adivinaban después de los escalones excavados en la piedra. Al pie de esta, había un panel explicativo. Y junto al panel, al otro lado de la escalera, estaba la papelera de marras.

Teresa ya había estacionado. Metieron sus armas en las mochilas. Eso era lo malo del calor: si uno se veía obligado a llevar una cacharra, no había forma de ocultarla en la cadera. Con el frío era distinto: una cazadora o la chaqueta de un chándal bastaban.

En la explanada había otros dos vehículos, ambos de alquiler.

—¿Dónde estará la gente de esos coches?

—Viendo las cuevas, supongo. ¿No has venido nunca? —Mederos negó con la cabeza—. No tienes perdón. Hay una cojonuda, un túnel que recorre

el roque de lado a lado.

—Sí, he visto fotos de eso en Internet.

—Pero no es lo mismo, chico.

Mederos se encogió de hombros.

—Bueno, ¿qué hacemos?

—No lo sé. Padrón debería aparecer en diez minutos para dejar el paquete. Si salimos no hay sitio donde esconderse y vigilar la papelera al mismo tiempo. Podemos quedarnos aquí y hacer como que nos enrollamos.

—O enrollarnos —bromeó Mederos.

—No te ofendas, querido, pero no eres mi tipo —le devolvió ella la broma. De improviso, pareció acordarse de algo—. ¡Tío! ¡Todavía tenemos al Fito en el maletero!

Hizo ademán de abrir la puerta para salir a ver, pero Mederos la retuvo.

—Te lo puedes ahorrar.

—Pero se va asfixiar, Mederos.

—Para pensar en eso, llegas tarde. Como unas seis horas, por lo menos.

—No me jodas... No le dimos tanta caña.

—Ya, pero fíjate tú...

—¿Y qué hicieron con él?

—Todavía nada. Supongo que esta noche buscaré un barranco tranquilo donde soltarlo. Aquí mismo, por ejemplo.

—¿Quieres decir...? —Teresa se detuvo un momento, para reformular la pregunta—. Vamos a ver, cabronazo: ¿me has tenido una hora conduciendo con un muerto en el maletero? ¿Y cuándo pensabas decírmelo? —Mederos empezó a descojonarse y ella a darle sopapos flojos, medio en broma—. Yo no me río... Cabrón...

Acabaron compartiendo un verdadero ataque de risa. Pero de repente, las carcajadas cesaron, porque el móvil de Mederos comenzó a sonar. Al

contestar, escuchó la voz de Isidro Padrón. Gangoseaba, repitiendo una y otra vez:

—*Hijos de puta... Nos metieron la negra... Nos metieron la negra...*

13

Diego y el Salvaje salieron del casco de Santa Lucía por la carretera 815. Dejaron atrás las últimas casas, que separaban el camino de las suaves pendientes que se extienden entre Sorrueda y Tirajana, las que preludian las largas caídas, los abismos más frondosos. Entre palmeras y euforbias, pasaron también el primer desvío y continuaron en dirección a Vecindario. De pronto, dieron con el sitio perfecto: la desviación que iba hacia el cementerio. Allí estacionaron el Mazda. La curva que bajaba hacia allá preludiaba un tramo de unos cien metros perfectamente visible desde donde estaban.

Diego aprovechó para llamar a Lola e informarla de las sospechas que tenía en torno al Zurdo.

—*¿Y entonces, qué vamos a hacer?*

—Por el momento, vamos a conseguir la pasta. Luego bajamos para allá y terminamos con el tema.

—*¿Y si en vez de pagar vienen para acá?*

—No creo. No les dimos mucho margen de maniobra. Tú estate tranquila, pero al loro.

Después de cortar, dio un bufido y se permitió mostrar la preocupación que había intentado ocultarle a Lola.

—Si por culpa del Eusebio le hacen algo a Lola, te juro que me como el hígado de ese hijo de la gran puta.

El Salvaje no contestó. Sabía que las amenazas de muerte son como los eructos: una mera expulsión de gas que lo hacen a uno sentirse mejor. Sin embargo, al pensar en Lola, se acordó de Ruth. Si todo salía bien, iría a por ella y se la llevaría para siempre.

La espera se les hizo larga. Pasó un camión blanco. Un cuatro por cuatro gris. Varios coches de alquiler, con turistas que miraban planos o reprogramaban aparatos de GPS. Comenzaron a preguntarse si no estarían haciendo el canelo ahí, donde Cristo perdió la piedra del mechero, mientras a lo mejor las cosas se estaban moviendo en la casa roja o en el hotel Marqués. Pero no: tal y como habían previsto, unos tres cuartos de hora más tarde, pasó un Tiguan de color azul. En él iban un hombre y una mujer.

—Un Tiguan. Tienen que ser esos —dijo Diego.

—Tenías razón: los tíos van a estar allí, preparaditos para darnos por culo.

Giró la llave en el contacto y puso el motor en marcha.

—Calcula cinco, diez minutos como mucho —dijo el Marqués.

Escucharon la moto antes de verla. Y, cuando la vieron, los dos sintieron una punzada en el pecho.

—Nunca he hecho algo así —dijo el Salvaje.

—Siempre hay una primera vez, hasta para morirse.

Mientras hablaban, no se miraban entre sí. Estaban pendientes de la Harley. El piloto llevaba una bolsa en bandolera, no circulaba a demasiada velocidad e iba tieso, como si le faltase confianza. Tomó el último tramo y el Salvaje se preparó para arrancar.

—¿Y si no es él? ¿Y si nos equivocamos de tío? —preguntó Diego.

—Tarde para pensarlo.

Justamente tras decir eso, el Salvaje salió a toda mecha y se cruzó en el camino del motorista.

14

Isidro Padrón intentó esquivar al Mazda desviándose hacia la izquierda, pero lo único que consiguió fue perder el equilibrio. Salió despedido por encima del morro del coche y, tras topar con el asfalto, su cuerpo comenzó a dar vueltas carretera abajo. La moto había quedado frente al vehículo, pero no era momento para pensar en ella. Acabó a diez o quince metros, tumbado de lado, inerte. Sintió los pasos, amortiguados por el casco: pasos de alguien que corría hacia él. Iban a socorrerlo, pero él no quería socorro alguno, sino llegar a la Fortaleza a tiempo y, si podía ser, verse las caras con los secuestradores de Diana. Sus deseos se cumplieron a medias, porque quien llegó no estaba interesado en auxiliarlo. Simple, absurdamente, le oyó preguntar:

—¿Eres Isidro Padrón?

El hombre no esperó la respuesta. Se puso a hurgar en la bolsa de deportes, que él aún llevaba a la espalda. Padrón intentó alcanzar la parte inferior de su pierna derecha. Allí, en una tobillera, llevaba el revólver, el pequeño Flobert que le estaba resultando de tanta utilidad como un arado a un marinero. Aun así, lo intentó. Pero el brazo izquierdo se le había quedado bajo el cuerpo. La pierna le dolía terriblemente y, encima, no podía mover el brazo libre. Podía mover la mano, pero no el brazo. Debía de haberse descoyuntado el hombro. Ya daba igual. Ya todo daba igual. Les habían metido una negra. Lo comprendió cuando el hombre, detrás de él, dio por fin con el cierre de la cremallera y comenzó a vaciar la bolsa.

Antes de marcharse, el hombre dijo:

—A tu hija te la soltamos antes de la noche. No te preocupes.

Después deshizo sus pasos, también corriendo. Ya solo pudo escuchar el sonido de una puerta de auto cerrándose, precediendo al ruido de un coche

alejándose a toda velocidad. Nunca sabrá si perdió el conocimiento o no. Lo siguiente que oyó fue un frenazo, unos pasos apresurados, gente preguntándole cosas, buenos samaritanos que le decían que no se moviera, que no se quitara el casco. Entonces les pidió su móvil. Alguien lo cacheó y encontró el móvil en uno de los bolsillos de la cazadora acolchada. Buscó el número de Mederos. Y, en los segundos que el gorila tardó en contestar, se preguntó de qué sirve tener todo el dinero del mundo, de qué el poder y el prestigio, de qué sirve ser el Yunque de Tejeda y ser temido y respetado cuando uno está tirado, inerte como un erizo aplastado en el asfalto.

ENSALADA DE HOSTIAS

1

La realidad puede ser peor que la peor de las pesadillas. Eso pudo constatarlo Felo cuando recobró el sentido y se incorporó. Allí estaba la cabeza abierta. Allí, el áspero olor de la sangre sobre la que había caído. Su ropa estaba empapada del líquido escarlata que comenzaba a secarse. Experimentó una arcada, pero, a duras penas, logró reprimir el vómito. Se buscó en el bolsillo trasero de los pantalones ensangrentados el móvil de prepago. Había caído sobre él. La pantalla estaba resquebrajada y la carcasa rota. Durante un rato intentó inútilmente hacerlo funcionar, pero acabó arrojándolo a un rincón entre los trastos del cuarto.

Tenía que avisar al Marqués, a Lola, al Salvaje, a alguien. Tenía que hacer algo. Cambiarse de ropa, lavarse, pirarse de allí. Con cuidado, como si el tipo aún fuese peligroso, fue registrando al muerto. Luego se quitó los pantalones y los dejó allí. Por suerte, nadie vio la ridícula escena: el tipo flaco en calzoncillos, con las piernas bañadas en sangre, bajando las escaleras y envolviendo con una camiseta unos objetos que no eran suyos: un móvil de última generación, una cartera, una pistola, unas llaves. Dejó todo aquello sobre la mesa de la cocina. Se lavó y cogió unos calzoncillos, una camiseta y un chándal de Diego. Un chándal blanco con listas negras

que nunca le había visto puesto y que a él le quedaba holgado. Desechó la idea de llamar a Diego o a los demás a sus móviles personales. Estúpidamente, no tenía los números de los de prepago: solo los había grabado en la memoria del suyo. Metió en su bandolera las cosas del muerto y salió al patio delantero. Él nunca había conducido un furgón y no era día de hacer prácticas, así que cogió el Tiguan. Cuando se estaba acomodando el asiento, entró un mensaje en el móvil del muerto. El mensaje era de un tal Mederos. Decía: «Registra bien la casa. Uno puede estar ahí».

—Chocolate por la noticia, subnormal.

Lo dijo en voz alta, como si tuviera al otro delante. Entonces, la imagen de la cabeza destrozada del gorila (el color beis y rosa de su cráneo) lo invadió como un relámpago y no pudo evitar un sollozo. Se derrumbó sobre el volante y lloró. Hijo de puta, hijo de puta, hijo de puta, se repitió una y otra vez con rabia. Sentía la boca seca mientras se enjugaba las lágrimas con la manga del chándal. Algo se había quebrado en su interior, ya para siempre. Ahora ya no era una cebra, ya no era un carpincho. Y, sin embargo, no sabía ser león, no sabía ser anaconda. Ya está bien de mariconadas, se dijo de pronto, las lagrimitas luego; ahora, al lío.

Soltó un escupitajo por la ventanilla y arrancó.

2

Según Eusebio, aquella gente solo disponía de pistolas de juguete. Aun así, al dejar el Lada en la pista de tierra y apearse, el Belmondo se dijo que tendría que andarse con ojo, porque al final de la carretera había dos coches, un Opel y un Fiat, y se suponía que tenía que haber solo uno. Así que era posible que la tal Lola estuviera acompañada.

Llegó hasta la cubierta superior de la obra y anduvo por ella sigilosamente, intentando hacerse una idea de lo que podría encontrarse abajo. Identificó el hueco cuadrado en el que nacían las escaleras. O morían, pensó, nadie sabe realmente cuál es el comienzo y cuál el final de unas escaleras; todo depende de si se sube o se baja. Con el revólver por delante, se acercó y, echando un rápido vistazo, buscó un posible blanco, a un lado y al otro. No pudo ver nada de interés: solo suelo de cemento, polvo y mugre, y un trozo de ferralla oxidado.

Se decidió a bajar. Una vez salvados los primeros escalones, cuando pudo introducir el arma y los ojos, se quedó parado, explorando nuevamente con la mirada y el cañón, que era como un tercer ojo que se orientaba hacia el infierno. El sitio era amplio y sucio. Estaba bañado a medias por el sol, que ya estaba bastante más alto, y le costó unos segundos acostumbrarse a la penumbra del lado más lejano, el que se apoyaba en la ladera. Pero fueron solo unos segundos. Enseguida se hizo una idea del espacio, de la situación. La chica debía de ser el bulto que estaba allá, casi al fondo, en un jergón. Reprimió el impulso de correr hacia ella y permaneció allí, explorando. Nunca entres en un sitio del que no sepas cómo vas a salir. Esa máxima la llevaba tatuada en las meninges, a fuerza de repetírsela a la gente que formaba.

Por eso se quedó parado unos momentos más, observando. A la derecha de la escalera, no había nada: unos cinco o seis metros cuadrados de espacio vacío hasta el borde. Más allá, se veía una porción de cielo y mar, un trozo de carretera, el tejado de un edificio de apartamentos. No le interesaba el más allá. A la izquierda, en primer término, había una especie de cocina de campaña, dispuesta sobre unas cajas de refresco volcadas. Tampoco le interesaba. Luego, más espacio vacío, con tabiques marcados en el suelo; tabiques que nunca nadie había llegado a construir. Y después, al fondo, la

zona donde estaba la chica: el jergón, una silla, unos palés colocados en vertical, a modo de biombo. Eso sí le interesó. Si había alguien allí, solo podía estar en dos lugares: tras esos palés o debajo de la escalera en la que él estaba ahora mismo.

Bajó dos, tres escalones más, lentamente, con mucho cuidado, hasta que ya solo le quedaron cuatro para llegar. Luego, de repente, se arrojó hacia su izquierda y dio una vuelta en el suelo. Quedó justamente como quería: con una rodilla en tierra y apuntando al hueco que había bajo la escalera, dominando el siguiente tramo.

Nadie.

Se volvió un momento a comprobar que tampoco había salido nadie desde detrás del panel y se acercó al hueco. Asomó, como antes había hecho, arma y cabeza, pero tampoco vio nada.

No, si había alguien cerca aparte de la piba y de él mismo, tenía que estar tras los palés. Apuntando hacia allá, fue acercándose, de lado, hasta donde se encontraba la chica. Esta estaba boca abajo, con una manta por encima que la cubría hasta el cogote. El Belmondo distinguió sus cabellos oscuros plisados por lo que con toda seguridad sería una mordaza. En las fotos que había visto eran de color castaño claro. No obstante, no era momento de pensar en asuntos de belleza. No podía ver sus manos, pero seguramente estaría atada. Y también podía ser que la mantuvieran sedada. En todo caso, ni se movía ni hablaba. Llegó junto a ella, pero de nuevo desechó la idea de examinarla. Solo se agachó, apuntando alternativamente al biombo y al ya lejano hueco de la escalera, y puso una mano sobre ella, para comprobar que respiraba. Y sí, respiraba y se movía.

—Tranquila, Diana —se permitió susurrarle—. Trabajo para tu padre. En un momento te saco de aquí.

Ella no reaccionó y Silva pensó que, definitivamente, debía de estar grogui. Dio la espalda a la chica y centró su atención en los palés de madera. Alguien respiraba allá, tras el biombo improvisado. Y en aquella respiración había miedo. Podía olerlo. Ese miedo era su ventaja. Decidió aumentarla canturreando:

—Lolaaaa... Lolitaaaa... Sé que está ahíííííí. —Luego dejó el canturreo y habló con seriedad—: ¿Sabés qué pasa, nenita? Pasa que la cosa se terminó. Los trincamos. A todos. A Eusebio, a Paco, a Diego... —Se calló un momento antes de continuar. Según el Zurdo, Paco y Diego tenían que ir a recoger el rescate, pero no sabía si el tal Felo estaba con ella, allí atrás, escondido también. Y no le interesaba descubrir su farol, sino lo contrario, mantenerlo y acojonar lo suficiente a la mujer para que saliera ella solita de detrás de las maderas o para que no se resistiera demasiado ni intentara jugada alguna si finalmente tenía que ir él mismo a buscarla—. Cayeron todos, piba. Ahora estás sola. Y mi gente está arriba. Se acabó el tango, chiquilina. Pero, mirá que vos hasta vas a tener suerte, porque si salís de ahí tranquilita no te va a pasar nada. Y yo lo prefiero, la verdad, porque eso de pegar a las mujeres no es mi negocio. Las mujeres son flores, Lola. No me gusta pisotear flores. Aunque, mirá: si hace falta, se hace. Y como me obligués a ir ahí, voy a tener que cobrarme el viaje. ¿Qué decís? ¿Salís vos o te saco yo?

Lola ya estaría meándose en las bragas. Era el momento de ponerse en pie e ir hacia ella. Apoyó una mano en el suelo y comenzó a incorporarse lentamente, sin dejar de apuntar a los palés. Y, entonces, mientras estaba en esa postura desequilibrada y débil, algo se echó sobre él y se hizo de noche.

Una manta. Simplemente una manta. La manta hedionda que tapaba a la chica. Ahora lo tapaba a él. No obstante, nadie quería arroparlo, sino cegarlo. Nada que doliera. Lo que dolió fue lo que vino después, los golpes

en la espalda y la cabeza, con algo contundente que hacía ruidos metálicos. Para cuando pudo volverse, ya ese algo le aprisionaba el cuello y alguien tiraba de él hacia atrás. Casi no podía pensar. No lo necesitó. Lo evidente es lo evidente: la chica que había detrás de él se le había echado encima e intentaba ponerlo fuera de juego usando unas cadenas. Solo había dos posibilidades: que estuviera en el ajo, que ella misma formara parte de su propio secuestro (y, entonces, el secuestro no era tal, sino una vulgar estafa), o que quien había estado allí, debajo de la manta, no fuera Diana Padrón. En cualquier caso, disparar no le pareció buena opción. Tampoco lo era detenerse a averiguar qué estaba pasando exactamente. Lo primero, lo único que debía hacer era quitarse de encima a aquella puta (porque era una mujer: se lo decía el tamaño, se lo decía la fuerza, se lo decían los gritos que sus esfuerzos le hacían proferir) que tiraba de él hacia atrás. Así que aprovechó el propio impulso de ella y dejó caer todo el peso de su cuerpo en esa misma dirección.

Cayeron juntos. Y él sintió la humanidad menuda y joven bajo la suya, el fuerte golpe del cráneo de ella contra el duro suelo de cemento. Le había hecho daño. Tenía que habérselo hecho, porque, al instante, percibió que la presa de la cadena en torno a su cuello se aflojaba. No del todo, pero sí lo suficiente como para que él pudiera reaccionar y, dándose la vuelta, sacarse la manta de encima. Cuando se puso en pie, centró la vista en ella, que intentaba incorporarse, pero con el gesto regañado de quien se ha llevado un trancazo de muerte de res en la cabeza. Era, en efecto, menuda. Aquella era Lola. Y Raúl Silva, alias *el Belmondo*, se paró un segundo a contemplarla: llevaba una camiseta blanca con un estampado que no se detuvo a mirar, unos *leggings* negros y zapatillas deportivas. Tenía una nariz pequeña y respingona y labios carnosos en un rostro redondo de barbilla nimia. Y sí, la contempló, contempló sus cabellos castaños, aquellos ojos zarcos y

achinados en los que ahora, cuando estos vieron la pistola en su mano, no leyó miedo, sino una rabia infinita. Resignada, sabiéndose vencida, la mujer se permitió perder el tiempo tocándose la cabeza y mirándose los dedos para ver si tenía sangre. A Silva le pareció inusual y extrañamente bella. Y ahí acabó la contemplación. Después se acercó y le pisó la cara.

Ya no necesitaba llegar tras el panel para saber que era la de Diana Padrón la presencia que había intuido allí. Sin embargo, lo hizo. Allí estaba, boca abajo, atada de pies y esposada de manos, amordazada y con los ojos vendados. Una soga de pita le enlazaba el cuello, los pies y las muñecas. Ese tipo de amarre le recordó la chapuza que su gente había hecho con Fito. Lola era más eficaz: la piba estaba sana y salva. El Belmodo sacó su navaja y cortó la soga. Pero solo esa. Le interesaba que Diana Padrón permaneciera allí, callada, un rato más. Sin embargo, se detuvo un momento para tranquilizarla.

—Me llamo Raúl Silva y trabajo para tu padre. Ahora mismo nos vamos. Esperate un momento. En cinco minutos te suelto y salimos de aquí. Pero primero tengo que hacer una cosa, ¿sí?

La piba se revolvió en lo que debía de ser un asentimiento.

Silva regresó adonde había dejado a Lola, que estaba ahora a cuatro patas, intentando levantarse. Enfundó el revólver y le pateó el culo. La mujer cayó de bruces, con la huella gris de cemento que el zapato de Silva había dejado entre sus nalgas.

—¿Dónde vas, piba?

La flanqueó y le arreó un puntapié en las costillas. El cuerpo de Lola dio una vuelta sobre sí mismo y quedó boca arriba. Silva vio entonces lo que la primera de sus patadas había hecho en su cara: la nariz abierta y aplastada, el labio inferior del que colgaban tejidos rotos, la sangre, mezclada con la saliva y las lágrimas, arrasándole el rostro.

—Qué lista que sos, ¿no? Qué truco fino me hiciste, Lola. Porque vos sos Lola, ¿verdad?

Lola permaneció allí, inerte, con una mano sobre el costado, intentando respirar.

—¡Respondé, carajo! —aulló Silva, dándole un pisotón tremendo en el vientre.

Entonces, ella dijo que sí con un hilo de voz, disneico y atragantado.

—Pues sí, che. Ya tenía yo ganas de conocerte. Y mirá que sos linda, che. Bueno, que eras, porque cuando acabe contigo, ni los perros van a querer cogerte.

Silva dijo esto último antes de sentarse a horcajadas sobre ella, poniendo las rodillas encima de sus brazos para inmovilizarlos. Cerró el puño y lo situó a unos diez centímetros de su rostro, apuntando bien.

—No movás mucho la cabeza. Quiero hacer un trabajo fino.

Antes de que diera el golpe, ella dijo:

—Dijiste que no te gustaba pegar a las mujeres.

—Te mentí.

La piña fue brutal y dio justamente donde Silva quería: en el ojo derecho. La segunda, en la mejilla. A partir del tercer puñetazo, el Belmondo comenzó a usar ambas manos en una verdadera ensalada de hostias, un verdadero concierto de trompadas en *allegro vivace*. El castigo fue brutal, e incluyó los oídos. Silva se despachó a gusto por la noche en vela, por los inconvenientes, por el calor inmisericorde, por los viajes que había estado haciendo toda la noche y toda la mañana, por el recuerdo de lo a gusto que hubiera pasado ese día de no ser por aquel lío, por las chapuzas que habían hecho con Fito, con el Margarito, con su mujer.

Finalmente, cuando se cansó de golpearla, se levantó y se apartó un paso. De propina, le calzó una última patada, que le cayó en la cadera, pero

Lola ya apenas se movió. Había dejado de chillar y de quejarse, de pedir por favor y de decir que no, que por lo que más quisiera, que ya estaba bien, que por favor de nuevo, que no.

No había perdido el conocimiento, pero permanecía tirada de espaldas, prácticamente inmóvil. Silva la miraba, mientras recuperaba el pulso y el ritmo normal de la respiración. Aprovechó esos instantes para pensar. Ya había cruzado una puerta más allá de la cual no había marcha atrás. En realidad, la habían cruzado Aday y Mederos, arrastrándolo con ellos. Pero, en cualquier caso, la había cruzado él también y, sea como fuere, la experiencia le decía que, pasado el punto de no retorno, era mejor llegar al punto de destino. Y sin dejar testigos.

—Bien, piba, hasta aquí llegamos. Rezá si querés.

Volvió a ponerse sobre ella y aferró su garganta con ambas manos. Tardaría poco: apretaría y presionaría su laringe con los pulgares hasta hundírsela. Ella le cogió débilmente la cara con las manos, se revolvió. Entonces, el eco de una voz de hombre recorrió todo el recinto. Una voz de hombre joven que gritaba con furia:

—¡Suéltala, hijo de puta!

3

Instintivamente, Silva alzó las manos y las mostró. Felo (porque aquel tipo joven y flaco embutido en un chándal blanco que le quedaba grande no podía ser otro que Felo) estaba a una decena de metros, apuntándole con algo negro que no podía ser otra cosa que una pistola. Sin bajar las manos, Silva se levantó y avanzó unos pasos hacia él, con una sonrisa de hiena tatuada en el rostro. No lo había oído llegar. Seguramente, ya estaba en la obra, escondido en alguna de las plantas inferiores. O, si había venido en

otro coche, al ver el Lada, lo habría dejado lejos. En cualquier caso, mientras uno trompetea a una grela, suele dejar de estar alerta, necesariamente.

—Che, ¿con tu pistolita de juguete me vas a matar? —preguntó sin dejar de andar hacia él.

A modo de respuesta, Felo disparó al suelo. La bala impactó contra el cemento, levantando una chispa de polvo.

—¿Te parece de juguete, cabrón? —preguntó el pibe con una seguridad que contradecía al temblor de sus manos.

El Belmondo sabía mantener la cabeza fría en ese tipo de situaciones. Dejó de avanzar y meneó las manos ensangrentadas en un gesto que pedía apaciguamiento, al mismo tiempo que retrocedía hacia su izquierda, girando lentamente sobre sí mismo para ocultarle su cadera derecha, donde portaba el revólver.

—Está bueno, está bueno, querido. No te pongás nervioso. Vos ganás. Agarrá a tu amiguita y largate.

Felo comenzó a realizar una evolución simétrica, acercándose a Lola sin dejar de apuntar al argentino. Cuando llegó adonde estaba ella, puso una rodilla en tierra. Solo de reojo podía ver la máscara horrenda en la que su rostro se había convertido. Su atención seguía fija en la figura del hombre, que ahora veía a contraluz contra el sol deslumbrante.

—Lola, soy Felo.

Ella emitió un quejido y murmuró algo ininteligible. Una sola palabra, de tres sílabas. Una palabra esdrújula que él no llegó a identificar.

—¿Qué? —preguntó.

El tipo continuaba allí, con las manos en alto, inmóvil, muy tieso. Pero continuaba a contraluz y él no podía ver su cara. Ni sus ojos.

Lola volvió a repetir aquella palabra que él no entendía.

—No te entiendo, Lola. Tranquila, ahora vamos a...

Entonces, Lola le puso una mano en el pie, reclamando toda su atención. Felo la miró un momento y ella consiguió articular unas palabras que él, por fin, comprendió:

—Mátalo.

Justo en ese instante, el Flipao percibió movimiento. El hombre ya no alzaba las dos manos. Solo la izquierda. La derecha había bajado y se retiraba hacia atrás, al tiempo que el tipo abría las piernas y las flexionaba. Felo no se permitió pensarlo. Se puso en pie y, mientras caminaba hacia él, disparó el arma una, dos, tres, cuatro, cinco veces. A cada impacto, el argentino fue retrocediendo hasta que, con el sexto, notó que sus pies no podían ir más hacia atrás, que pisaban el aire, que el revólver inútil caía de su mano al vacío, igual que el resto de su cuerpo. Antes de estrellarse contra el filo del techo de un galpón y rebotar hacia el suelo de tierra, tuvo tiempo de elaborar un último pensamiento: Toda la vida andando entre el malevaje para que al final te cague a tiros un aficionado.

Felo llegó al borde del precipicio y vio el cadáver del Belmondo allá abajo, hecho un guiñapo tirado de bruces, con los brazos y los pies absurdamente extendidos. La tierra sedienta de la explanada había comenzado ya a absorber el charco de sangre que le nacía del torso.

20 DE AGOSTO

El comisario Benavides se acarició la barba mirando hacia la pared que había a su izquierda. Luego se giró hacia Perera y le preguntó:

—¿Hacía mucho que conocías a Raúl Silva, Marcos?

—Bastante. Más de diez años.

—Trabajó para usted, ¿verdad? —terció el inspector jefe.

—Sí. Hasta el 2010 o el 2011, creo. Tendría que consultarlo.

Serrano revisó sus notas.

—Como jefe de equipo...

—Al principio. Después fue coordinador y luego solamente asesor. Raúl es... Perdón, todavía no me hago a la idea... Raúl era un hombre muy competente. Trabajó muchos años en seguridad en Centroamérica. Me vino muy bien contratarlo, porque la empresa estaba creciendo y yo, la verdad, me metí en lo de la seguridad privada de rebote. Necesitaba a alguien que fuera especialista en el sector.

—¿Y por qué dejó de trabajar con usted?

—Porque quiso. Yo, por mi parte, estaba encantado con él. Pero dijo que quería establecerse por su cuenta.

—¿No seguía trabajando para usted?

—No. La empresa de Raúl se llamaba RS Investigación Privada. «R» por Raúl y «S» por Silva. Trabajaba solo y, que yo sepa, se dedicaba, sobre

todo, a bajas fingidas, fraudes al seguro y cosas así. Pero sí es verdad que yo era cliente suyo.

—¿En qué tipo de asuntos?

Perera apeló a Benavides con la mirada. El comisario pensó que quizá Serrano estaba perdiendo la amabilidad y decidió perfumar el ambiente:

—Solo lo que tú quieras o puedas contarnos, claro.

NEGOCIACIÓN Y PACTO

1

Perera decidió aprovechar bien el tiempo en casa de Isidro Padrón. Aquella mano de póquer estaba resultando desconcertante y hacía ya unas horas que había decidido adelantarse a las posibles jugadas. Apreciaba mucho a Isidro y ya, de hecho, al poner el tema en manos del Belmondo y colaborar en el asunto económico estaba haciendo por él todo lo posible. Pero el aprecio es el aprecio y los negocios son los negocios. Y él, en primer lugar, tenía que velar por sus propios intereses.

Más vale un «por si acaso» que diez «si lo llego a saber». Si llegaba el caso de que no pudieran pagar a tiempo al Ruso, no quería quedarse al descubierto. Y, por otro lado, si la gente del Belmondo fallaba, la del Ruso tenía pinta de poder encargarse perfectamente bien de algo así. Por eso esa madrugada, al levantarse, antes de salir para Tafira, ya había llamado a Iván y lo había puesto al corriente de la situación, preguntándole por último si, llegado el caso, podrían contar con ellos. Iván respondió que él se limitaría a informar a su jefe, que lo volviera a llamar en unas horas. Y luego, para su sorpresa, colgó sin despedirse.

Ahora ya habían pasado esas horas. Era casi mediodía cuando volvió a llamarlo. El tono duro en la voz de Iván lo avisó de que se iba a quedar más

solo que la una.

—*Tengo riecado para usted* —dijo el tipo con aquel acento que acariciaba las erres por encima y ocultaba una i tras cada e—. *Lamentamos mucho sus problemas y los del señor Padrón, pero no podemos hacer niada. No puede parar producción. Se ha comprometido*.

—No entiendo —dijo Marcos Perera, que, no obstante, comprendía perfectamente.

—*Nos gustaría poder ayudar, pero empresa, en la actualidad, no puede permitirse tener pérdidas. Plazos serán los mismos. No podemos hacer nada*.

—Vamos a ver, Iván, hablando se entiende la gente. Somos socios, ¿no?

—*No entendemos así. Hacemos transacción comercial. Todo el mundo gana. Nadie pierde. Si alguien pierde, dejamos de hacer transacción. Nosotros no tenemos problema. Ustedes sí tienen problema. Nosotros cumplimos siempre. Y ustedes cumplirán también*.

—Hombre, Iván...

Iván parecía haber dicho todo lo que tenía que decir.

—*Lamento tener que dejarle. Tengo trabajo. Espero llamada suya. La semana que viene. Como siempre. Buenos días*.

Iván colgó y Perera se quedó mirando la pantalla del móvil con un nudo en la garganta y la boca seca.

El Ruso no solo no le mandaría gente para echarles una mano, sino que, además, ni siquiera aplazaría los pagos. Si perdían los doscientos mil, tendrían que sacar metálico de debajo de las piedras para pagarle. Y el dinero no crece debajo de las piedras.

Entonces sonó el teléfono fijo. Era Mederos. Iban camino del hospital Insular. Con ojos de cherne, el Martillo preguntó qué había pasado y Mederos se lo contó. Les habían hecho una jugada. Mientras ellos

esperaban en La Fortaleza, los tipos habían abordado a Padrón a medio camino. Le habían salido al paso con un coche y Padrón se había estronciado.

—*Luego le quitaron el dinero y se piraron. En un Mazda blanco. Nadie tuvo tiempo de apuntar la matrícula. Cuando llegamos, lo estaban socorriendo y nosotros nos hicimos los nuevos y nos ofrecimos a llevarlo. Ahora vamos para allá*.

—¿Cómo está él?

—*Desorientado. Fue una hostia buena. Tiene un hombro hecho polvo y creo que una pierna también. No sé si algo más*. *A lo mejor las costillas, porque no respira muy bien*.

—¿Llamaste a Silva?

—*Sí, pero no me responde*.

—Me cago en la madre que parió a to esto... ¿Está consciente?

—*¿Quién?*

—Padrón.

—*Sí, don Marcos. En el asiento de atrás lo llevamos*.

—Pónmelo.

—*Un momento*.

Padrón tardó unos segundos en coger el teléfono. Hablaba como si su lengua hubiera triplicado su volumen, como si alguien estuviera sentado sobre su pecho, presionando.

—*Cabrones... No me dio tiempo de nada...*

—Vale. Ahora lo importante es que te vea un médico.

—*Y el Belmondo no lo coge...*

—Lo sé, no te preocupes.

—*¿Qué vamos a hacer, Marquitos? ¿Qué vamos a hacer?*

Perera sintió algo de vergüenza ajena al oír llorar a su socio al otro lado de la línea.

—Tú déjame a mí. Algo se me ocurrirá. Por ahora, lo importante es que te atiendan. Oye, una cosa: procura que no se te escape nada de que sabes quién se te echó encima. Que parezca un accidente de verdad y que los tipos se dieron a la fuga.

—Claro, Marcos. Eso ya lo pensé.

De pronto, Perera se acordó del revólver que Padrón había insistido en llevar consigo.

—¿Llevas todavía la herramienta encima?

—No. Se la di a Mederos.

—Eso está bien. Tú, tranquilo, querido. Yo estoy encima del tema, ¿vale?

—Pero ¿y si el Belmondo no...?

—Si el Belmondo no, Perera sí, ¿vale? —cortó el Martillo—. Déjalo de mi mano. Pásame a Mederos.

Mederos tardó menos que Padrón en coger el teléfono. Perera le dio instrucciones rápidas y precisas: él y Teresa debían dejar a Padrón en Urgencias del Insular e ir directamente a la casa de Tafira. Si no tenían noticias de Silva ni de Aday, tendrían que organizarse ellos tres.

Cuando colgó, el Martillo tenía de nuevo la boca seca y notaba en ella el regustillo acre de la impotencia. No era buena señal que ni Aday ni Silva se pusieran en contacto. Él, solamente en la ciudad, tenía casi setecientos vigilantes jurados a su disposición, pero no podía contar con ninguno para este asunto. E, indudablemente, había sobrestimado la capacidad de Silva para llevar el tema.

Cierto es que había averiguado muchas cosas, pero ninguno de sus planes había salido bien. Ahora estaban en treinta y tres, sin Aday, sin Silva,

sin Diana, sin el dinero, con Padrón camino de Urgencias y las manos de todos manchadas de sangre. Y, lo peor de todo, con la adjudicación de la contrata en el aire.

—Qué puto desastre —escupió.

Llamó a la garita de la entrada. Ahora estaba de turno Ramón, uno de los de la vieja guardia, de los que habían empezado al crear la empresa. Perera lo conocía personalmente.

—Dentro de un rato llega un Tiguan. Déjemelo pasar.

Como si el Tiguan hubiera llegado ya, se levantó y paseó por el despacho, para ayudarse a pensar. Tendría que limpiar él mismo toda aquella mierda. Pero lo haría. Y, si hacía falta, aplastaría a quien fuera. Al fin y al cabo, pensó, no por nada lo llamaban el Martillo.

2

Esta vez Felo no se desmayó. No tenía tiempo. Lo primero que hizo fue atender a Lola, que se había arrastrado hasta el jergón y parecía comenzar a recobrar los sentidos. Respiraba con dificultad, agarrándose el pecho. El tipo debía de haberle hundido una costilla. También le había roto la nariz. Y la boca. Además, alrededor de los ojos se le habían formado ya unas hinchazones rosáceas que pronto comenzarían a oscurecerse. El Flipao le acercó la garrafa de agua y un rollo de servilletas y ella, con cuidado, comenzó a limpiarse. Mientras tanto, él fue detrás de los palés, donde Lola le había dicho que estaba Diana. Y allí seguía. Al oír la paliza, al escuchar los tiros, había conseguido arrastrarse unos metros, hasta el rincón donde permanecía desde entonces acurrucada, muerta de miedo.

—Soy yo —le dijo Felo. Observó el gesto de pánico en la porción de rostro que no ocultaban ni la venda ni la cinta americana—. El hijo de puta

que vino a rescatarte se fue al carajo. No cuentes más con él. No te muevas de ahí, o te doy el mismo tratamiento. ¿Me oíste?

Cuando la piba asintió, volvió junto a Lola y, con el prepago de ella, llamó a Diego. Él y Paco tenían ya el dinero, y estaban cerca del hotel Marqués. Felo le contó lo que había pasado en la casa roja y, sobre todo, lo que acababa de ocurrir allí. Notó la rabia y el miedo de Diego al otro lado de la línea, el silencio punzante que se estableció cuando al fin acabó de entender los detalles que Felo acababa de darle.

—De todos modos, no llegó la sangre al río, Diego. Le dio una paliza tremenda, pero aquí está. ¿Te la paso?

—*Sí, por favor*.

Lola se había sentado sobre el colchón. Así respiraba mejor. Cogió el teléfono sabiendo que no debía preocupar aún más a Diego. Procuró hablar con la mayor claridad posible.

—Diego...

—*Cariño. ¿Cómo estás?*

—Fea, pero viva. El hijo de puta me dio bien. Felo llegó justo a tiempo.

—*¿Qué te hizo?*

—Nada que no se pueda remediar. Pero cuando me veas, no te asustes, que parezco salida de *Million Dollar Baby*. —Intentó reírse de su propia broma, sobre todo para que Diego la escuchara reír. Pero le costó resultar convincente.

—*Ahora mismo estamos ahí, mi amor. Y lo van a pagar. Te juro que lo van a pagar*.

—No te cojas lucha, mi niño. Ya tenemos las perras.

—*Sí*.

—Ahora hay que hacer las cosas con cabecita.

—*Sí*.

—Venga, cuelga. Ahora nos vemos.

Felo estaba ante ella, de rodillas, mirándola con su cara de flipado.

—Estoy horrible, ¿no?

—Más guapa que la Hilary Swank...

Sonrieron con tristeza. Lola le puso la mano en el hombro:

—Gracias, tío.

—Échaselas al gato... Era lo que tocaba. Somos un equipo, ¿no?

El llanto los invadió de pronto. Primero a ella, que dio un sollozo repentino y se abrazó a Felo. Después a él, que mientras correspondía al abrazo pensó en todo lo que había pasado, en todo lo que él mismo había hecho esa mañana. En su mente todo era beis y rosa. En la de Lola, en cambio, había una negrura espesa en la que flotaban chiribitas grises que dejaban leves estelas, como babas del diablo.

3

Raúl Silva. Argentino. Trabajaba para tu padre. Un matón o un sicario o un detective o todas esas cosas a la vez. Le dio una paliza de muerte a la mujer. Suave contigo. Cruel con ella. Pero ahora está muerto. El mago (ahora sabes que se llama Felo, como la mujer se llama Lola, pero para ti sigue siendo el chico de la voz de mago que ya no es tan amable), el mago de los ojos lindos y la voz amable lo mató. A tiros. Como en una película. Luego llamaron a los otros y hablaron. Hablaron con los otros y hablaron entre ellos y los oíste llorar y hablar un rato más y luego el mago le dijo a la mujer que se tendiera hasta que llegaran los otros. Uno de ellos, seguramente el de la voz apuesta, se llama Diego y es el novio o el marido o el amante o todas esas cosas a la vez de Lola, la mujer. No está bien lo que Raúl Silva, que trabajaba para tu padre, le hizo a la mujer. Oías los gritos y

los golpes, espantosos. Y las cosas que él le decía con frialdad y rabia. Más espantosas aún. Al oír gritar a la mujer pensabas en las historias de torturas que habías leído en Cortázar, en Galeano, en Orwell, en Danilo Kis. Y no. No está bien lo que Raúl Silva le estaba haciendo a Lola, seguramente por encargo de tu padre. Pero tampoco está bien lo que ellos te están haciendo a ti.

Luego llegaron los otros. El que te faltaba, el hombre grande, se llama Paco. Ahora ya se nombran sin miedo de que tú los oigas. Eso no es una buena señal. Discutieron un rato. El hombre de la voz apuesta debía de ser quien lo pateaba todo mientras se cagaba en el mundo. Al final pareció serenarse y la mujer volvió a llorar y él la consolaba. No sabes si te alegras o no de lo que Raúl Silva le hizo a la mujer. No deberías alegrarte. David diría que es monstruoso. Pero David no está aquí, atado de pies y manos, tirado en el suelo como un fardo, cegado y enmudecido. La vida cambia mucho cuando sabes que vas a perderla.

—Bueno, ¿entonces qué? —dice ahora el hombre grande que se llama Paco.

Y Diego dice lo que más has temido oír:

—Vamos a matar a la pija y a tomar por culo.

Entonces hay pasos, ruido de hombres que forcejean, más gritos y más discusión, cada vez más cerca de donde tú estás. Por debajo, la voz de la mujer va repitiendo el nombre de Diego, creciendo hasta que un enorme chillido de ella hace que cese el forcejeo. Cuando ha logrado captar la atención de todos, dice:

—Ni se te ocurra, Diego. Ya está bien.

Ha pronunciado esas palabras con dificultad, pero su tono es autoritario: está acostumbrada a que esos hombres le hagan caso.

—Pero mira cómo te dejaron, Lola. Estos hijos de puta lo van a pagar.

—Ya lo pagaron. Doscientos mil —dice ella—. Dentro de un par de semanas, esto ni se me va a notar. Y si se me nota, me puedo hacer la cirugía estética. Veinte veces. —Él aún titubea, pero la mujer insiste—: Vamos a seguir con el plan. Y vámonos de aquí de una puta vez, coño.

Entonces suena un móvil y lo dejan sonar y Diego, el de la voz apuesta, dice:

—Es el Zurdo.

—Hijo de puta —dice el hombre grande. Pero no se lo dice a él, sino al que llama—. Ese cabrón todavía nos va a intentar seguir haciendo la cama. Cógelo y hazte el loco.

4

—Dime, querido.

—No soy el que tú piensas.

—¿Quién es?

—Marcos Perera. A partir de ahora, soy el interlocutor válido. Eres Diego, ¿verdad?

—Depende de lo que penda.

—Lo que pende es tu futuro, amigo. Sé dónde vives, en esa casa roja que hay cerca del Jardín Canario. Y también sé que tu amigo Paco vive en el pasaje de las Chapas, ahí, donde las putas. De Felo solo sé que vive en el Puerto, pero es el que menos me interesa, el más inofensivo.

—Me acabas de demostrar que no sabes una mierda.

—Vale, está bien. Lo que tú digas. No te llamo para discutir, sino para solucionar este asunto.

—¿Solucionar?

—Mira, Diego, yo soy un hombre de negocios. Isidro también, pero se cegó un poco. Natural. Cuando a uno le tocan a la familia... Pero, vamos, yo soy de los que piensan que hablando se entiende la gente. Todavía podemos arreglar esto.

—¿Arreglar? ¿De qué coño me estás hablando? Tengo el dinero y tengo a la piba. ¿Tú qué carajo tienes para ofrecerme?

—Seguridad. Tu seguridad y la de tu gente.

—¿Te parecemos en peligro?

—Diego, entiende esto: no vas a salir de la Isla con esos doscientos napos. La mitad es de mi socio y la otra mitad mía. Tengo especialistas que...

—Escúchame bien, subnormal: si los especialistas que tienes son como el que mandaste a darle una paliza a la piba mía, te los puedes meter por el puto culo uno detrás de otro. Lo tengo ahí, frito, con más agujeros que la culera de un *hippie*. Y al otro gilipollas que dejaron en mi casa también nos lo pasamos por la piedra.

Perera solo empleó unos segundos en lamentar la muerte de Silva. Algo habría hecho mal. En Aday, ni pensó.

—Vale. Vamos a ver si solucionamos esto. Yo soy un hombre de mundo, Diego. Entiendo las cosas. Pero también tú tienes que entender una cosa: sé dónde estás y en diez minutos puedo llenarte eso de policías y...

—No vas a llamar a la policía. Porque, si lo haces, yo cuento de dónde viene el dinero.

—No me dejaste terminar: te lo puedo llenar de policías en diez minutos, pero solo necesito cinco para llenártelo de gente armada. Eso, o tu casa o la casa de tu amigo Paco. Tengo mucha gente trabajando para mí.

—¿Sí? Pues yo no la veo.

—Eso es lo bueno. Que no la ves. Ni la verás. Cuando te des cuenta los vas a tener encima. Y no son solo los míos. Mi gente son los Osos Amorosos comparados con los dueños del dinero.

—Tengo a la piba.

—No puedes tenerla eternamente. La Isla es muy chica para estos bisnes, Diego. O te la cargas o la sueltas. Si te la cargas, vamos a ir a por ti. Si la sueltas, también. Y, aunque no hagas ni una cosa ni la otra, ¿tú crees que a los dueños de la pasta les preocupa mucho la piba?

El silencio de Diego proporcionó a Perera la seguridad para decir:

—Así las cosas, Diego, deberíamos ponernos de acuerdo tú y yo.

—Pero, vamos a ver: ¿tú qué coño pretendes?

—Que devuelvas el dinero.

—Los cojones.

—Escucha: no todo. Yo sé que ustedes se han tomado muchas molestias para todo esto. Y entiendo que tu mujer ha sufrido un perjuicio. Mi socio y yo podemos cubrir una parte. Lo podemos considerar... no sé: una mengua de transporte. Se pueden quedar, por ejemplo, con diez mil euros.

Diego se echó a reír.

—Vete a la mierda, Perera. Y, además, te digo una cosa, como sigas así, le pego un puto tiro a la piba.

—Para, hombre, para... Era solo una cifra. Podemos negociarlo, hombre. ¿Hacemos una cosa? De la cantidad ya hablaremos. Lo que quiero que entiendas es que lo que más te conviene es eso: devolver la pasta. A cambio, nosotros nos olvidamos del asunto.

—Claro. ¿Y quién te dice a ti que luego no me mandas a tu gente? ¿O a los rusos?

—Mira, Diego, tengo a mi socio en el hospital Insular. Y ha muerto gente. A mí lo menos que me apetece es que todo esto siga igual de torcido.

Tú y yo somos tipos listos, Diego. Vamos a enderezarlo. No nos obligues a seguir con este rollo de la violencia. No nos conviene a ninguno.

Diego miró a los demás, que estaban pendientes de la conversación. Allá, tras los paneles, Diana Padrón tampoco se perdía una palabra.

—Tengo que hablarlo con mi gente. Te volveré a llamar.

—*No tardes mucho*.

—Lo que tenga que tardar.

El Marqués se guardó el móvil y se enfrentó a Paco, que lo miraba de reojo con el ceño fruncido, a Lola, que se había incorporado hasta sentarse y se palpaba las heridas con una servilleta mojada de agua y sangre, a Felo, que caminaba de un lado a otro sin dejar de mirarlo y sin soltar la pistola a la que parecía haberle cobrado afecto. Le extrañó esa actitud en Felo. Había algo distinto en él, algo que, acaso por primera vez en su vida, le hacía sentir que no era el último chaflameja. Eso es lo que debe de ocurrirle a uno cuando mata, pensó el Marqués.

—Quiere que le devolvamos las perras.

—¡Que me coja la pinga! —bramó el Salvaje.

—Nos tiene a todos controlados. Sabe dónde vivimos y cómo nos llamamos. Me amenazó con vendernos a los rusos.

—Pues que nos venda.

—Y dice que si cedemos, nos deja una parte del dinero y nos van a dejar tranquilos.

—Sí, claro, por tu cara bonita.

—No sé, Paco... El tío parecía cansado de todo este follón. Y acojonado por los muertos... Supongo que no pensaban que...

—¡Nadie pensaba, coño! Nadie pensaba que esto fuera a ser así, ni que fuera a haber sangre. Pero mira ahora: dos muertos... A lo mejor Eusebio también... ¡Tres!

—¡Cállate ya, Paco!

Se volvieron con asombro hacia Felo, que era quien había dicho esto.

—A mí no me mandes a callar, machango. Que tú aquí eres un ayudante.

—¿Ayudante? ¡Los cojones! Después de todo, lo hice yo: al que le puede caer un marrón más gordo es a mí.

Diego lo cogió del hombro:

—Tranquilo, Felo, eso no va a pasar. Si hay que comerse un marrón, nos lo comemos todos.

—¡Y una mierda! —dijo el Salvaje.

—O todos o ninguno —oyeron decir a Lola. Se había levantado y utilizaba las pocas fuerzas que tenía en mantenerse en pie, apoyada contra la pared—. ¡O todos o ninguno, joder! ¿Me estás oyendo, Paco? El pibe se buscó la ruina por todos los demás, por ti y por Diego. Y por mí. Así que, a partir de ahora, lo que diga él cuenta tanto como lo que diga cualquiera.

—¿Y si no estoy de acuerdo?

Como pudo, Lola dio un paso hacia él y se quedó allí, tambaleándose:

—Si no estás de acuerdo, va a ser mejor que acabes el trabajo que empezó el argentino ese de mierda, porque de este burro no me bajo.

Paco dio un bufido y se echó a un lado, soltando puñetazos al aire.

—Joder, joder, joder —mascullaba.

Tardó un rato en tranquilizarse. Más o menos el tiempo que Lola en volver a tomar asiento y Diego en ir hacia ella con más agua y servilletas. Más o menos el que Felo empleó en comprobar si Diana Padrón se había movido. Cuando fue serenándose, cuando volvió hacia el grupo y le dijo a Felo que lo disculpara, que estaba tenso, que tenían razón, que él se había ganado lo suyo a pulso, el Marqués propuso:

—Vamos a pensar, familia, que la cosa está peluda.

5

El plan se había ido a la mierda. Sabían quiénes eran, dónde vivían. Tenían que acabar con todo aquello sin dejar más rastro que la polvareda. Tardaron media hora en llegar a un acuerdo. Decidieron que había que hacer algo radical, algo que les permitiera salir del atolladero sin que nadie les jodiera la pavana, empezando por la policía. Y sí, tardaron media hora en llegar a un acuerdo. Pero, finalmente, tomaron una decisión, la única posible.

Diego no llamó a Perera desde allí. Subió a la explanada. Necesitaba aire y tranquilidad para negociar con él. Por supuesto, Perera se negaba a aceptar su cifra. Eso era de esperar.

—*Eso es un robo*.

—El que roba a un ladrón... Pero, mira, vamos a hacer una cosa: te voy a dejar que te lo pienses y que lo consultes con tu socio.

—*La verdad es que tengo que consultar todo esto con él* —reconoció Perera.

—Y, mientras tanto, voy a tener un gesto de buena voluntad.

Colgó sin despedirse. Aún tenía que hacer otra llamada.

6

Cuando volvió a bajar, Lola, como habían acordado, hablaba con su madre. La casa roja, por el momento, no era segura y habían acordado que convenía llevar a Lola a casa de sus padres. Pensaron que lo mejor sería fingir que había tenido un accidente con el Fiat.

—No, mamá, nada grave. Me salí de la carretera. Sí, estoy bien. Me mandaron antiinflamatorios... Pero como Diego tiene que ocuparse del

coche, que quedó siniestro total... Sí, con el mío... ¿No te importa?... Unas horitas, a lo mejor hasta mañana... No, no vale la pena que vengas a la clínica, ya me van a dar el alta... Bueno, una costilla hundida y muchos golpes en la cabeza... Y en la cara... No te asustes cuando me veas, que parezco Dum Dum Pacheco... —Esto último lo añadió riéndose, para tranquilizar a Carmita, que al otro lado del teléfono, en su casa de Escaleritas, ya estaría soltando, suponía Diego, sus «Jesús, María y José», sus «Ay, mi niña» y sus «Bendito sea Dios» habituales en ocasiones de disgusto—. Hasta ahorita mismo.

Cuando colgó, le dijo a Diego:

—La pobre está asustada.

—Natural.

—La que se va a quedar encantada es mi hermana. Así ya no va a ser la fea de la familia.

El Salvaje les cortó la risa.

—Venga, váyanse ustedes primero —le dijo a Diego—. Ya nos encargamos nosotros de lo otro.

Entre los dos, ayudaron a Lola a incorporarse, a caminar hacia las escaleras, a subirlas. Felo se quedó abajo, intentando recordar qué objetos podrían llevar a identificarlos y metiéndolos en un saco de basura. De todos modos, volverían, pero quería ir adelantando trabajo. En un momento dado, paró de recoger, dejó la bolsa y fue hasta Diana, agachándose junto a ella.

—Perdona la incomodidad. Pero ya te queda poco.

20 DE AGOSTO

—Solo lo que tú quieras o puedas contarnos, claro.

—Bueno, pues, sobre todo, alguna baja fingida. Aunque también contravigilancia. Tú ya sabes cómo están de duros los negocios, Rubén: a la que te despistas, tienes al empleado que menos te imaginas vendiéndole información a la competencia.

El comisario Benavides pareció darse por satisfecho. Serrano, en cambio, miró sus papeles como si hubiera encontrado de pronto un moco pegado en uno de ellos. Leyó:

—Raúl Silva desapareció el viernes, 2 de agosto...

—Lo sé —interrumpió Perera—. Acompañé a su mujer ese domingo, el día 4, a interponer la denuncia. Después te llamé a ti, Rubén, para ver si podías hacer algo, ¿te acuerdas?

—Me acuerdo.

Serrano hizo caso omiso de ese intercambio, diciendo:

—Y lo encontraron el día 18, anteayer, en una obra abandonada. ¿Lo sabía?

—Claro. Me quedé hecho polvo. Luego me llamó su mujer. Estuve ayer mismo con ella.

—¿Cómo está? —preguntó Benavides.

—Ya te lo puedes imaginar, Rubén. Pobre Marta... Trabajó conmigo muchos años, hasta que se casaron. Ahora...

—Raúl Silva —apostrofó el inspector jefe— presentaba cinco impactos de bala. Coincidentes con la pistola Glock del 9 mm Parabellum que tenía junto a su mano el cadáver de Aday Jiménez Santana. ¿Lo conocía usted?

—No me suena de nada.

—¿Está seguro?

—Sí, estoy seguro.

Serrano apretó los labios de una forma que a Perera no le agradó nada, y luego informó:

—Jiménez Santana falleció, al parecer, ese mismo día.

—Es lo habitual en los cadáveres —dijo el empresario.

—¿El qué?

—Haber fallecido —respondió Perera con frialdad. El inspector jefe comenzaba a caerle francamente mal.

Benavides reprimió una sonrisilla. Serrano, en cambio, le despreció el chiste. No le gustaban los graciosillos. Mucho menos los que tuteaban a su jefe.

—Silva tenía también un revólver en la mano. Un Astra, de su propiedad, con la licencia en regla. Todo apunta a que llegaron a la obra por la parte de arriba. Se encontraron allí dos coches: un Lada cuatro por cuatro que pertenecía a Silva y un Volkswagen modelo Tiguan. Por cierto, ¿a que no sabe a nombre de quién está el Tiguan?

EL ARREGLO

1

Ya te queda poco. Estuvieron discutiendo, hablaron de trasladar muertos, de mover coches, de limpiar rastros. Y acaba de decirte que ya te queda poco. Y después se ha marchado. Tú creías que estaba todo arreglado, que el infierno estaba a punto de cesar. Y ahora él te dice que ya queda poco. ¿Poco para qué? No puedes preguntarle. En realidad, no quieres. Se ha vuelto a marchar y vuelves a oír el ruido que hace yendo de un lado a otro, un ruido de bolsas y de cosas que caen. El hombre grande vuelve, mientras escuchas el ruido del coche que se aleja.

—Bueno, chiquitín, vamos a terminar con esta mierda.

Otra frase ambigua, que no te gusta. Mientras vienen hacia ti, hablan de qué coche cogerán. Por lo visto, tienen coches para elegir, pero no pueden pasearse por ahí con el coche del hombre grande. Tampoco con los de «los cabrones esos», que deben de ser los coches de los hombres que te buscaban. Y que están muertos. Al final van a llevarte en el coche de la mujer, el de Lola. Esto lo han dicho mientras entre los dos te ponían en pie. Ahora te han desatado los pies y uno de ellos, el mago, te ha cogido por los hombros para orientarte.

—Camina —ordena el otro.

Tienes las piernas flojas, pero lo intentas.

—¡Venga, coño!

—No seas bruto, tío —dice el mago—. ¿No ves que está hecha polvo?

Notas cómo el hombre grande hace a un lado al mago y ahora sientes su aliento a tabaco e insomnio.

—Hazme el favorcito de caminar o te pego un tiro aquí mismo, puta de los cojones.

Entonces sientes el temblor, el horror de la convicción de que van a matarte. Ahora sí que no puedes moverte.

El mago, como siempre, sale a defenderte.

—No la acojones más, subnormal.

Ahora es él quien empuja al otro hombre y vuelve a tomarte por los hombros.

—Tranquila, Diana. Vamos. Venga. Vámonos de aquí. Un pasito detrás de otro, ¿vale?

Así, poco a poco, comienzas a avanzar como él dice, paso a paso, abriéndote camino sobre el mismo suelo donde antes ha habido sangre y muerte. Escuchas la voz del hombre grande, más allá, canturreando burlón «Las muñecas de Famosa se dirigen al portal...». Se ríe. Se ríe, el muy hijo de puta. Ese hombre es cruel. Un verdadero canalla. El mago le dice que ya vale y el otro se burla de él, diciéndole que está encoñado, que lo tienes loquito. Y el mago lo manda a la mierda y te da un empujón, como para demostrar lo contrario. Cielo santo. Estás en manos de dos machangos, de dos chaflamejas. Van a matarte dos chiquillajes. Y tú sigues andando, colaborando con esto que es el camino a tu propio funeral. Ahora la escalera. El mago te avisa y te va contando los escalones. *Instrucciones para subir una escalera*. Absurdo pensar en esto. No es el momento. ¿Correr cuando llegues arriba? ¿Huir? ¿Cómo? Las manos esposadas a la

espalda, los ojos vendados, las piernas entumecidas. Y aunque no fuera así, ¿correr? ¿Adónde? Ni siquiera sabes dónde estás. Sol. Ahora notas el sol. Y has dejado de pisar cemento. Ahora pisas tierra y piedras. Tropiezas un par de veces. Subes una pendiente y vuelves a suelo firme. El mago te dice que te pares. La puerta de un coche que se abre. Él te dice que esperes y lo sientes moverse. Luego te agarra la cabeza con una mano y te empuja con la otra. Te dice que te tumbes en el suelo, en la parte de atrás. Es un vehículo estrecho. Viejo. Un coche viejo. Se han fumado miles de cigarros en él. El suelo apesta, aunque él puso primero algo en el suelo. Una manta. La manta que tenías abajo. Hace calor. Un calor horrible. Nadie se sienta detrás contigo. Los dos van delante. Están dando la vuelta y van por una carretera con muchos baches. Un camino vecinal o una carretera de tierra.

—Ten cuidadito —dice el Mago.

—Se hace lo que se puede...

Después de la carretera de tierra, el coche comienza a tomar curvas. Ahora el suelo es más liso. Carreteras asfaltadas, una tras otra, curva más curva. Algún badén. Un tramo largo de carretera recta, con el coche a toda velocidad. La autopista. Ellos no hablan. Y la autopista. La autopista con otros coches. Oyes los motores que adelantan o se quedan atrás. Coches, camiones, quizá alguna guagua. No puedes intentar nada. O sí. Puede que si te levantas, alguien que pase vea que te llevan amordazada y dé parte. Ahora todo el mundo lleva móvil en el coche. Todo el mundo puede anotar una matrícula. Pero, cuando vas a intentarlo, sientes la mano del mago en tu cadera.

—Ni se te ocurra moverte. No vayas a intentar ninguna tontería ahora que ya queda tan poco.

Hay más curvas. Primero muy abiertas. Luego más cerradas. Paradas, por semáforos, por algún ceda el paso que el conductor respeta con celo

recalcitrante. Entonces, una última pendiente y el coche estaciona.

—Aquí mismo, ¿no? No hay nadie.

El que ha hablado es el hombre grande. El otro se apea y vuelve a subir en la parte de atrás, procurando no pisarte.

—Venga, hazlo ya.

—Espera.

Los dos guardan silencio. Oyes el motor de un coche que se acerca, que pasa, que se aleja.

—Venga, ahora, antes de que pase más gente.

Sientes cómo te toma las manos, al mismo tiempo que abre la puerta más cercana a tu cabeza. Entonces, una mano te echa las tuyas hacia atrás y la otra manipula las esposas hasta soltártelas. Y él te empuja hacia la puerta abierta.

—Fuera.

Es aquí. Es ahora. Te va a hacer salir del coche, te va a pegar un tiro o a desriscarte y luego se irán.

—¡Que salgas, carajo!

Lo ha repetido mientras te agarra de la cintura de los pantalones y te alza con fuerza. Tu cabeza queda fuera del coche. Otro empellón y ya es la mitad del cuerpo. Casi no puedes anteponer las manos a tiempo de evitar que tu cara se estrelle contra el suelo. Pavimento. Una baldosa. Baldosas. Una calle. Sin saber cómo, ya estás completamente fuera. Te pones en pie, encogida, muerta de miedo. Él está a tu espalda. Si está ahí, si lo va a hacer, no le vas a dar el gusto de volverte. Pero él ni siquiera va a salir del coche. Desde dentro, te da un último empujón y tú sientes que vas a caer al abismo, das un grito, estiras los brazos buscando algo a lo que agarrarte. Pero pisas suelo y tocas algo rugoso, un muro de picón. La puerta del coche se cierra y reemprende la marcha y se aleja.

El sol en los ojos te arranca un quejido. Aplacas otro al quitarte el esparadrapo de la boca. Con una mano haces visera, mitigas la luz que te escandila, hasta que te vas acostumbrando y logras distinguir las baldosas, blancas y rojas, con el dibujo geométrico que reconoces. También reconoces el muro, una alta tapia de picón pintado de color teja, que recorres hacia tu izquierda hasta comprobar que sí, que estás ahí, que te han dejado a veinte o treinta metros de la puerta de entrada de la casa en la que te criaste, ante la mismísima finca de tu padre.

2

A Lola le dolieron profundamente el pánico que se pintó en los ojos de Tomasito y el gesto de horror de Carmita, que, al verla, se echó las manos a la cabeza y se puso a llorar como una tonta.

—Ay, mi niña querida. Ay, Jesusito de mi vida.

Entre Diego y ella lograron tranquilizarla, dándole bromas, quitando hierro. Por el camino, el Marqués había parado en una farmacia y le había hecho algunas curas en el coche con Betadine, gasas y esparadrapo, para intentar disminuir el impacto que, estaba claro, sufrirían los viejitos. También habían comprado Ibuprofeno y Nolotil. Era, según les dijo Paco el Salvaje, lo único que podían hacer. Y procurar no hacer esfuerzos mientras la costilla no soldara. Habían terminado la cura cuando Felo los llamó para decirles que habían dejado a la piba en casa de Padrón. Se citaron en la casa roja.

En el recibidor, Tomasito veía las noticias locales, que acababan de empezar.

Diego dejó a Lola en su cama de soltera, aquella cama en la que a veces dormía su sobrino y que Carmita vestía con sábanas de personajes de

Disney y decoraba con animales de peluche que habían pertenecido a Maribel y a Lola. Carmita fue a hacer un agua de manzanilla y él aprovechó para despedirse.

—Ahora lo mejor es que descanses.

—Tenme al tanto.

—Claro que sí. Por el momento voy a casa, a ver qué hacemos. Luego me veré con Perera.

Ella lo retuvo un momento:

—Ten cuidado, Diego.

—Claro que sí.

Antes de marcharse, se inclinó y la besó en un punto de la frente en el que parecía no tener ningún golpe. Diego aún debía de estar bajando la escalera cuando Carmita apareció en la habitación con una taza de manzanilla.

—Ay, mi hija...

—Tranquila, mamá. No es nada...

—Y ese hombre, que se marcha y te deja así...

El runrún de la caja tonta se continuaba oyendo de fondo en el recibidor.

—Se lo dije yo, que fuera. Tiene que ir a lo del coche. Hay que ver si tiene arreglo. No están las cosas para estar comprando coches nuevos todos los días, ¿no?

—Qué brutita eres, querida.

De pronto, Lola oyó algo que atrajo su atención y se levantó.

—¿Adónde vas?

—Espera, mamá, calla un momento —mandó sin dejar de dirigirse al salón, atendiendo a algo que decía la tele.

Al llegar a la puerta atendió a la voz en *off* de una reportera:

«… El macabro hallazgo tuvo lugar este mediodía, cuando el hijo del matrimonio llegó al domicilio familiar, anexo al negocio. Aunque no se descarta ninguna hipótesis, las primeras investigaciones apuntan a la posibilidad de que se trate de un nuevo episodio de violencia machista».

Y vio las colas a la nota informativa, en las que se veía a policías entrando y saliendo de un edificio, la fachada de una vivienda unifamiliar, antes de un plano general del negocio del que hablaban, la chatarrería del Margarito. Aún tuvo tiempo de leer el rótulo: «Tragedia en Telde», antes de que la locutora encadenara con unas detenciones por tráfico de drogas. Su madre la miraba con incertidumbre. Volvió a la cama y cogió el teléfono para enviarle un mensaje a Diego.

3

Diego leyó el mensaje aprovechando un semáforo y se lo reenvió a Felo y a Paco. Cuando llegó a la casa roja, ambos estaban sentados en el porche, pálidos, con el espanto tatuado en la cara.

—¿Es verdad?

—Lo miré ahora en Internet —dijo Felo—. Muertos. Los dos.

—¿Cómo?

—En «extrañas circunstancias» y toda esa mierda. Decía que «presentaban signos de una brutal agresión». Y se espera el informe del «anatómico forense» y todo eso.

Diego se encogió de hombros.

—Bueno, ustedes ya saben que se daban unas palizas de muerte.

—*Se daban*, no. *Él* se las daba a ella —dijo el Salvaje.

—A lo mejor se hartó de recibir. O no. En todo caso, puede ser coincidencia.

—¿Justo hoy? Demasiada coincidencia. Se los cargaron ellos, me cago en mi puta madre. Seguro que los torturaron para sacarles cosas de nosotros. Y seguro que el maricón del Margarito cantó. Fijo.

—Bueno, Paco, ahora ya da igual.

El Salvaje saltó como una fiera y le dio un empujón:

—¡No da igual, cojones! ¿Qué culpa tenía Ruth, eh? ¿Qué culpa tenía, coño? ¡Dime, carajo!

Se hizo un silencio doloroso. Diego y Felo miraron al suelo, para ahorrarle la vergüenza de que lo vieran llorar. El Salvaje corrió al interior de la casa y se encerró en el baño. Lo escucharon dar puñetazos a las paredes, gritar y, finalmente, gimotear como un crío.

—Estaban enrollaos, ¿no? —dijo Felo.

—Supongo que sí —respondió Diego, sentándose y encendiendo un cigarrillo.

—Habrá que quitarse de encima la Trade también, ¿no?

—Eso más tarde.

—Si les da por escarbar, van a interrogar a los habituales del Margarito. Al Salvaje y a ti, seguro.

—Ya, pero por ahora, no creo. —Lo pensó un momento y se corrigió—: Espero que no.

Se levantó y dio una vuelta por el patio delantero. Luego dio un suspiro y regresó:

—En lo que el Salvaje se desahoga, vamos a la azotea, para ver qué hiciste.

Todavía no habían empezado a subir la escalera cuando Paco salió del baño, con la cara recién lavada, y, en silencio, los siguió. Ninguno de ellos se giró para mirarlo. No necesitaban hacerlo. El ruido de su respiración

acompasada, de sus pasos precisos, les bastaba para constatar que había vuelto a la batalla.

4

Les costó poner algo de orden en el cuarto de la azotea. Envolvieron la cabeza de Aday (o, más bien, lo que quedaba de ella) en toallas viejas y luego le pusieron una bolsa de basura, que le ajustaron al cuello con cinta americana. Después lo arrastraron afuera, hasta un rincón de la azotea, y comenzaron a limpiar. Pero la tarea se complicó bastante. Paco, en algún momento, sintió arcadas y vomitó sobre el estropicio, amplificando la inmundicia. Luego, mientras limpiaban aquello, fue Diego el que se mareó. Únicamente Felo se mantenía entero. Silencioso, iba y venía entre la pileta y la puerta, llevando botellas de lejía o friegasuelos, fregonas y cepillos, baldes de agua para llenar o vaciar. Los otros, en cambio, maldecían a cada momento, se cagaban en sus propias madres, llamaban bendito a Dios y se acordaban de la polla santa de Cristo.

En algún momento, Felo se enderezó y miró su reloj:

—Chacho, las tres y veinte. Habría que pensar en comer algo, ¿no?

El Marqués y el Salvaje, que se encontraban al otro lado del charco de sangre y vómito, se miraron mutuamente y luego le clavaron cuatro ojos asombrados.

—Tío, yo creo que no voy a volver a comer en mi puta vida —dijo el Marqués.

Aprovechó para salirse del cuartito y encender un cigarrillo. El sol le hizo ver chiribitas que hacían que el bulto del cadáver en un rincón pareciera sacado de un mal sueño. Paco salió tras él y le pidió un cigarro.

Escucharon a Felo en el interior, volviendo a darle a la fregona, mientras decía:

—Pues yo tengo hambre.

Paco le dio un codazo al Marqués, señalándose la sien con el índice.

—A este se le jodió el tomate.

—Normal no está —convino Diego—. Comer, dice...

—Nunca pensé yo que este fuera capaz de hacer lo que hizo.

—Seguro que el gorila tampoco lo pensaba, pero, fíjate tú, al final se llevó un planchazo.

—O unos cuantos...

Diego reflexionó unos segundos. Luego dijo:

—Supongo que ninguno de nosotros pensó que sería capaz de hacer nada de lo que hemos estado haciendo desde ayer. Pero tampoco creíamos que todo se fuera a complicar tanto. Parecía más fácil cuando Eusebio lo planteó. Digo, lo de la burundanga y todo eso...

—Ni contábamos con que estos tíos tenían un ejército para mandárnoslo detrás.

—Pues teníamos que haberlo pensado, Paco. Lola tenía razón: esto nos viene grande.

El Salvaje se encogió de hombros y miró hacia la puerta del cuartito, por la que asomaba la cabeza del Flipao.

—Ya vale de escaqueo, ¿no? Si hay que llevar a este al hotel Marqués todavía nos queda mucha faena.

Paco volvió a la tarea. Pero Diego sacó el móvil y se apartó hacia el otro extremo de la azotea.

—Voy a llamar al tipo.

—No eres listo tú ni nada —bromeó el Salvaje, cogiendo nuevamente su fregona con el cigarrillo colgando de los labios.

5

Aunque ya casi eran las tres y media de la tarde y ninguno había comido, Marcos Perera decidió que lo mejor era que él, Teresa y Mederos permaneciesen en el despacho de Padrón, por si alguien llamaba al teléfono fijo. Hacía ya más de una hora que Diana Padrón dormía arriba, en su cuarto de soltera. Había costado convencerla de que no era conveniente llamar a la policía; de que tampoco era momento de ir a visitar a su padre al Insular, donde estaba todavía; de que lo mejor era que se tomara el diazepam que Teresa le ofrecía y se acostara para descansar, dejando el asunto en manos de ellos. No accedió hasta que le pusieron al teléfono a su padre, a quien acababan de colocarle el hombro en su sitio y que, tras las radiografías, estaba esperando a que le pusieran una escayola. La fractura de tibia era, afortunadamente, limpia. «Unas semanas con la pata tiesa y luego a bailar otra vez la berlina —había bromeado Padrón—, no te preocupes de eso, lo importante es que ahora estás en casa y estás bien». Diana Padrón asintió y Perera vio en sus ojos un brillo extraño, una tristeza que prolongaba el raro silencio de la chica, sobre todo cuando, tras colgar, miró con una repugnancia indisimulable a Teresa y a Mederos, aquellos extraños que trabajaban para el socio de su padre.

Perera y sus subordinados prolongaban el silencio, inmerso cada uno en una aplicación de su teléfono móvil. En el silencio de Mederos había rencor. Antes de que Diana apareciese, cuando ellos volvieron y el Martillo les informó de lo que había pasado y de que estaba negociando con el Marqués, habían tenido una bronca tremenda. Mederos, con la sangre envenenada, tenía ganas de buscar a aquellos hijos de puta y cargárselos a todos, uno a uno y lentamente. A Perera le costó hacerle entender que ya había corrido bastante sangre, que aquello no era una película de mafiosos y que nadie iba

a ir por la Isla, pistola en mano, ajustando cuentas. Aquello eran negocios. Habían intentado su jugada y les había salido mal, y lo que tocaba era tener un poquito de cabeza, un pizco de sentido común, intentar solucionar las cosas sin más sangre. Teresa lo comprendió rápidamente y le dio la razón. Finalmente, incluso Mederos acabó cediendo. Pero un rencor sordo le agriaba el gesto, ante la indiferencia de Perera, a quien le resbalaba que subalternos como Mederos lo quisieran o no, siempre que cumplieran sus órdenes.

Con fruición, sin perder de vista los teléfonos, Perera encendió un puro y les dijo que, si querían, podían ir a descansar un poco, mientras esperaban la llamada. Ambos se negaron.

—Además, no creo que llamen —añadió Mederos, ansioso por tener la razón en algo.

—No me sea pesimista. Van a llamar. En cualquier momento.

—Usted discúlpeme, pero no creo. Tienen el dinero y ya se quitaron a la piba de encima. ¿Por qué le van a devolver ese dineral?

—Por miedo. Esa gente no son profesionales, no se dedican a esto. Por lo que sé, por lo que le sacaron ustedes al Eusebio, son estafadores, timadores de baratillo. Querían hacer esto y retirarse. Pero no contaban con que supiéramos quiénes son. Van a devolver las perras a cambio de que nadie vaya detrás de ellos.

—Con todos los respetos, muy optimista le veo yo, don Marcos. Lo que quieren es ganar tiempo. Ahora mismo podrían estar camino del aeropuerto.

Como si quisiera joderle la pavana, el móvil de Eusebio comenzó a sonar justo en ese instante. Perera no perdió el tiempo en decirle que ya se lo había dicho. Se limitó a descolgar, mirándolo de reojo con una sonrisa de satisfacción.

—Diga.

—¿Llegó bien la chica?

—Sin problema.

—Habrás comprobado que no le hicimos daño.

—Todo correcto.

—Eso ha sido el gesto de buena voluntad. Ahora te toca a ti. Hazme otra oferta.

—Quince mil para ustedes.

—Ni de coña. Sigue así y no vuelves a ver ni un duro.

—Bueno, vamos a terminar rápido: ¿cuál sería, para ti, la cantidad justa?

—Un veinticinco por ciento.

—¿Tú estás loco? Eso son cincuenta mil. Ahora soy yo el que te dice que ni de coña.

—Pues tú verás...

—Espera. Tengo que consultar con mi socio. Te llamo en un momento.

—Diez minutos. Si no me llamas antes de diez minutos, no vuelvo a coger el teléfono.

Diego colgó y Perera empuñó su teléfono personal, confiando en que Isidro Padrón pudiera contestarle.

6

Isidro Padrón estaba esperando en un box a que le pusieran la escayola. Todavía estaba asombrado de cómo le habían colocado el hombro: como en las películas, con un brusco movimiento. El dolor fue tremendo, pero breve. Ahora podía mover el brazo. Y la pierna ya se le había inflamado. Eso, unido a los calmantes que le habían suministrado, mitigaba el dolor. Aún se sentía medio atontado y su cabreo era enorme, pero, gracias a Dios, Diana

ya estaba en casa, sana y salva. Tenía ganas de estar bien ya, de emprenderla a tiros con todos aquellos hijos de puta. Pero Marquitos le había dicho que las cosas no eran tan fáciles. Y tenía razón. Tendría que quedarse con las ganas. Y perder, encima, algo de dinero. A lo mejor, quince o veinte mil euros. A lo peor, más. Eso aún no se sabía. Perera estaba pendiente de negociarlo.

En el box hacía un calor de infierno. Quería que vinieran ya y le pusieran de una vez la escayola para poder pirarse de allí, ir a casa, ver a Diana, volver a tomar cartas en el asunto aunque fuera desde el sillón. «El lunes tendría que ir a su médico», le había dicho el de Urgencias, un tipo joven que tenía toda la pinta de no ser más que un residente. «No te quepa duda de que lo voy a hacer, chaflameja», había pensado él al mismo tiempo que asentía dócilmente. Ahora estaba ahí, esperando, asándose de calor, oyendo al personal ir y venir de aquí para allá, escuchando los quejidos que un viejito, en algún lugar cercano, daba implacablemente cada dos o tres minutos. Entró un auxiliar y comenzó a manipular la cama.

—Vamos al escayolista, a que le pongan las molduras, maestro —dijo el tipo, regalándole una sonrisa.

A Padrón le jodían esas confianzas. Pero prefirió callarse y dejarse hacer. Mientras el enfermero lo llevaba por el pasillo, sonó su móvil.

—Eso lo debería tener en silencio, cristiano —le reprendió el otro.

Obviando al auxiliar, Padrón respondió. Era su socio.

—*Querido, ¿cómo vas?*

—Me van a escayolar ahora. ¿Hablaste con esa gente?

—*Por eso te llamo. No se conforman. Quieren más*.

—¿Cuánto?

—*Cincuenta*.

—Su puta madre.

—¿Cuánto podrías cubrir tú?

7

Los diez minutos estaban a punto de cumplirse cuando el móvil volvió a sonar. Diego escuchó decir a Perera:

—Cincuenta mil. Y ni un euro más.

Diego guardó silencio un instante. Luego le dijo que esperara un momento y mostró su pulgar alzado a Felo y al Salvaje. Ellos, que lo habían estado mirando desde la puerta del cuarto, expectantes, emitieron un suspiro al unísono.

—Está bien. Cincuenta mil. Ni un euro más, pero ni un euro menos.

—¿Cómo lo hacemos?

—Hoy, a las nueve, en un sitio público.

—De acuerdo. ¿Dónde?

—Te lo digo a las ocho y media.

—¿Y eso?

—Llámalo prudencia.

—Entiendo. Me parece justo. Lo que no quiero es que haya más violencia.

—A propósito, quiero otra cosa más.

—No tientes a la suerte.

—Esto es fácil. Y encima, creo que te voy a quitar un estorbo de en medio.

—A ver.

—¿Dónde está Eusebio?

—Con nosotros. Pero en buenas condiciones.

—Mejor. Quiero a Eusebio, sano y salvo. Cuando nos veamos, yo te doy tu dinero y tú me das a Eusebio. ¿Te parece bien?

—*Me parece perfecto*.

8

Marcos Perera fue personalmente a buscar a Padrón a la salida de Urgencias. El coche lo condujo Teresa. Mederos se quedó en la casa, donde aún dormía Diana. El gorila aprovechó para subir al trastero del ático. Allí estaba el Zurdo. Se había meado encima y tenía los ojos llenos de pánico, pero, por lo demás, estaba bien. Mederos volvió a acordarse de que en el maletero del monovolumen, el mismo en el que Perera y Teresa se habían ido al Insular, seguía habiendo un regalito del que tendría que deshacerse antes de que empezara a oler.

No se molestó en dirigirle la palabra al chófer de la familia. Volvió a cerrar la puerta con expresión de asco.

Cuando regresaron del hospital, Teresa ayudó al Yunque a entrar en la casa. Querían dejarlo en el sofá del salón, pero él pidió que lo llevaran al del despacho, en contra de los consejos de Perera. Ya que no podía ver a Diana todavía, se conformaría con estar al tanto de todo. Sin embargo, Perera le dijo que no había nada de lo que estar al tanto, que todos iban a descansar un rato. Mederos y Teresa se quedarían allí y él iría a su casa, a darse una ducha y cambiarse de ropa.

Lo dejaron tumbado en el sofá del salón, con la escayola reciente y la cabeza embotada por los calmantes. Isidro Padrón se recordó a sí mismo hacía tan solo veinticuatro horas. ¿Qué estaba haciendo el jueves, a esa hora de la tarde? Recibiendo a Iván, contando billetes, haciendo cuentas, con esa arrogancia que dan el poder, la impunidad, el dinero. Isidro Padrón no

practicaba, pero era creyente. Creía en aquel Dios compasivo pero justiciero que habitaba en los catecismos de su infancia. El que lo veía todo. El que daba a cada uno lo que se merecía. El que no se quedaba con lo de nadie. Ese era el que lo había castigado. Por suerte, Diana se había quedado finalmente fuera del castigo, aunque estuvo a punto de ser ella quien lo pagara. Hubiera sido horroroso, mucho peor que morir él mismo.

Una vez había hablado de eso con Perera, de lo terrible que debe de ser la pérdida de un hijo. Notaron, durante aquella conversación, que en todos los idiomas hay términos para designar a quien ha perdido al cónyuge o a los padres. Pero que no existe ninguno en el que haya un término para referirse a aquella persona que sobrevive a su hijo. Desde ayer por la noche, no había dejado de pensar una y otra vez en esa conversación.

Tenía que animarse: ahora todo iba bien. Diana estaba arriba, durmiendo, sana y salva. Él solo se había roto un hueso. Según Mederos, la moto se podía arreglar (si bien la moto era lo que menos le interesaba: no volvería jamás a montar en una). Estaban a punto de recuperar la mayor parte del dinero. Y a tiempo de llamar a Rómulo Sánchez y cerrar, por fin, el trato. Les entregarían a Eusebio, que valiente hijo de puta había resultado ser. ¿Qué ocurriría con los cadáveres del Belmondo y de Aday? Los habían matado ellos, así que ellos sabrían lo que hacían. En este mundo, cada cual ha de saber limpiarse su propio culo.

Mañana, como tarde el lunes, todo volvería a la normalidad. Todo volvería a ser como antes, aunque ya nada jamás volvería a ser igual, porque ahora se sabía vulnerable y esa era una sensación nueva para él. Habrá que acostumbrarse, pensó. A todo se acostumbra uno. O a casi todo.

9

El sitio era perfecto: el aparcamiento al aire libre de un gran parque comercial. La gente llegaba o se iba, pasaba con carros de la compra llenos o con bolsas y carritos vacíos. Había parejas de mediana edad, familias jóvenes con niños, abuelas con nietos, todos aprovechando el comienzo del fin de semana para hacer la compra grande, la que salía más barata, esa compra del mes que no duraría ni quince días.

Se habían citado en la zona más alejada de la entrada, la que quedaba cerca del grupo de edificios donde había un *wok* y un lavadero de coches. La mayor parte de los autos procuraban encontrar estacionamiento cerca del enorme hipermercado. Así que, en ese lado, además de una Renault Express de color naranja, solo estaba aparcado el Mazda del Salvaje. Él estaba al volante y Diego en el asiento de atrás. Acababa de anochecer y en el interior solo podían ver sombras. Algo más allá, apoyado en la esquina del *wok*, fumando un cigarrillo, estaba Felo.

Llegaron puntuales y cumpliendo lo acordado: en el Tiguan, con la mujer al volante, el gorila a su lado y Perera y el Zurdo en la parte de atrás. Aparcaron cerca del Mazda y el Martillo de Tejeda, también conforme a lo pactado, se apeó. Diego abrió la puerta y lo invitó a sentarse junto a él. Sin decir palabra, le entregó la bolsa de basura.

Perera echó un rápido vistazo alrededor y, procurando no alzarlos, comenzó a contar billetes. Pero le costaba.

—Aquí veo menos que un gato de porcelana.

El Salvaje encendió la luz de la cabina y un frío resplandor blanquecino los iluminó débilmente.

—¿Con eso tiene? —preguntó sin volverse.

—Bastará, supongo.

Diego y el Salvaje se miraban a través del retrovisor, mientras el hombre de negocios contaba fajo tras fajo. Cuando finalizó, volvió a meter

el dinero en la bolsa y se dio una palmada en el muslo.

—Bien. Y ahora, ¿cómo hacemos?

—Cuando salgas, suelta a Eusebio antes de subirte al coche.

—¿Te fías de mí?

El Marqués señaló hacia el edificio del *wok*. Allí, casi en la esquina, había un hombre apoyado en la pared. El hombre fumaba tranquilamente, pero tenía la otra mano oculta. Llevaba un chándal blanco. La penumbra disimulaba las manchas de mugre y de sangre con las que se había ido salpicando a lo largo del día. Tampoco era notable el bulto de la pistola de Aday, que el Flipao sostenía debajo de la chaqueta, en el sobaco.

—Ese que ves ahí, tan chiquitajo, tiene una cacharra.

—Una cosa es tener una cacharra, y otra muy distinta, huevos para utilizarla.

—Hoy ya la usó un par de veces, así que huevos tiene. Y, por cierto, la orden que le di fue que si veía algo raro disparara primero contra ti. O sea, que va a ser mejor que todo vaya bien.

—Todo va a ir bien. No te preocupes. Nos queda un detallito: ¿qué pasa con Silva y con Aday?

—¿Los perros de presa que nos mandaron ustedes? —preguntó Diego, anotando mentalmente el nombre del muerto de su azotea.

—Sí. No hace falta que te diga que tú eres el primer interesado en que la policía no...

—Tranquilo. Eso corre de mi cuenta.

Siempre sin volverse, Paco dijo:

—Ahora tengo yo una pregunta.

—Diga.

—¿Quién hizo lo de Ruth y Alejandro?

—Aday. Parece ser que fue un accidente. La mujer, Ruth, lo atacó y el muchacho se puso nervioso. Pero ya pagó la torpeza, por lo que se ve.

Perera sintió un escalofrío al ver la lentitud con la que aquella cabezota se movía arriba y abajo.

—Pero en el fondo, era un mandado, ¿no? —lo oyó decir.

—Estábamos todos muy preocupados, buscando a Diana. Estas cosas pasan.

—Ya.

El Martillo no quiso prolongar el silencio, darles tiempo a que volviesen a hacer preguntas incómodas. Abrió su puerta, diciendo:

—Bueno, gracias a Dios pudimos parar a tiempo todo este follón. No van a volver a saber nada de mí y yo, por mi parte, voy a intentar olvidarme de ustedes.

—Me parece perfecto —dijo Diego—. Pero no te olvides de decirle a Eusebio que se baje del coche antes de subir tú, no vayamos a tener otro accidente a última hora.

Perera asintió y obedeció gesto por gesto: llegó hasta el Tiguan, abrió la puerta, le dijo a Eusebio que se bajara y, solo cuando este tenía ambos pies sobre el asfalto, se subió.

El monovolumen arrancó en dirección a la autopista. Al pasar junto al Mazda, el Salvaje creyó ver la mano de la mujer que lo conducía asomando con el dedo corazón alzado, pero no se preocupó. Le interesaba más Eusebio, que caminaba lentamente hacia el coche. Como antes con Perera, Diego le abrió la puerta. Al mismo tiempo, Felo vino para sentarse en el asiento del acompañante.

Cuando el Zurdo llegó junto al coche se quedó parado, mirando a Diego, que, desde el interior, le sonreía.

—Viejo, menos mal —decía el Marqués—. Creí que ya no te volvíamos a ver el pelo. Sube, hombre, que hay que pirarse de aquí sobre la marcha.

Eusebio, por fin, se sentó detrás del Salvaje, al mismo tiempo que Felo lo hacía en el asiento del acompañante.

—Coño, Diego, qué miedo pasé. Pensé que los habían trincado.

—Por poco —dijo Diego, poniendo una mano en el hombro de Felo—. Pero aquí, el Flipao resultó ser todo un Rambo. ¿Verdad, Salvaje?

—Sí, señor, todo un machote —dijo Paco, arrancando.

—Me tienen que contar todo lo que pasó —dijo Eusebio, algo más relajado.

—¿No te enteraste?

—Qué va. Me tuvieron todo el rato amarrado, en un trastero. Hasta me meé encima del miedo y todo.

—Claro: tú eres el que apesta así —rio el Salvaje.

—Bueno, ahora te lo contamos todo, Zurdo.

—¿Adónde vamos?

—A buscar la guita. Luego repartimos y cada palo que aguante su vela.

Enfilaron por la autopista hacia el sur. A la altura de Arinaga tomaron la salida hacia el polígono industrial y se adentraron en el laberinto de naves y calles inhóspitas que el Zurdo no podía diferenciar entre sí.

—¿Adónde estamos yendo? —preguntó.

—Ya te dije, viejo, a buscar las perras —contestó Diego.

Al parecer, sonreía. Pero Eusebio no podía verle la sonrisa. En la parte delantera, el Salvaje y el Flipao observaban un silencio tenebroso, inusitadamente interesados en la calzada desierta, en las aceras por las cuales no transitaba absolutamente nadie.

Por fin llegaron a un solar abandonado situado en la intersección entre dos calles. Allí estaba estacionada la Nissan Trade. El Salvaje aparcó justo

detrás y, como accionados por un resorte, todos se apearon. Eusebio, sin embargo, se quedó un momento junto al Mazda, mientras Paco y el Flipao subían a la caja del furgón. Diego se volvió hacia él, apremiándolo.

—Venga, viejo, que no tenemos todo el día.

Al fin, el Zurdo llegó a la Trade. El propio Diego lo ayudó a subir. Cuando entró, tardó un poco en acostumbrarse a la penumbra, en descubrir las sombras de los dos hombres en pie. Diego, a su espalda, subió y cerró el furgón y el Salvaje dio a la luz interior, que bailó en la hoja de los cuchillos que él y Felo llevaban.

—¿Esto qué coño es?

—Día de poda, viejo —dijo el Marqués.

—Pero ¿qué dices?

A su espalda escuchó la voz de Paco, diciéndole que ahora sí que le iban a dar su parte.

20 DE AGOSTO

—... Por cierto, ¿a que no sabe a nombre de quién está el Tiguan?

—Ni idea.

—Pues de Silva también. Fíjese: Silva, además del Lada de su propiedad, tenía a su nombre no solo ese, sino dos Volkswagen Tiguan en régimen de *leasing*. El otro, por cierto, no hemos logrado localizarlo.

—Eso de los coches, para mí, es un misterio.

—Y para nosotros, don Marcos. Pero permítame continuar. La cuestión es que el tal Aday Jiménez Santana y Raúl Silva llegaron a la parte alta de la obra y se mataron, al parecer, entre sí: Jiménez Santana disparó contra Silva y Silva, antes de caer al vacío, debió de arrastrarlo consigo.

—Sí, pero ¿por qué?

—Eso es lo que estamos intentando averiguar —terció Benavides—. Porque la cosa está cada vez menos clara. Explíquele lo de las ruedas, Serrano.

Serrano advirtió:

—Esto que voy a decirle no lo saben los medios, don Marcos. Confiamos en su discreción. Las ruedas del Lada y del Tiguan coinciden con las huellas de neumáticos encontradas en la escena de un doble homicidio cometido en el municipio de Telde el mismo día 2 de agosto por la mañana.

—Imposible. Raúl no sería capaz de...

—Eso no lo sé. Pero sí sé que esos dos coches estuvieron en el patio de Alejandro Déniz Pacheco y Ruth Márquez Marrero, un matrimonio que fue asesinado a tiros en su propia casa. No encontramos las balas, pero el arma homicida pudo ser, perfectamente, la Glock que tenía Aday Jiménez Santana.

—¿Ves lo liado que está todo, Marcos?

—Sí, pero yo no creo que Silva pudiera andar metido en eso —insistió el empresario, que se había puesto pálido.

—Ya lo dijimos antes, Marcos: uno nunca sabe a quién está metiendo en casa.

HACERSE HUMO

1

Perera telefoneó a Padrón para decirle que todo había ido bien: se había quitado de encima a Eusebio y tenía el dinero. Padrón le preguntó si pensaba ir a Tafira y él respondió que estaba hecho polvo, que era mejor que cada uno se fuese para su casa a descansar. Añadió que al día siguiente por la mañana iría a verlo con el dinero y llamarían a El-que-te-dije. Padrón estuvo de acuerdo, y aprovechó para darle las gracias por todo lo que había hecho. Perera le dijo que se dejara de mariconadas, que aquella putada se la habían querido hacer a los dos.

Padrón dejó el teléfono sobre la mesilla, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Entonces sintió los pasos arriba, los pasos tenues de los pies descalzos de Diana recorriendo el pasillo, bajando las escaleras, dirigiéndose al salón. Cuando la vio aparecer, sin poder evitarlo, se echó a llorar.

2

El Mazda de Paco el Salvaje llegó a la casa roja. De él solo descendieron Felo, el Marqués y el dueño del coche. Entraron en la casa e

hicieron turno para lavarse las manos. Los tres experimentaban un asco infinito, pero sabían que habían hecho lo que debían hacer. No hubo más comentarios sobre el tema. En la cocina, contaron el dinero, lo dividieron en cuatro partes iguales y Felo y el Salvaje se guardaron las suyas. Diego sacó el Jägermeister de la nevera y sirvió chupitos. Después de la segunda ronda, le preguntó a Felo qué pensaba hacer.

—Le pago al Ñato una guita que le debo y después me hago humo.

—¿Adónde?

—No tengo ni puta idea. Al Godo, supongo. Me llevo lo que pueda y lo demás, ya veremos.

—En todo caso, en el avión puedes llevar hasta diez mil euros sin declararlo. Pero, hazme caso: compra colorao. En diferentes joyerías, para no dar el cante. Y lo más caro que encuentres: pulseras, cadenas, anillos... Cualquier cosa de oro que te puedas poner.

—Como los gitanos.

—Eso: como los gitanos. Toma ejemplo: ellos son supervivientes. —El Marqués se volvió hacia Paco—. ¿Y tú?

El Salvaje miraba en ese momento al jardín trasero. Tardó en darse cuenta de que se refería a él.

—Ni idea.

—Por lo pronto, no puedes volver a tu casa. O, si acaso, pásate por allí esta noche para coger lo que te vaya a hacer falta. Pero mañana, a más tardar, ya los tienes allí.

—Lo sé.

La luz proveniente de la cocina mostraba el primer parterre y el nacimiento de la escalera. Allí, una dama de noche exhalaba su fragancia, que llegaba hasta él. El Salvaje se fijó en el tiesto. Debía de haberse manchado cuando bajaron el cadáver del gorila. Maquinalmente, humedeció

una bayeta y salió para limpiar la mancha. Felo y Diego salieron tras él y lo observaron restregar la superficie de cerámica del macetero. La mancha no salió del todo: se convirtió en un borrón de suciedad.

—Lola va a echar de menos esto —le dijo a Diego.

—Le va a dejar las llaves a la madre, para que cuide la casa. La hermana subirá los fines de semana. Y algún día volveremos, supongo.

—Asesinos, hijos de puta... —masculló el Salvaje.

Diego fue hasta él y le puso la mano en el hombro.

—Paco, no te cojas lucha. Los cabrones esos ya están...

—Esos sí, pero el que los mandó no.

—No se puede tener todo. Míralo desde este punto de vista: le metimos una levantada con el coche, lo tuvimos acojonado desde ayer y encima nos vamos a largar con el dinero suyo. ¿Qué más se puede pedir?

—Un poco de justicia.

—Como empecemos a hacer justicia, los primeros que tendríamos que caer somos nosotros, que empezamos toda esta mierda.

El Salvaje miró a Felo, que dio la razón a Diego con un asentimiento.

—Paco, ¿por qué no te vienes con Lola y conmigo? —le dijo el Marqués mientras volvían al interior—. Donde caben dos, caben tres. Diez o quince días allá, pescando, y lo vas a ver todo distinto.

—No. Me quedo aquí. Me voy un par de días al campo y luego ya veremos.

Diego no insistió. Pero no le gustaba nada lo que podía leer en los ojos de Paco.

Se despidieron en el patio. Se abrazaron. Se prometieron llamarse en un par de semanas, cuando la cosa se hubiese tranquilizado un poco. Lo de Alejandro y Ruth seguía considerándose violencia machista, pero cuando el Zurdo apareciese, la policía no tardaría en buscarlos para interrogarlos.

Felo y el Salvaje se fueron juntos en el Mazda, después de darle recuerdos para Lola.

—En un par de días les doy un telefonazo —les gritó, pero no supo a ciencia cierta si le habían oído con el acelerón.

Una vez solo en medio del patio, Diego el Marqués se quedó mirando al cielo estrellado. El aire continuaba cargado, pero los alisios comenzaban a refrescarlo. Sintió el silencio unánime, roto tan solo por un grillo que debía de andar entre las buganvillas. En su reloj habían dado ya las once de la noche. Ya era hora de coger las maletas e ir a buscar a Lola.

3

Él tumbado en el sofá y ella sentada en el sillón de orejas, dejaron llegar la medianoche reconociéndose. Pasaron las preguntas, las respuestas, las explicaciones, los abrazos, las nuevas preguntas, las viejas respuestas. Pasó también el momento de las lágrimas, de los suspiros, de los quejidos ahogados, de la respiración profunda, del alivio y de la pena. Luego, Diana hizo té y continuaron hablando, como hacía tiempo no lo hacían. Y hablaron de la madre de Diana, aquella mujer que parecía feliz con sus maromos y sus viajes; de su hermano, aquel hijo de Isidro Padrón que no llamaba si no necesitaba dinero; del tal Ernesto, que no era trigo limpio y había resultado ser un estafador llamado Fito; de David, que salvo algún correo electrónico no había vuelto a contactar con Diana. Por último, hablaron de la empresa, del trabajo de ella y la preocupación de él porque no parecía querer ascender, tomarse más responsabilidades.

—No sé si quiero ascender en Islocasa, papá.

—¿Por qué no? Yo, algún día, voy a tener que retirarme. Y en manos de tu hermano no la veo.

—Yo tampoco. Pero eso no quiere decir que tenga que acabar en las mías.

—Pero ¿por qué no? —insistió Padrón.

—Por el mismo motivo por el que ni tú ni Perera han querido llamar a la policía.

—Los secuestradores me amenazaron con matarte si llamaba —mintió Padrón.

—Eso tenía sentido hasta ahora. Pero ahora ya estoy aquí. —Diana se estiró, alcanzó el móvil y lo puso ante él—. Ahora ya puedes, ¿no? ¿Te recuerdo el número? ¿O quieres que llame yo?

Isidro Padrón prolongó el silencio unos segundos. Luego dijo:

—Prefiero olvidarme de que todo esto ha pasado.

—Tú sí, pero yo no.

—Tú también vas a tener que hacerlo. Va a ser lo mejor para todos. En cualquier caso, no sé qué tiene que ver eso con la empresa.

—Que no voy a seguir trabajando en una empresa que maneja dinero sucio.

—La empresa no maneja dinero sucio.

—Lo manejas tú. Y, como dices siempre, la empresa eres tú. No me digas mentiras, papá. No me mientas más, joder. Sé lo que hay. Lo siento, pero no puedo con eso. Ese dinero está manchado. Me da mucho asco.

Padrón resopló.

—No te daba tanto asco cuando te pagaba los estudios y los viajes. O cuando sirvió para comprarte el ático.

—Entonces no lo sabía.

—Ya. Tú pensabas que yo el dinero lo fabrico, ¿no?

—No. Pero pensé que lo ganabas honradamente.

Padrón se echó a reír.

—Chiquilla, ¿tú no lees los periódicos? ¿No sabes en qué país vives? Aquí quien no paga no pilla. Todas las empresas tienen una caja B para untar a los que reparten el queso.

—Todas no.

—Todas las que triunfan. Los que no pagan, no aguantan mucho. Son putos perdedores.

Diana asintió, pero agregó a continuación:

—No es solo que untes a los políticos, papá. Es de dónde proviene el dinero.

—¿Y de dónde proviene? ¿Tú lo sabes? Yo te juro por Dios que no lo sé.

—Ni quieres saberlo...

—Ni quiero saberlo, tú lo has dicho.

—Ojos que no ven, corazón que no siente.

—Aquí el corazón no pinta un carajo, Diana. El dinero, dinero es. No me interesa de dónde venga, sino para lo que sirve: para que a mis hijos no les falte de nada, para dar trabajo a un montón de gente que también tiene hijos...

—No me vengas con eso. Te importa una higa la gente que trabaja para ti.

—Eso no es verdad.

—Ya. Se notó el año pasado, cuando perdiste el culo para aplicar la reforma laboral. A mí no me vengas con esas milongas, papá. Puede que Tomás y yo sí te importemos, pero la gente de la empresa te da igual.

Isidro Padrón se encogió de hombros. Diana, exasperada, se concedió una tregua llevando las tazas vacías a la cocina. Al volver, le pidió permiso para usar su ordenador.

—Claro. ¿Qué vas a hacer?

—Consultar el correo.

Mientras ella trasteaba en su despacho, Isidro Padrón se levantó y cojeó hasta el baño. Por suerte, hasta que se hiciera con unas muletas, disponía de un bastón de paseo. Eso le permitió llegar a tiempo de no mearse encima. Luego, de regreso al salón, asomó la cabeza y la vio dando clics de ratón.

—¿Todo bien?

Diana lo miró por encima de la pantalla.

—Perfectamente. Acabo de pillarme un pasaje.

—Me parece bien. Puedes cogerte un par de semanitas, si quieres. Te vendrá bien. ¿Adónde vas a ir?

—Por el momento, a Madrid. Me quedaré unos días con Tomás. Luego ya veremos.

—Perfecto. ¿Necesitas dinero?

—No te preocupes. Tengo algo ahorrado.

—Bien. Cuando vuelvas ya lo verás todo de otra manera.

—La verdad es que no sé cuándo voy a volver. Por cierto, me harías un gran favor si llamas el lunes a la asesoría, para que me arreglen los papeles.

Padrón dejó colgar su mandíbula. Como pudo, avanzó hacia el interior del despacho y se sentó frente a la mesa. Se quedó allí, escarranchado, y se secó con la manga el sudor que le empapaba la frente.

—Pero, vamos a ver, ¿lo vas a mandar todo a la mierda así, sin más?

Por toda respuesta, Diana se levantó y le dijo:

—Salgo el martes por la mañana. El lunes te llamo para despedirme. Hasta entonces, la verdad es que ya no me apetece hablar más contigo.

La escuchó ir al salón, coger su móvil y pedir un taxi, mientras salía dando un portazo.

Isidro Padrón se quedó mirando aquel escritorio en torno al cual había maquinado lo imposible para salvarla. Se sintió despreciado. Y también se

sintió solo. Esto último era lo lógico, porque ahora, definitivamente, lo estaba. Para siempre.

4

La luna era una uña, una sonrisa de Gato de Cheshire, un doble cuerno que no pertenecía a cabeza alguna. Por el paseo de la playa de Puerto Rico pasaban grupos de pibes y pibas que iban a los aparcamientos de uno u otro de los centros comerciales. Pero en el muelle no se movía nada.

Diego y Lola se bajaron del Opel, lo miraron sabiendo que sería la última vez que lo hicieran y se encaminaron hacia el muelle de atraque. Ella se había puesto unas gafas de sol y una gorra, para intentar disimular lo indisimulable. Estaba aún molida por los golpes, así que él se encargaba de arrastrar los dos *trolleys*, uno con cada mano. Una mochila, que también llevaba él, completaba el equipaje. Derek y Jorge los esperaban en el *San Patricio*. Cuando, días antes, Lola había hablado con Derek sobre posibilidades y precios, le había dicho que probablemente no hiciera falta, que aquel viaje a Fuerteventura formaba parte tan solo de un plan B, una salida por si algo se les torcía en un negocio. Él no quiso saber más, ni ella explicárselo. Fijaron condiciones y quedaron en que si ella no lo llamaba se olvidase del asunto. Pero ella lo había llamado esa tarde, mientras el Marqués subía a ver a Floro, y el irlandés le había preguntado si algo se les había torcido. Ella respondió que todo.

No hizo falta que Lola se quitara las gafas para que los dos hombres supieran que le habían dado la del pulpo. Derek miró de reojo a Diego.

—No te preocupes. El que le hizo eso ya se llevó lo suyo —dijo el Marqués.

Derek continuó mirándolo, suspicaz, y Diego, al percatarse, le regaló una mala palabra que Derek le devolvió. Fue Lola quien rompió el intercambio.

—Fue un hijo de puta que andaba detrás de nosotros. Me trincó sola.

Derek se relajó. También Jorge, que, sin que ellos se dieran cuenta, acariciaba el mango de su cuchillo.

Embarcaron, y Derek les indicó la bodega.

—Lo que te dije: no es buena idea que zarpemos de noche. La Guardia Civil se puede pensar que llevamos mercancía y registrarnos. Es mejor de día. Si alguien pregunta, los llevamos de pesca. Pueden dormir en el camarote. Abajo hay bocadillos y cerveza.

—¿Y tú dónde vas a dormir? —preguntó Lola.

—En casa de Jorge. Volvemos por la mañana, a las seis.

Cuando ya se iban, Diego lo llamó.

—Prefiero dártelo por adelantado —dijo, poniéndole un fajo de billetes en la mano.

Derek lo contó.

—Es más de lo acordado.

—Por las molestias.

—Y la discreción, ¿no?

—También.

Derek se metió el dinero en el bolsillo de las bermudas y se reunió con Jorge, que se había quedado esperándolo.

5

El viernes, Marcos Perera no subió a dormir con su mujer a Tejeda. Se quedó en el piso de León y Castillo que solía usar entre semana. El sábado

se despertó temprano, tan cansado como si hubiera andado de farra toda la noche. Mientras se hacía un café, llamó a su mujer. Le contó que tenían un problema con unos balances que no habían cuadrado y que a la hora de la merienda, como tarde, estaría en casa. «Más te vale, si no quieres que te ponga a régimen», lo amenazó ella. Perera acarició la idea de una noche golfa en la intimidad con su mujer. Eso le haría olvidarse de los sustos y los líos, de la culpa que ahora venía con fuerza a mancharle las manos y la memoria. Tras colgar, pensó en Marta. Ella estaba acostumbrada a que Silva desapareciera un par de días. Seguramente, hasta el lunes no lo llamaría. Pero, cuando lo hiciera, le tocaría hacerse el nuevo, inventarse una historia verosímil que no lo relacionara con la desaparición.

Cruzaría ese puente cuando llegara a él. Por el momento, llamó a El-que-te-dije. Bromearon un rato y luego Perera le recordó que tenía las entradas a su nombre en la taquilla. Sánchez Blay se lo agradeció y él le quitó importancia. Luego pasó directamente al asunto: se citaron a las dos, en un restaurante de La Puntilla. El-que-te-dije se encargaría de reservar mesa.

Cuando se acabó el café. Se dio una ducha, se cambió de ropa y metió la bolsa de basura, que había dejado dentro del ropero, en una mochila. Antes de salir, envió un mensaje a Padrón, diciéndole que subía para Tafira.

Isidro Padrón lo esperaba también con ropa limpia. Perera había confiado en verlo más fresco, más contento, pero el Yunque tenía un aire mustio de tortuga autolítica. Prefirió no preguntarle a qué venía esa cara. Tampoco le preguntó por Diana, cuya ausencia le llamó la atención. Fueron al grano: en el despacho de Padrón, bañado por la luz del sol que atravesaba los ventanales, el Martillo sacó la bolsa de la mochila y volcó su contenido sobre la mesa.

—Ahí está... —dijo Perera.

Padrón miró los billetes con el ceño fruncido. Luego tomó un billete de cincuenta euros. Lo miró al trasluz y lo arrugó.

—Joder... —masculló, entregándoselo a su socio, cuyo rostro se había ido arrugando también hasta adoptar una mueca de ira, según iba observando las manipulaciones de Padrón.

—¡No me jodas! —esto lo dijo entre dientes. Luego, un aullido fue surgiendo desde el fondo de su estómago, hasta estallar en sus puños, que golpearon una y otra vez la mesa mientras gritaba—: ¡Hijos de la gran puta! ¡Cabrones de mierda! ¡No puede ser! ¡Me voy a cagar en la puta perra que los parió! ¡Los voy a buscar! ¡Los voy a buscar y les voy a arrancar el puto hígado!

Perera continuó golpeando el escritorio. Isidro Padrón ni siquiera le echó en cara que se la hubiera dejado pegar con aquellas estampitas. Solo lo miró con tristeza y se derrumbó sobre su asiento. Por un momento, quiso dudar de su primera impresión. Pero ni siquiera tuvo que arrugar otro billete: ningún billete de cien podría tener aquel color tan oscuro. Apoyó el codo en el borde de la mesa y la frente en la palma de la mano. Era lo único que se mantenía firme en ese instante. El resto del mundo se desmoronaba.

6

A esa hora, el *San Patricio* llevaba un rato en travesía hacia Morro Jable. Nada más salir de Puerto Rico, Lola y Diego dejaron el camarote y se instalaron en las hamacas de la cubierta de proa. Jorge les trajo un café y se sentó con ellos. Navegaban a motor, no llevaban turistas y, por tanto, no necesitaba montar el numerito de desplegar la vela. Había ido solo para acompañar a Derek y, secretamente, porque no se fiaba mucho de Diego, de

quien solo sabía que se dedicaba a chanchullos y había robado la novia a su jefe.

Con el rumbo ya fijado, Derek hubiera podido salir de detrás del timón y sentarse con ellos a desayunar. Pero prefirió quedarse allí, mirando al horizonte.

—Cuando lleguemos, ¿habrá algún problema para desembarcar? —preguntó Diego.

Jorge escupió más allá de la borda y dijo:

—Ninguno. Derek pidió los permisos de atraque desde ayer. En cuanto lleguemos, los soltamos allí y volvemos.

—¿No se van a quedar ni a pasar el día? —preguntó Lola.

—¿Para qué? Yo, Fuerteventura, la tengo más que vista. Y a Derek, Morro Jable le parece un puto erial.

Continuó allí, sentado junto a ellos, mirando hacia el norte. De vez en cuando, echaba un vistazo al perfil de Lola, como si no pudiera creerse aquellos moratones y cortes. No obstante, ni siquiera la curiosidad lo sacaba de su laconismo.

Fue Lola quien, la tercera o cuarta vez que la miró, se volvió hacia él:

—Sí, me dejaron la cara hecha un mapa.

—Hay que ser muy hijo de puta para hacerle eso a una mujer.

—El cabrón se me puso encima y se despachó a gusto. Pero ¿sabes qué? Yo creo que tan hijo de puta no era.

Diego y el marinero la miraron sorprendidos.

—No, en serio, lo he estado pensando. En el fondo, el tipo solo hacía su trabajo. Hacía lo que le tocaba hacer. Igual que nosotros, que estamos haciendo lo que nos toca. Yo me lo busqué. Y él se buscó lo que le pasó luego. Y el que sus males se busca, que vaya al infierno a quejarse, ¿no?

Diego le tomó la mano.

—Venga, anímate un poco. Todo va a ir bien.

—Nada va a ir bien, Diego. Míranos, corriendo como ratas. Todo esto es una mierda.

Inmediatamente después comenzó a llorar, con un llanto quedito, manso, inconsolable. Diego le echó un brazo sobre los hombros. Jorge prefirió volverse con Derek. Era de esos hombres que saben cuándo sobran.

7

Felo el Flipao se preguntó a sí mismo si le pagaría al Ñato o no. Se lo preguntó el sábado, al despertarse, con agujetas y dolor de cabeza, como si regresase de una gran borrachera y tuviera una intensa resaca. Se lo preguntó mientras se duchaba, intentando sacarse bajo el chorro ardiente el hedor a muerte que sentía pegado a la piel. Se lo preguntó nuevamente mientras metía en un bolso de viaje unas cuantas mudas y las únicas posesiones dignas de llevarse consigo: una agenda telefónica, un bolígrafo que le había regalado su padre cuando cumplió dieciséis años y una foto de su madre, que extrajo de su marco de metacrilato y metió entre las páginas de la agenda. Volvió a preguntárselo mientras se vestía con la ropa más presentable de la que disponía: unos pantalones vaqueros, una camisa gris con el cuello raído y unos zapatos náuticos con la cuerina agrietada. Mirándose al espejo, recordó por un segundo la última vez que se habían visto, cuando terminó con las napias reventadas y la camisa manchada de sangre. Y, por último, cuando ya estaba listo para salir, se preguntó por qué se lo preguntaba. Dos, acaso tres días antes, no se hubiera hecho esa pregunta. Dos o tres días antes andaba metido en un lío gordísimo precisamente para conseguir el dinero con que pagarle y quitárselo de encima. Pero ahora, dos o tres días más tarde, ya no era el mismo.

Y decidió que sí, que le pagaría. Le pagaría y se lo quitaría de encima para siempre. Le envió un mensaje de móvil y después olvidó el teléfono sobre la cama. Volvió a contar el dinero y separó lo del Ñato. Esos billetes, los del pago, se los metió en uno de los bolsillos delanteros del pantalón. El resto lo guardó en una mariconera, que metió, a su vez, en el bolso de viaje. Después de pagar al Ñato, iría a una agencia de viajes.

Cuando media hora más tarde el Ñato llegó a su cita en una de las terrazas del parque Santa Catalina, miró la bolsa a los pies de Felo.

—¿Te vas de vacaciones, compadre? —preguntó sentándose frente al Flipao, que tomaba el segundo trago de su primera caña—. ¿O te apuntaste al gimnasio?

Felo no contestó. La llegada del camarero interrumpió el silencio incómodo, que se prolongó nuevamente hasta que trajo al Ñato la Tropical que había pedido.

—Bueno, ¿qué? ¿Trajiste la movida?

Felo miró a su alrededor, a los turistas y vejestorios que cruzaban el parque, a los inmigrantes de diferentes países que holgaban en los bancos, a los borrachines que, en torno a un alcorque, procuraban ocultar sus latas de cerveza a la dotación de la lechera que hacía su guardia habitual, a unas decenas de metros de ellos. Solo tras asegurarse de que nadie los miraba, se hizo hacia atrás, sacó el fajo de billetes y se lo alargó al Ñato por debajo de la mesa. El Ñato se lo guardó rápidamente en uno de los bolsillones de sus pantalones cagaos.

—¿Incluíste los intereses? —preguntó.

—¿De qué mierda de intereses me estás hablando?

—Habla bonito, coño —dijo el Ñato. Después añadió—: Los intereses, Flipao. El dinero no vale lo mismo un día que otro. Y tú te pasaste un

huevo. Esto, hace dos semanas, estaba bien. Ahora me debes... A ver... ¿Cuatro?... No, cinco: quinientos más, por las molestias.

El muy hijo de puta hasta se había parado a fingir que estaba haciendo los cálculos. Felo volvió a mirar en derredor, a los policías que entraban en su furgón y se iban a hacer guardia a otra parte. Se hizo hacia delante hasta quedar bien encarado con el Ñato.

—Que te frían un huevo —dijo Felo sin perder la sonrisa.

—¿Te me vas a poner chulo, bobomierda? A ver si te voy a tener que romper la cara.

—La cara no: lo que me vas a romper es la polla. Pero a lametones, subnormal —dijo Felo.

El Ñato volvió a su rollito de morderse la lengua con furia.

—Mira, loco, no me estés buscando...

—No me hace falta buscarte, gilipollas. Te tengo delante. A ver qué haces, maricona.

De pronto, el Ñato se lo pensó dos veces. Estaban en una terraza, rodeados de pensionistas y gente de orden que leía el periódico. La policía acababa de irse y no podía andar lejos. Pero, aparte de todo eso, había algo nuevo en la actitud de Felo: una seguridad que jamás le había visto antes, una cierta templanza en su forma de echarse hacia atrás en la silla y abrir los brazos, como esperándolo. Algo le dijo que esta vez las cosas no serían tan fáciles. Si le entraba, Felo se defendería. Y se liaría una grande. Con el dinero en el bolsillo, no valía la pena ser tan avaricioso.

Lo vio levantarse, coger su bolso, comenzar a andar en dirección al muelle.

—¿Dónde vas, tolete? ¿Te crees que no te voy a encontrar?

Entonces ocurrió algo que el Ñato no esperaba. Felo se volvió y le dijo:

—Más te vale no encontrarme, porque yo no me voy a conformar con darte una paliza. ¿Me entiendes?

—Tú no sabes lo que...

—Que si me entiendes.

El Ñato comprendió lo que el propio Felo había comprendido esa mañana: que ya no era el mismo. Ahora, iluminado por la luz del sol, plantado allí en medio con el bolso en una mano y la otra metida en el bolsillo trasero del pantalón, le pareció algo más corpulento, un poco más alto y, sobre todo, muchísimo más firme. El Ñato se conformó con decirle:

—Vete a cagar por ahí.

Luego desvió la mirada y dio otro buche a la Tropical, mientras registraba de reojo cómo Felo se giraba y continuaba camino. Lo que no pudo ver era que en el rostro del Flipao había una sonrisa.

8

Perera llamó a lo que quedaba del equipo del Belmondo y se unió a ellos en la búsqueda.

Primero se dirigieron a la casa roja. Después al pasaje de las Chapas. Por último, a la casa de Eusebio en San Juan.

Forzaron puertas, hicieron registros, exploraron ordenadores, pero solo les fue posible constatar lo evidente: habían volado. Casi a medianoche del sábado, Perera decidió que ya era suficiente y dijo a Teresita y a Mederos que podían irse, que nada se podía hacer ya, que era mejor olvidarse de todo aquello. Hizo una última llamada a su socio para darle el parte. Padrón, al otro lado de la línea, maldijo a todos los santos. Perera cortó la comunicación a mitad de un *mecagoendiós*. Estaba en el interior de su coche, estacionado cerca de La Portadilla de San José, y Teresita y Mederos

acababan de irse. Calculó que no llegaría a Tejeda antes de la una de la madrugada y que su mujer, harta de él o de su ausencia, se habría acostado ya sin esperarlo. Iba a arrancar ya cuando el teléfono volvió a sonar. En la pantalla vio que quien llamaba era Marta, la mujer del Belmondo. Exhalando un resoplido, descolgó la llamada.

9

Paco el Salvaje no había planeado marcharse. Por prudencia, en lugar de ir a su casa, tomó habitación en uno de tantos hostales de la zona de Las Canteras. Allí dejó pasar los días, comiendo en bares de menú, viendo la tele y leyendo los periódicos, dando largos paseos por la playa solo cuando el sol ya se había puesto y emborrachándose en cualquier local que el Diablo hubiera abierto entre La Puntilla y La Cícer. Solía regresar de madrugada, tambaleándose y conteniendo una ira que no lo había abandonado en ningún momento.

Uno de los primeros días (una de las primeras resacas), llamó a unos apartamentos de Fuerteventura y preguntó por Benito García Rojas. Después de la conversación, supo que habría de esperar. Decidió aprovechar el tiempo. Se emborrachó menos y se entretuvo vigilando la empresa de Padrón, cuyas oficinas no quedaban lejos del hostal. Pero el Yunque no vino a trabajar ninguno de los días en que montó guardia. Debía de estar aún de baja.

Reanudó sus paseos nocturnos, sus borracheras solitarias. Una noche de sábado, conoció a una mujer y se dejó acompañar por ella al hostal. La mujer era más joven que él, pero parecía más vieja, bajo la pátina de afeites y vapores etílicos que la cubrían. Paco el Salvaje pensó que él tampoco debía de resultar muy agradable, con su gesto triste y su pestazo a ron y a

sudor, pero, aun así, fue incapaz de disimular su repugnancia cuando ella se quitó las bragas. La mujer se dio cuenta y se sintió ofendida. Lo cubrió con un manto de insultos, mientras volvía a vestirse. Paco permaneció tumbado en la cama, ignorándola, hasta que ella se marchó dando un portazo. Luego hizo lo que había hecho cada noche desde entonces: se puso de lado e intentó cerrar los ojos para dormir. También, como cada noche, le resultó imposible y acabó dando con la misma conclusión de siempre: la única manera de hallar paz era buscarles la ruina a aquellos hijos de puta, pero, si los denunciaba, nadie lo creería a él, que era un muerto de hambre. Solo había una forma de buscarles la ruina: buscándosela él mismo.

20 DE AGOSTO

—Ya lo dijimos antes, Marcos: uno nunca sabe a quién está metiendo en casa.

Perera asintió.

—A propósito —atacó nuevamente Serrano—, no solo se había denunciado la desaparición de Silva. También buscábamos a Jiménez Santana. La denuncia la interpuso su madre el sábado, día 3. Según la mujer, el hijo trabajaba con Silva. Aunque no sabe mucho más.

—¿Y?

—Sin embargo —dijo Serrano, como si no hubiera oído a Perera—, en los registros de la Seguridad Social no consta que Silva tuviera empleados. Y eso es muy raro, porque ¿para qué quiere tres coches un tipo que trabaja solo?

Perera se encogió de hombros.

—Y eso no es lo más raro. Lo más raro es que usted dice no conocer a Aday Jiménez Santana.

—¿Por qué es raro eso?

—Porque Aday Jiménez Santana trabajaba para usted.

—¿Para mí?

—Sí. Estaba contratado como vigilante jurado en Seguridad Keys. Desde hacía cuatro años.

Perera enarcó las cejas un momento. Luego dijo:

—Inspector: tengo, en la actualidad, 5.324 empleados en total. De estos, 697 son vigilantes jurados. ¿Los tengo que conocer a todos? Piénselo: 697.

—Ahora son 696.

Se hizo un silencio. Serrano se le había encarado y Perera ya no se preocupó de disimular el cabreo.

—No entiendo a qué viene que me cuente todo esto. —Se volvió hacia el comisario Benavides—. Rubén, ¿qué coño pasa aquí?

—No te ofusques, Marcos. Es solo que esto está muy complicado y no sabemos a quién preguntar.

—Vale, pues pregunten algo. Desde hace un rato, lo único que están haciendo es contarme cosas poco a poco, como si esto fuera una jodida novela de suspense. Date cuenta, Rubén: hace dos días encontraron muerto a Silva, que era un buen amigo, y ayer mismo...

—Lo sé, Marcos, lo sé. Precisamente por eso...

—¿Qué quieres decir, Rubén? ¿Tú crees que esto puede tener relación?

—Tú me dirás. Teníamos seis fallecidos por muerte violenta durante el primer fin de semana de agosto. Aparecidos en diferentes lugares pero todos, seguramente, relacionados entre sí. Yo puedo aceptar que Silva y Aday mataran al matrimonio este de Telde y luego se mataran entre ellos. Hasta puedo aceptar que antes acabaran con Sarmiento, que apareció en el fondo del barranco de Moya. Pero a Eusebio Betancor del Pino, el chófer, lo mataron en la noche del 2 al 3 de agosto, cuando se supone, siempre según los forenses, que ya Silva y Jiménez Santana llevaban horas muertos. Piénsalo, Marcos: el chófer de Isidro estaba relacionado con Alejandro Déniz Pacheco, el chatarrero. No solo porque trabajaran juntos antes, sino porque la Nissan Trade en la que lo encontraron, aunque tenía placas falsas, era propiedad de Déniz. Lo supimos por los números del bastidor. Déniz, a

su vez, estaba vinculado con Sarmiento. Y Silva y Jiménez Santana pueden estar relacionados con la muerte de todos ellos. Menos con la de Betancor. A él lo mató otra persona. U otras personas.

Serrano no decía nada. Se limitaba a mirar alternativamente a su superior y al empresario, observando atentamente las reacciones de este ante las palabras de aquel.

—Y, cuando todavía estábamos intentando comprender todo este *sindiós*, anoche mismo, mira qué desgracia...

DÍA DE COBRO

1

El hombre inscrito en los apartamentos Palm Garden como Benito García Rojas salió a la terraza y contempló, más allá de la piscina, la playa del Saladar. El sol calentaba ya lo suficiente como para que los huéspedes pusieran sus toallas en las hamacas. Volvió al interior y contempló a la mujer inscrita como Ana Rosa Vidal Segura, que, de espaldas a él, aún dormía. La camisilla verde que llevaba le mostraba un hombro moreno con una constelación de pecas cuya carta astronómica él conocía de memoria y, sin embargo, le parecía una mujer nueva.

Rodeó la cama y se apoyó en la cómoda para observarle el rostro amoratado que, hundida la cabeza en la almohada, solo se mostraba a medias. Ella continuaba respirando con dificultad, pero el dolor se asemejaba ya más a las agujetas que a la tortura lacerante del fin de semana. Llevaban ya cuatro días allí. Habían llegado el sábado, en el coche alquilado en un *rentacar* del puerto de Morro Jable. Y habían dejado pasar el domingo y el lunes en el apartamento, saliendo solo a comer o a comprar. Él la había cuidado, recordando la hora de tomar las pastillas, aplicándole pomadas, haciéndole curas, satisfaciendo pequeños caprichos o saliendo de pronto para volver un rato más tarde con una caja de bombones.

Cuando Lola despertó, Diego continuaba allí, en la cómoda, observándola. Se dieron los buenos días y ella preguntó enseguida cuándo podrían ir a la agencia de viajes.

—Hasta que no tengamos los pasajes no voy a estar tranquila —agregó.

Él se sentó en el borde de la cama y apoyó la mano en una de sus rodillas.

—Pues no hay por qué. Nadie tiene ni puta idea de que estamos aquí. Estuvo bien que pensaras en esta jugada.

Aquello había sido, efectivamente, idea de Lola. Un plan B, un por si algo sale mal, un por si acaso, viejas mañas de perdedora a tiempo parcial. Por lo demás, el plan B no era nada del otro mundo: encargar a Floro documentación falsa (no solo era el mejor, sino que tenía un contacto cojonudo en el Registro Civil) y acordar con Derek el viaje a Fuerteventura, desde donde podrían volar a la Península. Y no podrían seguirles la pista, porque los únicos que sabían que estaban en esa isla (Paco el Salvaje, Felo, Derek y los suyos) eran gente de ley. Habían llevado dinero. Y mientras ella se iba reponiendo, él había recorrido la isla adquiriendo en distintas joyerías objetos de valor. Ahora estaban ahí, reunidos, junto a la cama, en un neceser: cadenas, pulseras, anillos y broches, además de varios relojes. Todos de oro, todos perfectamente transportables, susceptibles de ser canjeados por su valor en metálico. Además, les quedaban aún casi veinticinco mil euros en billetes.

Cuando las marcas en el rostro de Lola fueran menos evidentes, cuando su costilla hundida le diera menos la lata, podrían tomar un avión y hacerse humo durante un tiempo. Habían calculado que con unos meses o un año bastaría. El Yunque y el Martillo no eran gente que se dedicara a matar por venganza; doscientos napos, para ellos, no significaban más que un pequeño contratiempo. Dejarían correr el asunto, acabarían intentando olvidarlo,

anotando las pérdidas en la cuenta de gastos. Llegaría el día, por tanto, en que podrían volver a la Isla, a la casa roja. Secretamente, Lola había comenzado ya a soñar con ese día. Pero ahora solo se preguntó por lo que harían en las próximas semanas.

—Cuando estemos en la Península, podrías aprovechar para intentar ver a Aitor.

—Si *Lady* Macbeth me deja...

Lola intentó una sonrisa.

—Tú enséñale un buen fajo de billetes y ya verás si te deja o no...

Sonó el teléfono fijo del apartamento. Se consultaron un instante con la mirada. El teléfono volvió a sonar y ella, que lo tenía más cerca, lo cogió de la mesilla de noche y lo puso sobre la cama, entre ambos. El tercer canto del grillo anfetaminoadico del aparato urgió a Diego a descolgar.

—¿Quién es?

—*No digas nombres* —escuchó decir a la voz carrasposa de Paco el Salvaje.

—Tío, ¿cómo estás?

—*Bien. Te llamo desde una cabina*.

—Ya lo imaginaba —dijo Diego—. ¿Me oyes bien?

—*Sí. ¿Está ella ahí? ¿Cómo está?*

—Sí, aquí la tengo. Va mejorando.

—*Me alegro*. *Les llamo para preguntarles cuándo se van a ir ustedes*.

—La idea es irnos en unos diez días. A la Península. Y de ahí, no sabemos adónde, en un par de días más.

—*Está bien. Eso era lo que quería saber*.

—¿Por qué?

Pero Paco no contestó a esa pregunta. Guardó silencio unos segundos.

—*Ustedes saben que yo soy un amigo, ¿verdad? Saben que nunca los voy a traicionar, ¿no?*

—Pues claro que sí. Eso por descontado. Pero ¿a qué viene eso?

—*Porque voy a salir en los papeles y quiero que ustedes estén tranquilos. Que sepan que si se sabe algo de ustedes, no será por mí*.

—Tío, me estás acojonando.

—*No tienen por qué acojonarse, si van a hacer eso que me dijeron*.

—Pero ¿qué vas a hacer tú? ¿Cuándo te vas a pirar?

—*No me voy a pirar*.

Diego tomó instintivamente la mano de Lola, como si una ola gigantesca estuviera a punto de abalanzarse sobre ellos.

—¿Estás loco? Mándate a mudar y disfruta. Olvídate de todo, viejo —dijo Diego.

—*No puedo, hermano*. —En la voz de Paco el Salvaje hubo un quiebro —. *No hay manera. Casi no duermo. Llevo todas estas noches viéndola cada vez que cierro los ojos*.

—¿Viéndola?

—*Sí. A ella. En cuanto intento dormirme, se me aparece la imagen. Parece que está ahí mismo. Luego abro los ojos y no está. Pero en cuanto los cierro, vuelve a aparecer*.

Lola cogió el auricular e intentó poner un poco de sentido:

—Yo sé que lo estás pasando mal. Pero tienes que mantener la cabeza fría. Ninguna de las cosas que hagas va a servir de nada, ni la va a traer de nuevo.

—*Yo no quiero traerla. Quiero que deje de estar aquí, en mi cabeza*.

—¿En tu cabeza?

—*Sí. Y eso no va a pasar hasta que no haga lo que tenga que hacer*.

—¿Y qué es lo que tienes que hacer?

—No te lo puedo decir. Ya se enterarán. Pero antes quería llamarles, estar seguro de que no van a estar cerca. Voy a esperar a que estén fuera para hacerlo.

Diego volvió a coger el teléfono.

—Viejo, no seas cabezón.

—Déjalo ahí, compadre. Lo voy a hacer igual, me digas lo que me digas. Cuídense mucho. Se les quiere.

Tanto Diego como Lola protestaron, intentaron atraer su atención, hacerle hablar más para convencerlo. Pero la protesta, el intento, duró solo unos segundos, los que tardaron en escuchar el pitido intermitente del teléfono, indicando que Paco el Salvaje había colgado, que habían escuchado su voz por última vez.

2

Padrón aún no se acostumbraba al fracaso. No estaba hecho a que las cosas le fueran tan mal. Diana se había ido sin despedirse. El-que-te-dije no les cogía el teléfono y el primer ingreso para el Ruso tendría que hacerse dentro de muy pocos días.

No había salido de casa. Entre Malole y la enfermera de día se habían preocupado de cubrir sus necesidades y, en cuanto al trabajo, Viera subía cada día a Tafira a despachar con él.

Ahora eran las once de la noche del viernes y él, tumbado en el sofá, ante la tele, se preguntaba dónde estaría Diana. En aquellos días la había llamado al móvil una y otra vez, pero ella rechazaba sistemáticamente las llamadas. Tampoco Tomás le cogía el teléfono, así que supuso que debían de estar juntos, pero eso no podía saberse con seguridad.

Su móvil empezó a sonar. Era Perera. Le contó que habían visto juntos a Garcisán y al Perropresa.

Lorenzo García Santana, alias *el Perropresa*, exvicepresidente de la Confederación, socio mayoritario de Garcisán. Evidentemente, habían perdido la oportunidad de obtener la contrata para Islocasa.

—El cerdo ese de El-que-te-dije... —masculló Padrón—. Con lo que hemos hecho por él.

—Pues ya ves tú... Pero, tranquilo, Isidro: en un par de años hay elecciones y ya vendrá meneando el rabo, para pedirnos apoyo y su puta madre...

Eso no era consuelo. Sin embargo, era mejor ese tipo de cosas a reconocer que uno había ido bajando rápidamente escalones hacia el sótano.

Se despidieron animándose mutuamente y sus ánimos cruzaron el interior de la Isla, entre Tafira y Tejeda, a través de la noche de montes y barrancos que volverían a ser suyos como hasta ahora lo habían sido. Aquello era solo un pequeño percance, los negocios son así, unas veces se gana y otras te quedas con un dedo metido en el culo, pero ellos no eran cualquiera, ellos volverían a cabalgar, quien reía el último reía mejor, y Dios no se quedaba nunca con lo de nadie, repartía a cada uno lo suyo, y El-que-te-dije y el Perropresa ya verían quiénes eran ellos, por la gloria santa de sus madres.

Padrón se acomodó más en el sofá, se tapó a medias con la manta y escupió en los nombres de García Santana y Sánchez Blay. No se iría a la cama. Dormiría allí, en la penumbra rota tan solo por las luces frías de la pantalla del televisor, donde transcurría una película de gánsteres.

3

Marcos Perera había tenido, esa mañana, una breve reunión con Nina Sarabia, su jefa de personal. Le habló de dos empleados, cuyos nombres tenía anotados en un *post-it*. Ambos llevaban ya unos años en la empresa y eran gente preparada y competente. Los conocía en persona y él opinaba que merecían una oportunidad. Por eso, esa misma tarde, María Teresa Quiñones Sanz recibió la oferta de ser jefa de formación, y Ángel Mederos Iriarte la del puesto de supervisor en la Zona Sur. Ambos aceptaron a primera hora del día siguiente.

4

De pronto, había luz. Y no tenía que haberla. El salón tendría que haber estado iluminado solo por la televisión. Pero había luz. Alguien había prendido la lámpara, porque un resplandor anaranjado se colaba a través de sus párpados. Cuando abrió los ojos tardó poco en comprender que ese bulto que había allá, sentado en el diván, mirándolo, era un hombre. Un hombre enorme, atezado y hosco. Quiso preguntar quién era y qué hacía allí, al tiempo que pugnaba por incorporarse, pero el hombre se puso en pie y dijo:

—Si tu idea es avisar al segurita del portón, te lo puedes ahorrar. Ahora mismo está echándose una siesta.

Tras decir esto, el hombre alzó la mano derecha. Con ella asía el cinturón del empleado de seguridad, con esposas, defensa y revólver. No había sacado el arma de su funda. Lo que quiera que fuese a hacer, lo haría con las manos.

—No nos habíamos visto —prosiguió diciendo el hombre. Luego señaló la pierna escayolada—. Bueno, yo a ti, sí.

—¿Diego? —arriesgó Padrón.

—No, el otro. Paco.

Padrón comprendió. En un primer momento había pensado que se trataba de alguien enviado por el Ruso. Acaso aquello hubiera tenido sentido. Pero este, ¿qué hacía ahora aquí?

—¿Qué más quieres? Mira cómo me dejaron. Y encima se quedaron con el dinero. ¿Qué más quieres?

—El dinero... —dijo Paco con aire pensativo—. Los cabrones como tú se creen que con dinero se arregla todo. Tantos empleados, tanto dinero. Tantos clientes, tanto dinero.

Padrón tuvo un asomo de valor y dijo:

—Déjate ya de joder. ¿Qué coño te he hecho yo a ti?

Paco el Salvaje dejó el cinturón del segurita sobre la mesa de centro, en el extremo más alejado de Padrón. Y dio un paso hacia él, diciendo:

—Esto no es por mí. Es por Ruth.

Isidro Padrón experimentó un asomo de valor sordo e inútil.

—¿Ruth? ¿Quién coño es Ruth? —preguntó.

Fue lo último que dijo en su vida.

20 DE AGOSTO

—Y, cuando todavía estábamos intentando entender todo este *sindiós*, anoche mismo, mira qué desgracia... —El comisario Benavides miró a algún punto situado en el suelo, a su derecha, y luego volvió a alzar la cabeza y fijó sus ojos grises en los de Perera—. A Isidro lo han estrangulado. ¡Y en su propia casa! En esa misma casa donde tú y yo estuvimos el otro día jugando a la baraja. ¿Te das cuenta qué horror?

—¿Y qué hacen que no están buscando a quien lo hizo?

—No nos hace falta —soltó Serrano, de pronto. Hizo una pausa para permitir que el rostro de Perera se adentrara en las miasmas del desconcierto y agregó—: El asesino se entregó esta mañana: Francisco José Herrera Miranda, alias *Paco el Salvaje*, alias *el Pollo de Arenales*. Un exluchador. Vino hoy temprano, con un abogado, y dijo que quería confesar. Contó que él había matado a Isidro Padrón, a Eusebio Betancor, a Raúl Silva y a Aday Jiménez. Pero no al chatarrero y su mujer. Según él, eso lo hicieron Silva y Jiménez. Y, parece de locura, pero encaja con lo que sabemos. Eso sí: la historia que nos ha contado es muy compleja. Según él, el jueves 1 de agosto, él y unos cómplices suyos de los que aún no ha dado los nombres, participaron en el secuestro de Diana Padrón Quintana, la hija de Isidro Padrón.

—Ya, como en Colombia —soltó Perera, desdeñoso—. Rubén, ¿voy a tener que seguir oyendo estas tonterías mucho rato?

—Entiéndelo, Marcos: tengo seis homicidios por resolver y, ahora, también lo de Isidro, que no sería mi socio, pero sí que era un buen amigo, igual que tú. Y en los calabozos tengo al asesino confeso, con una rocambolesca historia sobre Diana, sobre secuestros y hasta sobre mafiosos rusos.

—Y que lo implica a usted —dijo Serrano, y sus palabras rompieron el aire como el mandoble de un sable.

—¿A mí?

—Eso dice él.

—¿Y va a valer más la palabra de un delincuente que...?

—Pues claro que no, Marcos —volvió a terciar Benavides—. Por eso estamos aquí, conversando como buenos amigos y no en una sala de interrogatorios. Por lo que a mí respecta, yo, a ese individuo, no le creo ni media palabra. Intuyo que lo que quiere es montar un lío para buscar atenuantes, aunque con eso le haga daño a gente honrada. Pero quería que te enteraras antes que nadie. Antes, incluso, que el juez de instrucción.

Perera miró a Serrano.

—¿Y usted?

Serrano pareció no entender a qué se refería.

—¿Usted cree a ese tipo?

El inspector jefe lo miró de fijo en los ojos y dijo:

—Yo solo creo que aquí hay muchas casualidades. Y que las casualidades no existen.

GIRONA

Tras volver de L'Escala, pasearon por las calles de piedra del Barri Vell, buscando la sombra y los rincones más curiosos, hablando acerca de Aitor y de las posibilidades que tenían de volver de vez en cuando a verlo si elegían algún sitio que estuviera en Europa. Ahora, en el hotel, después de hacer el amor, han prendido la luz de la mesita de noche y retomado el tema de en qué ciudad se instalarán. Llevan un rato hablando de ello. Diego acaba de decir que él también echará de menos la casa. Aquí todo se le hace grande. Allí mirabas a lo lejos y sabías que, al fondo, siempre estaba el mar. Lola dice que antes se quejaban precisamente de eso y él responde que ya lo sabe, pero ella le ha pedido hace un momento que le diga lo que piensa sinceramente y eso es lo que él piensa. También echará en falta a los amigos, tanto como ella a sus padres. Pero supone que si la cosa se acaba investigando a fondo les conviene estar en el quinto pino y continuar con los nombres nuevos.

—¿Entonces? —pregunta ella con la cabeza en su hombro, jugueteando con dos dedos con el vello de su pecho.

Entonces, a él le da lo mismo. Eso es lo que ella ha querido oír todo ese rato, pero insiste en que se explique. Y él dice que las gaviotas de Oporto son insoportables, que no le gusta esa lluvia eterna de Bruselas, que Francia es carísima y que los italianos viven a gritos y son unos confianzudos; que

Fráncfort del Meno no está mal, pero allí hace un frío de cojones. Aunque, en el fondo, todo eso le da igual. Usará prendas térmicas y aprenderá a aguantar a los italianos; se buscará trabajo en un bistró y se comprará un buen impermeable. Y hasta acabará aprendiendo a domesticar gaviotas, esas chorizas que no respetan a nadie si hay comida de por medio. Porque lo único que necesita, esté donde esté, es estar con ella. Como si es debajo de un puente. Lola se incorpora para que él pueda verle bien la sonrisa.

—Entonces, a Oporto —dice—. Quiero ver cómo domesticas a las gaviotas.

20 DE AGOSTO

—Yo solo creo que aquí hay muchas casualidades. Y que las casualidades no existen.

—Entiendo —dijo Perera. Luego se volvió hacia el comisario—. ¿Puedo irme, Rubén?

—Pues claro, hombre. Y volver cuando te apetezca, querido, que esta es tu casa.

—En mi casa suelo sentirme más cómodo.

—Vamos, hombre, no te lo tomes así.

Perera se levantó y Benavides lo acompañó hasta el vestíbulo, tomándolo del brazo amigablemente. Mientras llegaban hasta la puerta, ambos volvieron a hablar de Serrano como si no estuviera.

—No me gusta que me traten como a un criminal.

—No se lo tengas en cuenta. Tenemos un lío de tres pares de narices. Y, ahí donde lo tienes, el hombre lleva dos días casi sin dormir.

Los dos viejos amigos salieron y Serrano se quedó allí, mirando su carpeta cerrada, ordenando en su cabeza toda la información de la que disponía.

Cuando Benavides regresó, en su rostro ya no había ni una pizca de cordialidad. Ahora su gesto era serio, concentrado.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Ni se inmutó al escuchar lo de la mafia rusa. Hasta reunir pruebas, convendría seguirle los pasos —dijo Serrano—. Y no estaría de más un pinchazo telefónico.

El comisario se acarició la barba y asintió, diciendo:

—El juez está ya esperando a que le curses la solicitud.

Serrano, por primera vez, mostró sorpresa. Benavides creyó necesario aclarar:

—Le di un telefonazo antes de que Perera llegara, mientras tú estabas aún abajo.

El inspector jefe mostró una sonrisa. Esta le salió muy bien, porque era sincera. Sin perderla, se levantó y cogió su carpeta.

—Pero asegúrate de que lo siguen con discreción, Emilio. Marquitos es perro viejo. ¿Conseguiste hablar con Diana Padrón?

—Sí. Estaba a punto de coger un vuelo para acá por lo del padre. Viene con su hermano. Vendrá a declarar esta tarde, supongo. —Se encaminaron hacia el despacho de Benavides—. Pero, por lo que me dijo por teléfono, se va corroborando la historia del luchador.

Benavides abrió la puerta del despacho.

—Cuando venga, llámame. Quiero estar en esa declaración. La conozco desde que era una cría. Estará más cómoda.

—Estupendo.

—Y, mientras llega, no estaría mal que llamaras a tu amigo, ese de la UDYCO, a ver qué saben de dinero de esa gente por aquí.

—De acuerdo.

Serrano iba a seguir su camino, pero el comisario, en el vano de la puerta, dio un bufido que atrajo su atención.

—¿Pasa algo?

—Nada, Emilio. Que conozco a Padrón y a Perera desde hace mucho. Han estado en mi propia casa, cenando. Y Perera vino a la boda de mi hija. No me he caído de ningún guindo: ya sé que a veces cierta gente progresa haciendo trampas, que no se puede llegar a lo más alto sin pisar unas cuantas cabezas. Pero nunca pensé que pudieran llegar a mezclarse en cosas así.

—Uno nunca sabe a quién está metiendo en casa, ¿no?

Benavides asintió con cierta tristeza y clavó la mirada en el bastidor de la puerta.

—Qué mundo de mierda este, Emilio.

Lo dijo más como si se lo preguntara a sí mismo en voz alta que a Serrano, quien se limitó a encogerse de hombros.

Benavides se recompuso: separó la espalda del vano y le dio una palmada en el hombro al inspector jefe.

—Se acabó la filosofía por hoy. Venga, al tajo. Hay que llegar al fondo de todo esto. O hasta donde se pueda.

Como si la palmada hubiera activado de golpe todos los resortes de la satisfacción, Serrano se encaminó inmediatamente hacia la oficina para hablar con su equipo. El comisario Benavides entró en su despacho, aflojándose la corbata. «Hasta donde se pueda», se repitió. Miró un momento por la ventana al Muelle Deportivo, con la infinidad de mástiles que siempre le recordaban a *La rendición de Breda*, y se fijó en cómo la panza de burro había devorado la luminosidad del cielo, tiñéndolo todo con una pátina de plomo.

Madrid, 8 de abril del 2013 – Las Palmas
de Gran Canaria, 17 de julio del 2014.

ACLARACIONES. ANECDOTARIO. AGRADECIMIENTOS

Pese a que la advertencia inicial (*Los hechos, personajes, empresas e instituciones...*) es cierta, algunos de los delitos descritos en esta novela, especialmente los menos violentos, están inspirados en hechos reales. Uno de ellos sucedió en Las Palmas de Gran Canaria hace años y me fue referido por un testigo directo, Antonio José Rodríguez Marrero, veterano policía local. Él y su esposa, Trinidad Ferrer Mirabal, no solo me han asesorado en ciertas cuestiones técnicas, atendiendo a llamadas en cualquier momento del día para resolver dudas, sino que soportan casi cada fin de semana mi apetito voraz y mi implacable sed de vino. También debo agradecer su amable asesoramiento a Cristina Manresa i Llop, comisaria de los Mossos d'Esquadra.

En cuanto a la escritura del propio texto, soy deudor de unas cuantas personas que siempre se prestan amablemente a leer sus sucesivas versiones con paciencia infinita y un espíritu crítico que uno solo puede esperar de los verdaderos amigos: Jokin Ibáñez, Nayra Pérez, Gregori Dolz, Ilya Pérdigo, Antonio Becerra, Sergio Vera, Toñi Ramos y Gregorio González. Decisiva fue la opinión de ese poeta, ensayista y editor imprescindible que fue Josep Forment: días antes de su fallecimiento, me dio sus últimas opiniones con respecto al original. También sería este mucho peor libro sin el trabajo

infatigable y preciso de Roger Clanchet. Dejo para el final a Thalía Rodríguez, que ya sabe por qué no le dedico mis libros pero que tiene claro (espero) que ella está detrás de cada palabra.

Si el amable lector o lectora es de aquellas personas que gustan de olisquear tras la tramoya, lo que sigue puede llegar a ser de su interés. Si no, hará bien en obviar estos últimos párrafos, ya que no aportan nada a la lectura de esta novela que, como toda novela, debe explicarse por sí misma, sin prólogos, epílogos o aclaraciones.

Las flores no sangran comenzó a escribirse en Madrid, en uno de los pocos rincones iluminados del *pub* Los 7 Pecados, en la madrugada del día 8 de abril del 2013, tras la presentación en Madrid de *La estrategia del pequinés*. La culpa la tuvieron el alcohol y un cuaderno fabricado por Juan Carlos González Montes, un buen amigo de Getafe, que me lo obsequió durante la cena que tuvo lugar después del acto. Me acompañaban esa noche otros buenos amigos, escritores, críticos y editores, a quienes no mencionaré para no mancillar su imagen.

El título y algunas frases incluidas en «Gente de bien» fueron escritos allí, en ese *pub*, esa misma noche, bajo la nunca recomendable influencia del alcohol. En ese momento solo sabía, acerca del argumento, que trataría sobre un secuestro exprés en Gran Canaria, un plan criminal decididamente idiota. Luego, la idea descansó hasta junio, cuando la retomé en unos días de descanso en Playa del Cura, en el sur de Gran Canaria. El resto del libro fue haciéndose como siempre: con fruición y desespero, entre uno y otro proyecto, entre viajes y descansos de otros trabajos más urgentes y alimenticios, entre personas amadas con quienes comparto este país asolado por las desigualdades y la tolerancia ante la corrupción.